



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Docencia
Facultad de Comunicaciones
y Filología

Palabras que brotan del Alma

Andrés Vergara Aguirre
Elizabeth Cañas Rodríguez
COMPILADORES



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

220 años

Tantas razones para amarte

**Palabras
que brotan del Alma**



Palabras que brotan del Alma



Andrés Vergara Aguirre
Elizabeth Cañas Rodríguez

C O M P I L A D O R E S

FOCO, Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología

Palabras que brotan del Alma

© Andrés Vergara Aguirre, Elizabeth Cañas Rodríguez

© Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia

ISBN: 978-628-7652-30-9

ISBNe: 978-628-7652-31-6

DOI: 10.17533/978-628-7652-30-9

Rector: John Jairo Arboleda. **Vicerrectora de docencia:** Elvia María González Agudelo.

Decana Facultad de Comunicaciones y Filología: Olga Vallejo Murcia.

Dirección editorial: Juan Fernando Taborda Sánchez

Editor asistente: Christian Benavides Martínez

Diseño y diagramación: Yon Leider Restrepo Monsalve

Primera edición: octubre de 2023

Impresión y terminación: Publicaciones VID

Octubre de 2023, 1000 ejemplares

Impreso y hecho en Colombia. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita del Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. Contacto: foco@udea.edu.co, (574) 219 59 26, Calle 67 No. 53 - 108, Medellín, Colombia.

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 31-43 del capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor.

El contenido, las opiniones y el estilo de cada capítulo corresponden al derecho de expresión de los autores y no comprometen el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor de las fuentes citadas.

LC: LE41.M62
CDD: 378.86126
ed. 23

Palabras que brotan del Alma / Compiladores: Andrés Vergara Aguirre y Elizabeth Cañas Rodríguez; autores: Alberto Bernal Nichols... [y sesenta y dos más]. -- 1. Edición. -- Medellín : FOCO, Fondo Editorial, 2023.

356 páginas : ilustraciones y fotografías.

General: Edición conmemorativa por los 220 años de la Universidad de Antioquia.

ISBN: 978-628-7652-30-9

ISBNe: 978-628-7652-31-6

1. Universidad de Antioquia. I. Autores.

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Vicerrectoría de Docencia
Facultad de Comunicaciones
y Filología

Presentación



La Universidad de Antioquia cumple 220 años, y en las palabras que brotan del alma se encierran tantas razones para amarla que es casi impensable conmemorar esta fecha sin un libro como el que hoy entregamos a la comunidad.

Esta breve presentación es apenas una invitación a construir una ruta propia de lectura de esta forzosa selección de textos y voces que han tejido los 220 años de trayectoria institucional, porque cada ser universitario encontrará en estas páginas aquella parte de su biografía que se escribió en las aulas, las oficinas, los corredores y los árboles de los campus udeanitas. Seguramente se identificará con las historias relatadas, recordará sus pasos en los lugares que se describen y discutirá con las ideas que hoy se atraen; lo más importante es que estas voces nos integran como comunidad, como gente UdeA.

Las *Palabras que brotan del Alma* nos llaman a leer con gozo, a viajar por la memoria y a reconstruir nuestra propia participación en esta historia que se sigue contando.

Elvia María González Agudelo
Vicerrectora de Docencia

Olga Vallejo Murcia
Decana Facultad de Comunicaciones y Filología

Agradecimientos



Los compiladores Andrés Vergara Aguirre, profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología, y Elizabeth Cañas Rodríguez, comunicadora del Sistema de Bibliotecas, agradecemos a quienes hicieron posible la publicación de este libro:

Al equipo que apoyó a los compiladores desde el comienzo de la propuesta: tanto a la profesora María Stella Girón, de la Facultad de Comunicaciones y Filología, como al profesor Juan Fernando Taborda Sánchez, de la misma Facultad, y a José Luis Arboleda, coordinador de Extensión Cultural y de las Colecciones Patrimoniales en la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.

Al filólogo Walter Parra, quien hizo la transcripción y revisión de los textos.

A Edwin Carvajal Córdoba, quien era el decano de la Facultad de Comunicaciones y Filología cuando surgió esta propuesta; a la actual decana de la Facultad, Olga Vallejo Murcia, a Elvia María González Agudelo, vicerrectora de docencia, al director ejecutivo de la Fundación Universidad de Antioquia, Luis Fernando Múnera Díez, y a Luis Fernando Gómez Giraldo, gerente de Cooprudea.

Al Sistema de Bibliotecas, en cabeza de su director Hernando Lopera Lopera, por el apoyo logístico; la biblioteca nos facilitó el acceso a las fuentes de la mayoría de los textos reunidos aquí.

Al equipo de FOCO, por la diligencia y el compromiso con que acompañaron este proceso editorial.

Al rector, John Jairo Arboleda Céspedes.

A los autores, por el entusiasmo con que respondieron a la invitación para incluir sus escritos en esta compilación.

A los lectores, por la confianza y la sonrisa con que recibirán este volumen de *Palabras que brotan del Alma*.

Juntos, le rendimos tributo a la Universidad de Antioquia en estos 220 años de historias.

Contenido



| | |
|---|----|
| Presentación | 5 |
| Elvia María González Agudelo Olga Vallejo Murcia | |
| Agradecimientos | 7 |
| Prólogo. | |
| Viñetas para los 220 años de historia de la Universidad de Antioquia | 15 |
| Andrés Vergara Aguirre | |

Historias

| | |
|--|----|
| Discurso dirigido a los alumnos del Colegio Académico de Antioquia, el 1.º de noviembre de 1836 | 25 |
| Miguel Uribe Restrepo | |
| Ante el cadáver del doctor Clodomiro Ramírez | 28 |
| Julio César García | |
| Allí nació la Universidad de Antioquia | 32 |
| Julio César García | |
| Recuerdo y Elogio de don Tulio Ospina. Ante el busto del ilustre exrector | 39 |
| Francisco Rodríguez Moya | |
| Los Bachilleres de 1950 hacen una promesa | 44 |
| Rafael Pérez Cárcamo | |
| Universidad de Antioquia | 48 |
| Hernando González | |
| Himno de la Universidad de Antioquia | 53 |
| Edgar Poe Restrepo | |
| El Himno de la Universidad | 54 |
| Guillermo Naranjo Velásquez | |

| | |
|--|-----|
| Himno de la Universidad de Antioquia Jorge Enrique Leal G. | 59 |
| Recuerdo del doctor Juan de Dios Uribe Emilio Robledo Correa | 61 |
| El Liceo Antioqueño en el gobierno de la Universidad Delfín Acevedo Restrepo | 70 |
| El devenir de una generación Fabio Zuluaga Ángel | 74 |
| Oración fúnebre Óscar Castro García | 86 |
| Enrique Buenaventura entre nosotros Mario Yepes Londoño | 94 |
| El caso de “Sor-prendida”, una mirada con los efectos del alcanfor Elizabeth Cañas Rodríguez | 96 |
| La filosofía en la Universidad de Antioquia Francisco Cortés Rodas | 109 |
| El sonido como patrimonio Carlos González Restrepo | 120 |

Lugares

| | |
|--|-----|
| Tomás Carrasquilla en la Universidad de Antioquia <i>Hace tiempos (fragmentos)</i> Tomás Carrasquilla | 125 |
| De tránsito por la Universidad Carlos Vásquez Tamayo | 135 |
| ¡Ojo con el ruido! Darío Rojas | 146 |
| <i>Amábamos tanto la revolución (fragmento)</i> Víctor Bustamante | 148 |
| Desde el punto de vista urbanístico, la Ciudad Universitaria está basada en el concepto griego del ágora Ariel Escobar Llano | 155 |

| | |
|--|-----|
| Cómo imaginé a Candelaria Martha Lucía Villafañe | 164 |
| En una revista de ochenta años Paloma Pérez Sastre | 166 |
| Ciudad Universitaria, paraíso ecológico a la sombra de gigantes Daniela Jiménez González | 168 |
| Rehabitar la universidad Pablo Montoya Campuzano | 172 |
| Aladino Sandra Castrillón Castrillón | 179 |
| Campus Gloria Posada | 183 |
| Florece la Universidad de Antioquia Carlos Castro Saavedra | 184 |
| Dos obras emblemáticas de la Ciudad Universitaria Pedro Agudelo Rendón | 187 |

Ideas

| | |
|--|-----|
| La Universidad de Antioquia Héctor Abad Gómez | 193 |
| Vida universitaria. Apertura de estudios Ricardo Uribe Escobar | 196 |
| La Universidad y la patria Gonzalo Restrepo Jaramillo | 199 |
| Diálogo del estudiante Guillermo Peña Alzate | 205 |
| El nuevo rector Gonzalo Restrepo Jaramillo | 209 |
| La Universidad de Antioquia es un hogar iluminado de la nación Fray Agustín Sepinski | 213 |

| | |
|---|-----|
| Misión de la Universidad de Antioquia Samuel Syro Giraldo | 216 |
| La misión de la Universidad: formar el mundo del mañana Lucrecio Jaramillo Vélez | 220 |
| La Universidad debe irradiar cultura Alberto Bernal Nicholls | 231 |
| Presentación <i>Lecciones de Noviembre 1987</i> José Jairo Alarcón Arteaga | 233 |
| El egresado: alma de la Universidad Jaime Restrepo Cuartas | 234 |
| Presencia del egresado en la Universidad Álvaro López Rojas | 241 |
| Sobre los 200 años de la Universidad de Antioquia. El problema del fetiche documental Juan Guillermo Gómez García | 256 |
| Una recibe aplausos, la otra vierte llanto Fabio Zuluaga Ángel | 259 |
| La Lucha Estudiantil: ayer y hoy en la Universidad de Antioquia Erika Tobón Cardona | 270 |
| ¿Qué pasa con la Universidad de Antioquia? Pablo Emilio Angarita Cañas | 274 |
| Carta abierta. Estimado maestro Ivansan Zambrano Gutiérrez | 282 |
| Pacto por las No Violencias en la Universidad de Antioquia John Mario Muñoz Lopera | 288 |
| La Universidad de Antioquia como sujeto de reparación colectiva María Teresa Uribe | 291 |
| La conclusión de un sueño, la continuidad de una vida Luisa Giraldo Villa | 294 |

Gentes

| | |
|--|-----|
| La compulsión de pintar Diego Andrés Guerrero A. | 299 |
| Un pintor con pulso firme Luisa Fernanda Pulgarín Restrepo | 301 |
| Malabarista de la vida Diego Andrés Guerrero A. | 303 |
| Luz Adriana se fue tras las huellas de la luna Andrés Vergara Aguirre | 307 |
| Luis Alberto Álvarez, maestro por Naturaleza Orlando Mora Patiño | 309 |
| El sembrador siempre nace. En los veinte años del asesinato de Héctor Abad Gómez Saúl Franco Agudelo | 313 |
| Luis Fernando Vélez Vélez Julio González Zapata | 320 |
| Mi Mario Escobar personal Fabio Zuluaga Ángel | 324 |
| Entre amigos Iván Hernández | 329 |
| María Teresa Uribe de Hincapié: Entre la rigurosidad del trabajo y la libertad de pensamiento Fabio Humberto Giraldo Jiménez | 331 |
| La brigada de choque Juan José Hoyos | 334 |
| Gerardo Molina o la fidelidad a un propósito Carlos Gaviria Díaz | 337 |
| José Jairo Alarcón: la sencillez de la sabiduría Andrés Esteban Acosta | 344 |
| Recuerdo de José Manuel Arango Jairo Alarcón Arteaga | 349 |
| Recordando a Reinaldo Juan David Sánchez | 352 |

Prólogo

Viñetas para los 220 años de historia de la Universidad de Antioquia

Andrés Vergara Aguirre¹

Este libro, estimados lectores, es una invitación para un recorrido aleatorio, y un poco caótico quizá, pero sobre todo muy vívido, que les permitirá asomarse por muchos de los recodos y vericuetos de estos 220 años de historia de la Universidad de Antioquia. Todos los textos reunidos aquí cumplen con dos condiciones esenciales: sus autores han sido parte de nuestra comunidad universitaria, y los textos tienen como protagonista a la Universidad o a uno de sus miembros, que por alguna razón tuvieron cierto protagonismo o aparecieron en las páginas de alguno de los medios periódicos de la Universidad, como *Letras Universitarias*, la *Agenda Cultural Alma Mater*, el periódico *Alma Mater*, la *Revista Universidad de Antioquia*, la revista *Debates* y otras publicaciones universitarias que han cumplido una invaluable labor plasmando la cotidianidad en múltiples registros que dan cuenta de mucho de lo acontecido durante estos 220 años de historia. Rastrear los textos publicados en dichos medios fue una labor dispendiosa, dada la diversa producción de los universitarios y teniendo en cuenta el propósito de que en cada una de estas páginas la protagonista fuera nuestra institución.

Por otro lado, definir las partes o sesiones de esta obra fue más bien sencillo, pues al dar una mirada al listado de los textos contenidos aquí se advierte que estos confluyen de una manera muy natural en cuatro vertientes que agrupan los valores esenciales de la Universidad de Antioquia,

¹ Profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia y miembro del Grupo de Estudios Literarios - GEL.

lo cual facilita el objetivo de esta compilación, que además de rendirle homenaje a la institución y sus gentes, busca dejar un testimonio, fragmentario pero con una orientación clara, de la trayectoria de nuestra Alma Mater de Antioquia en estos 220 años, a través de estas *Palabras que brotan del Alma*. Así, definimos las cuatro sesiones como “Historias”, “Lugares”, “Ideas” y “Gentes”, en las cuales tienen cabida todos los textos reunidos aquí. Y en este punto vale aclarar que en los casos en que fue necesario, se hizo la actualización ortotipográfica de los textos, de acuerdo con las normas vigentes de la Real Academia Española.

Historias

La sección de “Historias” es una invitación a los lectores para que atisben ciertos pasajes de la Universidad en sus distintas épocas, desde algunos discursos de profesores y directivos, y en algunos casos también de los estudiantes, en los que con frecuencia se exhorta al estudiantado a cumplir con la misión que tiene al formar parte de la “inteligencia” de la sociedad antioqueña y colombiana, como lo hiciera el rector Ricardo Uribe Escobar en 1941: “La misma lealtad obliga a corresponder debidamente el esfuerzo que hace el Estado para brindarles enseñanza eficiente, sin exigirles mayores sacrificios económicos, cumpliendo así una obra admirable de democratización de la cultura, que pone al alcance de todos la oportunidad de ilustrarse y educarse para ser más útiles a la sociedad y a sus familias”.

Se cruzan en este capítulo historias sobre los procesos académicos e institucionales con las de algunos de los maestros que ayudaron a construir desde los primeros años y a lo largo de más de dos siglos de recorrido esta Alma Mater de los antioqueños, comenzando por fray Rafael de la Serna, el franciscano fundador, avanzando a veces a los trancazos propios de nuestra convulsionada historia republicana, donde las guerras que desgraciadamente han marcado nuestro devenir implicaron cierres indefinidos de la Universidad, cuyas aulas en muchos casos fueron convertidas en sitio de acuartelamiento, y donde a veces el mismo estudiantado se vio empujado a ser parte de la soldadesca, abocado a la división por la eterna confrontación bipartidista durante los siglos XIX y XX. Estas páginas también ofrecen testimonio de las disputas políticas e ideológicas que se han vivido en la Universidad en distintas épocas, de

situaciones conflictivas que en ocasiones se tornaron violentas: la historia de la Alma Mater se ha escrito con letras de gran estilo, pero a veces también se ha forjado con sangre y fuego.

En nuestra historia más reciente, la Universidad no ha estado a salvo de las violencias que tanta sangre han derramado en el país; mucha de esa sangre también ha sido de nuestros estudiantes y nuestros profesores, y de ello da testimonio, por ejemplo, la “Oración fúnebre” del profesor Óscar Castro, presentada el primero de noviembre de 1994, en un “acto por la vida” realizado en la Ciudad Universitaria, como una manera de conjurar la violencia que en ese momento asolaba a la Alma Mater. En muchas ocasiones también hemos tenido que preguntar, como en la canción de Rubén Blades, “¿a dónde van los desaparecidos?”.

En fin, aunque esas historias amargas han sido parte de nuestro acontecer durante estos 220 años, y un poco de ello se refleja en estas páginas, son muchas más las historias de amor por la Universidad, como la declaración de los entusiastas bachilleres del Liceo Antioqueño en la ceremonia de su graduación el 24 de noviembre de 1950, cuando firmaron una carta con la promesa juramentada de rendirle tributo y homenaje a la Universidad, “en reconocimiento a sus desvelos por el éxito de todos y de cada uno de sus hijos”.

Estas historias, con minúscula, no pretenden mostrar una “historia total” al estilo de Fernand Braudel, ni mucho menos: son, como el resto de las páginas que conforman este libro, trazos que en muy distintas direcciones dejan testimonios de voces disímiles sobre la trayectoria de la Universidad. Si usted es externo, aquí podrá conocer a fondo muchos de los aspectos de esta institución que ni siquiera aparecerán en las páginas de la historia oficial; y quienes forman parte de nuestra Alma Mater, al recorrer estas viñetas podrán evocar lugares y situaciones guardadas en la memoria, pero en otros casos también podrán sorprenderse como nos sorprendimos nosotros con muchas de las historias reunidas aquí, y cuyo mérito principal es el amor que encierran por la Universidad, expresado en estas *Palabras que brotan del Alma*.

Lugares

“Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida”, dice “La canción de las simples cosas”, con letra de Armando Tejada Gómez y música

Prólogo

de César Isella, que ha tenido variados intérpretes; para muchos de quienes hemos pasado por la Universidad durante las décadas más recientes, la versión más conocida es la de Mercedes Sosa: es una de las canciones que han sonado incontables veces en nuestro campus, sobre todo en los altoparlantes de la asamblea estudiantil.

Uno vuelve siempre a la U. Sentarse en una de las jardineras de la plazoleta Barrientos, junto a la cafetería de Pastora, que ya no está, o junto al Turco, que ya se fue, o junto a Caos, que ahí sigue dándonos una lección de cómo optimizar los espacios, o dejarse seducir por la olorosa parva de la Miguera, o caminar por donde quedaba Tronquitos y evocar el tinto de Juan que también hace mucho se fue, o dejarse arrullar por el sonido de la fuente o disfrutar su frescura en una tarde calurosa, o mirar ese edificio de la Biblioteca que a veces parece un barco recién llegado, o entrar un rato al Teatro a ver cómo va la asamblea estudiantil, o caminar hasta Lolita o hasta Juguitos, o cruzar la zona de Deportes y aventurarse hasta el Aeropuerto y exponerse a exóticas fragancias, y después devolverse a la plazoleta, a tiempo para escuchar el último concierto del grupo Suramérica. O si vamos para el centro, aprovechar para dar una vuelta por la plazuela San Ignacio y entrar un ratito al Paraninfo. En fin, transitar por esos lugares es, parodiando la canción, volver a esos viejos sitios donde hemos amado la Universidad, es en cierto modo devolver el tiempo para evocar “Los años inmensos”, porque, como lo hemos experimentado muchos de los egresados, el campus tiene una fuerza gravitacional que atrae... porque el tiempo y el espacio se curvan, como advirtiera Einstein, y la relación universidad/memoria parecen empujarnos al centro del campus, donde quedamos atrapados por una fuerza centrípeta de la que francamente no queremos liberarnos...

En este capítulo de “Lugares” vamos a recorrer sitios para la reflexión, para el reposo, para disfrutar de las artes, de la naturaleza con sus asombrosos árboles y jardines, y hasta del canto de las aves en este “paraíso ecológico”, donde hay lugar incluso para los amores furtivos, como nos lo recuerda el cuento “Aladino”. En fin, los textos reunidos aquí nos recuerdan que en la Universidad y sus diversos campus están los sitios donde hemos amado la vida.

Ideas

En el siguiente capítulo presentamos, a través de esta muestra, un homenaje a quienes con sus “Ideas” han contribuido al engrandecimiento y progreso de la Universidad de Antioquia como centro de pensamiento, de reflexión y de avance académico y científico al servicio de la sociedad; en otras palabras, a quienes le han hecho su aporte a esta “Madre que de tus semillas / savias nobles siempre das”. Una muestra de ello es el discurso que un entusiasta y comprometido estudiante de medicina llamado Héctor Abad Gómez presentaba ante un selecto auditorio en el que se encontraban directivos de la Universidad, el gobernador, el gremio industrial de la ciudad y representantes de la prensa, y en el cual después de mencionar algunas de las situaciones sociales más críticas, con especial énfasis en la deficiente salubridad, pedía que se le ofreciera el apoyo a nuestra Alma Mater, “reducida y pobre”, para que esta se convirtiera en “una universidad grande y fecunda” de tal manera que pudiera cumplir con su misión de contribuir al progreso del país.

En este capítulo aparecen también las voces de directivos, entre ellos algunos de los rectores más influyentes en la historia de la Universidad de Antioquia, mezcladas con las voces de profesores y de algunos estudiantes, quienes claman o reclaman por la defensa de la Universidad y de la educación. En los textos reunidos aquí encontramos el clamor por el cese a la violencia contra la Universidad, la reflexión sobre el papel del egresado y una mirada a la trayectoria del movimiento estudiantil, por ejemplo. En todas esas voces hay un elemento que tiende a ser el común denominador: la preocupación por que se cumpla la misión y razón de ser de la Universidad de Antioquia como “Hogar sagrado de la ciencia donde arde el fuego que vivifica el resplandor de las ideas”, en palabras de Hernando González, o como “templo de Minerva”, según Tomás Carrasquilla.

Gentes

Y cerramos este recorrido con el capítulo de las “Gentes”, expresión que alude a la pluralidad y a la diversidad de personas que han formado parte de nuestra comunidad universitaria, muchas de las cuales están representadas aquí; universitarios de todos los colores, raigambres, ideas, ideologías, credos o anticredos, en fin, una variopinta muestra de

Prólogo

quienes han conformado la comunidad universitaria de la Alma Mater, la cual evidencia que aquí se cumple el principio de universalidad que debe caracterizar siempre a una institución de educación superior.

Un maestro de pintura, un trabajador que aprovecha su tiempo libre para pintar, un estudiante que tiene que hacerle malabares a la vida en su sueño de ser profesional, una estudiante talentosa y soñadora cuyos proyectos se ven truncados, un maestro apasionado por el cine y precursor de la crítica cinematográfica en Colombia, un profesor de salud pública apasionado por el servicio y promotor de la salubridad convertido en víctima de los violentos, otro profesor de criminalística que también cayó abatido por las balas en uno de los tiempos más oscuros para nuestra Alma Mater... “Un disparo cortó el viento con sed de sangre emboscada / y Ricardo dobló el cuerpo sin terminar la palabra / Ricardo murió ese día hermano de hombre y semilla / Murió mirando la vida que entre sus manos moría...”, cantan Ana y Jaime en “Ricardo Semillas”, con letra de Jaime Osorio Marín, un homenaje a los caídos que sigue teniendo vigencia en un país donde levantar la voz en defensa de los derechos humanos puede significar una sentencia...

Y seguimos con las historias que aparecen en esta última parte: un maestro de la escritura y de la vida, un homenaje con la historia de una entrañable amistad, una socióloga en quien la ciencia política y la historia se cruzan con sus oficios como maestra e investigadora, un estudiante rebelde comandando una brigada de choque para enfrentar las incursiones de la Policía a finales de la década de 1960, el homenaje a un intelectual que combinó la política y la escritura con sus tareas como profesor, las evocaciones de dos maestros de filosofía y de la vida, y el adiós para un hijo de la calle que nunca tuvo ningún vínculo formal con la Universidad de Antioquia pero cuya devoción por la Banda Sinfónica universitaria le dio credencial para moverse a sus anchas por el campus. Estos son, en síntesis, los universitarios reunidos en este capítulo, en representación de todas las gentes que han formado parte de la Universidad de Antioquia a lo largo de 220 años de historia.

Si bien las historias que aparecen aquí son relativamente recientes, no solo porque estaban en archivos más accesibles sino también porque los estilos con que fueron escritas compaginan mejor con el propósito de que este libro ofrezca una lectura amena, cada uno de estos prota-

Palabras que brotan del Alma

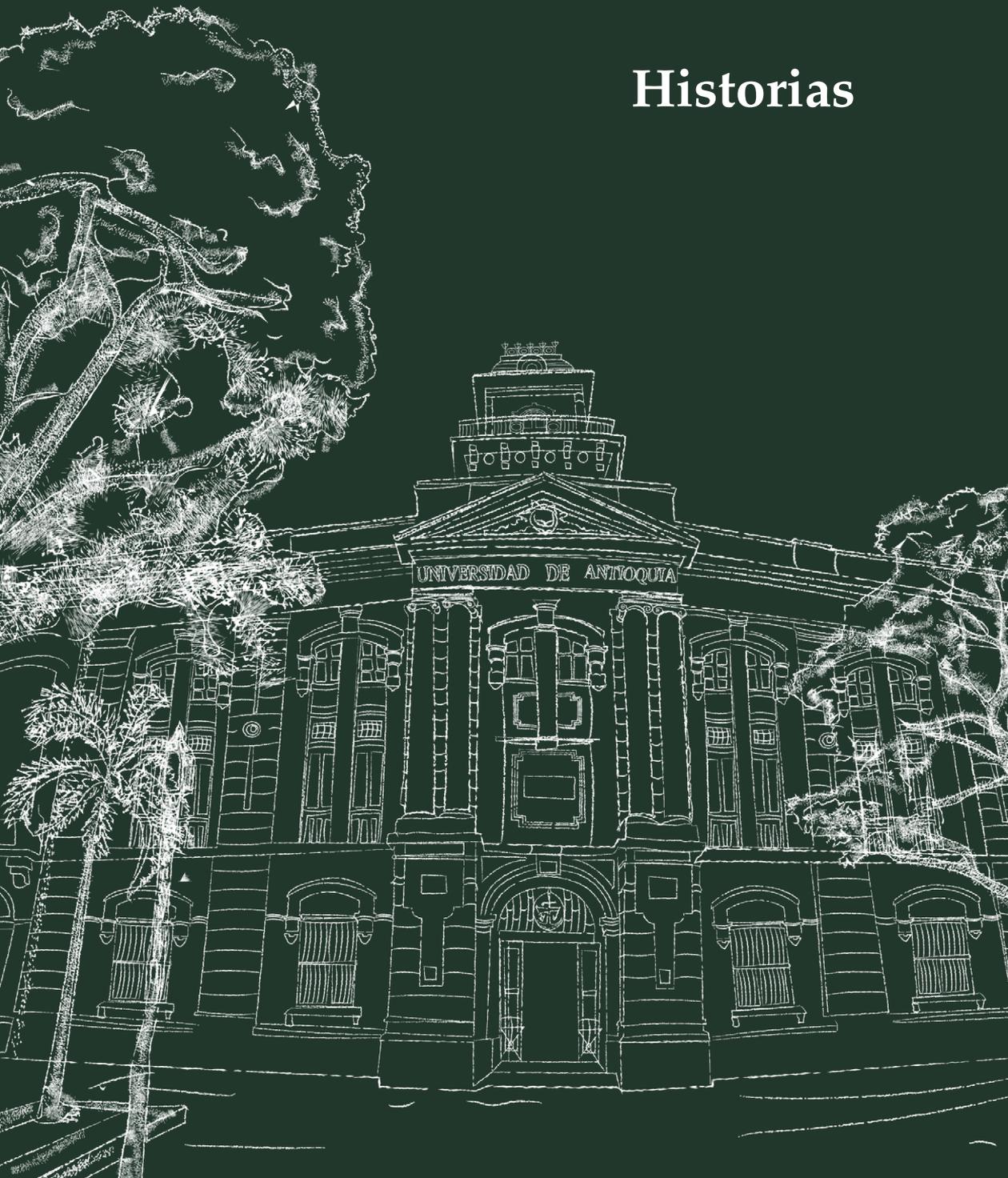
gonistas representan a muchos universitarios de las distintas épocas de nuestra Alma Mater. Y sobre todo, podemos decir con certeza que cada uno de los autores de los textos reunidos aquí, cuando escriben sobre esos personajes lo hacen con *Palabras que brotan del Alma*.

Así, pues, estimados lectores, una vez advertidos sobre los propósitos y características de este libro, los invitamos a que a través de las siguientes páginas hagan un recorrido que puede ser un tanto fortuito y fragmentario —e incluso con voces disonantes como en la Universidad real— pero al mismo tiempo cohesionado a través de un hilo conductor que atraviesa estas páginas de principio a fin, gracias a un elemento común a todos los autores reunidos en este volumen, incluyendo a quien firma este prólogo, y es el amor y compromiso por la Universidad de Antioquia, con la convicción de que, como lo advirtiera el exrector Lucrecio Jaramillo hace más de medio siglo, “De nuestra Universidad presente depende la Universidad futura: ella está germinando ya sor-damente en nosotros”. Todas estas páginas, incluida esta introducción, buscan ofrecer una mirada panorámica a los 220 años de historia de la institución, con *Palabras que brotan del Alma*.

Andrés Vergara Aguirre



Historias



Discurso dirigido a los alumnos del Colegio Académico de Antioquia, el 1.º de noviembre de 1836¹

Miguel Uribe Restrepo
Profesor

Felices vosotros, jóvenes estudiantes, que bajo la dirección y bajo los auspicios de preceptores tan juiciosos como ilustrados, os apresuráis cada vez más a recoger con ansia y cosechar a manos llenas las sanas doctrinas y los preciosos rudimentos que os imparten ellos con tierna diligencia y con esmero. Felices, lo repito, pues que desembarazados de las trabas y cadenas con que el más fiero y bárbaro despotismo oprimió el pensamiento en estas regiones, podéis ya lanzaros con atrevimiento y con un libre entusiasmo en la vasta carrera de los conocimientos humanos.

Libre la imprenta, vehículo precioso y el conductor más seguro de las luces, sin la Inquisición, sin ese monstruo horrible y detestable que nutrió la España en su seno y trasplantó después a la América con escándalo de la razón y de la filosofía, abierta y franca a la comunicación del granadino con las naciones cultas de la Europa y con las del mundo entero, multiplicados en nuestras provincias los colegios y las casas de educación, desterrada de estos establecimientos la jerga escolástica y sus fútiles y frívolas cuestiones que, lejos de ilustrar y perfeccionar el entendimiento humano, no producían otro efecto que el de enmarañarlo y confundirlo más, y el de investir, después de muchos años de tareas y desvelos, de los títulos del doctorado y de la sabiduría a quienes nada más habían aprendido que a enfurecerse gritando; sustituido al

.....
¹ Juan José Molina (compilador). 1998. *Antioquia literaria* (pp. 151-153). Medellín: Colección Autores Antioqueños, vol. 117.

frenético furor del peripato y su absurda y tenebrosa enseñanza por el método analítico y filosófico, método que ha hecho y hace en el mundo intelectual y moral mayores y más estupendos prodigios que los que obrara Arquímedes con su palanca física levantando y conmoviendo el universo entero; provistos y enriquecidos con mayor abundancia de libros clásicos y elementales que un comercio benéfico importa en nuestro suelo y nos expende a precios más cómodos; y en fin, abierta al granadino la carrera del honor y de la gloria y pudiendo optar a todos los destinos políticos, civiles, militares o eclesiásticos: no hay que dudarle, jóvenes amantes de la sabiduría, nada es capaz de detener el movimiento rápido y progresivo que se ha impreso ya al pensamiento en estas comarcas y el cual elevará muy pronto a la cumbre de la riqueza, del poder y de la civilización.

Un fanatismo audaz pero impotente en vano clamará, en vano rabiará, en vano exasperará los ánimos a fin de derrocar las instituciones establecidas, juradas, consagradas y obedecidas por la nación, y a las cuales no se puede tocar, aun para el laudable fin de mejorarlas, y perfeccionarlas, si no por los medios pacíficos y legales que ellas mismas han sancionado. El fanatismo, esa sed ardiente de dominarlo y avasallar todo, ese celo exagerado y frenético por la religión a la cual se insulta, se huella y se desprecia desde el momento en que se le invoca para el mal y para el desastre, el fanatismo con toda su negra cohorte, la superstición, la ignorancia, la preocupación y las pasiones malévolas, reducido a sus miserables trincheras morderá el polvo despavorido y temblando, será sofocado con su propio aliento, y se desgarrará a sí mismo las entrañas sin que logre obtener de sus vanos e impotentes esfuerzos más que la rabia, la desesperación, la vergüenza, el oprobio...

¿Y quiénes serán, jóvenes aplicados y virtuosos, las personas encargadas de proseguir y consumir este ilustre triunfo? ¿Quiénes han de sostener y vindicar los sagrados derechos de la razón y de la verdad en estas regiones cubiertas en otro tiempo de las nieblas de la más crasa y vergonzosa ignorancia y abiertas hoy a la benéfica influencia de los rayos de la filosofía y la civilización? ¿Quiénes, los que han de postrar ese monstruo horrible del fanatismo que ha cebado su saña en todo el mundo cubriéndole de luto, de lágrimas y sangre? Vosotros: sí, vosotros sois, jóvenes ilustres, el ejército glorioso que desde hoy destaca la

patria para conseguir esa gran victoria. Vosotros que sois sus designados para fijar irrevocablemente en este suelo el imperio de la razón ilustrada. ¡Qué bella misión! ¡Cuántas mejoras! ¡Qué rápidos progresos en las artes, en las ciencias, en la industria espera la patria justamente de vosotros! De vuestro seno han de brotar y brindársele hombres eminentes en todos los ramos de los conocimientos útiles políticos, legisladores, jurisperitos, matemáticos, poetas, oradores, filósofos, ministros dignos del Santuario... Vosotros formáis, jóvenes, el plantel precioso y fecundo donde deben germinar, nutrirse y fructificar todas estas plantas útiles al Estado.

Ánimo, pues, jóvenes estudiantes; continuad vuestra gloriosa carrera con el entusiasmo de la aplicación y de la constancia. Someteos con docilidad a los consejos de vuestros maestros, recibid con agrado sus útiles preceptos, grabadlos profundamente en vuestro ánimo. Así os perfeccionaréis cada día más y más, así os distinguiréis del común de las gentes, y así vendréis a ser verdaderamente útiles a vosotros mismos, a vuestras familias y a la patria.



Ante el cadáver del doctor Clodomiro Ramírez¹

Julio César García
Profesor

*Diríase que al caer la oliva madura bendice la tierra que la ha
producido y da gracias al árbol que la ha llevado.*
Marco Aurelio

Destaco de los “Pensamientos” del emperador-filósofo estas consideraciones sobre la muerte, porque cuadran a la del varón magnánimo que supo cumplir a plenitud sus deberes para con la vida, en la sociedad de la familia, en el culto de la amistad, en el apostolado del derecho, en la consagración al servicio de la juventud, como expresión de su amor a la patria de ayer, de hoy y de siempre.

“La muerte es un misterio de la naturaleza, como el nacimiento. Por consiguiente, no puede humillarnos, no tiene nada que repugne a la esencia de un ser inteligente, ni al plan de su formación”.

“Te embarcaste, has navegado y llegaste hasta el final del viaje, pues sal del barco... Retírate con alegría, porque aquel que te despide es la bondad misma” [Marco Aurelio].

El egregio varón cuyos despojos vamos a devolver a la tierra, mientras torna a la esfera de los cielos lo que en el compuesto humano es de origen divino, no es de aquellos a quienes pudo decir Marco Aurelio:

¹1940. *Revista Universidad de Antioquia* 42, pp. 191-194.

“Vas a morir sin tardanza y no posees todavía ni sencillez de alma, ni la quietud perfecta; aún temes algún acontecimiento extraño y no guardas una benevolencia completa para con tus semejantes; como tampoco fundas únicamente la sabiduría en la práctica de la justicia”.

Porque el doctor Clodomiro Ramírez conquistó la suprema serenidad del espíritu y el derecho al reposo de una senectud venerada, en medio de una familia que es decoro de la raza y espejo de hidalguía, rodeado de discípulos innumerables, que han hecho una religión del culto a su nombre, gracias a una vida plena de los dones de la inteligencia y del corazón y del ejercicio de virtudes positivas, de aquellas que constituyen “la profesión de hombre”.

Ante todo, tuvo una personalidad de fisonomía inconfundible, en medio de una generación que va desapareciendo y deja la melancolía de un crepúsculo, porque con ella se van muchas de las instituciones que han constituido el patrimonio moral del pueblo colombiano.

Renuevo magnífico de la generosa estirpe abejorraleña, cultivó el orgullo de su solar nativo y lo expresaba en forma elocuente cuando al calificar a uno de sus conterráneos decía: “Si ha bebido agua de la quebrada de las Yeguas, sirve”.

Por los austeros claustros del Seminario de Medellín cruzó el adolescente en la iniciación de sus estudios de humanidades, para pasar luego a la Universidad de Antioquia, cuya facultad de jurisprudencia le confirió el título de doctor en 1892. En las mismas aulas enseñó por muchos años derecho civil con acopio de doctrina y sindéresis jurídica, que lucía al mismo tiempo en la magistratura civil del Tribunal Superior, en la secretaría de hacienda, dos veces en la gobernación del departamento, como diputado y presidente de la Asamblea de Antioquia, senador por el departamento del Cauca; ministro de gobierno en la administración Restrepo; Procurador General de la Nación y poderoso remo en la transformación política que llevó al poder al doctor Olaya Herrera; periodista de incisiva pluma, que con igual facilidad liquidaba una situación con las cuatro palabras de un telegrama o producía un estudio histórico o jurídico, denso de contenido y de forma brillante. En el ejercicio de su profesión y al servicio de la justicia, en la magistratura o en la administración pública, su inteligencia daba llamaradas salomónicas; su iniciativa contribuyó eficazmente al progreso

y al afianzamiento de instituciones que dan a la república fisonomía civil; pero ante todo su probidad era un baluarte y su generosidad la llave de todas las simpatías.

La Universidad de Antioquia, Madre fecunda a cuyo amparo maduró su inteligencia y templó su voluntad, fue objeto de su mayor solicitud en el gobierno. El rectorado de este glorioso instituto vino a ser como la corona de su meritoria existencia, al mismo tiempo que el campo propicio donde fructificaron sus mejores dones. Por algo riegan hoy su tumba las lágrimas de miles de discípulos agradecidos y su recuerdo es ungido de perennidad en los surcos juveniles.

Entre las realidades espléndidas de su rectorado de cuatro años cabales están la organización y dotación de la Biblioteca, laboratorio de ideas y centro de investigación que extiende su prestigio a todo el país y cuyos beneficios superan con mucho la fama que ha conquistado; la fundación de la revista, heraldo insuperado de la cultura nacional, que ha dado alas al nombre de nuestro instituto y lo ha conducido con gloria a todos los confines del planeta; el establecimiento de la radiodifusora, vehículo prodigioso de toda noble inquietud; la organización de la campaña por el fondo acumulativo universitario, llamado a fortalecer la economía del plantel y a darle su verdadero carácter ecuménico, al lado de esfuerzos constantes por la seriedad de los estudios y el bienestar de profesores y educandos.

Quienes le debimos atenciones sin cuento y la más perfecta solidaridad, fuimos al mismo tiempo testigos y beneficiarios de su desvelado interés por toda preocupación de progreso. Sabemos también de su mano dadivosa, de su palabra alentadora, de su mirada de cariño paternal para con los estudiantes, de su corazón inmenso, en que cada uno de los alumnos encontraba cabida.

La clave de su actitud para con los semejantes está en la palabra del filósofo con el cual persisto en hallarle analogías espirituales: “Los hombres han sido creados los unos para los otros. Instrúyelos, pues, o sopórtalos. Perfecciónalos, si puedes; y si no puedes, recuerda que para ellos te ha sido dado el sentimiento de la benevolencia” [Marco Aurelio].

En la historia de la Universidad de Antioquia ocupará siempre sitio de honor el nombre de este Rector Magnífico, primero en la galería de

los conductores máximos con quien se cumplió un rito de gratitud al investirlo hasta la muerte del título de Rector Honorario.

La lección de su vida perdurará en los claustros, llenos en su desolación del espíritu del Maestro.

Las personas que llevan la investidura de la república en el departamento de Antioquia en su mayoría cuentan con honor haber recogido las enseñanzas de este colombiano ilustre, paradigma de gobernantes probos y celosos por la integridad de los derechos del hombre en armonía con las garantías sociales. Para hacerse intérpretes del duelo nacional, han enaltecido hasta lo inefable la oscuridad de mi nombre el señor gobernador del departamento, el señor rector y los honorables miembros del Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia. Mi voz traduce débilmente sus intenciones en este puerto del misterio.

Al llorar la desaparición de los seres queridos, nos lloramos a nosotros mismos. El tributo de nuestras lamentaciones expresa solamente la falta que nos hacen.



Allí nació la Universidad de Antioquia¹

Julio César García
Profesor

Discurso pronunciado por el Dr. Julio César García al colocar en el Edificio Olano la lápida conmemorativa del lugar en donde inició sus tareas el Real Colegio de Franciscanos, origen de la Universidad de Antioquia.

La historia de la Universidad de Antioquia, lo he repetido varias veces, es la historia de la patria en muchas de sus páginas más brillantes e insuperable punto de referencia para quienes buscamos en las lecciones del pasado lo que nos une y no lo que nos divide.

Demostrado quedó también en otra ocasión que la Universidad ha sido el eje alrededor del cual han girado los hombres, los sistemas y gran parte de los demás institutos que han venido a formar el acervo de la cultura antioqueña. Si puede establecerse un meridiano espiritual de Antioquia, no será otro que nuestra Universidad.

Al señalar el hecho fundamental y que ha contribuido a dar fisonomía a cada una de las ciudades de Colombia, no he vacilado tampoco en afirmar, y estoy cierto de haberlo demostrado hasta la evidencia, que la Universidad de Antioquia es lazo de unión de los principales acontecimientos históricos vinculados a la vida de Medellín, eslabón de solidaridad entre sus hijos ilustres y servidores de mayor mérito, ejecutoria a la gratitud nacional y fundamento de su grandeza.

¹1946. *Revista Universidad de Antioquia* 80, pp. 461-467.

No ha de consistir esta únicamente en la cifra de sus habitantes y edificaciones, en el volumen de su economía, ni en el simple goce material de comodidades que suministra el dinero: para que una ciudad merezca el calificativo de culta requiere estar dotada de todos los elementos que dicen relación a la plenitud de la vida espiritual y al perfeccionamiento de los caminos para llegar a Dios por el bien, la verdad y la belleza.

En otras oportunidades he expuesto la importancia económica que implica para Medellín su categoría de ciudad universitaria, o, en otras palabras, rindiendo tributo al pragmatismo del medio, he mostrado a nuestros capitanes de empresa el buen negocio que para ellos representa fomentar la cultura y en cierto modo también flotantizar la inteligencia y los valores del espíritu.

Hoy quiero señalarles de paso el grave peligro de que Medellín llegara a perder el equilibrio de su desarrollo armónico que, agregado a su clima y a la belleza del paisaje, hace de esta ciudad la más propicia al hombre colombiano para convertirse en una factoría industrial, con una población predominante de obreros fabriles, sin tiempo ni interés para procurarse un mediano nivel de cultura, y entregada a gastar alegre y despreocupadamente el fruto de la ganancia fácil.

Debemos acrecentar los estímulos de perfeccionamiento integral en el orden del desarrollo físico, del fortalecimiento de la voluntad y del cultivo de la inteligencia y del gusto, si no queremos ser arrastrados por el torbellino de la civilización maquinista, del hedonismo irresponsable de una holgura transitoria, de una nueva forma de barbarie aderezada con sofismas demagógicos. Anclando fuertemente en la tradición podremos encarar con mayor eficacia los problemas presentes y futuros, pues el culto al pasado, lejos de producir estancamiento, es un estímulo poderoso para la acción y el progreso, en su sentido literal de marcha hacia adelante.

El recuerdo del pasado y los objetos que contribuyen a mantenerlo vivo forman parte intangible del patrimonio moral de los pueblos y de las instituciones. Un capitalista norteamericano logró reconstruir en todos sus detalles un castillo de la edad media europea y al mostrárselo a un hidalgo del viejo mundo le preguntó: “¿Qué le falta para ser exactamente igual a los castillos feudales?”, y el interpelado, que llevaba la historia en la sangre, le replicó:

—Las huellas de las espuelas de los caballeros cruzados en los peldaños de la escalera.

“Yo conservaré mientras viva —nos decía monseñor Rafael María Carrasquilla, al referirnos este episodio— la escalera del Colegio del Rosario por donde bajó Caldas al patíbulo y el salón donde pasó su capilla Policarpa Salavarrieta”.

Estos testimonios vivos de la tradición no se adquieren con dinero, pero valen mucho más que los bienes tangibles, y ya sabemos que este siglo los cotiza hasta en las empresas industriales y cree valorizarlos aún más nombrándolos con dos de las más nobles palabras de la lengua inglesa: *Good will*, buen querer, como quien dice valor entrañable de afecto.



Obramos, pues, dentro de la lógica de la gratitud y del culto a la tradición al empezar esta semana cultural universitaria señalando con testimonio perdurable el sitio en donde empezó a funcionar el Real Colegio de Franciscanos, génesis de la Universidad de Antioquia y relicario de las virtudes de la raza.

Bajo el rectorado de fray Rafael de la Serna y en virtud de la real cédula del 9 de febrero de 1801 se dio principio el 20 de junio de 1803 a las enseñanzas de primeras letras y del aula pública de gramática “a los muchos jóvenes hijos de padres pobres y ricos que han entrado al curso de esta Facultad”; porque ha de saberse que el privilegio real se extendía también al establecimiento de estudios de facultad mayor, o sea cátedras de latín, filosofía y teología, que en años posteriores dieron frutos espléndidos.

Aunque el P. La Serna y sus compañeros fray Juan Cancio Botero, fray Antonio Suárez, fray Luis Gutiérrez y el hermano Nicolás Bernal Donado se habían alojado el día de su llegada (21 de marzo de 1803) en una casa del Dr. Manuel Londoño y Molina situada en esta misma plaza mayor a linde con la antigua del Cabildo (hoy edificio de la Compañía Colombiana de Tabaco), el 19 de mayo se trasladaron a esta otra casa, de propiedad de las monjas Carmelitas, donde hoy está el edificio Olano, contigua a la iglesia llamada de San Francisquito, “dándole mando y gobierno por dentro por el coro, para que dichos religiosos puedan cumplir con sus obligaciones y funciones en dicha iglesia, sin incomodarse a buscar otra”.

El día 2 de agosto de 1803, “jubileo de Porciúncula, con asistencia de todos los cuerpos políticos y general regocijo”, se bendijo y colocó la primera piedra para el edificio de convento y colegio. Para tal efecto se compró a Manuel Yepes y Juan M. Hernández en la suma de ciento sesenta y dos castellanos de oro (162) el terreno que hoy ocupan la iglesia y el colegio de San Ignacio y el edificio central de la Universidad. En el Archivo Nacional se encuentra el plano para el edificio, levantado por fray Luis Gutiérrez: mediando la iglesia se señalaba para convento el local del Colegio de San Ignacio y para Colegio el de la Universidad, así: frente, aula de primeras letras; al costado norte el aula de menores, la de mayores a continuación, aposentos en la galería oriental del claustro y atrás un buen lote para prácticas agrícolas.

De la construcción se llevó un diario minucioso, en el cual se anotan los oficiales y obreros empleados en cada sección; de allí los siguientes datos: “Concluidos los cimientos de la iglesia, colegio y claustro conventual y los del noviciado en el breve tiempo de dos meses y dos días, el 10 de octubre empezaron las tapias en la parte del convento”. Los alcaldes Joaquín Sañudo y José Miguel de Restrepo costearon las tapias en la primera semana. El 16 de noviembre se empezó la segunda vuelta de tapias; el 19 de diciembre la primera vuelta en la parte señalada para colegio; el 20 de enero de 1804 la tercera vuelta en el edificio del convento; el 25 de abril se hizo el primer arco y el 29 empezó la construcción de las paredes de la iglesia; el 6 de junio se empezó a envigar el entresuelo de la obra del convento; el 16 de agosto la pilastrería del claustro y el 7 de noviembre la pilastrería y arquería altas; el 6 de diciembre comenzó la armazón de los techos.

“El ilustre cabildo, el cuerpo eclesiástico y los curas de los partidos personalmente han concurrido a la carga y conducción de materiales”, se lee en el expediente del Archivo Nacional; en el del Concejo se encuentran las cuentas de la construcción y los nombres de los contribuyentes gratuitos para ella, así: Pbro. José Ignacio Pérez, con dos esclavos por el término de un mes; doctores Alberto María de la Calle y Carlos Restrepo con el costo de un tapial en seis días; el partido de Hatoviejo concurrió un día a cargar piedra; los partidos de Envigado, Itagüí, Guayabal y Aguacatal trajeron 160 bestias con sus correspondientes peones; el de Otrabanda envió ochenta bestias y sus peones para el acarreo de la teja

(el tejar fue cedido por el Pbro. José Antonio de Posada); la piedra de cantería fue acarreada por ciento diez bestias del partido de San Cristóbal. “En este mes de abril de 1805, se lee en el expediente citado, se ha comenzado a labrar la piedra azul para el ornato o frontispicio de la fachada de la iglesia; dichas piedras se condujeron desde el paraje El Volador, más allá de una quebrada, todas en hombros de hombres hasta la fábrica; para esto había convites los domingos y días de fiesta”.

Los franciscanos mantuvieron su Real Colegio en este sitio desde 1803 hasta septiembre de 1812 en que fray Rafael de la Serna se vio obligado a salir de Medellín, porque “estaba perjudicando aquí el sistema de la Independencia”, pues era empecinado realista y consta que en su celda quemaron los señores Manuel M. Bonis y Juan José Obeso los papeles heréticos y revolucionarios que con el título de “La Bagatela” se publicaron en Santafé. Entre los discípulos del P. La Serna en las cátedras de latín y teología se contaron el Pbro. José M. Uribe Mondragón, primer rector del Colegio de Antioquia, el Pbro. José Tomás Henao, benemérito cura de Sonsón, y el Pbro. Francisco de Paula Benítez, cura de Medellín por más de cincuenta años.

Fue fray Rafael escritor distinguido, cuyas cualidades se pueden apreciar de consuno con las de investigador erudito en la Historia de la devota imagen de la Virgen del Campo que se venera en la capilla de San Diego de Bogotá, imagen cuyo culto data del año de 1619 y es de los que se pueden llamar raizales, pues por medio de él imploraban los santafereños la defensa de sus sementeras contra los estragos del polvillo. Escrito en 1815, el original fue hallado por el P. fray Carlos Gil Roza y publicado por el P. Rafael Almanza. También escribió una relación histórica sobre la imagen de Jesús Crucificado que se venera en la iglesia de Ubaté; se publicó en Tunja en 1833, 23 páginas en 8.^a, y en la portada se lee de su autor que fue lector de Sagrada Teología y examinador sinodal del obispado de Popayán.

En el archivo provincial del convento de Bogotá se encuentra la “Historia de Nuestra Señora de las Mercedes, aparecida en un pequeño diseño de papel blanco por los años de 1811 a la sierva de Dios Francisca Pascuala de Arango de la Santísima Cruz, oriunda de Medellín, escrita por el P. fray Rafael de la Serna, su confesor por el tiempo de doce años-1815”. Este manuscrito de 264 páginas fue extractado por fray Gregorio

Arcila Robledo para su publicación, con interesantes datos sobre el P. La Serna, en un folleto de 46 páginas en la Tipografía Bedout de Medellín-1931. Tengo la oferta de los originales de esta obra del P. La Serna, sobre una posible santa medellinense, en el caso de que sea dable publicarla íntegra.

El docto historiador Pbro. Alfonso Zawadzky posee un manuscrito del P. La Serna, precioso por su contenido y por su nitidez caligráfica, con la siguiente portada: “Ameno Paraíso de la Religión Seráfica. —Adornado con las flores más selectas de las obras de algunos autores de la misma Religión. Para el uso de los novicios de este Convento de N. P. S. Francisco de la Villa de Medellín. Dispuesto por el P. fray Rafael de la Serna, Fundador de dicho Convento. —Año de 1810”, 425 páginas en 32.º. Contiene historia y elogios de la Orden Franciscana, regla de la misma y comentarios acerca de ella, ejemplos o parábolas, prácticas de piedad y especialmente oraciones marianas que forman un devocionario “de puro sabor franciscano, sin ñoñeces ni recargos que vuelvan rutinaria la práctica de la verdadera piedad, que debe ser una cosa muy sólida, racional y metódica”.

Tenía fray Rafael de la Serna, según testimonio de sus contemporáneos autorizados, las “apreciables cualidades de su raro ejemplo en su arreglada vida y cristianas operaciones que, junto con su acreditada literatura, genio amable y político, desinteresado en los intereses terrenos y celosamente interesado en los espirituales y bien de la patria, forman un conjunto de singulares prendas que de justicia le hacen acreedor a la general estimación que goza”.

Se creía antes que el P. La Serna era español, pero hoy está confirmado que nació en Santafé de Bogotá. Muy joven ingresó en la orden Seráfica y en 1792 era ya secretario del provincial fray Antonio Gómez Polanco, más tarde obispo de Santa Marta, en la visita canónica al convento de San Diego.

En el convento de franciscanos de Guaduas fue resolutor de casos de moral (1815), maestro de novicios en el convento de San Diego de Bogotá, profesor de gramática (1823), lector de teología mística y de regla seráfica y cronologista de la provincia de Bogotá (1827), vicario de San Diego y lector de moral y teología (1830), regente de estudios en Tunja, sin cesar en sus funciones de cronólogo (1835 a 1837).

Hacia 1838 terminó en Tunja o en Bogotá la vida de este benemérito religioso, a quien es de justicia referir las glorias del Instituto que lo cuenta por fundador.

Al proclamar su nombre como uno de los que son tutelares de los destinos de la Universidad lo dejamos consagrado a la veneración de los antioqueños.

Al cumplir este deber la Universidad sabe que sus responsabilidades son correlativas a la gloria de que están llenos sus anales, que irradia de cada una de las piedras de sus edificios y se difunde por todos los ámbitos de Colombia. Pero al mismo tiempo exige con pleno derecho que se le reconozcan y hagan valer sus títulos invulnerables de primogenitura, con los honores y prerrogativas inherentes a su primacía en el tiempo, en servicios y en el corazón de los antioqueños.



Recuerdo y Elogio de don Tulio Ospina. Ante el busto del ilustre exrector¹

Francisco Rodríguez Moya
Profesor

Lauro gallardo el que me ofrece hoy la Universidad de Antioquia al Elegirme entre sus hijos para que exalte aquí la memoria del Maestro. Un día presté ante él un juramento: el juramento de ser leal a la Alma Mater y a las instituciones de la República; y pienso ahora con ufanía que estoy cumpliendo esa promesa de honor, en medio de sus discípulos, frente a un grupo austero de profesores y de hombres de pensamiento, cerca de una juventud que tiene el encargo de mantener mañana la grandeza de la patria y al pie del escaso pedestal que soporta su figura procera.

Felices los pueblos que tienen enjambres rumorosos de universitarios capaces de invadir las vías públicas, sin boato y sin estruendo, para decir lo que sienten y lo que piensan a la sombra de sus bronces o de sus mármoles.

Porque ya, sobre el planeta que dominó el *Homo sapiens*, quedan pocos sitios propicios para el libre discurrir de las ideas; y por una trágica paradoja de la Historia, cuanto más se eleva la especie en la escala del conocimiento, tanto más confusa es la visión de la vida y de la sociedad que ella alcanza.

El espíritu humano ha recorrido vacilante la tácita cadena de los siglos, conturbado por el misterio de su destino.

El espíritu humano por medio de las matemáticas extendió sus cálculos hasta los astros; pero no ha podido averiguar todavía el rumbo que lleva su pequeño mundo, entre la soledad estelar.

¹1948. *Revista Universidad de Antioquia* 85, pp. 6-11.

El espíritu humano, por medio de la mecánica, fabricó poderosas máquinas y complicados aparatos capaces de ejecutar las operaciones más sorprendentes; pero no para el descanso del trabajo, ni para el ahorro de la fatiga; sino para poner la fuerza al servicio de la opresión.

Por medio de la física penetró en los más recónditos secretos de la materia; pero no para atrapar sustancias vitales que alimenten un millar de millones de seres hambrientos y desnutridos, sino para descubrir energías ocultas capaces de barrer en una hora la paz de un continente.

El espíritu humano supo desde los albores de la inteligencia que la belleza ejerce un poder irresistible sobre el sentimiento; que la verdad esclaviza férreamente, sin dejarle evasión posible al entendimiento; que el bien es la suprema meta de la voluntad. Pero buscando desatentadamente el cumplimiento de esos ideales, no ha podido hacer reinar hasta hoy sobre la tierra ni la belleza, ni la verdad, ni el bien.

El espíritu humano, que encendieron como un hachón olímpico las manos de Platón, bajo los plátanos de la Academia, ha ido iluminando a lo largo de su tortuosa carrera panoramas alternos de civilización y de barbarie; pero no se sabe ahora si va a quedar convertido en el azul fosfeno que pasa sobre los campos abonados por la muerte, o en la roja antorcha crepitante que prepara la conflagración del porvenir.

Ved pues si hay ahora ocasión para un sano regocijo de la mente, cuando en el aula abierta de una modesta plaza de Colombia, entre la brisa fresca y bajo su libre cielo, nos congregamos en torno a la severa figura de un maestro, de la misma manera que lo hacíamos en torno de su cátedra, como para seguir recibiendo el riego de optimismo y de sabiduría que él roció ayer no más sobre la era de nuestras juventudes en flor.

Venía de campos muy distantes cuando nosotros le conocimos. De lejanas universidades extranjeras traía el docto saber, y una lupa en la mano para el examen cristalográfico de nuestras formaciones geológicas. Había enseñado Mineralogía y Metalurgia a Alejandro López y a Efe Gómez entre los socavones del Zancudo.

Había plantado cafetales en Cerro Bravo y acumulado observaciones sobre una Botánica geográfica, de acuerdo con la posición altimétrica de las tierras y con la composición de los suelos. Había fundado nuestra primera escuela de Agronomía. Había cultivado la afición a la Historia y conocía las raíces comunes a los vocablos fundamentales de las lenguas.

Había manejado con galanura la prosa y el cuento. Había esgrimido su sable de guerrero en nuestras contiendas intestinas, en defensa de sus convicciones políticas. Había conocido la emoción del triunfo y la emoción de la caída, el bienestar de la prosperidad y la angustia de la adversa fortuna. Y ya así, a esa hora de madurez en que el alma se torna displicente ante todos los ritos, ese hombre musculado y moreno, olvidado de sus preesas de caballero de altísima alcurnia social, de sus condecoraciones de erudito, de sus arreos de militar y de su pluma de polígrafo, se llamó sonora y sencillamente don Tulio, y entre una turba bulliciosa de muchachos esperanzados, emprendió la tarea de dotar a la patria de una generación de hombres que derivaran hacia todos los rumbos de ella, con el corazón y la mente llenos de enseñanzas fecundas.

Porque es allí, más que en el acervo de sus virtudes públicas y privadas, en donde reside su obra, que no ha de hacer tránsito hacia el olvido. Es en la reforma de la Universidad, y en la creación de la Escuela de Minas.

La antigua Universidad de Antioquia había venido a menos, hasta el punto de no contar con medios de subsistencia, y él se vio forzado a sostenerla con los escasos fondos de la Escuela Nacional de Minas refundiendo los dos institutos. Víctima de nuestros comunes errores del pasado, la Universidad era una institución arcaica y semifeudal, cuyos muros asilaban durante nuestras guerras civiles a los batallones del Gobierno, y en cuyas prácticas quedaban rezagos cuartelarios, de los cuales no era el más abominable el del calabozo, para reprimir a los estudiantes.

Don Tulio restableció la dignidad humana entre sus educandos, abolió los sistemas coercitivos, y les dejó pensar y obrar a su modo, cualesquiera que fuesen sus ideas filosóficas y políticas, con tal de que se ciñeran a la ética más exigente, y al más atildado comportamiento social.

Dejadme un momento que me deleite en mis recuerdos:

Cursábamos Filosofía bajo la dirección de un pastor ilustre separado de su grey y entregado a las labores del magisterio, y llegamos al planteo de una alta cuestión ontológica, particularmente sensible para él, en relación con los dogmas, con las facultades trascendentales del alma humana, y con la infalibilidad pontificia. Agria y aun irreverente debió haber sido la argumentación que instalamos contra el profesor, cuando a la mitad de la clase la suspendió, retirándose mohíno.

Al día siguiente comparecimos llenos de temor ante don Tulio, quien nos dijo así:

El padre Rodríguez ha ofrecido retirarse de su cátedra ante el temor de ser irrespetado. Yo podría echar mano del reglamento, que tiene muy severas sanciones para estos casos; pero prefiero hablarles a ustedes como a hombres, y más que todo como a caballeros. Puesto que los estatutos del establecimiento hacen obligatorio el curso, y puesto que al profesor no se le puede poner tacha valedera, exijo que se estudie la materia en toda su amplitud, y que se guarden con él los miramientos que merece: el deber de ustedes es escuchar, inquirir, meditar, aprender, respetar y pensar luego como el buen juicio se los aconseje; y yo espero que sabrán cumplirlo.

Las clases se reanudaron, y el esclarecido levita obtuvo un gran éxito en el año escolar. Ninguno de mis ilustres condiscípulos, ni yo tampoco, nos hemos distinguido por nuestro fervor apoloético, ni hemos sido ni llegaremos quizá a serlo, paladines de la Religión; pero todos aprendimos a respetar las convicciones ajenas, y a mantener las nuestras al amparo de nuestro propio fuero, sin arriesgarlas en los embates de una polémica apasionada o baladí.

Lejos del caldeado ambiente de las pasiones políticas, hablo bajo la protección de una diáfana inmunidad, porque hablo en mi carácter de universitario.

Para el torpe zagüero que soy yo, de ese brillante cuadro de hombres salido de los claustros de la Universidad y de la Escuela de Minas que han ocupado con máximo decoro la Presidencia de la República, los ministerios de Estado, los sillones del Congreso, de la Corte Suprema de Justicia y de las corporaciones científicas, o las gerencias de las empresas principales del país, no existe duda alguna de que en el éxito constantemente alcanzado obró el impulso inicial de institutos que, al enfrentar a sus educandos con la vida, los dotaron de una cultura especial, con la noción precisa de la responsabilidad y les infundieron confianza en sus designios, probidad en sus acciones, brío tesonero en sus esfuerzos y dignidad en sus aspiraciones.

Pero detrás de todo eso estaba el brazo diestro y fuerte del conductor que prodigaba espaldarazos definitivos a quienes iban a luchar, y han vencido.

El lema de la Escuela de Minas fue impuesto por él, en brillantes caracteres que ella ostentará siempre con sereno orgullo: "Trabajo y Rectitud".

Entre esas dos palabras inmovibles quiso él que se encarrilara siempre la acción de sus discípulos, cuando en las sagaces enseñanzas que emanaban de su cátedra de civismo, una de las más bellas asignaturas que les hizo cursar, hablaba de las obligaciones sociales, de las pequeñas virtudes ciudadanas, de los deberes del hombre para con el hombre, de las supremas consolaciones del hogar o de la rígida osatura de los principios que no debe ser sensible al temor, ni a la doblez, ni a la cobardía.

Señor Rector: tenéis en vuestras manos una juventud vigorosa que marcha confiada hacia el futuro. Yo quiero pedirle por vos, en nombre de quienes la han precedido, de los cuales el más alto rige hoy los destinos de Colombia, y al pie de la imagen de este maestro, que mañana su obra sea tal, que como en la frase bíblica se les conozca por ella. Que aun sin saberse quién ejecutó una buena acción, se reconozca el paso de su mano por el rastro de nobleza y de justicia que ella deje; como en la selva, se reconoce la huella del león por la estrella de la garra.



Los Bachilleres de 1950 hacen una promesa¹

Rafael Pérez Cárcamo
Egresado del Liceo Antioqueño

(Discurso pronunciado por el bachiller señor Rafael Pérez Cárcamo durante el acto final de la Universidad de Antioquia el 24 de noviembre de 1950).

Muy ilustre señor rector de la Universidad. Dignísimo Señor representante de la Dirección de Educación. Nobilísimos galenos. Señores profesores, compañeros, damas, señores:

El motivo de mi presencia en esta tribuna, cargada de años, adornada con la presencia de oradores ilustres, venerable por los juramentos aquí tomados y santificada por el sacrificio del amor, tantas veces ofrendado con humildad, no es otra que la buena voluntad de un simple universitario que ambiciona manifestar en algo a las supremas directivas universitarias, a los oyentes y a vosotros compañeros de infortunios y de victorias, los móviles que me han inducido a elaborar el presente documento, refrendado con nuestras firmas y que a la letra reza así:

Los suscritos bachilleres de 1950 de la Universidad de Antioquia, libre y espontáneamente nos obligamos bajo palabra de caballeros a estar el nueve de octubre de mil novecientos sesenta, día clásico de la Universidad, en esta aula máxima de la Alma Mater, salvo causas mayores, para tributarle el homenaje de nuestra gratitud y obsequiarla con dádiva generosa en reconocimiento a sus desvelos por el éxito de todos y de cada uno de sus hijos

.....
¹1950. *Letras Universitarias* 29, pp. 15, 19.

en su carrera profesional.

La fraternidad, el compañerismo y la gratitud serán los invitados de honor para presidir esa magna asamblea futura, donde se conjugarán en intimidad los más caros sentimientos de quienes hoy rendimos nuestras indómitas voluntades en aras de la convivencia universitaria.

Para constancia de nuestra conformidad al presente documento, firmamos ante Dios y ante la patria, para que ellos nos castiguen si faltamos y nos premien si rendimos homenaje a nuestra palabra de caballeros.

Medellín, noviembre 24 de 1950

(Siguen 133 firmas).

Sí, señores, no pretendáis calificar ahora de utópica esta idea sublime de la juventud universitaria, porque más de un centenar de firmas estampadas con entusiasmo y con la esperanza de quienes esperan vencer, no es una utopía, es una realidad que se anticipa al futuro porque tiene sus gérmenes de vida en la bizarría de esta juventud indómita.

Las ardientes ambiciones que se agitan en mi corazón por saber la suerte que acompañará a cada uno de mis compañeros han sido la causa para alimentar la mística de una inquietante preocupación por el futuro de esta abigarrada multitud de frescas esperanzas para la patria.

Con cuánto júbilo fija Colombia sus esperanzas en este puñado de bachilleres que aspira a morir en el holocausto del estudio, antes que ser víctima de un futuro miserable, cual en tiempos pretéritos los héroes de nuestra gesta emancipadora regaron con sangre rebelde los campos de la patria, porque prefirieron la muerte a la esclavitud.

En la actualidad el título de bachilleres solo se aprecia en una mínima parte, por lo cual muchos, quizá temerosos de una derrota vergonzosa, dedicarán sus esfuerzos no al estudio, sino a cualquiera otra profesión que les brinde algún bienestar intelectual y material. Por esto ambiciono aquel día de júbilo, en el cual sacerdotes, médicos y aviadores, ingenieros y artesanos... en fin, todos sin miramientos a su condición, se confundirán en mudo abrazo de caridad para celebrar el misterio de la convivencia universitaria.

Este documento, amables oyentes, acreditado con nuestras firmas, permanecerá en la Rectoría hasta cuando se cumpla el plazo acordado para nuestra cita. Y ese día, pletórico de regocijo, será el nueve

de octubre de 1960, cuando Dios mediante, nuestra gratitud, nuestro compañerismo, nuestra amistad, se conjuguen sin distingos políticos, intelectuales ni pecuniarios en homenaje a nuestra palabra.

Entonces seremos dueños de la realidad que hoy para muchos quizás motivo de risa, mas para nosotros vínculo sagrado de fraternidad indisoluble. Ligados así por el suave mandato del amor, que con tanta dulzura ordenó el Divino Rabí de Galilea cuando dijo a sus Apóstoles: "*Diligite invicem*", marcharemos seguros a la conquista de nuestras ambiciones.

El hombre, a pesar de ostentar el pomposo título de Rey de la Creación, solo ha nacido para sufrir las inclemencias de esta peregrina posada terrenal. Las dificultades a vencer para adquirir una posición noble se agigantan como la sombra al declinar el día. Por tanto, es indispensable que nuestras facultades intelectuales y morales se arrojen a la hoguera bendita de nuestra Universidad para que se fundan y luego se puedan vaciar en los moldes de los prohombres colombianos.

Llor a ti, Madre Fecunda, semillero inagotable de sabios, hogar sagrado donde se reparte a los hambrientos del saber el pan sabroso de la ciencia. Salve, manantial de libertad y amor, donde abrevan ansiosos patriotismo y sabiduría los preclaros hijos de tus entrañas. Hierático santuario donde se oficia la incomprensible personalidad humana, templo augusto de grandeza y majestad, morada blanca de la niñez y la juventud, relicario precioso de las glorias antioqueñas, ¡salve!

Cuando tu nombre santo se invoca, oh, Sublime Universidad de Antioquia, tus hijos te veneramos y la patria te bendice.

La cáfila inmensa de prestigio que exorna la diadema de tus glorias, ella sola es causa para que hoy hagamos este juramento, presagio bello de tus lauros inmortales y tea ardiente de la futura prosperidad de la ambicionada convivencia universitaria.

Y repitiendo con el poeta joven nacido de tus entrañas:

Antorcha, lámpara sagrada en el cielo de América.

Me gustas por tu gloria sublime, más que humana,

Amasada con sangre de inmortales, con llanto de tus indios.

En fin, compañeros, ahora cuando vamos a enfrentarnos a la vida y a luchar brazo a brazo para lograr la conquista de nuestras aspiraciones,

es indispensable revestirnos con la coraza de una férrea voluntad, capaz de vencer los obstáculos que pretendan eclipsar nuestro futuro.

Y cuando las puertas de este claustro venerable se cierren tras nuestras espaldas, no creáis compañeros que nuestras obligaciones de gratitud han terminado. No, por cierto. Al contrario, se ha iniciado el poema inmortal del reconocimiento, cuyos versos exuberantes en gratitud se escriben con hechos y no con olvido, se perfuman con espíritu universitario y no con indiferencia, se engalanan con la música del himno de la Alma Mater y no con la calumnia.

Tampoco significa que nuestro compañerismo ha iniciado su menguante, porque unos se acojan a este hogar, al de más allá, o fijen su morada en lejanos lares. No, compañeros, nuestra fraternidad debe multiplicarse a cada instante como la corriente de los ríos. Que esta Universidad, cuna de nuestro saber y de nuestros ensueños, sea la meca sagrada a donde converjan nuestras miradas a la mañana y al atardecer de nuestra ambicionada gloria profesional. Adelante, pues, compañeros, empeñamos nuestra palabra y con el beneplácito divino estaremos acá presentes en 1960 para inmolar en este sacro templo del saber las coronas que nos depare la suerte en el transcurso de este venturoso decenio que hoy ha comenzado de manera triunfal.

¡Oh, Dios de Colombia, afirma todo lo que he dicho!



Universidad de Antioquia¹

Hernando González
Estudiante

Exaltar las excelencias y decir el prestigio de la Alma Mater de Antioquia sería un atrevimiento por parte de un simple estudiante que, como yo, apenas si conoce algo de la historia de esta noble institución. Animado, a pesar de todo, por un vehemente deseo de pregonar sus glorias, mi pluma, torpe aún y con la ingenuidad de la adolescencia, me sirve de medio para lanzarme en busca de nobles ideales, como lo hacían aquellos antiguos caballeros andantes que creían haber encontrado siempre lo que buscaban.

Si la gratitud es planta que debe germinar con la ciencia, no es otra cosa la que ha merecido nuestra Alma Mater, de aquellos sus hijos que bebieron en el pozo beatífico de la sabiduría, la pócima de sus enseñanzas aromada con la virtud, la justicia y el respeto a Dios. Pueblo que se preció de ser culto y de llevar en el seno con el mayor orgullo el fruto de sus leyes no debe dejar pasar la hoja de su historia sin detenerse ante el altar sagrado donde se rinde tributo a la ciencia, para celebrar jubilosamente la obra cumplida año tras año en su honor. La patria es techo bajo cuya sombra se vive, pero la Universidad es ciencia que crea la raza de sabios y el linaje de hombres públicos, y si aquella es corazón primero en la vida, esta no debe ser última en el afecto.

¡Loor! A Ti, Alma Universidad gloriosa, fuente del saber humano. Hogar sagrado de la ciencia donde arde el fuego que vivifica el resplandor de las ideas; ¡donde corre el agua purificadora de malsanos prejuicios y donde se eleva el pensamiento para volar sobre las cumbres luminosas de la ciencia!

.....
¹1950. *Letras Universitarias* 26, pp. 3, 38.

En esta semana Universitaria, una hoja más del árbol del saber se ha posado sobre el sacro legajo de tu historia. Recojamos, entonces, la voz armoniosa de uno de sus más claros, que se proyecta hacia el futuro. Solio Imperial de las inteligencias, venero inagotable, templo de lucha y de talento, donde Colombia grandiosa ha visto y verá la falange luminosa en marcha hacia el porvenir entonando el himno del progreso redentor. A través de su historia, en sus hombres se ha manifestado aquella diversidad de nobles caracteres con que eran adornados los buenos hijos de entonces, pues la caballeridad, la gratitud, el progreso y la humildad caminaban del brazo de nuestros rectores: el lema de don Pedro Nel Ospina no era otro que “seamos caballeros”; la gratitud de los discípulos para con su educador, el doctor Pedro J. Berrío, ¿no se aprecia claramente en el hecho de que, antes que las estatuas de los héroes de Independencia, apareciera la de Berrío en la plaza que lleva su nombre? ¿Y la obra iniciada por Mon y Velarde y Juan de Dios Aranzazu, en materia de administración pública, que llevó a feliz término el mismo doctor Berrío, no se ofrece como modelo de progreso? Como si fuera poco aquello, el presbítero José M. Gómez nos da lecciones de humildad y sencillez a través de la siguiente anécdota: Cuando Mgr. Agnozzi se empeñaba en nombrar al citado presbítero obispo de Antioquia, este le respondía, por boca de uno de sus discípulos: “Dile a Mgr. Agnozzi que yo no quiero ser sino el padre Gómez de Medellín”.

Fue en la rectoría de la Universidad de Antioquia donde “lució sus dotes de organizador, por primera vez, el ilustre Carlos E. Restrepo”. Don Tulio Ospina, a su paso por el rectorado, dejó huella imborrable; y “causa de este florecimiento constante en la Alma Mater es haber sido regentada por varones íntegros, que con su saber y su austero modo de vivir, han servido de ejemplo a la juventud estudiosa que pasa por sus claustros”. A la existencia de la Universidad se vincula la historia toda de esta laboriosa tierra; todos los partidos y opiniones están ligados a estas aulas venerandas, donde se han formado las nuevas generaciones”. A través de sus ciento veintiocho años de floreciente lucha, la Universidad ha sido siempre un venerado templo, pozo profundo de ciencia y cariño para sus juventudes estudiosas.

Y es así, como exclama uno de sus más autorizados voceros: “esta ardentía ingénita de la raza antioqueña tiene su más alta significación en las raíces mismas de su Universidad, que es como un crisol donde se fundieron nuestros más activos hombres”.

Si el nombre de Antioquia, decía un ilustre colombiano, vale en nuestra República por el valor de sus hombres, ¿qué de extraño tiene, pues, que aquellos hombres honrados amen a su patria chica, si todos ellos han sido producto de aquella Fragua que es su Universidad? Ella merece todos los elogios, sigue diciendo, que sea este el más sincero y el más encendido. “Allí, dice la voz de alto vuelo oratorio de Antonio José Restrepo, me inicié en el conocimiento de las ciencias humanas, y el espíritu de mis ilustres profesores influyó el mío, que conoció y ha conocido todas las rebeldías”. Y si de mis condiscípulos se trata, ¿por qué no recorremos la información que nos da al respecto Mgr. Manuel José Sierra? Dice este venerable apóstol de Dios, a más de llamarla “Abrevadero del espíritu”: se sentaron en los bancos de sus aulas jóvenes de entendimiento claro y aptos para el cultivo de la inteligencia: Luis M. Botero, “el Demóstenes de la época, notable jurisconsulto, legó a sus hijos su talento y su virtud”, Abraham Moreno, “tan distinguido en las artes de la guerra como en el manejo de la hacienda pública, hábil magistrado y sabio consejero”; Juan Pablo Gómez, “hidalgo con la espada y con la pluma”; Dionisio Mejía, “sabio criminalogista y afamado en la abogacía”; Luciano Carvalho, “quien siguió las huellas de Aristóteles”, y tantos más que “ilustraron las letras, defendieron los fueros de la verdad, ora en el periodismo, ora en la cátedra, y llevaron alto el nombre del colegio y de Antioquia”.

Por otro aspecto, el proceso de la Universidad ha sido siempre admirable: ha atravesado épocas de dura prueba, pero siempre salió triunfante de las mayores vicisitudes: ha tenido más de una lamentable controversia, que no debe mermar en nada el íntimo afecto de aquellos que nacieron a la vida intelectual bajo el amparo de su abrazo protector. Pero si por desgracia ocurriera que uno de sus hijos se rebelara contra ella, habría que aplicarle los versos del poeta:

Ese puede a su madre, negar
 En su ira insana;
 No tiene corazón y entre sus venas
 Empobreció la sangre colombiana.²

.....
² Versos del poema “La bandera colombiana”, de José Joaquín Ortiz (1814-1892) [nota de los compiladores].

Y si la rebeldía continuara, se expondrían entonces a la faz del mundo las palabras del grande hombre que dijo:

[...] la que ha nacido del seno de la luz, no puede producir las tinieblas; la que es obra de la misma verdad, no ha menester huir de los rayos del sol, no necesita ocultarse en las entrañas de la tierra; puede marchar a la claridad del día, puede arrostrar la discusión, puede llamar alrededor de sí a todas las inteligencias, con la seguridad de que han de encontrarla tanto más pura, más hermosa y embelesante, cuanto la contemplen con más atención, cuanto la miren más de cerca.³

Salvado así el foco de incomprensión, abríamos los libros de su historia y, ora se leería: “Templo donde reza la República; yunque donde golpean sus martillos; pecho que amamanta sus próceres...; porque pasan los conocimientos como caravana por el desierto, pero perdura la enseñanza como cisterna en el oasis”, ora: hogar del pensamiento que ha sabido imponer a sus opuestos batalladores, como un legado común, el escudo de armas de la Universidad de Antioquia; ya, continuaríamos: “porque en las fraguas de tu seno se forjan las espadas de la época y se temple el carácter de los claros varones; porque eres el camino de salvación prendido a los flancos de las montañas; porque en tus hombros eternamente juveniles soportas sin cansancio la grave pesadumbre de más de un siglo”. Pero siempre, en cualquier página, leeríamos entre líneas: *Ave Magna Pares*. Que las mágicas palabras de don Gabriel Latorre golpeen en nuestro corazón y conviertan sus latidos en glorioso silencio que sea como un tributo de nuestro agradecimiento:

Embellizamos su pasado con la poesía que da el tiempo; idealicemos su futuro con la mágica fuerza del deseo; y, ayudados de la grávida imaginación, hagamos que se alce en nuestras almas la ilustre Universidad de Antioquia como una nueva espléndida Sion, por la cual suspiramos siempre amantes, y a la cual, postrados, nos volvamos, desde cualquier parte de la tierra a donde la suerte nos conduzca, con adoración fervorosa y fe en su gloria.

.....
³ Jaime Balmes. 1844. *El protestantismo comparado con el catolicismo*, tomo IV (p. 13). Barcelona: Imprenta de Antonio Brusi [nota de los compiladores].

Pero sobre el origen no hemos dicho nada, olvidando que hay muchos todavía que se preguntan cómo fue el nacimiento de esta noble institución. Al respecto, García Gimeno dice lo siguiente:

De un brote espontáneo, del imperativo del pueblo, nació nuestra Universidad en el año de 1822 por un decreto del general Santander, y desde entonces hasta el presente, la luminosa trayectoria de sus tiempos aparece marcada en cada ciudadano ilustre que se ha formado en esas aulas venerandas. Los hombres preclaros de Antioquia o, mejor, de nuestra Patria, fueron cincelados en el silencio de aquellos claustros, por el martilleo constantemente glorioso de las disciplinas científicas.

El doctor Emilio Robledo, uno de los hijos predilectos de la Universidad, dice que “la circunstancia que traduce a maravilla nuestra índole tornadiza y ansiosa de innovaciones constantes es el frecuente cambio de nombre: llamose el colegio provincial académico; luego colegio del Estado; Universidad poco después; vuelve a llamársele Universidad en 1886, para dársele luego el nombre de colegio de Zea, Universidad Técnica y por último el que hoy lleva”.

Nosotros, simples estudiantes, que por el solo hecho de estar matriculados en ella creemos pertenecer a la Universidad de Antioquia, estamos muy equivocados, pues ese lazo de unión apenas lo logra el tiempo, el afecto y el sufrimiento. No debemos olvidarnos de las verídicas palabras de uno de sus antiguos alumnos: “...nosotros que no pertenecemos a la Universidad sino en calidad de estudiantes, y que no concurrimos cada mañana a sus claustros sino para alimentar la falsa ilusión de que nuestra juventud no se consume”.

Por último, me es imposible terminar esta modesta paráfrasis, si es que así se puede llamar a estas líneas, sin transcribir las hermosas palabras de Monseñor Manuel José Sierra a los fundadores:

Bendita sea la memoria de José Antonio de Posada y de Juan Salvador Villa y Castañeda, pródigos en sus donaciones; de José Manuel Restrepo que obtuvo el reconocimiento del carácter oficial para el colegio; de fray Luis Gutiérrez, quien dirigió los trabajos para la construcción del edificio; de Marco Aurelio Arango, quien presentó el proyecto de ley que el Congreso aprobó, por el cual llámase y es Universidad de Antioquia. Honra y gloria a nuestros antepasados que supieron fundar sobre bases firmes, no sobre arena movediza, el edificio de redención intelectual.

Himno de la Universidad de Antioquia¹

Edgar Poe Restrepo
Profesor

Cantaremos entusiastas
a nuestra Universidad,
Alma Mater de la raza,
invicta en su fecundidad.

Coro

¡Viva la universidad!
gritemos todos con gran emoción
¡que viva la Universidad!
cantemos con grande fervor.

Madre que de tus semillas
savias nobles siempre das,
al pródigo amado hijo,
muchas para cultivar.

Himno sacro te cantamos
fuente de eternal amor,
nuestras voces el espacio
llenan hoy en tu loor.

.....
¹ [La música adaptada al himno de la Universidad de Antioquia es del pastor evangélico estadounidense Robert Lowrie, compositor de "Shall We Gather at the River" (1864). José María Bravo Márquez ensambló esta pieza con la letra de Edgar Poe Restrepo].

El Himno de la Universidad¹

Guillermo Naranjo Velásquez
Profesor

Letras Universitarias se complace en publicar la siguiente colaboración del distinguido profesor Guillermo Naranjo V. sobre el nuevo himno para la Universidad de Antioquia, ya que el actual no responde a las aspiraciones del estudiantado y del pueblo antioqueño. A través de este artículo se analiza la historia y la procedencia del actual himno cuya música pertenece a la liturgia protestante y cuya letra no está a la altura del nivel intelectual de la Alma Mater. En este sentido ya se manifestó el doctor Alonso Restrepo Moreno en carta abierta al señor rector de la Universidad, en la cual se muestra partidario del cambio de la música y de la letra del himno actual.

La gran mayoría del estudiantado está de acuerdo en que el himno debe ser cambiado. Actualmente se firma un plebiscito con el fin de solicitarle al H. Consejo Directivo que abra concurso con tal objeto. *Letras Universitarias* ofrece sus páginas a todos los estudiantes que deseen expresar su opinión a este respecto. En próximas ediciones publicaremos interesantes reportajes sobre este asunto.

La Dirección.

Algunos de mis discípulos me han solicitado que públicamente ofrezca una explicación sobre mis intervenciones en torno al sonado pleito del himno de la Universidad de Antioquia. Para complacerlos y para satisfacer la curiosidad de las gentes no conocedoras del problema, me permito dar a conocer del público los siguientes datos:

.....
¹1951. *Letras Universitarias* 31, pp. 7, 12, 14.

Tengo que comenzar afirmando que soy profesor de la Universidad desde hace nueve años, que la quiero profundamente y que he recibido de ella honores que obligarán permanentemente mi agradecimiento rendido. Lo que se refiere a la Universidad atañe, pues, de manera directa a mí mismo, a mi sensibilidad y a mi emoción. También fui —como es lógico— y durante muchos años, un fervoroso y rendido admirador de nuestro himno universitario, himno que canté e intenté popularizar, aprovechando todas las ocasiones, en distintas ciudades del país, a donde las excursiones estudiantiles o los viajes de vacaciones me llevaban. Mis discípulos antiguos saben cómo cantamos, emocionados, en Pereira, en Cali, en muchas ciudades del país, el himno de la Universidad de Antioquia, que nos merecía todo el amor y que deseábamos que, como distintivo de la Alma Mater, fuera oído y aprendido por todas las gentes.

Pues bien, queda muy fácil, hecha la previa advertencia que contienen las frases anteriores, comprender mi desilusión y mi amargura con lo que me aconteció en los Estados Unidos: la Universidad me distinguió con una beca que el Centenary College of Louisiana ofreció en el país del Norte. Durante una de las festividades en que fuimos homenajeados los estudiantes antioqueños, las damas antioqueñas que allí había y que pertenecían o pertenecieron al Instituto Central Femenino cantaron su himno propio y recibieron muchos elogios de parte de la concurrencia norteamericana.

Acto seguido, yo, orgulloso como siempre de la Universidad, canté en compañía de algunos antioqueños el himno que creía auténticamente nuestro y compuesto por nosotros para nuestra universidad. Me sorprendí grandemente al ver que, después de algunos momentos, los norteamericanos tarareaban con nosotros el himno. Atribuí aquello a la fuerza contagiosa del ritmo y me sentí aún más halagado. Poco después de terminar, una profesora norteamericana me preguntó:

—¿No me había dicho usted, señor Naranjo, que su país es tan católico? ¿Cómo es que permiten una música protestante como himno de la Universidad?

Me quedé asombrado y humillado. En verdad, aquella música es norteamericana como me lo demostraron los profesores estadounidenses. Durante muchos años ha tenido incluso una intención litúrgica en las ceremonias protestantes. Así que nuestro himno, el que yo había defendido, cantado, popularizado, del que me sentía tan orgulloso en los

Estados Unidos, no había sido compuesto por nosotros, no era música nuestra, sino meramente una melodía arrebatada a la liturgia de otra religión distinta a la nuestra.

Tal fue mi problema, mi humillación y mi fracaso frente al himno de la Universidad de Antioquia en los Estados Unidos. Aquí quiero advertir que yo soy amigo de las tradiciones y las respeto profundamente, cuando tienen una noble cuna y un origen honroso y valedero. Pero no creo que deba defender a capa y espada una cosa que, por razones lógicas, no debe ser la representación o emblema musical de nuestra Alma Mater.

Recientemente, como lo publicó la prensa, una película americana presentó el himno de la Universidad de Antioquia, nada menos que cantado por... Harry Carey, Junior.

A mi regreso a Antioquia, informé simplemente de mi desilusión y del origen del himno. Los estudiantes comprendieron el asunto y se empeñaron en no volver a cantar un himno cuya música no es nuestra y cuya propiedad tampoco. El distintivo de nuestra universidad debe ser único, como que, precisamente, es nuestro emblema. Se comprende claramente que si lo están cantando en películas, por la radio americana, en las ceremonias religiosas, protestantes, etc., muy difícilmente podemos decir que sea el trozo musical que distingue a la Universidad de Antioquia.

Ahora bien: la historia del himno según se me informó en círculos universitarios es la siguiente: queriendo la Universidad tener su emblema musical, como cualquier otro instituto docente, patrocinó un concurso para escoger música y letra habiendo resultado elegida una pieza del extinto compositor e inolvidable Maestro Arriola. La muerte prematura de aquel autor privó a las juventudes universitarias del derecho de amar, difundir y popularizar su propio himno. Cinco años pasaron al cabo de los cuales entraba don José María Bravo Márquez como profesor de música. Meses más tarde se llevaba a cabo un acto académico en el Paraninfo y durante este, interpretado por el Orfeón Antioqueño, se oyó, con letra en inglés, un coral de Robert Lawring. Aprovechando la música bonita y pegajosa de dicho coral, así como las circunstancias a que me he referido, el profesor Bravo Márquez hizo cantar de su Orfeón, en un siguiente Acto Académico que se realizaba también en el Paranin-

fo, el mismo coral, pero no ya con letra en inglés sino con las estrofas del insigne poeta universitario, prematuramente desaparecido, Edgar Poe Restrepo. Se deduce de lo anterior que, no conociendo ni la historia de nuestro viejo himno, ni el origen del actual, los estudiantes cantaran como propio lo que se les recomendaba.

Todo lo anterior no tiene nada de extraño a los ojos del profesor Bravo Márquez, quien considera que la música es universal, no está sometida a las religiones ni a las limitaciones de prejuicios. Yo participo de este noble concepto. No considero que un emblema, un distintivo de un establecimiento educativo tenga que prestar sus galas musicales a nadie, máxime entre nosotros, en donde hay excelentes compositores capaces de hacer un himno tan bello como el que hemos prestado al extranjero. Entre esos compositores se encuentra, precisamente, el profesor Bravo Márquez; este, no me explicó el motivo del celo arbitrario, está empeñado en sostener contra viento y marea el himno extranjero y en los últimos meses, aunque ya no es profesor de música, asignatura que ha sido separada del pènsum, se presenta frecuentemente a los salones de clase y suspende la enseñanza de las materias de estudio para hacer cantar a los estudiantes el himno universitario. Además, ha desarrollado una venenosa campaña en contra mía, que ningún interés personal tengo ni puedo tener en el asunto, y se ha permitido mancharme con su bilis desde las columnas de algunos periódicos.

Algunos diarios como *El Colombiano* de Medellín se han mostrado abiertamente partidarios de mi opinión de que el himno de la Universidad debe ser cambiado por uno propio, con letra y música auténticamente nuestras. El estudiantado, en su gran mayoría, también sostiene esta tesis. El profesorado, aunque tímido o no, estoy seguro de que se encuentra del mismo lado, pese a la desesperada y vociferante campaña del profesor Bravo Márquez, quien defiende como cosa propia lo que, como él mismo confesó, no es suyo y en lo que solo tiene participación en dos estrofas.

Quiero que queden claras las siguientes cosas: Guillermo Naranjo Velásquez no es profesor de música, no tiene ningún interés personal y todos sus actos al denunciar el hecho han sido impulsados única y exclusivamente por su amor a la Universidad y por el orgullo que su himno le inspiraba y habrá de inspirarle el nuevo.

En cuanto al profesor Bravo Márquez, no he sentido por su actuación profesional y artística de tantos años sino un profundo, sincero y verdadero respeto y una admiración permanente.

Sostengo y sostendré que el himno debe cambiarse, para que podamos exhibir en los Estados Unidos o en Europa, en la Argentina o en el Asia —en cualquier oportunidad remota o factible— una pieza absolutamente nuestra, que sea el distintivo, la característica musical de nuestra grande y noble universidad.

Comprendo la verdad aplastante de mis puntos de vista a este respecto. A todos incumbe cumplir esta tarea: a los profesores y estudiantes, a los hijos de la Universidad que desempeñan sus labores profesionales, a los antioqueños y colombianos que amen lo propio y sientan admiración y amor por nuestro primer centro de cultura. Todos los elementos sociales mencionados deben hacer su obra: conseguir un himno y adoptarlo. No es labor que yo solo pueda llevar a cabo, y que a mí competa. En esta noble tarea debiera ir a la cabeza el profesor Bravo Márquez, como que él ha servido tanto y tan desinteresadamente a la cultura musical de Antioquia; como que está vinculado a la Universidad y como que entiende la importancia de tener *un himno que nos honre y no nos avergüence en el extranjero*.

Opino que el mismo ilustre profesor Bravo Márquez debería componerlo.



Himno de la Universidad de Antioquia¹

Jorge Enrique Leal G.
Profesor

Coro:

Resuene tu claustro sagrado
con notas de un himno filial,
¡que cante tu egregio pasado
y anuncie tu avance triunfal!

I

Cantemos jubilosos
pretéritas hazañas,
de invictos paladines
que en épica legión,
al remover de Antioquia
las pródigas entrañas,
¡de la Montaña hicieron
Tierra de Promisión!

II

Titanes que vencieron
hostiles elementos,
plasmear un pueblo de héroes
su solo ensueño fue:
Sobre la arisca cumbre
y al beso de los vientos,
altivos desplegaron
como un pendón la Fe.

III

Forjaron una estirpe
consciente en su grandeza,
que cifra en estos símbolos
su heráldico blasón:
El cáliz de la orquídea,
su culto a la belleza;
¡su arrojo, la rampante
pujanza del león!

IV

Perennizar su ejemplo,
seguir sus derroteros,
es Norte al que navega
nuestra Universidad;
y en su avanzar, sus nombres
son trémulos luceros
¡que insomnes nos orientan
desde la eternidad!

.....
¹1953. *Letras Universitarias* 34, p. 5.

V

¡Oh, Antioquia! Este santuario
que diste tú a la ciencia,
le traza hoy a Colombia
su histórica misión:
Un pueblo unir de hermanos,
premiar la inteligencia,
¡y hacer de nuestra patria
un solo corazón!

VI

Compendias en tu escudo,
de honor toda una historia:
Un ancla en el pasado;
un triunfo: ¡Medellín!
Y, heraldos que preceden
tu marcha hacia la gloria,
¡antorchas con que inundas
de luz el Porvenir!

(Ángel Hugo)



Recuerdo del doctor Juan de Dios Uribe¹

Emilio Robledo Correa
Profesor

Discurso pronunciado por el Dr. Emilio Robledo a principios del mes de julio del corriente año, con motivo de la colocación de una placa en la Facultad de Medicina de esta Universidad para conmemorar el primer centenario del Dr. Juan de Dios Uribe Gómez.

Cuando el señor rector de la Universidad, para comprometer mi colaboración en estas efemérides, quiso lisonjear mi vanidad invocando ciertas inmerecidas preeminencias que la benevolencia de mis compatriotas me ha otorgado en el curso de mi ya larga vida, me apresuré a manifestarle que para exaltar el recuerdo y hacer el encarecido y sincero elogio del amado maestro Juan de D. Uribe Gómez, bastaba con invocar mi condición de discípulo agradecido. Y es porque, en verdad, nada es tan grato a mi corazón como estas elaciones de reconocimiento público a los méritos y servicios de quienes nos precedieron en el tiempo y contribuyeron al progreso de la educación nacional, sea cual fuere la órbita de sus actividades. Por otra parte, ¡es tan dulce a los hombres proyectos el recuerdo de la juventud, y de los nombres de quienes guiaron sus pasos vacilantes con desinterés y generosidad!

En la juventud de todo hombre de estudio hay días inolvidables en los que experimentó a pleno corazón emociones tan generosas, en los que se sintió vivir con tal mezcla de ufanía y reconocimiento, que el resto de su

.....
¹ Revista Universidad de Antioquia 135-136, pp. 590-599. Octubre de 1958-marzo de 1959.

existencia llenaron de vívidos fulgores. Tales días fueron aquellos en que se acercó a los maestros a quienes debe sus primeros entusiasmos. Verles, oírles, hablarles, declararles el culto secreto que guardamos por la ciencia durante largo tiempo en el silencio de nuestra opaca juventud; llamarnos sus discípulos y no sentirnos muy indignos de serlo... ¡Ah! No hay, cierto, sea cual fuere el brillo de nuestra carrera, momentos que nos dejen emociones tan profundas. Y una de esas emociones fue la que dejó en nosotros el maestro en cuya honorificación nos hemos congregado en este sitio. Y he ahí por qué considero como un favor de los númenes el que se me haya escogido para llevar la voz de la Universidad de Antioquia en esta fecha centenaria del natalicio de uno de sus profesores más meritorios.

Nacido en el seno de una familia preclara por el linaje, esmaltada con el brillo de la inteligencia y favorecida por contera con los dones de la fortuna, pero en quien tales circunstancias no han empecinado el cultivo del espíritu, desde temprana edad se dio a las empresas del entendimiento. Con efecto, tras la acostumbrada iniciación escolar, aparece contestando a lista en los primeros cursos universitarios en 1865, que es decir a los 17 años, cuando Berrío empezaba su gran labor constructiva y el doctor Román de Hoyos presidía los destinos del Colegio del Estado que había de ser nuestra Universidad hacia fines de aquella década gloriosa en los anales de Antioquia. En 1868, completada su preparación literaria, se inscribe como alumno en la naciente Escuela de Medicina. Deseoso, sin embargo, de hacer estudios ordenados, completos y de alto prestigio, al año siguiente se traslada a Francia, se matricula en la Escuela de Medicina de París donde sigue estudios rigurosos que le permiten optar al grado de doctor y adquirirlo en 1876 mediante la presentación de una tesis sobre *hemorragias intestinales y de los órganos genitales de la mujer*. En el Hotel-Dieu y en el servicio de Guéneau de Mussy, adquiere gran pericia de clínico y en el año terrible de 1870 y siguientes, se adiestra en los auxilios a los heridos de guerra, conocimientos que por fuerza se ve obligado a poner en práctica al regresar al país, al cual encuentra ardiendo en una de las guerras civiles más insensatas (¿qué guerra civil no será una locura y la culminación de errores sin cuento?), guerra que remató con la capitulación de Manizales.

Instalado definitivamente en su ciudad nativa, Uribe Gómez se dedicó con verdadero fervor al cuidado de sus enfermos y a las tareas profesoraes en el desempeño de varias cátedras, durante medio siglo.

Ejerció la Medicina como un discípulo genuino de Hipócrates, quien amonesta en su tratado sobre el Médico, que este sea en su apostura, grave sin austeridad, circunspecto y de conducta moderada. En las relaciones íntimas que haya de tener con las mujeres por razón de su profesión, ha de mostrar mucha reserva y respeto, sin perder jamás de vista la santidad de sus funciones. Y agrega que el médico no debe ser envidioso, ni injusto con los demás médicos, ni estar dominado por la sed del oro. Tan elevada es y tan noble la posición del médico para el padre de la Medicina, que no vacila en calificarlo como un semidiós *medicuas enim philosophus deo arqualis habitur*.

Fue el profesor Uribe Gómez quien introdujo el uso en aquel tiempo del cloral como anestésico, y más tarde ejecutó, en 1888, por medio de la asepsia pura, la amputación del brazo.

Por la contracción sardónica que creo advertir en los músculos de Santorini de algunos de los que me escuchan, se me antoja que parece una perogrullada lo que acabo de decir: con todo, vais a permitirme que echando una mirada retrospectiva a la práctica de la Cirugía en el siglo pasado, el XIX, os compruebe que aquello no era cosa de poco momento sino, antes bien, de gran predicamento. Vosotros, jóvenes médicos y estudiantes de Medicina que me hacéis el honor de escucharme, poco o nada conocéis de las luchas y dificultades que a diario tenían que sortear los viejos maestros, porque habéis tenido la fortuna de educaros en un siglo que ha hecho progresos de una trascendencia insospechada, tanto en higiene como en cirugía y en medicina propiamente dicha. Por eso no echaréis a mala parte el que aproveche esta ocasión para hacer unas breves consideraciones acerca del contraste que presenta el ejercicio de nuestra noble profesión en aquella centuria con la práctica actual.

Durante la primera mitad del siglo pasado hubo algo más que un retardo en la cirugía: hubo un verdadero retroceso. En los siglos anteriores se obtuvieron más numerosos y mayores éxitos quirúrgicos porque, sin darse cuenta de ello, como aquel M. Jourdain, el personaje de Molière, que *faissait de la prose sans le savoir*, se observaba la antisepsia al recomendar que se impidiera la entrada del aire en las heridas, que estas no se hurgaran con el dedo ni la sonda y que se aplicara a manera de apósito una tela empapada en vino caliente o en aguardiente. También aconsejaban el uso del aceite y del alcohol alcanforado, sistema del cual se hacía lenguas Larrey, el gran cirujano de Napoleón.

Pero aconteció que las doctrinas de Broussais, sobre la inflamación, que dominaban en Francia, se extendieron en breve por toda Europa. Para aquel bretón, la vida depende de la irritación, especialmente a causa del calor, el cual excita los procesos químicos del organismo. Como el sabio principio y prudente de que la Naturaleza es la que cura muchos males y que el médico es el ministro de la Naturaleza no contaba para aquel médico, era necesario abolir la enfermedad a ultranza y por medios agresivos. “Es siempre peligroso, decía, no detener una inflamación en sus principios”: por consiguiente, la sangría era su arma favorita; la abstinencia, las bebidas ácidas y emolientes, los revulsivos, mantendrían durante un período más o menos largo los efectos de la depleción sanguínea. Y fue esta doctrina la que hizo que las ciencias médicas retrocedieran a un verdadero vampirismo y a los tiempos de Gil Blas y del doctor Sagredo; y la cirugía a un estado tal de desaseo con las cataplasmas y los ceratos; con los paquetes de hilas extraídas de las telas infectadas en los mismos hospitales; con las esponjas que pasaban de un enfermo a otro llevando consigo la infección..., que el cirujano Velpeau decía: “Una picadura de alfiler es una puerta abierta a la muerte”. En aquel tiempo solo se hablaba de piogenia, de gangrena, de podredumbre de hospital, de infección purulenta, septicemia, erisipela, expresiones que en su mayoría son hoy para el cirujano moderno antes de razón, pero que en el siglo pasado llegaron a poner tal espanto, que Denonvilliers prevenía así a sus discípulos: “Cuando tengáis que hacer una amputación, miradla diez veces, pues si nos decidimos por una operación, con frecuencia firmamos una sentencia de muerte”; y el profesor Verneuil escribía: “no valían indicaciones precisas ni previsiones racionales: abstinencia, conservación, mutilación restringida o radical, desbridamiento preventivo o consecutivo, extracción precoz o retardada de proyectiles o esquirlas, apósitos escasos o frecuentes, emolientes o excitantes, secos o húmedos, con o sin avenamiento, nada servía”. La Maternidad de París fue preciso cerrarla porque casi todas las mujeres que entraban sucumbían de la terrible fiebre puerperal. De tal modo se ignoraba la manera de transmitirse la infección, que el profesor Tarnier, interno de la maternidad en aquel desastroso período, refiere que hallándose practicando una autopsia, alguno de sus maestros le llamó al servicio de partos sin que nadie se percatara de que los agentes infecciosos pudieran ser transmitidos del

anfiteatro al lecho de las enfermas. Solo Trousseau, el gran clínico del Hotel-Dieu, tuvo la presciencia del porvenir y estableció la analogía entre los accidentes puerperales y las infecciones quirúrgicas; tuvo, asimismo, la intuición del fermento y fue uno de los primeros en comprender y apoyar a Pasteur, que acababa de descubrir el estreptococo.

Todavía en 1870, durante el sitio de París y cuando ya el maestro, cuya memoria estamos honrando, contemplaba con ojos atónitos aquellas escenas de horror, el cirujano Nélaton, desesperado por su impotencia a la vista de infinidad de operados que sucumbían, declaraba que quien triunfara de la infección purulenta merecía una estatua de oro. La mortalidad por causa de las amputaciones pasaba del 60 % en los hospitales de París.

Pero ya los estudios de Pasteur sobre los gérmenes patógenos comenzaban a traducirse en enseñanzas fecundas a despecho y pesar de las ideas aberrantes sobre las generaciones llamadas espontáneas. Ya Lister, el gran cirujano de Edimburgo, primero, y Alfonso Guérin en Francia, luego, aplicaban los métodos aconsejados por Pasteur en la práctica de la cirugía, y el primero de los nombrados no tenía empacho en dirigirse a Pasteur en 1874, en los términos siguientes: “Permitidme que aproveche esta ocasión para dirigiros mis más cordiales agradecimientos por haberme demostrado, por vuestras brillantes investigaciones, la verdad de la teoría de los gérmenes de putrefacción y por haberme dado así el único principio que puede llevar a feliz término el sistema antiséptico”. Y Sédillot, uno de los más entusiastas discípulos de las nuevas doctrinas pasteurianas y el inventor del término *microbio*, exclamaba: “Hemos asistido a la concepción y al crecimiento de una cirugía nueva, hija de la ciencia y del arte que no será una de las menores maravillas de nuestro siglo y a la cual quedarán gloriosamente unidos los nombres de Pasteur y de Lister”.

Ahora comprenderéis, tras este breve recuento de historia de la Medicina, cómo no es cosa baladí el consignar como suceso memorioso en la vida del profesor Uribe Gómez la amputación del brazo por el método de la asepsia pura en 1888.

Los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos conservamos el recuerdo agradecido de sus excelentes dotes de profesor. Con gran asiduidad concurría diariamente a sus tareas hospitalarias, vestido correctamente pero sin afectación, mostrando siempre en los semblantes del

rostro la sonrisa en que se transparentaba la bondad y el candor de su alma de niño. Examinaba al enfermo con esmero y con piadoso cuidado, y nos iba dando a conocer teórica y prácticamente la semiótica de los estertores, frotos y soplos; del ronroneo gatuno, del ruido del jarro roto, de las afecciones pulmonares, pleurales y cardíacas; del chapoteo del estómago, etc.; interpretando con gran precisión los signos y síntomas correspondientes y afirmando sus diagnósticos sin dogmatismo, pero apoyado en el valor de la clínica.

Para nosotros fue el doctor Uribe Gómez uno de los más eficaces y benévolo transmisores de los métodos de los grandes médicos franceses del siglo XIX. Siglo que si entorpeció, cierto, las corrientes científicas con las doctrinas sobre la irritación, nos dio en Pierre Louis el tipo acabado del clínico iniciador de la estadística y la anatomía patológica; que presencié los esfuerzos de Laënnec, el genial descubridor del estetoscopio, por interpretar debidamente los fenómenos que conciernen a la auscultación, a la percusión y la palpación aplicadas a la clínica. Aunque temo fatigaros, no puedo menos que ceder al deseo de transcribir aquí las breves y sencillas frases con que el propio Laënnec nos relata su descubrimiento:

Fui consultado en 1816 por una joven que presentaba síntomas de enfermedad del corazón y en la cual, a causa de su gordura, la aplicación de la mano y la percusión daban muy pocos resultados.

La edad y el sexo de la enferma me impedían aplicar el género de examen a que acabo de referirme; entonces recordé un fenómeno de acústica muy conocido: si se aplica el oído en el extremo de una viga, se oye claramente un golpe dado con un alfiler en el otro extremo. Me figuré que se podía sacar partido de esta propiedad de los cuerpos en el caso que entonces me preocupaba. Cogí un cuaderno de papel, formé con él un rollo fuertemente apretado, apliqué uno de sus extremos a la región precordial de la enferma; y poniendo el oído al otro extremo tuve la satisfacción de escuchar los latidos del corazón de una manera mucho más clara y mucho más distinta de como había logrado escucharlos hasta entonces aplicando el oído inmediatamente al pecho de los enfermos.

Comprendí desde entonces que este podría convertirse en un método útil y aplicable no solo al estudio de los latidos del corazón, sino también al de todos los movimientos capaces de producir ruido dentro de la cavidad torácica

y, por consiguiente, a la explotación de la *respiración*, de la *voz*, de los *estertores* y hasta quizá también de la fluctuación de un líquido acumulado en la pleura o en el pericardio.

Con tan sencillo razonamiento se había fundado la estetoscopia con la cual Laënnec dominó la historia de la tisiología, no solo en su día sino en todos los tiempos, ya que en sentir de Heise y de otros tisiólogos modernos, fue aquel “el más grande de los maestros que se han ocupado en el estudio de la tuberculosis pulmonar”.

Siglo que si vio renovarse las antiguas teorías de los griegos sobre las generaciones espontáneas, asistió también a las geniales empresas de Pasteur que dio golpe de muerte a aquellas fantasías; y al desarrollo de las doctrinas pasteurianas, sobre las cuales se cimentaron los progresos de la higiene, la cirugía y la nosología modernas.

Sería abusar de vuestra paciencia si fuera a recordar por menudo lo que las ciencias biológicas deben a Virchow, Weissmann, Graves, Corrigan, Bright, Pinel, Linneo, Lamarque, Cuvier, Mendel, Roentgen, Becquerel, los Curie y cien más. A mi propósito bastan los nombrados para que no menospreciemos los esfuerzos de quienes nos revelaron los secretos de la ciencia descorriendo sus velos.

Bien lejos estoy yo de caer en la paradoja vulgar de afirmar que los últimos que han llegado no han encontrado nada nuevo y que todo se ha dicho desde que hay hombres en la tierra. Ello sería caer bajo la severa admonición del Eclesiastés cuando nos advierte: “No digáis nunca: ¿De qué proviene que los tiempos pasados fueron mejores que los de ahora? Pues esta es una pregunta necia”. No: yo sé bien que todas las cosas tienen su tiempo. Verdad es que la antigüedad tiene su atractivo y la distancia pone cierto encanto a los puntos de vista. El propio rey don Alfonso el Sabio gustaba de cuatro cosas viejas, a saber: leña vieja, para quemar; vino añejo, para beber; libros antiguos, para leer, y amigos viejos para conversar”. Pero esa simpatía por lo antiguo se explica, al decir de uno de nuestros máximos humanistas [Rufino José Cuervo], porque parece que el hombre no haya nacido para el presente,

[...] y en ello no encuentra reposo, pues las propias miserias y las ajenas por todas partes le punzan; de donde, o sube la corriente de los años en busca del *buen tiempo pasado* y se apacienta en la representación de la paz

y la abundancia de la edad de oro, o se imagina risueñas perspectivas en lo venidero: pero estas se deshacen conforme se acerca a ellas como los aparentes lagos del desierto, mientras lo pasado no está sujeto al desengaño de la experiencia, ante la imposibilidad de conseguirlo; excita la fantasía y se lo presenta más cautivador. Por otra parte, lo nuevo como que por el hecho de recordar su nacimiento ofrece al alma la idea de su fugacidad, al paso que lo antiguo, aquello que siempre hemos visto, y que vieron nuestros padres se conforma con el tipo de eternidad que llevamos en nosotros y al cual lo comparamos todo...²

No es pues, deshonroso volver los ojos al pasado y saber que podemos contentarnos con gran parte del acervo de ciencia que nos legó; y llegar a su conocimiento después de haber gozado con las riquezas añadidas por los tiempos recientes a aquel tesoro primitivo y esencial. A nuestros maestros y a nosotros mismos nos tocó una dura preparación y deficiente, si lo queréis, pero bien pudimos hacer grabar en nuestras tenues lamparillas de cobre la célebre frase que hizo grabar en la suya Urceo, aquel humanista del Renacimiento: *studia lucernam olentia, optime olent*: los estudios que huelen a aceite, huelen muy bien.

Empero, debemos confesar ingenuamente que la nueva generación nos aventaja por múltiples conceptos; ello es natural y conviene que así sea para que se cumpla la ley del progreso. De mí sé decir que frecuentemente suelo hacer propias aquellas nobles palabras del Bautista, cuando sus discípulos encarecían y exaltaban los milagros del Salvador: *illum oportet crescere; me autem mi nui*. Conviene que Él crezca y que yo mengüe.

Sí; que prosperen y sean orgullo y gran decoro de nuestra patria quienes nos han de suceder en el tiempo; enhorabuena que llenen con sus nombres los anales de la ciencia; pero que recuerden también que la práctica de Medicina es una escuela de modestia y de ética en la que debemos preocuparnos no solo por la salud de quienes se confían a nuestros cuidados, sino también por guardar un profundo respeto a los ajenos pareceres y gran discreción para con los colegas. En especial, debemos tener benevolencia y agradecimiento para con aquellos que en su día cumplieron una misión honorable, recordando siempre que ellos

² [1954. Rufino José Cuervo. Una nueva traducción de Virgilio. En *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos*, con una introducción y notas, por M. A. Caro. Tomo II. Bogotá: Echevarría Hermanos].

contribuyeron a edificar el presente, y que los modernos son más grandes que los antiguos, porque se trepan sobre sus hombros.

Tal es, señores, el significado de este justo homenaje a la grata memoria del profesor Juan de D. Uribe Gómez.



El Liceo Antioqueño en el gobierno de la Universidad³

Delfín Acevedo Restrepo
Profesor

Palabras pronunciadas en el Club Medellín, durante el homenaje rendido a los profesores Delio Fernández, Francisco Restrepo y Gerardo Tapias.

Señor doctor Jaime Sanín Echeverri, Rector de la Universidad de Antioquia. Señor Pbro. Dr. Gabriel Escobar Barrientos, capellán de la Universidad. Señor Gerardo Tapias, director del Liceo. Señores profesores Delio Fernández y Francisco Restrepo. Compañeros y amigos:

La Universidad como potencia espiritual, según la concepción de Ortega y Gasset, se congrega esta noche en torno a un sentimiento común, no con el severo rito del discurrir académico sino dentro del más elemental continente de la cordialidad y del afecto, para despedir a dos profesores beneméritos que por muchos años han compartido nuestras luchas, han estimulado nuestras esperanzas y han sido comuneros constantes en las nobles faenas educativas y sembradores generosos que supieron dejar su nombre cosido con hilos de imperecedero recuerdo a la historia del claustro que iluminaron con su inteligencia y enaltecieron con la lección inmaculada de su vida.

Porque a las personas de Delio Fernández y Francisco Restrepo va unido un tramo de alta significación en la trayectoria fecunda del Liceo Antioqueño, plantel al cual sirvieron por varios lustros con reconocida

³ 1962. *Revista Universidad de Antioquia* 148, pp. 475-478.

eficacia, con apasionada devoción y con indeclinable celo en el cumplimiento de sus deberes.

Es apenas natural entonces, que ante el imperativo de los aconteceres en señalar nuevos senderos en el destino de estos caros colegas, acordes desde luego con sus encumbrados atributos personales, es apenas natural, repito, que quienes a ellos estamos unidos por los canales de la amistad y del cariño, alcemos nuestra voz en esta oportunidad para decirles que nos honramos honrándolos, porque resulta grato y ennobecedor rendir tributo a la virtud y encender cirios de calor justiciero a quienes en la inmólación silenciosa de todos los días han regado la simiente de su saber por los amplios predios de la labor docente, para “Revelar la profunda naturaleza de los seres, sacar de las reconditeces de la personalidad la efigie auténtica del hombre con todo cuanto comporta su naturaleza para hacer de él un ejemplar de la especie humana”.

Ocasión es esta propicia también para ventilar algunas inquietudes que agitan la conciencia colectiva de esta gran familia que constituye el Liceo Antioqueño, sustentáculo poderoso e indestructible de la Alma Mater.

Nuevos vientos soplan ahora sobre este robusto edificio espiritual que, fiel a su tradición, aspira a continuar siendo la más egregia institución de educación secundaria a todo lo largo y ancho de la geografía patria.

Y estos propósitos indeclinables nos llevan a poner en el plano de la decisión, y dentro del cordial ambiente en que nos encontramos algunos fallos que en nuestro concepto dificultan el alcanzamiento de mejores logros en la función que nuestro instituto está llamado a cumplir.

La autonomía universitaria es un concepto que debemos fortificar cada día para que los principios que la inspiran se traduzcan en el más auténtico sentido de Universidad.

El Liceo Antioqueño —todos lo sabemos— ha sido y es la célula más vivificante de la Alma Mater y la proyección más sobresaliente entre la sociedad y el claustro; es también la fuerza sustentadora de su pasado y la que mayor claridad diluye sobre los horizontes del futuro.

El inmenso caudal humano que en él se agolpa y la prodigiosa jornada histórica que ha cumplido hasta ahora hacen que no pueda ya en nuestro medio mirarse a la Universidad desligada de lo que es su nervio, su motor, su fuente y su justificación misma.

Cuando una facultad del sesquicentenario centro docente, con ciento cincuenta alumnos o menos, representada por su decano, toma parte con todo derecho en el gobierno del mismo plantel, nos parece ilógico a más de injusto que de esta atribución se prive al Liceo Antioqueño, donde cerca de dos mil estudiantes, un centenar de profesores y un buen número de empleados aspiran a tener su vocero que lleve ante los cuadros directivos de la institución los planes e iniciativas que pueden incorporarse al beneficio colectivo. Esta es precisamente la conclusión a que queremos llegar, después de las premisas que hemos asentado.

Bien sabemos que los estatutos rectores de la Alma Mater no contemplan la representación del Liceo en sus Consejos Directivos; pero nadie ha dicho que en un sistema democrático como el nuestro haya normas inmodificables cuando las necesidades lo imponen y el interés colectivo lo reclama.

Señor Rector:

Queremos nombraros heraldo de esta legítima ambición ante las potestades autónomas de la Universidad cuyos destinos orientáis hoy con tanta pulcritud y decoro.

Bien entendéis vos, que acabáis de llegar del gran país del Norte, que lo que ha determinado el adelanto técnico de sus universidades ha sido precisamente el espíritu abierto de sus dirigentes para incorporar al gobierno de las mismas las distintas fuerzas vivas.

Una especie de Estado, con su poder ejecutivo, su poder legislativo y su poder judicial, existe en Norteamérica dentro del ámbito de cada universidad. De este modo, alumnos y profesores se incorporan a ella, toman contacto con el sistema de la vida que impera y se hacen cargo de la responsabilidad individual que tienen que mantener en un clima de absoluta libertad, donde nadie nunca llegará a ordenarles o a imponerles por la fuerza que adopten actitudes reñidas con sus íntimas convicciones.

“Ellos saben que mientras respeten el orden y su conducta no ofenda la vida de terceros, la maquinaria judicial no existirá para ellos. Solo ellos y nadie más que ellos pueden dar existencia inmediata a un sistema que permanece atento para proteger a todos contra aquel que viola su juramento de buena conducta”.

Allí están, creemos nosotros, los fundamentos más sólidos de la codiciada reforma universitaria.

La incorporación del Liceo al gobierno de la Universidad de Antioquia dará como resultado el diario fortalecimiento de los vínculos de solidaridad entre los distintos miembros que la integran, con unas relaciones basadas en la comprensión y el respeto mutuos en tal forma que todos vivan ligados por la Alma Mater y que esta a su vez sea una especie de símbolo que una y comprometa.

Señor Profesor Gerardo Tapias:

Os habéis percatado de que vuestra llegada a la dirección del Liceo ha sido recibida como un acontecimiento corriente, tan corriente que a ninguno sorprende.

Ungido por la admiración y el respeto de vuestros compañeros, la opinión general debía consagrar vuestro nombre para tan señalada posición. Y al tener esto en cuenta la Universidad, confirma que ella, como organismo descentralizado, empieza a aplicar los principios de la ambicionada carrera administrativa, donde no existan para los estímulos a sus servidores otras consideraciones que el equitativo valoración de sus méritos personales, determinados por la disciplina de la vida, la exigencia propia y constante y el servicio a algo trascendente.

A vuestra envidiable experiencia pedagógica y a la brillantez de vuestra trayectoria educativa, podéis agregar el empuje de un selectísimo grupo de profesores que enaltecen la raza, porque son dignos, responsables, estudiosos y hasta cierto punto inconformes, ya que viven en permanente función renovadora y la inconformidad ha sido siempre incentivo de progreso, como nos lo enseña el autor de *La rebelión de las masas*.

Evocando a uno de mis viejos y venerados maestros que se llamó Francisco Rodríguez Moya, en oportunidad como esta, yo quiero decir también que tenéis en vuestras manos a una juventud vigorosa que marcha confiada hacia el futuro, y quiero pedirle por vos en nombre de quienes la han precedido que mañana su obra sea tal que como en la frase bíblica se les reconozca por ella.

Que aun sin saberse quién ejecutó una buena acción, se reconozca el paso de su mano por el rastro de nobleza y de justicia que ella deje; como en la selva se reconoce la huella del león por la estrella de su garra.

Medellín, febrero 16 de 1962

El devenir de una generación¹

Fabio Zuluaga Ángel
Profesor

Los devenires son lo más imperceptible. Son actos que no pueden ser contenidos sino en una vida y expresados en un estilo.
Deleuze

La generación de estudiantes que ingresó en el año sesenta y cinco al por entonces recién creado Instituto de Estudios Generales de la Universidad de Antioquia protestó contra el imperialismo norteamericano por la invasión de los marines a República Dominicana. La manifestación fue repelida por la Policía, y el Instituto, localizado en las que habían sido las vetustas instalaciones y calabozos del antiguo Tránsito Municipal de Medellín, donde ahora funcionan las torres Marco Fidel Suárez, fue rodeado y allanado después de dos días de sitio, por orden del rector de la época, el doctor Ignacio Vélez Escobar, y con la autorización del gobernador, Mario Aramburo Restrepo. Los muchachos y muchachas fueron desalojados a bolillo y detenidos por la fuerza pública. El hecho fue considerado como un grave acto de violación de la autonomía universitaria y generó un movimiento universitario a nivel nacional que paralizó la Universidad pidiendo la salida del rector, y liderado por la FUN, Federación Universitaria Nacional. Una tarde hubo manifestaciones públicas en las principales capitales del país, pedreas, enfrentamientos con la Policía y resultó muerto en Bogotá el estudiante Jorge Useche.

.....
¹ 2005. *Debates* 41, pp. 32-37.

Fue tal la gravedad de los desórdenes que el gobierno decretó el estado de sitio y el propio presidente conservador, Guillermo León Valencia, intervino para solicitar la renuncia al rector Vélez Escobar.

El rector destituido se ocupó de la Oficina de Desarrollo de la Universidad y desde allí continuó liderando la gestión de la actual ciudadela universitaria, a cuya encomiable labor se debe su construcción y la transformación de la vieja Universidad rumbo a la modernidad. Al médico Vélez Escobar lo sucedió el abogado Lucrecio Jaramillo Vélez.

Vientos revolucionarios soplaban por toda América Latina que activaban las hormonas de los jóvenes de aquella época, al influjo del triunfo de la Revolución cubana y de las tesis del padre Camilo Torres, entre otros, y quien por entonces vino a la ciudad y durante una de sus visitas se parapetó en una de las mesas de la cafetería del Instituto de Estudios Generales y expuso sus tesis revolucionarias y luego dictó una conferencia en el Paraninfo de la Universidad, analizando el ciclo revolucionario de los líderes estudiantiles y señalando que a medida que iban avanzando en sus estudios se iban despojando de la barba (uno de los símbolos revolucionarios de la época, junto con la mochila) y que finalmente terminaban absorbidos por el mercado laboral y olvidándose de los ideales que defendieron como estudiantes. Por entonces el padre Camilo no se había ido para el monte.

El movimiento que empezó por móviles políticos transnacionales se convirtió en un problema interno, con repercusión a nivel nacional, que paralizó la Universidad y a todas las agrupadas bajo la FUN, y terminó convirtiéndose en un movimiento contra el rector de la de Antioquia y se volvió problema de orden público con heridos, detenidos y muerto incluido.

El ideal del Instituto de Estudios Generales, de formar un profesional humanista, crítico, pensante, solidario, con visión universal y conciencia social, que contribuyera a la solución de los grandes problemas del país, se iba formando en estos escenarios de agitación, y cursos como el de Historia del Arte y el de Geopolítica, dictados, entre otros, por el profesor Fabián Orozco, contribuían a ese ideal.

Años más tarde, esa misma generación protestó y paralizó la Universidad en contra de la Ordenanza 36 de la Asamblea Departamental, que obligaba a los estudiantes cuando terminaran la carrera a devolver

los dineros que la Universidad hubiera invertido en su formación profesional. En el marco de ese movimiento hubo de nuevo enfrentamientos con la fuerza pública y parálisis de la Universidad. El movimiento logra que se derogue la polémica norma.

Llegan los años setenta y esa generación enfrenta el Plan Básico de la Educación Superior, en el que se refleja la penetración imperialista; se propone en cambio el Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos en el que se exige, entre otras cosas, la abolición de los organismos de dirección del momento y la creación de otros donde participen estudiantes y profesores, elegidos democráticamente (el cogobierno de la Universidad). Se pelea por espacios de poder al interior de la Universidad y como reafirmación de la autonomía universitaria, en contra del imperialismo norteamericano presente, incluso, en los cursos de inglés.

De nuevo ocurren enfrentamientos con la Fuerza Pública y la Universidad es allanada, los estudiantes son golpeados, detenidos, la Policía entra incluso a los laboratorios de química y arremete a bolillo contra el material docente, causando grandes destrozos materiales y no queda beaker ni tubo de ensayo con cabeza. De nuevo la Universidad es paralizada y el movimiento termina exigiendo libertad para los detenidos e investigación de los hechos.

Para el año setenta y tres ya algunos de los muchachos de la generación del sesenta y cinco se han graduado, se vinculan como profesores de tiempo completo y entran a formar parte de la joven Asociación de Profesores en cuyo seno dan la lucha contra el Estatuto Docente que intenta implantar a espaldas del profesorado el rector de entonces, Luis Fernando Duque Ramírez. Hay marchas de protesta. Prestigiosos profesores pertenecientes a la Asociación son expulsados por el rector. El 8 de junio es asesinado el estudiante Luis Fernando Barrientos, de la Facultad de Economía, cuyo cadáver es llevado al Salón de los Consejos en momentos en que el rector está ausente. El Bloque administrativo arde en llamas. En este agitado período las universidades públicas son cerradas durante varios meses por el presidente Misael Pastrana y a esta Ciudad Universitaria entra la soldadesca y toma posesión de los predios, y a esa generación le toca aguantarse la reapertura y el reinicio de clases entre fusiles y cascos de combate.

Llega el nuevo Gobierno, el del doctor Alfonso López Michelsen, hay cambio de rector, se reintegran los profesores expulsados y se reanudan las actividades académicas.

Hacia el año setenta y cinco con la decisión del gobierno del doctor López de ampliar los cupos en las universidades públicas, se lleva a cabo una vinculación masiva de profesores, seleccionados en los consejos normativos de la época, dominados por profesores politizados y gremialistas, con criterios políticos y no académicos. Al solo Departamento de Química ingresan de una vez más de veinte profesores de tiempo completo, que es la modalidad de contratación de profesores en esta época. La lucha enfila baterías contra la ampliación de cupos sin el correspondiente aumento de presupuesto, pretendiendo aumentar el número de estudiantes por grupo, y la carga académica. Al final se pacta entre doce y catorce horas de docencia directa por semana, como parte de la carga normal del profesorado y se fija en cincuenta el tope máximo de estudiantes por grupo que en general hasta hoy se respeta en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales e Ingenierías, para los cursos en Ciencias Básicas.

Con la vinculación masiva de profesores en el año setenta y cinco, otro tanto de los de la generación del sesenta y cinco se vincula, y desde el seno de la Asociación de Profesores continúa la lucha por reivindicaciones gremiales, salariales, y por la financiación adecuada de la Universidad. Hay pugnas internas entre los grupos políticos en que se mueven profesores y estudiantes, debates por todo, lo político es lo esencial, lo académico no cuenta, la Universidad no puede ser formadora de cuadros para la clase dominante, reina una gran confusión, estallan bombas, petardos, “muerte a la cultura burguesa”, se lanzan bolsas llenas de tinta contra el monumento *El hombre creador de energía*, del maestro Rodrigo Arenas Betancur, y contra la valiosa pintura mural *El hombre ante los grandes descubrimientos de la física*, del maestro Pedro Nel Gómez, quien manifiesta durante la concentración de reinauguración de la obra que él no entiende “que se atente contra un patrimonio de todos ustedes y de la humanidad”. Al lado del acto, y mientras el profesor Luis Fernando Vélez pronuncia el discurso de desagravio, explota un petardo, pero los asistentes siguen ahí sin desbandarse. En este período los estudiantes forcejean por la repetición automática de exámenes, cuando la norma

dice que solo se repiten si se concluye que el examen estuvo mal elaborado por el profesor. Se presiona por la declaratoria de semestres especiales, lo cual significa ni más ni menos que ningún estudiante puede salir de la Universidad por bajo rendimiento académico, pues, después de todo, lo académico no importa sino la fuerza política del movimiento estudiantil y profesoral.

Mientras los estamentos universitarios se descuartizan y se sacan los ojos en su torre de Babel, la Universidad de Antioquia experimenta un gran desprestigio social y político, es vista como un antro de subversivos y desalmados que son capaces hasta de quemar a una monja. Una institución del Estado muy costosa, que nada aporta a la sociedad y que solo sirve para quemar buses y alterar el orden público y el tránsito vehicular por la calle Barranquilla. Llega a ser una suerte de desprestigio ser estudiante o profesor de la Universidad de Antioquia.

La institución misma y la generación que debía encarnar el ideal del Instituto de Estudios Generales, de formar el profesional culto, pensante, crítico, transformador de la realidad, pagaban su propio barcaje, su precio, en desprestigio propio y en desestabilización de la institución que lo formó. Nadie es culpable de nacer en un tiempo, en un lugar, en una época y bajo el influjo de los agitados vientos o las serenas aguas de los tiempos. “Son los tiempos, Señor”, dice un personaje en *Pedro Páramo*, para explicar lo que está pasando en ese momento.

Lo luminoso de los oscuros ochenta

La década de los ochenta se inicia con una Universidad desprestigiada y en luchas internas entre los estamentos, y es cerrada durante un año por el entonces rector Jesús Arturo Aristizábal Guevara, para aplicar el Decreto 80 de reforma de las universidades públicas. De paso expulsa al presidente de la Asociación de Profesores, Antonio Restrepo, con el argumento de que no tenía legalizado el título profesional.

Pero llega lo luminoso de los oscuros ochenta, el ochenta y cuatro. La Universidad hace un alto en el camino durante la administración del economista Santiago Peláez Valdés, pero esta vez para repensar la Universidad, revisar en lo que se ha caído, replantear el quehacer de la Institución. De esta profunda reflexión llevada a cabo por el profesorado a través de

los claustros sale el acuerdo de que la gran misión de la Universidad de Antioquia, la que le da su razón de ser en la sociedad, es la excelencia académica, investigativa y de extensión. Por primera vez desde el sesenta y cinco se pone lo académico por encima de lo político y partidista.

Pero llegó lo oscuro de los ochenta, el año ochenta y siete, el de las muertes de estudiantes y profesores como Pedro Luis Valencia, Leonardo Betancur (Leo), el doctor Héctor Abad Gómez y Luis Fernando Vélez. La Universidad se ve obligada a hacer un alto en el camino para enterrar y llorar a sus muertos y para que los que corren peligro por estar en la negra lista de muertes anunciadas se vayan a otras ciudades o al exterior, mientras pasa la borrasca siniestra. ¿Quién seguirá?, era la enloquecedora pregunta del momento.

El proyecto de Universidad de excelencia académica, investigativa y de extensión se va consolidando poco a poco durante las administraciones posteriores, y en la rectoría de Rafael Aubad López se enfrenta el problema del pasivo pensional, el relevo generacional sistemático y se crea la estampilla Universidad de Antioquia, cuyos dineros no podrán ser utilizados para gastos de funcionamiento sino para inversión. El Ministerio de Hacienda gira a la Universidad para resolver el problema pensional trece mil millones de pesos de los de la época, que sería la cifra jamás vista por algunos de la generación del sesenta y cinco, allegados a la administración del rector Rafael Aubad. La Universidad continúa consolidándose hasta llegar a ser la primera en grupos de investigación de excelencia, y la construcción de la SIU, durante la administración del rector Jaime Restrepo Cuartas, marca un hito en la historia de la Universidad de Antioquia en las postrimerías del siglo veinte, comparable a la construcción de la Ciudad Universitaria realizada por el rector Ignacio Vélez en la segunda mitad del mismo siglo. En palabras del expresidente de la República, Alfonso López Michelsen, en reciente visita en el mes de marzo, “la SIU es una de las cosas más grandes que le ha podido pasar a Colombia”. Y alguno de los de la generación del sesenta y cinco dijo, contemplando el enorme hueco que abrieron para hacer las cepas: “jamás había visto en mi vida un hueco tan grande”. Era tan ancho como una manzana de cuerdas a la redonda y tan hondo que los trabajadores allá abajo en lo profundo parecían muñequitos entre el pantano. Otro respondió: “yo sí había visto uno muy grande en mi época de muchacho:

el de la torre Coltejer, donde sepultaron el Teatro Junín para construirla”. “Pero no más grande que este”, replicó el otro, asustado.

Una constante en los movimientos estudiantiles

Una mirada de pájaro a los movimientos de estos últimos treinta años revela que ha habido un esquema común: empiezan contra una causa externa o interna y terminan en enfrentamientos con la Policía en los que resultan estudiantes heridos o muertos, y detenidos, el movimiento se transforma en movimiento de solidaridad con los estudiantes damnificados que termina paralizando la Universidad, y el objetivo inicial pasa a segundo plano. Es como si los movimientos necesitaran sangre para fortificarse. Después de un tiempo de parálisis se reanudan las actividades académicas y siguen normales durante un tiempo hasta que se presenta una nueva parálisis.

Además, puede afirmarse que las parálisis de los últimos treinta años fueron generadas desde adentro, con la única excepción de la parálisis del año ochenta y siete que fue generada por causas externas: las muertes vinieron desde afuera.

Las batallas

La generación del sesenta y cinco luchó contra el imperialismo norteamericano en todas sus formas, fuera y dentro de la Universidad. Luchó contra la injusticia social y creyó en la panacea socialista para resolver todos los males. Luchó por la autonomía universitaria y protestó cuando la consideró golpeada (movimiento contra el doctor Ignacio Vélez). Luchó por acabar con las formas de gobierno vigentes en la Universidad y crear nuevos espacios con su participación por libre elección (cogobierno). Protestó contra la bota militar en los predios universitarios y contra rectores autoritarios y policías.

Como profesores, esa generación peleó por reivindicaciones del gremio profesoral, dentro de la Asociación de Profesores que acaba de cumplir cuarenta años de fundada, por la adecuada financiación de la universidad pública, por estatutos docentes concertados y discutidos, por aumentos salariales y cargas académicas.

Una mirada a las banderas

Hoy ya el imperialismo norteamericano se campea con todo su poder por el mundo. El ideal socialista se vino a pique. ¿Quién iba siquiera a imaginar que se derrumbaría el imperio soviético? La pobreza y la miseria y la concentración de capitales en pocas cuentas se incrementaron. ¿Por qué cabeza pasó el advenimiento del neoliberalismo y la apertura económica decretada por el gobierno del presidente Gaviria y que de un plumazo sumió a todo el mundo en la miseria y acabó con la industria y el empleo? La lucha por abrir espacios de participación los abrió, pero esta conquista como que no interesa a las nuevas generaciones y ni siquiera es problema para ellas, o es una actitud política no participar en estos espacios. En el consejo de Instituto de Química hace años no hay representante estudiantil. Hace poco se robaron y quemaron las urnas en las elecciones para representante estudiantil al Consejo Superior, y los votos que se lograron contar estaban todos en blanco; total que no se ha podido elegir representante estudiantil. Es simpático que lo que para una generación fue una conquista arrancada a sangre y lágrimas, para la otra no importa, pero esto puede estar hablando de lo relativo que son las valoraciones de una generación y de otra.

El destino de los líderes

En el transcurso de estos últimos treinta años la generación del sesenta y cinco vio formar grandes líderes estudiantiles. ¿Qué se hicieron, a dónde han ido? Algunos harían parte de administraciones posteriores de la Universidad, incluyendo la actual del 2005. Otros murieron en la horrible noche del ochenta y siete. Uno muy importante presta hoy en día sus especializados servicios técnicos y políticos al Partido Liberal. Otro trabaja en la oposición al Gobierno Nacional. De muchos otros no se volvió a saber nada. De los que se quedaron como profesores la mayoría ya están jubilados y en este momento muchos deben estar asoleando a sus nietos, sacando a orinar el perrito, o cantando en el coro de Asopru-dea (Asociación de Profesores Jubilados de la Universidad de Antioquia, fundada por jubilados de la generación y para su propio recogimiento), es decir, disfrutaban de la vida del retiro como cualquier jubilado del Estado, en completa paz. Otros ya pasaron papeles porque no ven la hora

de jubilarse, y si corrieron a hacerlo fue para que no los cogiera la recién aprobada reforma pensional del gobierno Uribe. Evitaban así perder la mesada catorce que afectaría ostensiblemente el salario pensional.

Podría decirse, como conclusión, que la mayoría de aquellos fogosos muchachos siguieron el ciclo anunciado por el padre Camilo Torres, aquella tarde remota en que se parapetó en la mesa de la cafetería del recién creado Instituto de Estudios Generales, a cuyo ideal de profesional culto y crítico debe la generación del sesenta y cinco lo que fue, lo que hizo, lo que hace y lo que es.

Lo igual, lo distinto y lo único del movimiento del 10 de febrero

Los recientes acontecimientos del 10 de febrero de 2005 se inician en el marco de las protestas contra el Tratado de Libre Comercio, TLC, se presentan enfrentamientos con la Policía y posteriormente ocurre una explosión que produce heridos graves y ocho días después dos estudiantes de la Nacional muertas. El movimiento se convierte en un movimiento de solidaridad con los presos y los heridos, que paraliza la Universidad desde ese día. Esto es lo igual de este movimiento con los movimientos de los últimos treinta años en la Universidad; y lo distinto de este movimiento es que, por primera vez en estos últimos treinta años, los heridos y los muertos y aun los detenidos no son resultado de los enfrentamientos directos con la fuerza pública: son consecuencia de la explosión ocurrida en el interior de la Universidad.

Pero lo único y sui géneris de los acontecimientos del 10 de febrero y que puede estar hablando de una nueva cultura en los movimientos es que, por primera vez en estos últimos treinta años, una manifestación pública de estudiantes, acompañada de la fuerza pública con antimotines incluido, no termina en enfrentamientos. A la generación del sesenta y cinco le tocó incluso recibir clases con el Ejército en la Ciudad Universitaria y con soldados custodiando la entrada a los salones.

Finalmente, el viernes 20 de mayo, hacia las tres de la tarde, la asamblea multitudinaria de estudiantes, que había empezado en las horas de la mañana, abandona el Teatro Camilo Torres con la anormalidad levantada. En pocos minutos la UdeA volvió a ser lo de siempre: un reguero de muchachos y muchachas sentados en las gradas de las plazuelas, en

el suelo de cemento y en las sillas de las cafeterías. Hacia las cuatro de la tarde irrumpió el concierto de guitarras que se prolongó hasta entrada la noche bajo una carpa de hule rojo patrocinada por Pilsen Cervunión. La U recuperaba la normalidad perdida desde el diez del segundo mes.

El ayer desde hoy

Mirando desde hoy el ayer es como si la historia direccionada por los más poderosos del planeta siempre impusiera su aplastante pezuña, sin importarle nada ni nadie. Es como si a la larga las luchas políticas contra los poderes económicos y políticos se perdieran o rindieran muy poco dividiendo. Es como si todo transcurriera como afirma la frase del escritor Saramago: “La realidad es como es, no como uno quiere que sea”.

Si uno analiza la evolución del mundo desde aquella época hasta nuestros días puede concluir que, en su conjunto, el mundo sí ha cambiado, pero ha cambiado para mal e independientemente del deseo individual y de las luchas colectivas y generacionales. Hoy hay mayor desempleo, hambre y miseria, más dolor en el mundo, se han deteriorado más la salud y los sistemas de salud con la Ley 100. El planeta en su conjunto está más contaminado y parece que ya lo enloquecimos: veranos más extremos, inviernos más rigurosos, inesperados fenómenos como el tsunami. Hoy más que antes es más fuerte la sensación de impotencia ante la avasalladora fuerza de los poderes económicos y políticos mundiales.

Desde un lugar de la vida

Desde un lugar de la vida donde no están presentes las exuberantes hormonas de la juventud que hacen sentir, creer, pensar a quien las posee que se puede cambiar el mundo y que lo que se siente por esa hermosa muchacha que marcha al lado tiene visos de eternidad. Desde la atalaya de la vida en que otras hormonas permiten entender que hasta el amor es fugaz, se puede plantear algunas inquietudes: ¿Tiene realmente la universidad pública, y más paralizada, la fuerza política para contener semejantes avalanchas de la historia?

La Universidad de Antioquia es una institución muy frágil y cualquiera puede paralizarla. Es tan vulnerable como un adolescente enamorado. Contrariamente a lo que muchos piensan, el verdadero poder de la Universidad, demostrado en los últimos años, lo ha conseguido no a través de

la actividad política sino por el arduo camino de la excelencia académica e investigativa, reemprendido desde el año ochenta y cuatro.

¿Se justifica que paralice la Universidad cada generación de muchachos y muchachas que llega con renovado ímpetu hormonal a formarse y a alcanzar la plena madurez humana y profesional antes de continuar a su destino final?

¿Se justifica tanto dolor, tanto sufrimiento, tanta sangre humana derramada, tanto daño ocasionado a la Universidad Pública y a tantas generaciones de estudiantes de la ciudad y de otras partes, “los desplazados de los movimientos estudiantiles”, que tienen que abandonarla en las parálisis, conseguirse un trabajo o regresar a sus lugares de origen sin haber podido culminar el sueño de poder decir algún día, a boca llena: soy egresado de la de Antioquia?

En la sola Facultad de Ciencias Exactas y Naturales la mortandad académica estudiantil en tiempos normales es actualmente del cuarenta y cinco por ciento y en épocas de crisis este valor se dispara, y en toda la Universidad aumenta debido a la deserción, pero nadie, que se sepa, la ha cuantificado.

Aunque cada generación emprende sus propias luchas y escoge sus propias banderas, ¿no será posible llevarlas a cabo sin que toda lucha conduzca irremediable e inexorablemente a la parálisis de la Universidad?

En estos tiempos del neoliberalismo económico y de privatización de las empresas del Estado, ¿hasta cuándo podrá resistir y ser sostenible este proyecto social, científico y cultural llamado Universidad de Antioquia, frecuentemente paralizada?

¿Tendrá que educar la misma Universidad a las sucesivas generaciones, en la cultura de *La Universidad Funcionando* a pesar del conflicto social y político del momento?

¿No es un absurdo, una contradicción ontológica, corear la defensa de la Universidad Pública y propiciar la parálisis?

Hoy más que nunca se debe tomar como un principio filosófico, político, religioso, humanitario, democrático, o como se le quiera calificar: *La Universidad funcionando por el bien de todos*.

Una nueva consigna en las marchas debería ser: “Viva la U... Viva la U... no la dejés pa-ra-li-zar”.

¿Hasta cuándo seguiremos encarnando la frase del poeta T.S. Eliot, en su obra: *Tierra baldía*?

Palabras que brotan del Alma

No sabemos mucho del futuro
Excepto que generación tras generación
Las mismas cosas se repiten una y otra vez.

Y mientras aprendemos a manejar los conflictos sin que la Universidad se debilite, ponemos en peligro la validez del proyecto social, científico y cultural más grande de Antioquia en toda su historia y único lugar en el que todo se permite pensar y al que los menos favorecidos de la fortuna todavía pueden ingresar, pero del que muchos también tienen que partir durante las parálisis.

Nota: para detalles y ambiente social y político de los movimientos de los últimos treinta años, véase el libro *Universidad de Antioquia. Historia y presencia*, coordinado por la profesora María Teresa Uribe de Hincapié.



Oración fúnebre¹

Óscar Castro García
Profesor

Estas líneas quedan como testimonio del acto por la vida que la Universidad realizó el pasado martes 1.º de noviembre [1994].

En las páginas siguientes de este suplemento, Debates publica el texto completo de Oración Fúnebre, escrito por el profesor de literatura de la Facultad de Comunicaciones, Óscar Castro García, texto que sintetiza de manera fiel el sentimiento de las personas y agrupaciones que hicieron posible el acto, y del público que silenciosamente se congregó en la Plazoleta Central de la Ciudad Universitaria [Debates, nota del editor].

Oh, Dios, a la hora de la muerte devuélvenos la vida si es que gente sin misericordia nos la arrebató para poder cumplir así el ciclo natural de las cosas

Que las heridas se cierren solas

y los resentimientos no nos carcoman más el espíritu

Concedéndonos algún día esa maravilla que por tanto tiempo habéis negado a los hombres

pero aún no

porque casi nada hemos hecho para merecer la inmortalidad

.....
¹ Noviembre de 2004. Suplemento de la revista *Debates* 12, pp. 1-4.

Mejor ayúdanos a querer y a conservar ese don efímero y misterioso de la vida

en medio de la lucha cotidiana por la subsistencia

a sabiendas de que muy pronto o muy tarde cederemos nuestro sitio a otros que tendrán que ser mejores

Señor y Señora de la vida, haced que en cada minúsculo brote de existencia podamos apreciar y comprender vuestro designio

que en cada hoja tronchada contemplemos el verde de la selva

en cada rosa, el líquido del amor y del goce

en cada gato o lombriz o pájaro o estrella de mar,

los pasos, las sonrisas, las noches o la quietud de nuestros sentidos

en cada piedra del camino, un recuerdo feliz o alguna lágrima apaciblemente derramada

Que en cada niño, en cada mujer, en cada hombre y en cada anciano, podamos reconocernos

e identificar el paso de los siglos

la transformación de la materia

la historia de nuestras ilusiones

el cansancio de la especie humana

la necesidad del afecto

la pobreza de nuestra vida

la fragilidad de nuestras fuerzas

la fealdad de nuestros cuerpos

las carencias físicas de nuestra animalidad

los instintos incontrolados

la repetición incesante de lo mismo

Que en el desfile cotidiano de nuestros semejantes por calles, plazas y recintos,

se nos revelen los ciclos ininterrumpidos

del homo sapiens, del homo ludens, del homo eroticus, del homo faber, del homo erectus

del hombre de las cavernas, del hombre de los bosques, del hombre de las fábricas

del homo urbanus, del homo civicus

del hombre de la esperanza y del hombre desesperanzado

del hombre inútil y del conflictivo

del hombre de las nieves, del hombre de las montañas

del hombre recolector, del hombre cazador, del hombre sedentario

del homo politicus, del homo irónicus

del hombre raro

del hombre desechado

del ignorante, del prepotente, del generoso, del irascible, del perverso

del amoroso, del apacible, del poderoso

del infeliz, del tarado, del lenguaraz

del hombre de las confabulaciones

del eslabón perdido

del hombre redentor y del redimido

del despreciable, del aturdido, del sabio, del hipócrita

del travestido, del maculado, del frustrado

del payaso, del trompetero, del títere, del revolucionario

del estafador, del convicto, del asesino, del truhan

del buena gente, del amigo, del todero, del estudiante

del chistoso, del necio, del puto

del hombre humillado
del alegre
del conmigo no es la cosa
del de más allá
del próximo, del homónimo
del miserable, del rico
del ateo reservado
del policía camuflado
del guerrillero feroz
del guerrero romántico
del cristiano vergonzante
del enamorado de todo
del desencantado
de todos...
de nadie

Señor y Señora de todos, permitid que nos veamos en todos y en todos
nos sintamos parte de vosotros

Que nos avergoncemos del mal que vivimos sembrando en cada paso
premeditado

que caigamos en la cuenta del mal que hacemos con nuestras equivocaciones

que aceptemos el castigo cuando actuamos en forma deliberada contra
esos pequeños e imperfectos brotes de vida

Perdonadnos tanta atrocidad

Dejadnos ser como queremos ser sin que todos tengan que ser tan aburridos como nosotros

que los demás puedan amar a quienes sus recónditos designios quieren

que podamos sentarnos en la cafetería con el enemigo al frente
y que nuestros ojos no dejen de pestañear
y que cuando estemos solos matemos a todos los que odiamos una y mil
veces hasta que nuestra alma se vuelva roja por su sangre
para que volvamos a encontrarnos con estas víctimas imaginarias, y nos
sintamos felices
porque han resucitado
y que si volvemos a odiarlos al tenerlos enfrente de nosotros, les qui-
temos la vida una y mil veces con nuestros pequeños cantos y nuestros
latidos de amor
y si nuestro odio no da para más, Señora, porque nos estamos degene-
rando como humanos, infúndenos el último impulso de valentía para
transformar el rencor en un acto original, en algo nunca hecho, en algún
pensamiento feliz, en un recuerdo placentero, en una tierna intención,
en alguna salida chistosa, en una caricia soñada, en un olvido inmediato,
en un propósito efímero
En fin, en alguna genialidad que espante la muerte, esa otra fuerza que
atrae sin pasión y sin misericordia a ricos y pobres, tarados y eruditos,
hombres y mujeres, asesinos y víctimas
y que los lleva a la región de lo innombrable y de lo desconocido
Pero, Señor Dios y Señora Diosa de la vida y de la muerte, si no so-
mos capaces de contener nuestro odio y nuestro deseo de destrucción,
entonces concedednos la posibilidad de volvernos víctimas de nosotros
mismos, de recordar lo débiles que somos, de sentir el malestar de una
intoxicación, de reconocernos en el dolor de muelas, en los abscesos de
tos, en la asfixia, en los espasmos del dolor, en la infertilidad, en la cal-
vicie, en las arrugas del alma, en el tedio de los domingos por la tarde,
en el sinsabor de una resaca, en la sal del mar dentro de nuestros ojos y
narices, en la náusea, en el olvido y en el abandono, en la pobreza espi-
ritual y en la miseria física...
Al menos, tráenos a la memoria en ese instante, la última gripa y la fie-
bre a cuarenta y un grados, la diarrea incontrolable, la artritis, la tristeza

por la muerte de un ser amado, el dolor de oído, el lumbago, los calambres, los golpes en las espinillas, el dolor de cabeza, el desmayo

Señora y Señor de todo lo que existe, no soportamos más nuestra miseria, pero aceptad nuestro deseo de seguir insistiendo, de seguir buscando cómo mejorar en medio de la explotación y de la injusticia, en medio de las luchas por el poder y por el dinero, en medio de los odios de tantos contra tantos, en medio de las balas y de las bombas, en medio de nuestra cobardía y de nuestra pereza, en medio de la vida y de la muerte

y cuando nos llaméis a la región desconocida, no dudéis en darnos el abrazo, el calor, la palabra, la sonrisa, la belleza, la verdad, la placidez, la paz, la justicia y todas las demás virtudes y perfecciones que no merecemos, que no conocemos y que no hemos cultivado en la tierra

Y si acaso al morir vosotros ya no nos esperáis, entonces que quienes queden en la tierra traten de mejorar el mundo para que este se asemeje cada día más a esa perfección tan deseada y buscada en miles y miles de años, por millones de hombres y mujeres que solo han rendido tributo a la vida y han asumido la muerte como un despertar

Señor, danos una muerte feliz y plena

No permitas que nos sigamos matando

Ilumina el sendero de este pueblo

Abre los ojos a quienes no quieren ver

Acoge a nuestros muertos y perdónales sus errores, y si han muerto como nuestro profesor Marco Aurelio, concédeles desde ya los placeres y las dichas por ellos buscados en vano en nuestra ciudad, en nuestro país y en este planeta

Señora y Señor de nuestro destino, ¿qué más decir ante tanta vergüenza?

Aturdido, siento la necesidad de seguir aquí

Airado, confío en que con todos podré aguantar los días que me separan de la eternidad

Temeroso, pronuncio esta oración en la incertidumbre de este fin de siglo

Confiado, espero la justicia y el equilibrio en la tierra para que no vayáis a romper la armonía del universo

Esperanzado, intento un canto a la belleza del mundo y a la torpeza de los hombres

Seguro de vuestra clemencia, solicito que me concedáis tolerancia con los que detesto, paciencia con los que me molestan, tranquilidad con los que me miran como un bicho, orgullo con los que me faltan al respeto, indiferencia con los que me envidian, valor con los que me maltratan

y así disponerme para el encuentro definitivo con el amor, la verdad y la justicia, únicas realidades materiales de la paz.

No sé, Señora y Señor de la justicia, de la verdad y del amor, si me permitiréis ese encuentro en esta tierra o en la región del misterio

A vosotros me entrego y en vosotros estamos

pero aquí, de nosotros depende, en nuestras manos y en nuestra imaginación se encierran las salidas y las trampas, las claves y los caminos, las soluciones y las posibilidades, los planes y las tareas

De nosotros depende, Señora de la luz

En nosotros está la solución, Señor de la verdad

Con nosotros permanece la única posibilidad, Señor y Señora de la eternidad

Que no descansemos hasta obtener la paz

Que no durmamos hasta no rescatar el sosiego del país

Que antes de disparar una palabra, una mirada o un golpe, recordemos todas las palabras con las que seguimos enterrando a nuestros muertos y las flores que quedan pisoteadas en los pasillos de templos y de cementerios

y los pañuelos blancos tan inútilmente batidos en los cortejos

y los gusanos que nos recibirán con apetito

y el olvido que a todos nos espera

Que no nos cansemos de buscar en el arte, en la religión, en la filosofía, en la ciencia, en nuestra historia y en nuestra cultura no solo las explicaciones, sino también las soluciones para acabar con la violencia

Ayudadnos a comprender que también la muerte forma parte de la vida, pero que no somos dueños de la vida ni de la muerte de nadie

Perfeccionad nuestro corazón para que no desfallezcamos cuando veamos la otra orilla que nos espera

Enseñadnos a vivir porque en la escuela colombiana no enseñamos ni aprendemos a amar, a convivir, a comprender, a acariciar, a escuchar, a respetar, a cuidar, a colaborar, a criticar, a discutir, a aceptar la derrota, a menospreciar las glorias efímeras, a excitar la imaginación, a recrear el mundo, a crear

y a conjugar los verbos anteriores y los que se me olvidan y el verbo tolerar:

yo tolero

tú soportas

ella aguanta

nosotros resistimos

vosotras sobrelleváis

ellos toleran

todos viviremos

todos moriremos

Así sea

1.º de noviembre de 1994



Enrique Buenaventura entre nosotros¹

Mario Yepes Londoño
Profesor

Enrique Buenaventura vuelve a Medellín, desmedido. Más grande y diversa la obra, más atracción para todos los sentidos. La última vez que lo tuvimos aquí fue en 2003, en su segunda aparición en el Festival Internacional de Poesía de Medellín, cuando volvió a seducir a todos con la hondura del pensamiento, el vuelo altísimo de su verbo rico y jocundo, la gracia de su verso, la cálida presencia pública y la tierna, bromista, expansiva, ingeniosa, que por siempre recordaremos sus amigos en la intimidad. Pocos meses después, el 31 de diciembre, Enrique dio por fin descanso al brazo firme y a la mano que acarició a las mujeres, a su hijo, a los parientes, a los amigos y a los hijos de estos que nunca lo olvidarán (lo sé por mis hijas que iniciaron con él sus orfandades); mano que escribió como pocos —y apenas estamos empezando a medirlo—, mano que pintó, dibujó, hizo grabados, escenografías sin cuento, tramoya, utilería; manos que tañeron los tambores negros que siempre le fascinaron; descanso al cuerpo ya vencido que antes lo llevó por todo el mundo con los ojos siempre expectantes, críticos, brillantes por la luz interior de su espíritu, la misma que se quedó por siempre con los miles que tuvimos algún contacto con su bravura de intelectual polémico y sin sombras.

Hermoso este regreso de Enrique a la Universidad de Antioquia que, como todo el país, conoció apenas una parte —pero sustancial— de su obra dramaturgica y de su poesía en verso, y que recuerda diez o doce encuentros con su palabra viva, en auditorios, en aulas, y sobre

¹ Abril de 2009. *Agenda Cultural Alma Máter* 153, pp. 1-2. [Evocación de Enrique Buenaventura, egresado *honoris causa*]

todo en el Teatro Camilo Torres; lugares donde ayudó a impulsar la naciente Escuela de Teatro desde 1975. Ahora, en estos mismos escenarios, Enrique vuelve con todo lo que nunca tuvo tiempo de traer porque era reclamado por doquier y por mil afanes de la práctica teatral, de la docencia y sobre todo de la lucha por la supervivencia de su Teatro Experimental de Cali, del movimiento teatral colombiano y del tiempo que generosamente regaló siempre a sus amigos y colegas. Hermoso regreso porque ahora, cuando por fin descansa Enrique, su esposa Jacqueline Vidal y sus colaboradores en Cali están abriendo todas las maletas del viajero incansable y está saliendo, desbordada, toda la obra magnífica. Afortunadamente, esta vez en Medellín se han unido el Teatro Pablo Tobón Uribe, la Universidad de Antioquia con Extensión Cultural, el Museo Universitario y la Editorial; también el Teatro El Tablado y el Ministerio de Cultura para ofrecer, durante cerca de un mes, tres obras puestas en escena; un recital de poesía y canciones; dos libros (uno de cuentos y ensayos, otro de reflexiones sobre la vida y el arte, ambos con profusas ilustraciones del mismo poeta) producidos por la Universidad del Valle y la Biblioteca Departamental del Valle del Cauca, a partir del trabajo realizado por el CITEB (Centro de Investigación Teatral Enrique Buenaventura), y una exposición con 42 obras plásticas que estará en tres lugares de la ciudad.

Estoy seguro de que la respuesta del público, especialmente de quienes apenas ahora empiezan a conocer a este artista integral, contribuirá a promover futuros encuentros con la obra inédita o fuera de circulación de Enrique Buenaventura.



El caso de “Sor-prendida”, una mirada con los efectos del alcanfor¹

Elizabeth Cañas Rodríguez
Egresada

El pedazo de *dulcebrigo* doblado cuidadosamente que sacó de un libro es el inicio de esta historia y le recuerda a su dueño que un trapo como este determinó su infortunio cuando era estudiante. Ese hábito de limpiar donde se va a sentar lo tiene desde niño, aun en su trabajo como rector de las Escuelas Anexas del Corregimiento de Labores.

La costumbre la heredó de su abuela Inés y le hizo sospechoso de la muerte de “Sor-prendida”, ocurrida el martes 14 de noviembre de 1981, cuando varios encapuchados le prendieron fuego a un carro que pasaba frente a la Portería Barranquilla de la Universidad de Antioquia, en momentos en que se realizaba una protesta por la visita a Colombia de George Bush, entonces vicepresidente de Estados Unidos, y como parte de los actos preparatorios del paro cívico nacional programado para una semana después.

El paño rojo y su camiseta blanca puesta al revés ese día, pese a su manía por el orden, así como unos papeles recogidos en las cafeterías con mensajes de protesta que había rayado como solía hacerlo, se convirtieron en las evidencias para que Óscar Patiño Jiménez pasara siete meses en la cárcel acusado de ser parte de los nueve estudiantes de la Alma Mater involucrados en los sucesos, según la justicia penal militar.

“El trapo —decían los soldados—, me servía para cubrirme la cara; las hojas de papel rayadas me implicaron como el armador de las bom-

¹ Una versión previa de esta crónica fue publicada en 2015 con el título “Las revueltas, la monja y el infortunio”. Revista *Folios* (33-34), pp. 106-116, Universidad de Antioquia.

bas, y de la camiseta que usaba como atleta y juez en esa disciplina argumentaron que la tenía puesta al revés en medio del desespero”. También calificaron que su pelo largo y oscuro —el mismo que alguna vez le sirvió para hacer de Jesucristo en procesiones en vivo en Amagá y que le asemejaba con la figura sacra— le daba ese aire de estudiante revoltoso universitario.

“Era un *gancho ciego*. El Ejército se tomó la Universidad a fuego, y alguna gente logró volarse, pero fueron muchos también los detenidos. Yo, que era estudiante de Veterinaria y Zootecnia, estaba en un laboratorio de Ecología en uno de los primeros bloques, y cuando salimos a ver los disparos y a la gente gritando por los pasillos, también vimos a soldados vestidos de caqui corriendo detrás, ascendiendo para bajar a los que estábamos en los miradores. Nosotros nos escondimos en los laboratorios, pero el Ejército buscó hasta detrás de los archivos. Nos sacaron del laboratorio, igual que a otros, porque allanaron salón por salón”.

Así también lo cuenta Sara López, quien prestaba servicios en el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Humanas. “Yo era la secretaria supernumeraria. Eso fue a la hora del almuerzo y nos dimos cuenta de que había un suceso con los encapuchados. Con la trifulca nos encerramos en las oficinas y llegaron los soldados, tocaron la puerta y debido a que se cayeron los libros de los archivadores donde me escondí, supieron que yo estaba ahí. Los soldados hicieron salir también al Consejo de la Facultad, que estaba reunido”.



Frente a la Calle Barranquilla y formados en filas se sumaron empleados, estudiantes, profesores y todos los que ese día estaban en Ciudad Universitaria. Los soldados con cascos blancos marcados con la sigla PM revisaron uno a uno y separaron a más de un centenar de personas que al pasar el mediodía fueron enviadas a las instalaciones de la Cuarta Brigada.

Con su voz pausada y melancólica, Óscar habla mientras pasa de una olla a otra un poco de aguapanela para hacer un tinto en su casa, una vivienda humilde ubicada a solo unos minutos de la escuela, a donde nos tuvimos que desplazar porque no había tranquilidad para conversar en medio del revuelo que demanda atender la rectoría.

Algunas ollas brillantes cuelgan de la pared y en un fogón sencillo hierve el líquido prometido. Sentados en una mesa rústica vestida con un mantel de arabescos rojos, el relato empieza con la revelación de que no era culpable, solo un estudiante inquieto y activista pero no militante, y menos aún metido en asuntos bélicos. Pero con él, otros siete muchachos y una mujer matriculados en la UdeA también fueron implicados.

“Cuando íbamos en el furgón nos llevaban a la Cuarta Brigada, y a pesar de los golpes que recibimos durante el viaje, yo estaba un poco tranquilo porque sabía que no había hecho nada malo. Llegamos a un taller donde había motores de carros desarmados, piezas de los vehículos del Ejército, hierros, y justo allí nos tiraron sobre el aceite en el piso, para luego esposarnos y colgarnos del techo. Los pies apenas tocaban el suelo, y así guindados recibimos pelás con tablas y las culatas de las armas de los soldados”.

Los ojos aguados le obligan a inclinarse y bajar la cabeza un poco. Óscar contiene el aliento y reinicia para recordar que a eso de las nueve de la noche comprueba que un soldado que se le acerca es un conocido de su casa y por fortuna se ofrece a avisarle a la familia. “Al día siguiente se apareció con una muda de ropa limpia. ‘Yo vuelvo a salir al mediodía, echá esa ropa sucia aquí, yo me la llevo’, me dijo.

Más tarde, en ese segundo día, me quitaron esa ropa limpia e hicieron la prueba del guantelete, proceso que detecta los restos de pólvora o explosivos. Para el Ejército tanto la ropa como nosotros éramos positivos: supuestamente todos habíamos manejado explosivos, disparado, y estábamos impregnados y quizás por mi pinta yo era el jefe de todos.

Poco hablábamos, porque ninguno nos conocíamos y nunca nos enteramos de qué era lo que pasaba”. Tampoco estaban al tanto de la escalada terrorista que en las últimas 24 horas había ocurrido en la ciudad, donde, según los periódicos de la época, fueron por lo menos diez los atentados. “Los soldados que nos vigilaban empezaron a decir que en los disturbios de la Universidad se había quemado una persona y que había sido un acto vandálico de mucho descaro, porque se trataba de una monja que era lisiada”.



“Ella no tenía ningún problema físico, era muy linda y entregada a su vocación, a la gente, porque tenía ese don para ello”, dijo María Altagracia Orrego Suescún, una habitante del Barrio Pedregal y vecina de doña Ana, quien vivía en la casa contigua y era la tía de sor Carmen Cañaverel López, religiosa de la comunidad de las Siervas de la Madre de Dios.

La monja de 41 años de edad había llegado el sábado anterior a Medellín para cuidar de su tía enferma y convino con un sacerdote primo suyo que la acompañara al centro de Medellín a comprar unos zapatos y a entregarle una encomienda a otra monja de la comunidad.

Vestida con su hábito negro y largo, que incluía un peto blanco sobre el que prendía una imagen de una custodia que evocaba la hostia consagrada, salió de la casa 68A-105, en la calle 103C para subirse a una camioneta Ford amarilla de doble cabina modelo 75 que manejaba Celedonio de Jesús Isaza y en la que también viajaba el primo de la religiosa, fray Luis Ovidio Cañaverel Velásquez, adscrito a la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos encargados de la antigua casa de menores que funcionaba en Machado, Bello.

Una vez realizadas las diligencias y entregada la encomienda en el Hospital San Vicente de Paúl, donde prestaba los oficios la compañera de sor Carmen, se dirigieron por la calle Barranquilla hacia el norte, a eso de las 11:00 a. m. Al pasar frente a la Universidad de Antioquia, el vehículo con sus placas oficiales 0U3510 fue detenido por un grupo de encapuchados que en medio de gritos y arengas antimperialistas —según registros de prensa— dejaron caer sobre el capó del carro el muñeco que imitaba la figura de George Bush y al cual le habían prendido fuego los participantes en la revuelta.

El cura y el conductor lograron salir del carro, pero no la monja que al parecer quedó sofocada por las llamas, o quizá enredada con su hábito. El fuego envolvió el carro, que no pudo ser apagado por las unidades antichoque del Ejército apostado en el puente Barranquilla para disolver a los manifestantes armados con bombas molotov y piedras, que eran las armas estudiantiles de esa época y usadas en el único disturbio universitario ocurrido en Colombia en el que una monja quedó literalmente prendida.

“Fue una cosa atroz”, dijo doña Altagracia, quien aseguró recordar a la monja como una persona muy querida. A esta voz de vecina

agradecida por las atenciones de la Sierva de Madre de Dios se unieron otras hace 35 años, cuando en grandes titulares se anunció este hecho. “Inútil y estúpido acto de barbarie”, “Extrema crueldad”, “Religiosa pereció inmolada”, y testimonios coléricos hicieron parte de las declaraciones de los personajes de la época como el arzobispo monseñor Alberto Trujillo, entonces Secretario General del Consejo Episcopal Latinoamericano, Celam, gobernantes como el alcalde de Medellín José Jaime Nicholls Sánchez-Carnerera y el gobernador Iván Duque Escobar, presentes también en las honras fúnebres realizadas en el sector de Palos Verdes, donde queda la sede de la comunidad religiosa a la que pertenecía la hermana y de quien solo algunos de sus huesos fueron enterrados en Campos de Paz.

“Gente de mucha importancia asistió al entierro. Estuve en la velación, donde llegaron grandes personalidades de la época y mucha gente, porque la monjita tenía mucha familia en Betania, su pueblo natal, y en el eje cafetero”, resume doña Altagracia, al tiempo que insiste en que sí, sí hubo monja prendida y que ella, como vecina, vive para contarle, aunque mucha gente ha negado el hecho.

En la Cuarta Brigada

La muerte de “Sor-prendida”, como empezó a llamarse, ocurrió en un período de la historia universitaria en el que fueron comunes las desapariciones y los asesinatos de líderes, estudiantes y profesores, durante el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala.

La gravedad de los hechos ocasionó el cierre por varios meses de la Universidad de Antioquia, y la presión mediática, tanto del Gobierno como de los militares, puso en el ojo del huracán a los estudiantes detenidos. La autoría del crimen, atribuida en los corredores a simpatizantes del M-19, fue un tema tratado con incertidumbre, especialmente por el escepticismo sobre la muerte de la monja, que aun entre los universitarios se entronizó hasta convertirse en mito.

“El olor a carne quemada hubiera sido muy berraco, ¿no?”, dijo con desparpajo Sara López, mientras evocaba que entonces los tropeles en la de Antioquia eran más con piedra que cualquier cosa y que los revoltosos no usaban armas como ahora.

Era una época donde imperaba el Estatuto de Seguridad y se juzgaba cualquier indicio de compromiso político como intento de sedición. Por eso cuando Óscar Patiño Jiménez fue involucrado en el caso, su madre tuvo dudas que se nutrieron con una solicitud que había realizado su hijo. “La noche antes de mi detención le pedí a mi madre que me buscara un frasco vacío para hacer un experimento, y como no había en mi casa, buscó a una vecina para conseguirlo. Eso sirvió para que mi mamá atara cabos y pensara que la botella era para armar una molotov”.

“Los interrogatorios eran precedidos por golpizas y tablazos en los pies. Esto era en el día, porque no había ninguna diligencia. La noche era más difícil porque nos sacaban en calzoncillos, en un carrito militar pequeño estilo Willis, y encapuchados nos llevaban por la Cuarta Brigada de un lugar a otro, hasta unos cuartos estilo sanitario y cubiertos de icopor, donde un tipo también encapuchado nos torturaba física y psicológicamente. Hablaba en distintos tonos: ‘Óscar Darío, usted es un jefe guerrillero, ya todos sus compañeros lo delataron. Usted es inteligente y no creemos que vaya a pagar esto solo’. Como en un juego, se escuchaba tanto de un lado como de otro, e insistía en que yo era el líder, que debía dar nombres y lugares de encuentro de la organización, y que tenía que decirlo todo, o si no me quedaría solo pagando por los hechos.

Al cuarto día, a las tres de la mañana, me llevaron a una oficina de la Cuarta Brigada para declarar ante un abogado de oficio que en realidad era otro militar vestido de civil y una mujer escribiente que insistía en que tenía que irse rápido esa noche.

Yo decía que eso era un montaje, que se necesitaba un pretexto para que la Universidad estuviera cerrada cuando llegara Bush y que el movimiento estudiantil dio tiro... ‘No sé nada, no conozco a nadie, primera vez que veo a estos muchachos que están aquí conmigo’. ‘¿Sí? Pero ellos lo señalaron a usted’, respondía el militar. Esa vieja me miraba con rabia, porque tenía afán... Cuando dije que no tenía ni alientos para hablar porque tenía hambre y sed, sacaron de una gaveta una naranja y me la dieron. Me mantuve en mi posición, ya era muy de madrugada, y al fin los papeles con copia gracias a la hoja de carbón salieron de esa máquina de escribir. ¡Fírmela!... Empecé a leer y se desesperaron porque leía lento. Entonces les dije: ‘Por qué no me trajeron por la mañana, si ustedes sabían que la diligencia se demoraba’. Hice algunas correcciones y al fin firmé”.

Le advirtieron de no contar de lo ocurrido en ese cuarto. Además, el miedo a sus compañeros ya estaba sembrado. Por influencia de un pariente, Óscar recibió durante su permanencia en la Cuarta Brigada a un militar de rango. “Me llamó como a las 8:00 a. m. un militar muy emperifollado, muy paternal, habló de mi hermana, de un tío y de otros familiares, aconsejándome que colaborara delatando, que habían hecho inteligencia, y cuando llegamos al Casino me dio pan con café con leche y terminó diciéndome que no fuera bobo, que dijera nombres y saldría. Le dije que tenía que podrirme ahí, porque no sabía nada y no conocía a esos muchachos, ni siquiera podía decir si eran estudiantes o no”.

Fueron ocho días a punta de pan, a veces un tarro de sopa y de idas a una letrina acompañado por un soldado. Los estudiantes no supieron de su familia, porque la Cuarta Brigada no hizo públicos los nombres de los detenidos. En cambio, vinculó con contundencia a los jóvenes por las pruebas de restos de pólvora y “evidencias”, como las que comprometían a Óscar Patiño Jiménez.



Era el 21 de octubre, el día del paro cívico nacional. El periódico *El Tiempo* reseñó: “El Gobierno reiteró ayer su llamado a los colombianos para que mantengan la paz, durante el anunciado paro cívico nacional de hoy, al tiempo que se reforzó la vigilancia militar en las principales ciudades y se prohibió el tránsito de motocicletas y automóviles de tránsito libre. El presidente Turbay Ayala dijo que el movimiento tiene carácter subversivo, que las instituciones están amenazadas por fuerzas subversivas compuestas por agitadores internacionales, que no luchan por una causa colombiana sino por una ideología política que proscribire la libertad y busca la dictadura del proletariado”.

“En la mañana nos habían dicho que salíamos. En el Casino nos dieron desayuno —fue la mejor comida que tuvimos en ese tiempo—, y los soldados que nos habían golpeado empezaron como a disculparse por su ‘trabajo’.

Fue grotesco... nos sacaron en pleno paro cívico y a la altura de la carrera 65, cerca de Castilla, había encapuchados tirando papas bomba y piedras. Nosotros íbamos mal vestidos y golpeados, con moretones,

acostados en un camión, bocabajo y esposados, amarrados a los tubos de la carrocería. Estábamos casi uno encima del otro, pero la gente no nos veía. En el sector de Caribe hacia Bello caí en la cuenta de que íbamos para Bellavista. Eso fue muy duro. Yo nunca había estado en una cárcel ni de visita, tampoco nadie de mi familia”. Paradójicamente, en este trayecto Óscar pensó que las bombas que los protestantes le tiraban al camión militar podrían haber prendido el camión y ocasionar su muerte.

En Bellavista

A eso de las dos de tarde, estaban en el cuarto de reseña de la Cárcel Nacional Bellavista. “Un gamín de unos catorce años que llevaba cincuenta y pico entradas a la cárcel, al verme lloroso me dijo: ‘no se preocupe, esto es bacano... a ustedes los pasan para enseguida’...”.

Según reseña de la prensa, inicialmente fueron 14 estudiantes detenidos. Con Óscar estaban José Jair Bedoya Castro, León Darío Bohórquez, Argemiro Manjarrez, Nicolás Fernando Montes, Orlando Jiménez Osorio, Tulio César Quintero, Juan Guillermo Benjumea y ocho más que fueron llevados a juicio. Su llegada a Bellavista causó revuelo porque todos querían ver a “los de la monja”, incluso el director de la cárcel llegó al momento de la reseña vestido de pantalón azul y camisa blanca, entró con una mirada particular, anunció que quería conocerlos y los hizo filar para darles la categoría que nadie quiere recibir en un penal: “Ustedes han sido catalogados de alta peligrosidad”.

El mismo día, en las horas de la tarde, Óscar, además de posar ante una cámara en primer plano y en todas las direcciones con un letrero distintivo sobre el pecho, volvió a llorar encontrándose con otros ojos: los del alcanfor. Las bolitas de esa sustancia semisólida cristalina y cerosa con un fuerte y penetrante olor acre aparecieron en el plato recogido del bongo carcelario y formaban vetas violáceas y verdosas en el caldo, en el que nadaban papas mal peladas, plátanos con cáscara.

El menú fue reforzado porque durante su primer día en la cárcel llegó a sus manos una cajita amarrada con una pita que después de mucho temor decidió abrir. Era una torta enviada por su familia, en la que se leía feliz cumpleaños. Era el número 21.



En el patio quinto Óscar fue recibido por un montón de gente armada de puñales y alambres que lo tumbaron y cogieron sus tenis con la intención de cobrar un “rescate”. Fue el único susto de ese tipo que sufrió, porque con la bulla aparecieron presos vinculados al M-19 que habían estado comprometidos con las armas de El Karina y llevaban tiempo en Bellavista. “Qué lástima, llegamos tarde para evitar que los atracaran”, fueron parte de las palabras de bienvenida.

“En el segundo piso nos tenían comida. Usaban fogones de petróleo de esos provistos con una mecha y una base llena del combustible. Pese al sabor que deja el uso del carburante, se tenía una comida mucho mejor que la del bongo”.

Con sus nuevas sandalias de distinto color y tamaño, Óscar rápidamente recorrió el entorno: paredes descascaradas, fealdad, suciedad, olor a orina y una zanja que hacía las veces de letrina que obligaba a agacharse para defecar; el olor a marihuana, a bazuco, gente en calzoncillos, sin camisa, con una pantaloneta, medio vestidos.

Allí recibió a una de sus primeras visitas. Su abuelo Paulino, quien tuvo 11 hijos y del que su nieto dijo que llegó sin la prestancia que lo caracterizó. Ver a su abuelo de 80 años, todo ajado, desprovisto de corbata y elegancia le causó conmoción al detenido, que argumentó que esa vida carcelaria de hacinamiento, dormir en el piso sobre cartones, entre otras malas condiciones, se mejoró gracias a los recursos contribuidos por las familias, a la solidaridad del movimiento estudiantil de las universidades que los visitaban, a sindicalistas y grupos de apoyo político, que además de dinero compartían libros, entre otras cosas. “Éramos una cofradía porque colectivizábamos lo que nos llevaban. Tulio Quintero, un estudiante de ingeniería que cocinaba muy bien, hacía las veces de chef. Mi especialidad era un chocolate con canela, y en las tardes hacíamos el algo.

La Cárcel Bellavista me despercudió y engordó, a punto de quedarme sin ropa. Porque nosotros cocinábamos, rara vez le dábamos la vuelta al bongo, y cuando tocaba porque estaba escaso el mercado, lo que hacíamos era subir con nuestro plato o coca y sacar lo feo del plato.

Lavábamos en un tanque, en los baños, todas las papas, jugábamos los plátanos, raspábamos para lograr sacar lo podrido, lo negro, para tener lo mejor y reciclar eso, mezclarlo con otras cosas, en una cocina a la que aportaban internos del M-19, de las FARC, del EPL y del ELN. Realmente, nunca comimos directo de ese bongo.

Era raro porque yo no fumaba, pero me llevaban paquetes. Llegué a tener una bolsa con un centenar de cigarros que se volvieron útiles porque cuando bajaba al patio cogía una cajetilla y me la echaba a la camisa para compartirla y hacerme a algunos compinches que me contaban historias”. Era también una forma de moverse con alguna soltura entre las insinuaciones homosexuales, los gritos y ese ambiente tan grotesco, y el agua o el sol que tenían que aguantar los internos cuando los obligaban a estar en el patio.

En el penal, según dijo, los implicados en el caso de la muerte de la monja eran, sin embargo, seres privilegiados, considerados y distinguidos por todos como “los estudiantes”.



En noviembre aún no se sabía nada, y tres de los compañeros detenidos por el caso quedaron en libertad. “En la cárcel, donde teníamos un televisor, era una rutina dolorosa y salida de la racionalidad ver al periodista Arturo Abella en el noticiero El Telediario 7 en Punto reiterar que ‘condenarán a esos asesinos de la monja en Medellín”.

El domingo 15 de noviembre, día de visita, nos sacaron del patio y sin previo aviso salimos de la cárcel para hacer una reconstrucción del crimen. En la puerta de Barranquilla, abogados, personal del Ejército e incluso algunas de las familias presenciaron la diligencia que demoró cuatro horas.

“Connmigo hubo pelea porque pretendían que me pusiera el trapo rojo, y yo les dije. ‘¿Por qué me lo voy a poner?’. El trapo no me daba para amarrar. Ellos querían que me pusiera la camiseta al revés, que me parara simulando tirar una piedra, tomaban fotos”.

Una virosis llevó a Óscar a la enfermería, donde le dijeron que “seguro era producto de la droga que estaba tirando”, y le atribuyeron su enojo y rebelión no al afán de evitar que lo inyectaran con una jeringa

que ya había sido usada con otros compañeros, sino a que con razón era un revoltoso, era de la Universidad.

Ese estado enfermizo se conjugó en diciembre, época de festejo en la que por tradición llegaba gente y se apostaba al frente de la cárcel, ponía música duro y hacía bulla para saludar a sus familiares y amigos privados de la libertad. “Era muy azaroso ver eso desde las ventanas. Los guardias cobraban plata y entraban ron o aguardiente que valía tres veces lo que costaba afuera. Hacíamos colecta para el ron o para la marihuana. Yo aporté, pero se veía muy mal que no tirara vicio o consumiera licor, porque en realidad no acostumbro. ‘Usted es muy *zanahorio*’, me decían los compañeros”.

Había que colaborarles, y también a los presos comunes que pidieron los restos de desodorante Lander en barra para rasparlos, mezclarlos con gaseosas y poner a fermentar en una olla tapada y con un adobe encima. Todo para despedir a 1982 e iniciar el nuevo año, que a muchos los sorprendió en la enfermería tras el consumo del *chambelán*.

El 14 de enero se inició el proceso de Sor-prendida. Una corte marcial presidida por el general Alirio Panesso Chica reunió en las instalaciones de la Cuarta Brigada a los ocho estudiantes de la Universidad de Antioquia. Una foto en la prensa local registra una fila integrada por los muchachos y a Teresita, una estudiante que estuvo sindicada y recluida en la Cárcel del Buen Pastor y quien paradójicamente se presentaba a las audiencias acompañada de una de las monjas que cuidaba el reclusorio. En la mitad, con los brazos y las piernas cruzadas, se destaca Óscar por su altura. También es el único que usa ropa formal, incluyendo una chaqueta que tiene sobre sus piernas. Impasible, contrasta con otros dos estudiantes que se tapan el rostro con sus manos.

Esa escena y la amenaza de que las penas podrían alcanzar hasta 24 años de cárcel se registraron durante un mes. “Tres personas fuimos los señalados como los más responsables. Pensábamos que íbamos a estar 28 años en la cárcel. Lo más seguro, en otros penales o hasta en la Gorgona, la cárcel de mayor seguridad que después cerró Belisario Betancur”. El temor les hizo plantear el suicidio como salida, la fuga, o hacerse matar.

“Todos los días teníamos que estar muy temprano en el rastrillo o puerta del patio, bañados, porque llegaban los militares por nosotros. Nos volvimos interesantes en Bellavista, porque los presos veían lo que

significaba nuestra salida diaria: guardia armada para sacarnos, dispositivos de seguridad, y nos metían amarrados en un camión, que variaba de ruta, argumentando que éramos todos del mismo grupo guerrillero y que lo más seguro era que afuera estaban pendientes de nosotros para rescatarnos. Era bueno salir, aun así, tirados en ese camión, y contar con la posibilidad de ver otros paisajes, y porque en las horas de almuerzo nos llevaban al Casino del Militar, donde comíamos de lo mismo que comían los soldados”.

Por primera vez Óscar sonríe, me mira con ojos brillantes para contarme que en ese casino vendían a 20 centavos unos panes “muy buenos y cebadores”, con los cuales los estudiantes empezaron a hacer negocio. “Llevábamos plata y en la hora del almuerzo comprábamos. En las audiencias de la tarde, estábamos sentados ahí, y al lado la bolsada de panes, que luego vendíamos en la cárcel. ¡Nosotros esperando 24 años de cárcel y vendiendo panes”!

Así fue hasta el 12 de febrero, cuando se dio inicio a la lectura de la sentencia de la Corte Marcial, en la que Óscar luce más delgado, vestido de pantalón claro y una camisa de puños, abierta hasta el tercer botón. Escuchó que algunos no volverían al Consejo de Guerra, sino que serían puestos en manos de la justicia ordinaria, y que a otros se les aplicaría la pena máxima de 24 años de cárcel por infringir el artículo 5º del Decreto 1923 de 1978. Esta sentencia, como se ratificó al día siguiente, se dictó para los estudiantes Juan Guillermo Benjumea, quien estaba matriculado en Comunicación Social y era el más veterano de los implicados, así como a Nicolás Fernando Montes Zuluaga, estudiante de Medicina.

El resto del grupo quedó en manos de la justicia ordinaria en cabeza de la Segunda Estación de Policía y culpado de violar el Estatuto de Seguridad al alterar el orden público, por lo cual fueron asignadas penas entre uno y ochenta días.

“Creo que fue un martes, cuando gritaron ‘Ese Patiño, se alista para salir en el tren de las tres o de las cinco’, que me entregaron la notificación de que esa tarde salía. Yo no tenía nada para alistar, lo único era que había comprado una grabadora robada allá mismo y que me servía para escuchar casetes. Se la dejé a un compañero que la necesitaba. Así me quedé en la calle de buenas a primera, porque como yo, nadie sabía que iba a salir. Eran las tres y treinta de la tarde cuando salí a esa calle del barrio La Gabriela, en Machado. Las rejas se cerraron detrás de mí”.

Óscar, acostumbrado a andar, empezó a hacerlo, y desde una tienda que encontró en el camino llamó a su casa. La emoción de ese momento vuelve con el llanto para contar la alegría de su familia y de muchos conocidos del barrio El Rosario, de Bello, donde residía.

Volvió a Bellavista, esta vez para visitar a los compañeros que habían quedado presos. “No se sabía qué era más duro, si cuando entramos inicialmente o después de estar siete meses ahí, añorando salir y tener que volver a visitar a los muchachos”.

Ellos quedaron en libertad en diciembre de 1982 gracias a que el presidente Belisario Betancur promovió el indulto que fue sancionado como Ley 35 de 1982, otorgando el perdón y olvido automática e incondicionalmente a todos los alzados en armas y la cesación de todo procedimiento judicial con la consecuente libertad inmediata para todos los presos políticos.

“Fue una experiencia de vivir para contarlo, como decía Gabriel García Márquez. Es muy duro, más cuando uno sabe que no tiene velas en el entierro”. Es una historia inscrita que hizo parte del más sonado de los 52 consejos de guerra realizados en la Cuarta Brigada en 1981, discutida por abogados, polémica y, como el alcanfor, irritante para la memoria universitaria.



La filosofía en la Universidad de Antioquia¹

Francisco Cortés Rodas
Profesor

El Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia conmemoró en 2015 40 años del Programa de Filosofía y 25 del Instituto de Filosofía. La Universidad de Antioquia ha tenido desde su creación una relación estrecha con el pensamiento filosófico, pero no será sino hasta 1962 cuando empieza a tomar rumbo un proyecto que, iniciando con la Sección de Filosofía, se consolidó con la aprobación del Programa de Filosofía en 1975, y que en 1990 da origen al Instituto de Filosofía. En este ensayo se presentará primero una reflexión sobre el papel de la filosofía en la sociedad y luego se hará una breve historia del Instituto de Filosofía.

El papel de la filosofía en la sociedad

i) Grecia es el lugar donde se crearon la democracia y la filosofía y donde están por tanto nuestros propios orígenes. Filosofía y política nacen juntas, en Grecia, determinadas por una misma tendencia, la tendencia hacia la autonomía individual y colectiva. En la medida en que la fuerza espiritual de la política y la filosofía siguen presentes, Grecia es para nosotros un lugar de inspiración.

Platón en el libro V de la *República* dice que, “a menos que los filósofos reinen en los Estados [...] y que coincidan en una misma persona el poder político y la filosofía, [...] no habrá fin de los males para los Estados, ni tampoco para el género humano” (Platón, *República*, L V 473d). Los filósofos deben asumir el control político de la ciudad para poder salvarla de la miseria y el caos, decía Platón. Esto es posible a

¹ Texto actualizado por el autor para esta compilación. El original fue publicado en 2016. *Debates* (73), pp. 20-25.

partir de una unidad entre el poder político y la filosofía, unidad que casi nunca se ha dado. Pero, la articulación sistemática de las virtudes debe producir el cambio de una sociedad dominada por las pasiones y deseos de sus ciudadanos a una sociedad dominada por la razón. En la medida en que la armonía de las partes del alma es formada por medio de la *paideía*, se requieren los filósofos como maestros razonables y racionales.

El filósofo, según Platón, debe estar dotado “por naturaleza de memoria, facilidad para aprender, grandeza de espíritu y de gracia, y debe ser amigo y congénere de la verdad, de la justicia, de la valentía y de la moderación” (L VI 487^a). Como modelo de filósofo, Platón nos presenta a aquel hombre que defiende la relación de la filosofía con una comprensión de la justicia: Sócrates. Para Platón, Sócrates representa la integridad moral, la moderación, la valentía. Los filósofos que Platón se imagina no gobiernan por el mero afán de poder, sino con un sentido de responsabilidad por el bien común.

ii) En la historia de la universidad moderna ha sido casi siempre la filosofía la que ha definido su orientación fundamental y propuesto los problemas básicos de lo que debe ser la educación. Kant entendió que la universidad debía pensarse a partir de una “idea de universidad”, la cual consiste en la búsqueda de la verdad, la práctica de la libertad y el ejercicio de la razón en la perspectiva de la realización del bien común, y el aseguramiento de los demás bienes y valores de la cultura.

En la *Contienda entre las facultades de filosofía y teología* Kant defiende la filosofía frente a las otras facultades y hace una apología de la misma. La filosofía, entendida como ejercicio de la razón, no se atiende a intereses sino que busca la verdad y, por tanto, genera y exige libertad.

La filosofía radica esencialmente no en la posesión de la verdad, sino en la búsqueda de la verdad. Consiste en la búsqueda del conocimiento universal, del conocimiento del Todo. La filosofía, como lo enseñó Platón, inicia con las opiniones y avanza hacia ese conocimiento del Todo. “La filosofía consiste en el intento de reemplazar esas opiniones referentes al Todo por un conocimiento acerca del Todo” (Strauss, 2014, p. 82). El conocimiento de todas las cosas es el conocimiento del mundo natural, del mundo social y de la experiencia de lo que me está

permitido esperar. Estos elementos constituyen el Todo y es de lo que se ocupa la filosofía.

Karl Jaspers, uno de los pocos filósofos alemanes que enfrentó con la crítica filosófica al nacionalsocialismo, pensó la transformación radical de la universidad a partir del ideal ilustrado de la autonomía. La universidad debe, por esto, ser un organismo con autonomía propia. “Esta vida propia, cuya libertad autoriza el Estado, se basa en una idea imperecedera, supranacional y mundial: la universidad reivindica para sí la libertad de enseñanza. Esto implica que debe enseñar la verdad al margen de deseos o mandatos que pretenden restringirla desde dentro o desde fuera” (Jaspers, 2013, p. 17).

Ortega y Gasset, quien también enfrentó con la filosofía la pretensión del gobierno dictatorial de destruir la universidad —de matar la inteligencia—, propuso una idea que permanece en la historia: “La sociedad necesita, además de buenos profesionales y científicos, asegurar la capacidad en otro género de profesión: aquella que cree de nuevo en la universidad la enseñanza de la cultura o sistema de ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical, que la filosofía y las humanidades deben realizar” (Ortega y Gasset, 2010, p. 38).

iii) Una y otra vez se plantean las preguntas ¿qué papel deben jugar los filósofos en la universidad y en la sociedad?, ¿cuál es nuestra función en el proceso de formación de los estudiantes?, y ¿qué puede aportarle la filosofía a la universidad y a la sociedad? “La filosofía alude a una actividad que sigue siendo insustituible en la vida humana: es una reflexión sobre lo importante. Nadie podrá responder a esta pregunta acerca de lo importante, sino la filosofía. La filosofía es una forma de reflexionar sobre los intereses principales de la vida cotidiana de una manera abierta y persuasiva. A los filósofos profesionales quizá nos compete dominar los grandes argumentos del pasado, estudiar a muchos autores. Pero debemos ofrecer lo mejor de todo ello con la libertad y la sencillez propias de una conversación” (Villacañas, 2012, p. 18).

La transformación que se ha dado en la universidad entre sus grandes áreas del conocimiento en los últimos tiempos ha generado un reto muy importante para la filosofía. Desde el siglo XVII se ha producido una separación entre la ciencia y la filosofía y cada vez con más fuerza

la ciencia ha adquirido una supremacía. Para algunos científicos y filósofos de la ciencia, es una opinión fuertemente arraigada que la ciencia ha hecho el mundo moderno y que es ella la que ha formado su cultura. El hombre moderno piensa en términos científicos, y pensar de otra manera, afirman los científicos, es pensar de forma inadecuada, absurda: “Para bien o para mal, la ciencia está en el centro de cada dimensión de la vida moderna. Ella ha formado la mayoría de las categorías en términos de las cuales pensamos” (Shapin, 2008, p. 10).

Hay que decir que la ciencia, que ha alcanzado un reconocimiento universal, ya no posee un vínculo fundamental con la sabiduría. En conexión con esto se ha generado una creciente especialización. La ciencia y sus complicadas y sofisticadas explicaciones se convierten en un asunto de expertos para expertos. La consecuencia es que el especialista se transforma, casi por regla general, en un ignorante en asuntos políticos, históricos o sociales. ¿Cómo puede una educación liberal enfrentar la estrechez de la especialización sin caer en la simpleza de cosas tales como cursos generales de civilización o videos sobre historia, política, antropología, etc.? En esto hay entretenimiento, pero no educación.

Para poder superar esta limitación del espíritu, la universidad debe adoptar un programa básico de formación humanista que comprenda la lectura de los grandes libros de los autores clásicos en literatura, historia, filosofía, matemáticas, física, biología. Los tiempos han cambiado realmente, pero las transformaciones políticas, sociales y la supremacía de una idea de universidad centrada en la investigación no pueden invalidar la tradición del humanismo y la filosofía, o hacerlas irrelevantes para el hombre contemporáneo. Las habilidades científicas y técnicas son una manifestación maravillosa de las capacidades humanas. Pero ellas no pueden ser elogiadas a expensas de las humanidades, como sucede actualmente.

Las ingenierías y las ciencias naturales no son mejores que la historia o la filosofía. La sociedad necesita de las dos, a menudo en combinación. “Para desempeñar bien su función, las instituciones educativas deben adjudicar un rol protagónico a las artes y a las humanidades en el programa curricular, cultivando un tipo de formación participativa que active y mejore la capacidad de ver el mundo a través de los ojos de otro ser humano” (Nussbaum, 2010, p. 132).

iv) ¿Qué debe hacer la educación desde una perspectiva filosófica? Debe formar las capacidades comunicativas, sensitivas, racionales del individuo mediante el conjunto de disciplinas que corresponden a las llamadas artes liberales, y debe servir, en el contexto de la formación universitaria, para el cultivo del ideal de la sabiduría humana. La educación humanista y liberal es la escalera por la que intentamos ascender desde la situación de la ignorancia hasta la ilustración y el conocimiento profundo de todas las cosas. Esta educación es el esfuerzo necesario para fundar una sociedad que pueda alcanzar su autonomía. Así, la educación en las artes liberales se puede entender como una preparación para la sabiduría.

Para John Locke, la educación liberal consiste en la adquisición de una familiaridad con la literatura clásica, “considero, escribe, que el latín es absolutamente necesario para un señor” (Locke, 1986, p. 93). Según John Stuart Mill, “la superioridad de la literatura clásica para los fines de la educación se atribuye al hecho de que ella nos transmite la sabiduría de la vida. [...] Al cultivar las lenguas antiguas como nuestra mejor educación literaria, asentamos a la vez una base admirable para la cultura y la ética filosófica” (Mill, 1931, p. 51). “Cien páginas —no, diez páginas— de Herodoto nos introducen infinitamente mejor en la misteriosa unidad de la identidad y la variedad de los asuntos humanos que muchos volúmenes escritos en el espíritu que predomina en nuestra era” (Strauss, 2007, p. 43).

En la vertiente educativa, formativa, de la noción de *humanitas*, “el animal humano debe ser moldeado, cultivado, por medio de prácticas, disciplinas, artes que desarrollen la palabra, la vista, el oído, el saber, de manera que pueda obtenerse y afinarse progresivamente un ideal de vida humana que sirva de referente normativo, en el sentido que hemos visto aparecer la voz *humanitas* como humanidad, humanitarismo, *philantrophía*” (Giusti, 2010, p. 41). La voz *humanitas* tiene que ver con la apelación a un sentimiento de respeto y reconocimiento hacia los otros, por el solo hecho de ser humanos, el cual se forma mediante la *paideía*.

Es importante recordar nuevamente que tanto Platón como Aristóteles insistieron en la educación desde la infancia, *paideía*. “Al desarrollo innato de la naturaleza, hay que irlo acompañando con otro proceso en el que esa naturaleza va preparándose para ser habitante también del

dominio de la cultura, de la sociedad, de las palabras. Esa ‘habitación’ constituye precisamente el *ethos*. Cuando la *paideía* ha podido intervenir en el desarrollo de la naturaleza, el *ethos* se va adecuando a algo más que los meros instintos de pervivencia. En la *paideía* se integran las experiencias de la comunidad y el poder del lenguaje para admitir o rechazar aquellos contenidos que, de alguna forma, gravitan sobre los conceptos” (Lledó, 1994, p. 71).

El sentido de la filosofía como humanidad, formado por medio de la *paideía*, es lo que hace que la filosofía sea una reflexión sobre lo importante. Y los problemas a los que nos referimos como lo importante solamente podrán ser respondidos por la filosofía. La universidad está profundamente vinculada con la filosofía, con el proceso por el cual el hombre natural se forma para ser un miembro de la sociedad, de las palabras, de la *polis*.

Breve historia de la filosofía en la Universidad de Antioquia

La filosofía, como disciplina académica, ha estado presente en la Universidad de Antioquia desde la época del Colegio de los Franciscanos, a principios del siglo XIX, sujeta entonces a la concepción de educación del período colonial.

Hacer filosofía en nuestra sociedad, que ya en el siglo XX aspiraba a ser moderna, supuso desarrollar unas condiciones institucionales y materiales que se plasmaron en la idea según la cual la Universidad debía tener una Facultad, o un Departamento de Filosofía, autónoma e independiente. Esta perspectiva de creación tuvo varios momentos. Según Javier Escobar, en la década del 60 llegaron “los aires de reforma a la Universidad de Antioquia, cuando, bajo el influjo del modelo norteamericano de universidad, se crearon, en 1962, los Estudios Generales, aquella institución que buscaba abarcar la totalidad de los saberes humanísticos y científicos, a fin de dar una primera base o sustento académico a los futuros profesionales que, solo al concluir su periplo por esta dependencia, pasaban a desarrollar los estudios propios de su carrera. Y allí, en aquel gran conglomerado de disciplinas, cuya administración se hacía mediante una serie de departamentos que asumían el manejo de los diversos saberes, halló la filosofía un nuevo nicho administrativo e institucional en el presente siglo, que habría de resultar, a pesar de las

modificaciones que sufriría con el transcurso de los años, más duradero que aquel otro mencionado arriba: se creó un Departamento de Humanidades, compuesto de una serie de secciones, entre las cuales figuraba ella. La antigua reina, devenida esclava, hallaba su propia buhardilla en el edificio, aunque viviendo con estrecheces” (Escobar, 1998, p. 559).

La idea de realizar un programa de filosofía se la propusieron los fundadores de este proyecto en los inicios de la década del setenta del siglo pasado. El programa de filosofía fue creado en la Sección de Filosofía del Departamento de Humanidades de la antigua Facultad de Ciencias y Humanidades, impulsado por un pequeño grupo de profesores liderado por Beatriz Restrepo Gallego, quien en ese momento era la Jefa del Departamento de Humanidades.

De este modo, la filosofía como organismo institucional y académico comenzó a abrirse paso en la Universidad de Antioquia y en el año de 1974 estos profesores le propusieron a la Alma Mater el primer programa de filosofía con clara intención investigativa. Mediante los Acuerdos 14 de mayo 13 de 1975 del Consejo Directivo y 5 de junio 25 del Consejo Superior se creó el programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, con un área mayor en filosofía y una menor en letras (literatura y lingüística). El Icfes otorgó una licencia de funcionamiento, concedida en 1975 (Acuerdo 210 del Icfes), que permitió el ingreso de los primeros dieciocho estudiantes, y luego, con la aprobación del programa en 1979 (Acuerdo 317 del Icfes), se otorgó el título de licenciado en filosofía y letras.

Los ocho profesores cofundadores fueron: Beatriz Restrepo Gallego, Freddy Salazar Paniagua, Alejandro Alberto Restrepo Restrepo, Carlos Másmela Arroyave, Javier Escobar Isaza, José Manuel Arango Pérez y Javier Domínguez Hernández.

Una de las características distintivas de los profesores que iniciaron este proyecto, la cual ha permanecido en el tiempo, es el espíritu de independencia e identidad propias, su interés por la calidad académica y su vocación por el estudio y la educación de los estudiantes. Estos elementos hicieron posible en los años siguientes la formación de sus profesores a nivel doctoral en universidades europeas y norteamericanas, y abrió paso más adelante también al ofrecimiento de programas de maestría y doctorado. La Maestría en Filosofía fue creada mediante Acuerdo Superior 140 de mayo 25 de 1990 y el Doctorado en Filosofía mediante

el Acuerdo Superior 141 de mayo 25 de 1990. Es importante destacar que fue el primer Doctorado aprobado en la Universidad de Antioquia.

Las políticas de formación doctoral que la Universidad ha impulsado en las últimas décadas han permitido el crecimiento del número de doctores. El Instituto de Filosofía ha tenido un desarrollo exitoso en este aspecto, pues la mayoría de sus profesores lograron culminar sus estudios de maestría y doctorado.

Esta autonomía e independencia que sus profesores han tenido se debe a que desde el inicio la selección de los profesores se hizo con criterios de calidad e investigativos, y no por razones políticas y partidistas de izquierda o de derecha, como ha sucedido en algunos momentos de la historia de la Universidad, ilustrados de forma objetiva y magistral por la profesora María Teresa Uribe. En esos períodos críticos y difíciles, la orientación política determinaba en gran medida la posibilidad de ingreso de un profesor a la Universidad.

En contra de esto, el Instituto de Filosofía ha buscado seguir un principio universitario y liberal: lo que define a la universidad es el hecho de ser una institución comprometida con el conocimiento y con el desarrollo cultural y científico. A la universidad no le corresponde realizar actividades políticas de tipo partidista relacionadas con el problema del poder y es parte de la preservación de su autonomía el que ella no se convierta en un campo de batalla en la lucha por el poder. En la universidad puede y debe haber política, pero si ella respeta los espacios de acción de la academia, de la ciencia, y no recurre a la violencia.

En los años ochenta la Universidad realiza un cambio importante en su organización administrativa, abandonando el principio rector de los Estudios Generales, para crear, junto con otras dos facultades nuevas, la Facultad de Ciencias Humanas, que reunía los departamentos de Filosofía, Historia, Lenguas Modernas, y Español y Literatura. En este contexto, y en el marco de la Ley 30 de 1992, se creó un nuevo programa, con un área mayor en formación filosófica y otra menor en otras disciplinas.

A final de los años ochenta, el Departamento de Filosofía, adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas, planteó la posibilidad de un cambio institucional; en esos años la Universidad hizo viable la formación de institutos, y así se crearon el INER, el Instituto de Estudios Políticos y el Instituto de Filosofía, como organismos con una clara y decidida orientación hacia la investigación.

El Instituto de Filosofía se crea mediante Acuerdo Superior 166 del 19 de diciembre de 1990, e inició con los mencionados fundadores y con ocho nuevos profesores que ingresaron. La Sección de Filosofía tenía cuatro profesores de tiempo completo en 1968, en 1973 el número aumentó a ocho profesores e inició el programa de Licenciatura en Filosofía y Letras en 1975, con 18 estudiantes.

El Instituto comenzó en enero 22 de 1991 con 204 estudiantes. En el 2015-1 eran 597. En filosofía: 291, en Licenciatura en filosofía: 154, en Licenciatura en filosofía en el Carmen de Viboral: 70, en Licenciatura en filosofía en Caucasia: 27, en Maestría en filosofía: 28, en Doctorado en filosofía: 27. La actual planta profesoral del Instituto es de 31 profesores, de ellos 22 con doctorado, 1 con pregrado y 8 ocasionales (4 doctores, 3 magister, 1 licenciada); además 24 profesores de cátedra.

La investigación ha sido el elemento estructurador del Instituto. Desde la formación de los profesores en la maestría y el doctorado se ha desarrollado un proceso de cualificación educativa que ha repercutido en la calidad de la docencia y en la creación de nuevo conocimiento. El Instituto ha planteado en sus prácticas y hábitos académicos que la investigación no debe exigir la disociación entre docencia e investigación. Los profesores deben ser investigadores para poder ser capaces de transferir la actitud investigativa a sus estudiantes, tanto en el pregrado como en los posgrados. Por esto el Instituto ha defendido en el proceso formativo la vinculación entre investigación y docencia.

Los campos más relevantes de docencia e investigación del Instituto son la filosofía griega, ética y filosofía política, historia de la filosofía, historia de las ciencias, filosofía de la ciencia y las epistemologías contemporáneas, la epistemología de las ciencias sociales, la estética y la filosofía del arte, la filosofía francesa contemporánea, la hermenéutica y la fenomenología contemporánea, la ética ecológica, la filosofía analítica y la filosofía de la mente.

El Instituto de Filosofía ha contribuido con el fortalecimiento de la relación de la Universidad con la sociedad y la cultura a través de la Extensión. Los programas más destacados de Extensión son el Aula abierta y las Lecciones de Noviembre, que entretanto son un referente cultural para la Universidad y la ciudad. Los profesores del Instituto han buscado que la filosofía salga del espacio estrictamente académico, proyec-

tándose hacia el público en general con estos programas de extensión, con el programa radial “Hablemos de Filosofía”, y mediante artículos de opinión publicados en el periódico *Alma Mater*, en la revista *Debates*, en *El Colombiano* y en *La Silla Vacía*.

El Instituto de Filosofía ha contribuido en el proceso de regionalización que la Universidad de Antioquia ha liderado en proyección social y en impacto comunitario y regional. El programa de regionalización del Instituto tiene cinco cohortes en la Seccional de Oriente y dos en la Seccional Bajo Cauca.

Los profesores del Instituto han publicado más de 800 obras, entre libros, artículos, traducciones, etc., desde 1994 hasta hoy. Han contribuido también con la creación de vida cultural en la Universidad y en la ciudad con la organización de foros, simposios y congresos nacionales e internacionales. Cabe destacar el III Congreso Iberoamericano de Filosofía y el V Congreso Nacional de Filosofía. La *Revista Estudios de Filosofía*, creada en 1990, ha llegado al número 69, y se ha consolidado nacional e internacionalmente por su calidad y cuidado editorial. La revista cuenta con un comité editorial de carácter internacional y ha publicado artículos de verdadera trascendencia filosófica. Los estudiantes han creado también la revista *Versiones*, que ha publicado 16 números.

Referencias bibliográficas

- Escobar, J. (1998). Filosofía. En M. T. Uribe (Coord.), *Universidad de Antioquia. Historia y presencia*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Giusti, M. (2010). El sentido de las humanidades. En M. Giusti y P. Patrón, *El futuro de las humanidades* (pp. 37-46). Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Jaspers, K. (2013). *La idea de la universidad*. Eunsa.
- Locke, J. (1986). *Pensamientos sobre la educación*. Akal.
- Lledó, E. (1994). *Memoria de la ética*. Taurus.
- Mill, J.S. (1931). *On education*. Cambridge University Press.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz.
- Ortega y Gasset, J. (2010). *Misión de la universidad*. Alianza.
- Platón. (1992). *República*. Gredos.

- Shapin, S. (2008). Science and the modern world. En E. Hackett, O. Amsterdamska, M. Lynch y J. Wajcman (Eds.), *The Handbook of Science and Technology Studies*. MIT Press.
- Strauss L. (2007). *Liberalismo antiguo y moderno*. Katz.
- Strauss L. (2014). *¿Qué es filosofía política? Y otros ensayos*. Alianza.
- Villacañas, J. L. (2012). *Los latidos de la polis. Filosofía para ciudadanos*. Biblioteca Nueva.



El sonido como patrimonio¹

Carlos González Restrepo
Programador-Productor Emisora Cultural A.M.

Cuando se habla de patrimonio cultural se tiende a pensar en grandes obras arquitectónicas, objetos utilizados por nuestros antepasados, libros, esculturas y pinturas, pero existe también un patrimonio intangible y que pasa inadvertido porque hace parte de la cotidianidad: la manera de hablar y de expresar un pensamiento mediante la palabra es parte de ese gran universo de la cultura de lo sonoro, de lo que llega por los oídos a nuestro cerebro y se transforma en idea o sensación. La cultura de lo visual ha eclipsado las posibilidades que ofrecen los sonidos y las palabras.

Desde que el hombre empezó a imitar el sonido de los animales, a componer música y a crear historias fantásticas, le abrió las puertas a la imaginación. Las narraciones orales de historias reales e inventadas se contaban de generación en generación hasta que algún escritor las redactaba y las transformaba en obras literarias u obras de teatro. Las tonadas populares se transformaron en grandes obras musicales que a su vez crearon atmósferas en las representaciones teatrales que derivaron en la ópera. Sin embargo, hasta hoy todas estas expresiones de la cultura siguen vigentes, ninguna ha reemplazado a la otra.

Este siglo que termina ha sido rico en avances tecnológicos, los medios de comunicación electrónicos llegaron a muchos hogares desde la década de los 50 y modificaron las formas tradicionales de comunicación. La radio se apropió rápidamente de toda esa cultura sonora, de todo aquello que no requiere de imágenes para comunicar, es un medio invisible que le presenta al receptor la posibilidad de imaginar lugares,

¹ 1998, agosto. *Agenda Cultural Alma Máter* 37, p. 5.

situaciones y personajes que se pueden expresar o insinuar por medio de la palabra, una nota musical o un ruido; lo real en la radio es que todos los objetos pueden hablar.

Pero la palabra no fue solo materia prima de la radio, también fue decisiva para el desarrollo de la industria fonográfica. La música pasó a ser parte de la vida cotidiana de la gente. Ese ha sido uno de los aportes más significativos que ha hecho la radio a la cultura universal. Sin la radio muchas personas en el mundo no conocerían las grandes obras de la música clásica y muchos cantores populares no serían conocidos.

Al desarrollarse los sistemas de grabación el sonido se pudo plasmar en un soporte, permitiendo que la música, los sonidos de la naturaleza y la voz de cualquier persona se perpetúen y puedan ser escuchadas a través del tiempo. Por tanto, desde el testimonio del más humilde campesino, hablando de la medicina tradicional, hasta el más afamado escritor que expone su pensar podrán ser oídos por las generaciones futuras. No es lo mismo oír hablar a una persona que leerla. La forma de expresarse, de cómo estira o encoge las palabras, de sus muletillas o problemas de dicción aportan al oyente información valiosa del que habla y del ambiente circundante. Con los soportes digitales o análogos ha surgido la necesidad de valorar lo que se graba en ellos y de seleccionar qué debe conservarse y qué no. De igual forma, es importante crear archivos sonoros sistematizados de los hechos cotidianos que en el mañana servirán de documentos históricos. La palabra y la música son recuerdos vivos tan importantes como lo son hoy las fotografías y los textos escritos.

En las Emisoras Culturales de la Universidad de Antioquia poseemos muchos testimonios vivos de personajes que hoy sería imposible captar y que están disponibles para la consulta. Voces de pensadores, escritores y artistas como las de Ernesto Sábato, Mario Benedetti, Héctor Abad Gómez, Rodrigo Arenas y Fernando González, entre otros, y una colección de música que aportan a la comunidad de Medellín otro testimonio de vida. Además, en la programación diaria transcurren las voces de la ciudad, los sonidos urbanos y las palabras que construyen paz. Son dos emisoras que constituyen un patrimonio invaluable para la Universidad de Antioquia y para Medellín, no comercialmente hablando, sino en el valor cultural que les ha permitido sostenerse entre las 45 emisoras comerciales de la ciudad.

Lugares



Tomás Carrasquilla en la Universidad de Antioquia

*Hace tiempos (fragmentos)*¹

Tomás Carrasquilla
*Exestudiante*²

IX

[...] La Universidad se ha cerrado a mediados del año precedente, a causa de una epidemia, y el doctor Berrío se ha aprovechado de esto para reformar aquel edificio y convertirlo en uno higiénico y adecuado. Todo albea y resplandece con el retoque.

Era la Universidad el convento colonial, que, merced a la Independencia, no estrenó la comunidad franciscana, en el propio lugar que hoy ocupan los jesuitas. Era por el exterior una fábrica tosca, sin aceras, con algunas ventanas al lado de la plaza y de la calle. Solo tenía una entrada, en arco, con impostas, cerca a la iglesia. Su portón, que hizo reformar Berrío, con tableros de altísimo relieve, luce hoy por ahí en la carrera Girardot en un depósito de carrocería. Sabía de espadas convertidas en asadores, mas no que una puerta del templo de Minerva, por donde han entrado y salido nuestros hombres célebres, parara en tránsito de choferes y granujas. Bien se ve que el motor relega las abstracciones.

La Universidad había sido hasta entonces un mugrero y un foco de patanería y vulgaridad. Mas ahí está Berrío para meter en cintura a los indisciplinados.

.....
¹ Tomás Carrasquilla. 1964. En *Obras completas*, Tomo II (pp. 535-539; 546-548). Medellín: Bedout.

² Tomás Carrasquilla terminó el bachillerato en la Universidad de Antioquia e inició estudios de Derecho en 1876, pero las clases se suspendieron por la guerra civil iniciada ese año, y nunca retomaría sus estudios.

Lugares

Nos sentimos muy grandes con el uniforme de comunidad: “Botín o bota de becerro, pantalón de paño negro, levita de paño del mismo color y chaleco blanco, sombrero negro de fieltro o de felpa y corbata negra”. Tal reza textualmente el reglamento que se lee durante un mes en el salón de estudios. Sobre el propio corazón del estudiante ha de resplandecer el escudo de plata, con su leyenda y su cinta tricolor.

Abarca aquel código la Escuela de Artes y Oficios, lo divino y lo humano. Sus sanciones son ineludibles. Todo va muy bien bajo la disciplina del estadista que, al dejar el solio presidencial, quiere preparar los hombres del porvenir. Todo va muy bien, menos la única protesta estudiantil, que en Antioquia llamaban “cucarrón” y “cotorra” en Bogotá. Ciento ochenta estudiantes zumbando como escarabajos rompemadera son para aturullar al más impasible. Berrío se ofusca con el cucarrón y tiene que apelar a terrible aparato. Un día, al entrar, se arma el rimbombo por cualquier motivo. Hace formar la comunidad en escuadra, en dos lados del patio. Exhorta; pero el cucarrón sigue. Sale y torna a poco con ocho guardias armados de rémington; los pone paralelos al ángulo; les hace calzar las armas, ponerlas en puntería, y ordena dar fuego si alguno chista. Ráfaga de espanto; silencio en las filas. Así termina el cucarrón. Un año después se supo que las cápsulas no tenían plomo y que toda la comedia estaba preparada de antemano.

El lado norte de la iglesia la ocupaba un caserón antiguo de un solo piso; nada menos que el parque de armas del Gobierno, con su cuerpo de guardia, su régimen militar y su centinela perpetuo. Ahí se guardaban en anaqueles, que daban hasta las vigas, las armas viejas del Estado y las nuevas que había introducido Berrío. Allí los cañones históricos y la ametralladora, no estrenada todavía. Allí las banderas, los retratos y no sé cuántas cosas más, con que se iniciara el “Museo del Estado”. El gran patio era lo que se llamaba “Jardín Botánico”. Dos palmas de dátiles, dos árboles del pan, arbustos florales y surcos deslindados por alternanteras y coleos, constituían aquella novedad tan mentada.

Cerraba la manzana, por la que hoy se llama Calle de Girardot, una edificación de un solo piso donde funcionaban los talleres y aulas de la Escuela de Artes y Oficios y las cocinas del internado universitario. Esa manzana era cabo de barrio: de ahí hacia el oriente todo era campo, arboledas, granjas dispersas, senderos, Cuchillón y Alto de las Cruces. La

Palencia ondulaba por ese llano entre los bosques de mangos y pomales. Allí iban a bañarse, a jugar y a hacer novillos los estudiantes. “Los Mil Pomos” llamaban a eso. La plazuela de la Universidad era un cuadrilátero comprendido desde la iglesia hasta la esquina sur, con la anchura que hoy tiene la plaza Félix de Restrepo. Abríase frente al parque militar una como avenida, hasta la calle de Ayacucho. En ella hacían el ejercicio militar los estudiantes, en las tardes de martes y viernes.

Cosa aldeana al par que poética era aquella plazuela: una manga atravesada por diagonal de piedras saltonas, desde la iglesia hasta la calle de Pichincha. Al occidente las tapias de un huerto, por donde sobresalían las palmas de corozos, los racimos de plátanos, los papayos y los guamos. Por el borde de tal muro los rastrojales y la basura; por las bardas la hojasantas y las pencas de higo chumbo entretejidas por batatillas. En su esquina el ventorro de Justa Tapias, que proveía la golosa estudiantina. De peseta para arriba daba prima de par de bananos o cualquier cosa; pero lo que es “culebra” no se la ponía el más pintado. En el diente de manzana que años después derribaron para ampliar la plazuela, había pensiones y cuartos de alquiler para estudiantes. El lado sur lo ocupaba la pensión del comandante Giraldo. Como era casa patricia e infanzona, solo recibían pensionistas muy calificados. De ella hasta la esquina de la calle de las Peruchas envejecía entre avisperos, costras y yerbajos la casa inconclusa e inhabitada del doctor Castrillón. Tal cual día la abría algún paje y se trancaba por dentro. Sacaba, luego, tercio de yerba o costal de naranjas. Eso era todo. ¡Y qué de leyendas sobre aquel doctor Castrillón, que ningún estudiante conocía! Ni modo de asaltar aquel recinto de misterios, porque estaba cercado de altísima muralla. Seguía por dicha calle la pensión de las señoras Martínez, hermanas de la heroína. Allí guardaban y mostraban a quien quisiera las insignias y vestimentas de Marucha. Del huerto de esa casa, precisamente por donde se prolongó después la calle de Bomboná, bajaba por un arco toda el agua de “El Zanjón” para meterse tres cuerdas más abajo por la alcantarilla, en el codo que sale a la calle de Maturín. En dicho arroyo bañaban los parvulillos, y era cosa muy buscada por perros, gallinas y rapacería.

Bien puede decirse que de la calle de La Solitaria hacia arriba era el Barrio Latino de la ciudad: por ahí escuelas, pensiones estudiantiles, casas de maestros y profesores; por ahí la imprenta de los Balcázar, metida

como una granja entre arboledas y jardines. ¿Y qué decir de la iglesia de San Francisco? Hoy se ve su frontispicio sabiamente restaurado a estilo español. En el año del 74 era una simple espadaña con sus dos campanas y una hornacina vacía. Por ese tiempo le levantaron del lado sur un torreón cuadrado para el reloj de cuatro muestras. Lucía, eso sí, el peristilo de piedra jaboncillo que luce ahora tan restaurado y repulido. Como solo era capilla de colegio, no se abría sino para las misas y fiestas universitarias. Por dentro paredes y altares, escuetos y empolvados. Mas tenía algo de mucho mérito arquitectónico: los abovedados ovoidales de las capillas, donde hoy campean los cuadros del Vía Crucis. Guindábanse por ahí los murciélagos, y por las noches croajaban en el recinto las eclesiásticas lechuzas. En la sacristía “espantaban” de día y de noche, porque en ella había soterrado el Padre Serna tesoro inmenso de joyas y vasos sagrados, antes de regresar a España. Al filo de medianoche vagaba su alma dando quejumbres, y varios viejos, estudiantes del tiempo del Colegio Académico y del de los Jesuitas, que actuaron en ese edificio, habían visto el ánimo del Padre, tapada la cara con la capucha.

De seis a diez y de doce a cuatro eran las clases y los estudios. Quien llegase después del primer cuarto de cada entrada se quedaba fuera y cargaba con su falla. Berrío, el hombre nacido para el mando y la justicia, iba conquistando el corazón de la estudiantina. A más de la clase diaria de Derecho Internacional daba la de Urbanidad todos los sábados, de nueve a diez. Era en el salón de estudios. A ella concurría la Escuela de Artes. Y un estudiante tenía que leer o echar un discurso sobre el tema que eligiese, y desde la misma plataforma que ocupaba el profesor. En ese mismo local dictaba las clases de Religión el doctor Mariano Ospina Rodríguez. La mayoría de los oyentes tenía que pasar la hora de pies porque, amén de la escuela supradicha, asistían varios profesores, sacerdotes, y muchos señores de la burocracia y del comercio. Imponente figura la de aquel patricio de esclarecida y romancesca historia, de barba bíblica y austero traje. Aunque anciano emitía su voz de tal manera que no se le perdía sílaba en ese salón tan espacioso. Bien es cierto que no lo interrumpía ni el vuelo de una mosca. Por esa boca hablaba la sabiduría, con el método y la sencillez, la claridad y la precisión que solo en la sabiduría caben. Por media hora pedía al estudiante que en la lista escogía al acaso, la exposición de la conferencia anterior. ¡Tremendo trance! El

estudiante tenía que ponerse de pies para responder ante aquel auditorio. “Gamboa Eloy”, se oye pronunciar al mes y medio de mi entrada, y “Gamboa Eloy” repite como un eco lo que ha oído y apuntado tres días antes. Ya se habrá entendido, que, si reservado, nunca fui tímido ni vergonzoso. Y me tiene usted que el doctor Ospina se ceba un tantico, tal vez por ese Gamboa y ese Eloy, únicos en la Universidad. Tengo para mí, allá en mis adentros, que este mi nombre y este mi apellido tan extraños, me daban cierta notoriedad. Tal vez por esto mismo he procurado siempre honrar mi pobre nombre.

También regentaba el doctor Ospina, en los salones respectivos, las cátedras de Geología, Economía Política e Historia. A las dos últimas asistían también muchas personas de fuera. Como eran orales se llevaban apuntes, pero él indicaba los textos o autores que podían consultarse.

En el cuerpo de profesores figuraba la gente más conspicua de la época. Mencionaré tan solo a Manuel Uribe Ángel, Emiliano Isaiza, Juan Pablo Restrepo y a don Luciano Carvallo, el de ojos elocuentes y sonrisa enigmática, que enseñaba con el corazón y el cerebro. No creo que profesor alguno haya sido más querido por sus discípulos que este hombre de patronímico portugués, de nombre griego y célebre.

Los estudiantes de ingeniería recibían clases en la Universidad y en la Escuela de Artes; los de Medicina solo salían al Hospital a la clase práctica de Disección.

Había estudiantes de todos los pueblos y aldeas del Estado de Antioquia y de los Estados del Cauca, Bolívar, Santander y el Chocó.

En los dos años precedentes se había redactado *La Palestra*, periódico literario y estudiantil, donde debutaron varios y varias. Por cierto, que con la muerte de Gregorio y de Vergara aparecieron varias elegías, muy gemebundas e inocentes. Julia y Satoria figuraban en ellas cual las musas de sus respectivos poetas. En el 74 se había agotado la letra de molde en la Universidad, mas siempre había quedado la tradición verbal; y estudiante que no recitase al dedillo trozos de Donoso Cortés y poesías de Fernando de Velarde, era tenido por un montuno de todo el capote.

Tal era, portería adentro, la célebre Universidad en aquel año de gracia. Su ambiente exterior e inmediato es harto pintoresco y de un aldeanismo increíble. Chiquitines o bigotudos retozan por esos aledaños con cuanta tontería se les ocurre. Tiéndense a la bartola en la plazuela a

estudiar o a aparentar que estudian. Sus glorias principales son cuando se levantan de prisa y con piruetas, para dar paso a los jinetes y Amazonas de rumbo que por ahí atraviesen. Allí las “vacas” y las “cachiporras”, las gestiones y alegatos para las compras en el ventorro de Justa Tapias; allí la encumbrada de ingentes “mesas”; allí las largas cañabravas con cuchillas, para cortar las frutas del huerto frontero, y las industrias para que no caigan adentro.

Actuaban por allí tres mujeres; tres puntos fijos, como quien dice:

a) Cata, la insigne vendedora de ponche, con su enorme cántara, su molinillo y sus seis vasos. Tanto gana con su bebestia, que se deja poner “culebra” de todo bicho. En cuanto se apuesta frente a la portería la rodean, y vienen los pleitos por las pagas demoradas. La vieja se hace la terrible, y aquí de la gritería y las chanzonetas.

b) Documento, la rabiosa y arriscada expendedora de alfandoques y de unas panelas de leche que tienen un nombre porquerizo. Esta sí es inflexible, y echa “cocas” cuando se ocurre. Por eso tiene la mejor clientela.

c) La Mica. Esta requiere casilla aparte, como el murciélago. Es argumento vivo de las teorías de Darwin; pero el corazón de la Mica es un pozo de ternura y caridad. Les arregla a los estudiantes las ropas y los cuartos; les hace compras y mandados. Se apuesta por las noches en la pulpería consabida para ver si a los internos felices que ocupan el dormitorio del frente se les ocurre algo; y en cuanto ve una luz en alguna de las ventanas corre con mucho disimulo. De la ventana baja una cuerda con un pañuelo y un real amarrado en una punta, y pronto sube la compra clandestina. Poco más le pagarán los estudiantes; pero a su hijo Sixto Quinto, un zagalón de quince años, y medio blanco, que la acompaña en sus andanzas, le tocan los desechos indumentales de los estudiantes. Es de verle las fachas con aquellas herencias.

Universidad, Escuela de Artes y Escuela Normal hacían el ejercicio y las revistas militares en sus días respectivos. Nada germánico asomaba todavía: todo era la tradición española de la Independencia y las guerras civiles. El aire de aquel suplemento, tocado por aquel corneta y aquel tambor tan veteranos, era el mismo, ni más ni menos, que el de la Marcha de Cádiz. Acaso lo dejarían por aquí los últimos pacificadores. Instruía aquellas huestes el general Martín Gómez Ovejo. Y era figurante

un tal Arcila, el más hábil del cuerpo policíaco, único ejército de línea del Estado Soberano de Antioquia.

Tremenda prueba eran los exámenes de fin de año. Cuantos ganaban el curso en el privado tenían que presentarlo en público en la capilla, ante el Presidente del Estado y aristocrática concurrencia de damas y caballeros. Duraba la fiesta todo noviembre. Cada clase echaba su discurso y elegía por votos su orador. En el acto final se leían las calificaciones y se repartían los premios.

Trascendencia y significación tenía la fiesta de la Virgen de los Dolores, patrona de la Universidad. No es para menos el ver en gracia de Dios a la caimanería juvenil. La colocación de los estudiantes para aquella misa exigía grandes requisitos. Cada cual conservaba su puesto, y los sacerdotes iban repartiendo comunión, desde el presbiterio hasta la puerta, a lado y lado de la calle que al efecto se había dejado desde el arreglo. Terminada la misa salía la procesión, y cada comulgante con su ramo y su vela. Y entre las devotas de la aristocracia y las novias de tanto galán, daba la vuelta por la calle de El Palo.

En aquellos tiempos en que no existían los esparcimientos, disipaciones y espectáculos de la actualidad, los estudiantes tenían que inventarse sus diversiones. Acaso por esto mismo eran más regocijados que los estudiantes de ahora. Y como no tenían problemas ni inquietudes y la vida era fácil y sencilla, la juventud entraba en ella “coronada de flores y cantando”, que dice el poeta. [...]

X

[...] El doctor Berrío, por mala salud, se retiró del rectorado de la Universidad, por allá en septiembre. Reemplazólo el padre Gómez Ángel. Todo el profesorado y la junta de la Universidad quedaron muy satisfechos con el resultado de los exámenes privados. Como Teodoro y yo sacamos 8, número máximo, en todos los cursos, teníamos de presentarnos a certamen público, en esa nave de San Francisco. No nos turbamos lo más mínimo ante el señor Presidente y ante aquel concurso con tanto señorío de la aristocracia. En todas las materias lo hicimos muy bien, y todos en la familia nos declararon dignos de los premios que habíamos obtenido en la Universidad y en la casa. Era este gran relevo de paño azul y sombrero tirolés, último grito de la moda. Siempre habíamos cre-

cido en el año, y nos sentimos muy grandes y muy pepos con aquellos ornamentos tan flamantes. Marto determina conmemorar aquel suceso con algo muy extraordinario: el primer día de vacaciones nos fuimos a retratar, por separado y en grupo. ¡Qué aspavientos los de las fámulas y Cantalicia cuando nos llevaron las efigies! Gonzalo Gaviria nos colocó en un aparato como de cuatro o cinco balaústres. Los dos Guaricongos a lado y lado de Marto.

—¡Quedamos muy carajitos y muy atacarios! —exclama Teodoro—. ¡Pero Marto sí, pues!...

—¡Es que El Príncipe no es ni gracia! —digo yo—. ¡Con ese bozo tan bien jalao!...

Lleva sacolevita, chaleco de fantasía con botones en triángulo, gran leontina, pantalones claros y botines trompa de puerco, de marroquí, combinados con el mismo paño, medio plomizo, de los pantalones de campana. Pimienta le ha cortado el pelo según los recién llegados de París, a estilo de Mr. Capoul, el tenor de la grande ópera. Está desgolletado, mostrando toda la gaita musculosa, con aquel cuello tan tieso, parado por detrás y medio doblado en las puntas como dos alas.

Efímera fue la tal capul para los machos, porque, con escándalo de todos los viejos, las niñas todas se hicieron el fleco sobre la frente. A todos los muchachos nos parecían muy lindas con el pelo así, pero mi padrino y todos los señores graves aseguraban que parecían yeguas motilonas y que solo les faltaba cortarse las trenzas para quedar como unas locas.

Bajo el rectorado del padre Gómez Ángel continuamos los estudios al año siguiente; mas sobre la Universidad cayó desde febrero una nube de oscuridad: la muerte de Berrío.

Nada diré de aquellas exequias en que se congregó Antioquia entera. Universidad, Escuela de Artes y Normal concurrieron armadas, y por las mejillas de muchos jóvenes corrían las lágrimas. Si alguna vez ha habido en estas montañas duelo colectivo, sería en aquella ocasión. De todos los discursos se me quedaron grabadas para siempre estas frases de don Baltasar Botero:

“La gratitud es la virtud por excelencia; es la virtud madre: el hombre ingrato es incapaz de mínima virtud”.

Estas frases las subrayé en el programa de mi vida.

Gómez Ángel era un carácter; mas no para definirlo y clasificarlo cualquiera. Burdo y ordinariote por fuera, reunía en su espíritu y en su corazón todas las aristocracias. Su vanidad, su pose social se cifraban en ser plebeyo y “guantereño”. Guantereño era para él su mejor título. Y eso que el Guanteros de ese tiempo no era ya el barrio mal habitado de años atrás; al contrario: en esa calle de Maturín, tan torcida, lo mismo que en las carreras que la cortan o la cruzan, vivían familias de todas las clases, pero muy recogidas y levíticas. Eran el remanente de las gentes de antaño.

Gómez Ángel cambió, no sé si mal o bien, el régimen de Berrío: le impuso rosario al externado, librito de oraciones a todos, trisagio en la misa, e hizo de las asignaturas lo que le dio su real gana. Regentaba varias clases como veterano; y a fuer de psicólogo le conocía las mañas y capacidades a cada estudiante, a las primeras de cambio. Era una diversión cuando amanecía con la “guanterada encaramada”. Registraba por el salón de estudio y por los claustros, y desde que notase que faltaban estudiantes se daba a la elocuencia de sus dicharachos, materia en que era número uno. Y si los novilleros eran chiquitines, mandaba a Sauseda, el fámulo de la Universidad, a buscarlos por “Los Mil Pomos” y sus aledaños.

Teodoro y yo competíamos en aplicación. Le ganaba en memoria, pero me aventajaba en lo demás, especialmente en la facilidad y recursos de expresión. A los dos nos nombraron peroradores para los actos públicos; a él en Filosofía, a mí en Física. Ensartamos nuestros disparates, nos los corrigieron los profesores, y aunque me esté mal el decirlo, los pronunciamos muy bien y “gustaron mucho”. Alcanzamos premios, y en las casas nos compraron reloj. Nos habíamos estirado mucho; a Teodoro le apuntaba el bozo, pero yo llevaba hilos de ser un “negro liso”. Con nuestros diecisiete años, las figuras y los trapos, ya les plantábamos por ahí a las muchachas bonitas, y hasta bien nos iba en ocasiones. [...]

Cursadas y habilitadas las que llamaban materias preparatorias, tomamos el año 76, bajo el rectorado del doctor Martínez Benítez, los primeros cursos en la carrera de derecho. Viento en popa va todo aquello: nuestras inteligencias han entrado en disciplina, y ya engranamos en un conjunto armónico las materias que hemos estudiado y reforzado con lecturas y aprendizajes por nuestra cuenta. Formamos parte del cuerpo

Lugares

colegiado establecido en la Universidad por unos cuantos, con sesiones dominicales. Se llama “El Liceo” y en él practicamos la táctica de las Asambleas, con todas las reglas y protocolos del caso. Yo hablo poco; pero Teodoro toma la palabra, con permiso del señor presidente, a cada asunto que se trata.

Mas he aquí que todo aquello se va mezclando con la “Sociedad Filopolita”, que ha venido a fundar a la ciudad Manuel Briceño. Con la oposición que a ella le hacen los estudiantes liberales, Teodoro y yo, que somos completamente apolíticos, consultando con la almohada, tenemos a bien retirarnos por la puerta del foro, con todos nuestros honores. [...]



De tránsito por la Universidad¹

Carlos Vásquez Tamayo
Profesor

Humildad vigilante

Cuando oigo las lenguas de la Universidad parapetarse casi hasta el delirio en los argumentos, recuerdo esta sugestiva apelación de Elías Canetti.

Se trata de una humildad altiva, no arrogante ni pretenciosa, inmensamente lejana de cualquier obediencia. No es la humildad de las almas dispuestas a cumplir órdenes.

Humildad vigilante, ese estado de espíritu reconoce que toda opinión es transitoria, que no vale la pena casarse con nada, que no hay que seguir a nadie *como borrego*.

Esa humildad, alejada infinitamente de la arrogancia, exige cultivo y preparación. Ante todo, renuncia: a tener razón, a querer convencer, a entronizarse en la argucia del momento.

El conocimiento es un estado de suspensión y apertura. Acepta su fragilidad, su vulnerabilidad, su desamparo. Pues uno no debiera querer saber nada que se vuelva definitivo.

Lo que llegamos a saber es un tránsito. Esa actitud aleja el peligro del dogmatismo, el hechizo de la verdad, la tiranía de una determinada corriente.

Para llegar a ese punto uno tendría que estar dispuesto a deshacerse. Porque uno mismo es el peligro, ese yo pendenciero, voraz, amañado, mediocre y sabelotodo. Ese pequeño tirano que llena el pecho de aire, que habla casi a gritos y no deja oír nada.

Pero es que él no es casi nada, órdenes e interjecciones, imperiosas razones que encierran en la ruindad.

¹ Una selección del libro *Bondad dice Él y otros escritos* (pp. 39-58; 87-97). Medellín: Universidad de Antioquia, Comisión Institucional de Ética.

A la hora de hablar hay que acallar en uno la vana palabra de ese yo estrepitoso. Ser tal vez nadie, casi nada, uno cualquiera. El estado es de disposición, apertura, mudanza.

“No me gusta disputar. Escucho al otro. Expongo mi causa. Pero que el otro y mi causa luchen, no, es lo último que deseo. La lucha tiene para mí algo indecoroso” (Canetti).

Humildad sin servilismo. Nada patética en verdad, despierta y alegre, mordaz sin llegar al cinismo, amistosa sin servilismo ni acomodo.

Es una humildad despierta, sincera, traviesa, aventurera, desenfadada, desprendida, ambiciosa sin codicia, inquieta sin inquietudes vanas ni cruel avaricia.

La humildad no compite, no obedece, no pontifica; a la vez es confiada, se ajusta a la aventura compartida; propone, no dispone, depone las razones y juega con ellas.

He oído en la vida algunas personas que no parecen querer convenir, no aspiran a vencer en la disputa, solo hablan, se dejan ir, proponen, piensan y parecen experimentar consigo mismas mientras conversan.

Esas personas tienen la maestría del pensamiento a flor de piel. No tienen que predisponerse para hablar, se improvisan, pero nunca caen en la banalidad de un habla rotunda y categórica.

Personas así abundan en la Universidad. Francas, amistosas, tranquilas. Acá se puede hablar, hay personas dispuestas a dar la mano sin sacar conclusiones ni llevar a casa el botín de victorias retóricas.

Nada de hablas conclusivas. Nada de fórmulas perentorias. La conversación en la Universidad es el elogio de la duda, de la tercera y la cuarta vía. La conversación no justifica la vida, dulcifica el dolor y lo hace más llevadero.

Por eso no admitimos los sermones, las tradiciones a ultranza, los mesianismos ni los rezos.

Nos incomodan la palabra texto, y la palabra discurso. Debieran ir desapareciendo, una vez vencamos la propensión al totalitarismo de la estructura y el sistema.

Ni siquiera nos gustan las jergas de las disciplinas. Deberíamos siempre apelar a un idioma natural. Que mientras más sepamos de algo más sencilla sea la palabra que lleva.

Dado que no queremos ser vigilados, nuestra humildad vigila por nuestra libertad, único bien que merece nuestra atención en la tierra.

La hora cero

Ningún instante es el instante que viene, este momento es este y no otro y en cada hora todo vuelve a empezar. Creo que es así como conviene vivir el tiempo: no hay nada que se pueda aplazar, lo que nos toca es intentar llegar en el momento justo.

Y por supuesto al justo lugar. Y el lugar es este, nuestro campus: lleno del aire que compartimos, acompañados por memorias, tradiciones y saberes que llevan tiempo ahí y piden y reclaman cuidado para que su hora no se acabe.

Y los otros espacios, esos que habitamos con un sentimiento de plenitud. Espacios de acogida, lugares para la amistad y el compañerismo. Porque aquí estudiamos y hablamos, en este recinto nos reconocemos, nos diferenciamos, nos interpelamos.

Por eso no dudo en señalar que la Universidad es un lugar especial. Como lo son la casa o la iglesia, el museo o el estadio, la plaza pública y el teatro. Solo que nuestro lugar corre el riesgo de ser rebajado al uso y el abuso.

Lo sagrado es de todos y no puede ser apropiado de acuerdo con provechos particulares. Un espacio se sacraliza porque saca la vida de la trivialidad. Nos reunimos allí para reinventar el mundo y eso importa mucho.

Por lo general los hombres nos apartamos, nos rehuimos, nos encerramos en un individualismo temeroso. El miedo más humano es “el que nos despierta ser tocados” (Canetti). Lo vencemos cuando nos reunimos y nos volvemos iguales, no indiferenciados, cada uno es el que es en contacto con otros, igual a ellos, compartiendo ilusiones y razones, esperanzas y propósitos.

¿Qué es eso que mueve nuestra acción y nos mantiene juntos? No otra cosa que el estudio juicioso. En una sociedad en que casi no se estudia nada, en la que cada acción es inmediata, impulsiva, impulsiva. Muy seguramente esa inmediatez la hace propensa a rodar en el torbellino de la violencia.

Y tenemos que actuar sobre eso. Reunirnos y recuperar el valor sagrado de este espacio. Que lo es por una única y poderosa razón: en

ningún otro lugar estamos tan convencidos de que la vida de cada uno es lo más sagrado de todo.

Eso, ¿qué exige de nosotros? Velar por los otros como si fuéramos nosotros. No hay nada más precioso que la vida y eso toma cuerpo cuando lo que más nos importa es cuidar la integridad de los demás.

Es ahí donde la Universidad se diferencia: su misión es convertir en conocimiento el convencimiento de que la vida de cada uno es compromiso de todos.

La vida se conserva pero además se cultiva, se refina, se ennoblece. No basta con sobrevivir, hay que vivir cada vez mejor y para lograrlo se necesita imaginación, estudio, conocimientos, arte, recreación.

Uno oye decir todos los días: no hay un lugar mejor para vivir que la Universidad. Este campus es amigable, abierto, múltiple, rico en oportunidades. Solo que, algo está pasando, el espacio se enrarece y nos asedian las violencias. La sacralidad se borra, la convivencia se enturbia, la calidad de vida se deteriora ante el embate de algo oscuro y dañino.

Pienso en uno de esos factores: el expendio y consumo de drogas. Me sorprendió una de las conclusiones de un estudio adelantado por varias universidades de nuestra ciudad: los muchachos llegan a ellas buscando construir su mayoría de edad. Y lo que encuentran más a la mano es la ronda de los amigos. Solo que una intención astuta hace pasar de mano en mano el objeto de consumo.

Pienso que convendría asumir esta problemática con lo que nos es propio: la reflexión documentada, el diálogo entre las disciplinas:

Mantener abierto un foro para analizar el fenómeno del consumo de sustancias psicoactivas sería una buena experiencia. Un foro en el que los estudiantes tomen la palabra, compartan sus vivencias, sus expectativas, sus miedos. Un espacio en el que se junten sociólogos e historiadores, artistas y economistas, sicólogos y antropólogos, abogados y comunicadores, especialistas de la salud y filósofos. Una cátedra abierta en la que podamos estudiar el asunto: sus causas y sus efectos, en lo individual y en lo colectivo.

Fortalecer una conciencia ilustrada sobre este problema de seguro contribuiría a acompañar a los individuos en la toma de sus decisiones. Ilustrar el debate permite que lo que cada quien asuma sea producto de una decisión y no un impulso alienado.

La Universidad realiza un proceso de inducción a la vida universitaria. Es loable lo que se hace. Pero a mi modo de ver es infinitamente poco. Una forma de prolongar la hora cero del próximo viernes podría ser diseñar un semestre cero, para que los estudiantes conozcan la Universidad, sepan a ciencia cierta lo que es y lo que ofrece, tanto en sus oportunidades como en sus peligros.

Semestre cero organizado alrededor del cultivo de humanidad. Tenemos que saber qué responsabilidades asumimos, a qué nos exponemos, cómo se articulan Universidad y sociedad. A partir de allí afrontar la formación científica y profesional, con una visión reflexiva y plural.

Un semestre para enamorarse de la Universidad y así cuidarla y cuidarnos unos a otros y darle la cara a la ciudad y la región con talento y propuestas.

De todo corazón creo que este semestre no sería un tiempo perdido. Muy por el contrario, nos permitiría llegar en el momento justo al punto cero, ese punto de arranque que acontece todos los días.

Esa inducción permitiría reducir y acallar una “inducción” clandestina que repta entre nosotros con propósitos destructivos. Lo doloroso es que muchos jóvenes que llegan a la Universidad con la ilusión de construir una vida mejor, terminan arrastrados a la terrible noche de la violencia y las adicciones.

El humanismo que invoco tiene que ver con la vocación de salvar lo humano del remolino de la abyección y de la muerte. Es un deber inaplazable de la academia. ¿No será esta la hora cero para seguir pensando entre otras cosas en eso?

Respirar

Cada persona tiene su forma particular de poner a vibrar el aire. Las poses que adoptamos, nuestra quietud y nuestros movimientos, son todos signos de nuestra disposición aérea primordial.

¿Cómo respira la Universidad? Lo hace con las palabras que lleva. Para hablar, escribir o leer hay que entretenerse con el aire. Convertirlo en vocablos, en declinaciones de la voz, en invitaciones y llamados.

Para nosotros la respiración no es algo meramente natural. Supone más bien una forma de estar atentos. Uno respira con las preguntas, las inquietudes, el ansia de saber y guiar sus respuestas.

Y respira también regresando al aire el aire que acoge. Una vez lo rumia, lo piensa, lo experimenta.

Cada pensamiento, pregunta, solicitud, entra como aire por nuestros oídos. También el amor y la amistad, los propósitos compartidos. El aire nos es común, nos enlaza y acerca.

Una comunidad académica debe aprender a respirar. Su sabiduría es la comprensión del aire de los tiempos. Hay que estar atentos, escudriñar, aprender a oler ese aire. En eso estriba la vida intelectual: en saber distinguir unos aires de otros, en reconocer distintos respiradores.

El aire entra en nosotros ya interpretado. Se nos impone en su naturaleza humana y social. Tanto que el aire puro no es un presupuesto natural sino un logro moral. Uno respira la bondad o la picardía, la dulzura de corazón o la sevicia, la transparencia de intenciones o la pugnacidad.

Hay aires confiados o astutos, refinados o burdos, acogedores u hostiles. Sería bueno que la Universidad fuera un instrumento de purificación del aire, que supiera distinguirlo, dignificarlo.

Cada alma da a cada respiración su tonalidad. Y si bien hay respiraciones sosegadas, también, a veces, es necesario beber el aire a bocanadas, respirar con urgencia, buscar otros aires para salir de la asfixia.

Estamos asfixiados, quién se atreve a negarlo. Cada vez hay menos aire, y el que queda está viciado de arrogancia, prepotencia, puerilidad.

No puede ser que los universitarios respiremos sin inquietud el aire impuesto, el de las vanas razones, el del sentido obtuso, el de pulmones que reparten su atmósfera incierta.

La academia descifra el logos de la respiración, sofoca el humo a los asfixiadores, de aquellos que con base a su apego al poder han envenenado el cielo en la tierra.

Aprender

La UNIVERSIDAD ES un lugar para la observación. Nos ofrece la oportunidad de mirar a las personas y oír lo que dicen.

Esa observación no obedece a ningún interés o búsqueda de provecho. Mirar y oír exigen un estado de desprendimiento elegido.

No hay preconcepción ni prejuicio. El que oye y mira lo hace con atención y desprovisto a la vez de intenciones.

Ese estado se parece a la despreocupación.

Pero no por ello es negligente u ocioso. Uno se concentra, busca centros diversos. Como no espera nada, ve y oye objetivamente.

No inventa nada, no prefiere nada ni a nadie. La observación recae sobre cualquiera.

Porque todos somos dignos de atención. Y el que así observa no quiere apoderarse de nada ni sacar conclusiones. Lo único a lo que aspira es a *aprender*.

Ese aprendizaje tiene que ver con personas. Cada una en su singularidad, todas en su diversidad y riqueza.

Persona es una bella palabra. Apunta al discurrir de cada uno, su misterio, su deriva. Es la extrañeza, el milagro, la agudeza y complejidad.

A la vez cada persona es lo más sencillo: unos rasgos, unos gestos, unas posturas. Una forma de andar, de moverse, de ir por el aire.

Y si uno mira bien, hay muchas personas. Y si uno escucha bien, pululan las voces, los tonos, los timbres. Y en cada vibración una virtud, un anhelo, una aventura.

Y nos vamos observando unos a otros. Sin escudriñar, desdeñando cualquier intromisión. Esa observación no interrumpe, no irrumpe, no se inmiscuye.

Aprender supone dejar, abandonar, regalarse. Entrar en relación sin invadir. Y las personas se van y uno se queda solo estudiando todas esas presencias.

Es así como uno se vuelve un pueblo. Tan real como las huellas visuales y sonoras. Una comunidad de voces, colores, siluetas, armonías, músicas, gestos. Un pueblo vivo, intenso y variado.

Ese pueblo nos protege de la tendencia de ciertos saberes a reducirnos a la misma figura: teorías insípidas que creen que todos terminamos pareciéndonos, que cabemos todos en la misma caverna verbosa.

Para observar hay que retraerse. No querer figurar, ser discreto. Que nadie se sienta incómodo porque lo están estudiando.

Tiene que haber lugares para difuminarse, la Universidad no puede ser un espacio panóptico. Por eso nos repelen las cámaras, los ojos escondidos, las escuchas capciosas.

Que el que nos mire no nos robe lo que somos, que nadie nos clasifique. Uno aquí es visible por invisibilidad. Y el que lo observa a uno que no lo saquee, que lo deje intacto y nada le hurte.

Es misterioso el don de esa observación, exige todo un aprendizaje. A lo mejor se enriquece con los libros, los tratados, las ciencias. Esa observación va dejando una memoria gozosa de todos los que algún día estuvimos aquí.

Aprender: mantenerse abierto, dejándose llevar por el vaivén de las olas personas. Pues cada ser humano es un mar y esa observación protege lo irremplazable, reivindica el carácter ondulante e imprevisible de cada individuo.

En una sociedad en que todo se intercambia por todo, en que cada cosa y persona arriesga terriblemente con volverse un desecho, hay que aprender y oír y ver y así guardar en el corazón el don sagrado de cada vida, la búsqueda que cada uno hace de su virtud y belleza.

El silencio de la Universidad

Voy caminando por el Bloque 10, giro obligado por arreglos y baches. Los muchachos se arremolinan, parecen por momentos anclados en la pasividad.

Algunos se reúnen en el suelo, comen allí, se dedican a leer o conversar. Lo que salta a la vista es que no hay espacios adecuados y suficientes para ponerse a estudiar.

Hacerlo en parejas o en pequeños grupos es un deleite, a veces una necesidad. También puede ser gozoso leer al aire libre. Yo lo hacía en mi época de estudiante: el parque teatro de las esculturas, la zona deportiva, los amistosos prados o los rincones discretos.

La Universidad está llena de parajes, pequeños oasis para dejar que el alma respire. Pero el estudio, más formal y concentrado, parece entre nosotros condenado al exilio. Y es entonces cuando recae todo el peso sobre la biblioteca: salas llenas de rumores y charlas sin tregua.

Pero si la biblioteca es un silencio concertado, me digo. Un lugar hecho para callar. Por lo pronto pulula en ella un ruido que no se deja apagar. De ser el sitio más recogido se ha ido convirtiendo en la estancia de las habladurías.

La biblioteca es la casa del silencio. Y ese silencio lo hacemos todos y hay que cuidarlo. Si bien somos una comunidad destinada a la palabra, ella es ante todo la sombra del silencio que guarda.

Hay que poner los ojos en la biblioteca para que, de nuevo, sea posible en ella cultivar el conocimiento que es el reposo del oído.

Todos los caminos llevan a la biblioteca. No en vano está en el centro, es el corazón, anuda y desanuda todas las andanzas. Un lugar para demorarse, concentrarse, olvidar los afanes, entrar en la inteligencia.

Siento que ese edificio tiene algo sagrado. Por ello hay acciones que lo contradicen y maltratan: comer, beber, dormir, charlar. Es terrible que uno sienta que allí es imposible concentrarse.

Ella es el recinto para lectores ensimismados, seres sumidos en su perplejidad. La biblioteca entrega el don de la soledad, uno se recoge allí en la cavilación juiciosa y profunda.

Entre tanto, ¿por qué no piensan los planificadores del espacio en un lugar para el estudio más abierto, locuaz, compartido?

Es hora de hacer un pacto por la biblioteca, que sea para todos el silencio de la Universidad.

Lugares

Piso 3 del Bloque 12, mirando a occidente, el balcón de Bibliotecología, allí, hace ya tiempo, leí con un estudiante la “Oda marítima” de Fernando Pessoa, de un tirón, ambos arrobados con ese poema vertiginoso.

Vuelvo aquí por el solo gusto de mirar este verano, la desnudez del aire, la línea que dibuja la montaña, como si la trazara la mano de dios. Por estos días las montañas de Medellín son azules y se levantan serenas y flotan en un cielo inusualmente limpio.

Unos minutos y doy la vuelta hacia el pasillo, ahora solo, silencioso, como si no hubiera nadie, supongo que están en las aulas, pero no miro ni intento saber, siento que voy sin rumbo por la Universidad.

Bajo al primer piso, hay estudiantes en las mesas. Me gustan por estar ahí, en el marasmo del calor y la tarde, en la serenidad de esta hora compartida.

Me encamino hacia Idiomas, doy la curva, presiento el agua de la fuente, nunca me ha gustado esa escultura, me parece retórica para la Universidad, demasiado erguida y patética.

Pero hoy no pienso en eso, el viento se humedece y los transeúntes corren alegres, se dejan mojar, el agua los roza con sus dedos ligeros.

Lugares

Recuerdo de pronto el Bloque 5. Me dirijo hacia allí. El tiempo gira en torno mío, me envuelve. Hace años descubrí mis poéticas en esos parrajes, en unas mesas que miraban a los muros, de madera interminable, en sillas que le permitían al lector aislarse, encontrar su intimidad.

Yo leía a Henry Miller, su voz clara y potente. Son otros tiempos, me digo, no volví a leer a Miller, pero recuerdo esas tardes y esas mañanas, tiempos ya idos, sentí que se lee una sola vez y que, aunque se relea, esa única vez no se compara con nada y que la Universidad es un lugar y que este es uno de los más entrañables para mí, aunque no estén ya esas mesas la memoria sigue guardándolas y me despido de Miller y sonrío agradecido.

Voy en busca de un café. Hay una burbuja que quiero, en la época de mi comisión administrativa iba allí para estar solo un momento, con frecuencia me encontraba con alguien y, a pesar de mi timidez, terminaba charlando y me alegraba y regresaba a las labores con un misterioso contento.

Me tomo el café, esta vez me quedo solo, me doy cuenta de que uno puede estar solo y lo disfruto. La tarde sigue resplandeciente. Corre un aire como de gasas, un fresco que calma la sed.

La Universidad es ahora un murmullo, no se siente griterío ni prisas. Pienso que es una hora perfecta. Veo caminantes, no conozco a nadie, nadie me conoce, estamos juntos y a la vez separados. Cada quien por su lado. Solo que no parece haber ni aprensión ni inquietud.

Me dirijo, sin saber qué me lleva, a un murito del Bloque 9. Aquel en que me encontraba hace años con mi amigo. A cada tarde, a las 2 p. m., para ir a buscar un salón y leer juntos a Michel Foucault, eran los años 70, pululaban los grupos de estudio, los de Zuleta, Nietzsche y Marx y Freud, nosotros leíamos un libro difícil y perfecto, *La arqueología del saber*, estudiábamos sin prisa, descifrábamos. Se nos iba la tarde sin darnos cuenta.

A Foucault lo he querido desde entonces, después supe que exigía a sus amigos para entrar a su casa decir de memoria un poema de René Char. Mi amigo adoraba a Borges y en medio de la lectura del filósofo me leía poemas que todavía oigo, lo veo leyéndome, en un salón del Bloque 9. Y siento ahora en este murito que en ese tiempo fui feliz y que amo la Universidad desde entonces y que mi apego a este lar viene de esos días.

Palabras que brotan del Alma

La tarde está cayendo, me voy a dar una vuelta por el Teatro al Aire Libre, miro los girasoles, me parece hermoso que este sea un jardín de esculturas y me pregunto por qué no habrá conciertos aquí, es un sitio para encuentros hermosos, está algo deteriorado, parece un coliseo romano, las piedras, los peldaños, el musgo, todo aquí respira vida y poesía y música solariega. Este es uno de los lugares más bellos y habría que hacerlo vivir más intensamente.

Hay ahora, cuando la tarde se va, muchachos y muchachas y parejas y todo parece transfigurado y me siento inmerso en esta luz delicada y acogedora, tanto que querría quedarme y encontrar a alguien y ponerme a conversar, hablarle de quién soy y lo que siento, de esta melancolía serena que solo los recodos amados evocan y dan.

Camino hacia el parqueadero del Bloque 12, busco mi carro para irme a casa, pero me detengo, hay unos estudiantes practicando con sus instrumentos, es el parque de los músicos, los estudiantes de Artes, me quedo ensimismado, acordes repetidos que me suenan a música divina, es la Universidad me digo, quiero irme a la zona de los deportes, allí jugué tenis en otro tiempo y troté y me enamoré.

La noche me toca la espalda con su sombra, me alejo y vuelvo por mi rumbo. Siento la dicha de estar en alguna parte. La Universidad es un lugar, una diversidad de lugares, deja que retenga por un instante el día que se va.



¡Ojo con el ruido!¹

Darío Rojas
Profesor

Se ha vuelto cosa normal en la Ciudad Universitaria el que las horas transcurran en un ambiente ruidoso. Se protesta haciendo ruido, se festeja haciendo ruido y dada la frecuencia de protestas y festejos, se estudia, se trabaja, se investiga y se lee en medio del ruido... ¡como si el ruido de Barranquilla (calle 67) y de los aviones fuera poco!

Cada espacio tiene elementos que lo particularizan: la arquitectura, la temperatura, el color, el uso que se le da y, naturalmente, su sonido (puede ser una bonita experiencia acústica el reproducir los sonidos de un establo en una capilla, o los de un estadio de fútbol en una biblioteca...).

Las cafeterías como todos los espacios tienen su sonido natural compuesto por la acumulación de muchos elementos: las conversaciones de los usuarios, el trajín de las botellas, la lavada de implementos y el inevitable radio para el ambiente. Pero cuando además de radio hay una televisión cerca, en un corredor, el asunto es todo un disparate: aunque rara vez se ve algún televidente por ahí, la televisión suena y suena infatigable. Infatigable ella, porque nosotros, pobres víctimas, sí nos fatigamos.

Las conductas acústicas en la Ciudad Universitaria no pueden ser las mismas del conductor de circular, ni del vecino enrumbado en su casa con un poderoso equipo de sonido. No es lo mismo lavar un carro el domingo por la mañana en frente de la casa, con los vallenatos a todo volumen y una cerveza en el murito, que estar en la Ciudad Universitaria en las tareas propias de la investigación, la lectura, el estudio, o simplemente en una tertulia que aliviane las tensiones propias de la academia. La diferencia debe surgir de la naturaleza de las actividades que

¹ 1996, mayo. *Debates* 17, p 7.

se realizan y de la destinación que se les da a esos edificios que llamamos Universidad.

Hay un grupo considerablemente grande de jóvenes que quieren estudiar Música en la Facultad de Artes y, mala suerte para ellos, les tocó ser vecinos de la Biblioteca Central.

Dentro de sus actividades normales están el leer y cantar, con corrección, melodías de diferentes grados de dificultad; distinguir acordes mayores, menores o disminuidos en estado fundamental o invertido y entonarlos con buena afinación, reconocer intervalos, tocar ritmos complejos con exactitud metronómica y realizar, en fin, una serie de actividades que comprometen seriamente sus capacidades auditivas y de concentración.

Suele ocurrirles que tengan que desarrollar esas actividades con la no muy grata compañía de un equipo de sonido que, para protestar unas veces y para festejar otras, se instala en los bajos de la Biblioteca y se pone a funcionar a todo volumen. Para no entrar en discusiones difíciles, no haré ningún comentario sobre la calidad de la música que ponen, pero debo anotar que muchas actividades de esos estudiantes han tenido que ser canceladas por esa causa. En otras palabras, se ha actuado en contra de su derecho de conocimiento. Naturalmente no son ellos los únicos que se perjudican con esa práctica.

Algo similar les ocurre a los estudiantes nocturnos con las minitecas y otras modas noctámbulas.

Por supuesto, no quiero promover una cruzada contra la rumba o la protesta, pero sí creo que la penumbra contribuye al recogimiento de los que visitan los templos, que las bibliotecas deben ser silenciosas, que la música en el Gato Pardo debe sonar duro y que en la Universidad deben darse las condiciones físicas (acústicas) para el pensamiento.

Así como se pretende que la Ciudad Universitaria sea un espacio arborizado y limpio de basuras, puede aspirarse a que sea silencioso. Tiene significación ecológica y es coherente con aquello que llamamos “lo universitario”.

Amábamos tanto la revolución (fragmento)¹

Víctor Bustamante
Exestudiante

3

La primera vez que la encontré fue algo así como una epifanía con un solo problema: el único ángel no de siete alas, el testigo ocasional era un tipo que jugaba a verse como un rezago de hippie: peludo él, camisa ancha, jeans azules, aire despreocupado, perdido entre estudiantes luego de cada asamblea. Nadie mejor que yo para conocerlo al dedillo, era yo mismo. Sentí el corazón galopar, dando inicio a la explicación de Weininger: cada uno posee su tipología de mujer; las demás, apenas variaciones. Claro que esto lo aprendí después y como no estaba para recordar al misógino suicida y como el azar es un niño que arroja los dados y juega con uno, me devolví comprobando cómo la persecución anónima es una de esas raras formas de ser feliz.

Ocultaba bajo su brazo izquierdo unos palimpsestos enrollados y en la otra mano un tarro deslustrado donde flota una brocha salpicada con engrudo. Olvidé el horario de exactas matemáticas para mi torcido cerebro, las ecuaciones que nunca solucionarían mi mundo, y fui detrás de ella, no a través de montañas y collados, saltando como un cervatillo para ofrecerle racimos de uvas, incienso, sándalo y aloe. Husmeó en la cafetería de la Facultad de Derecho. Se le arrima un militante; es fácil detectarlos: algo despreocupados, barba espesa, chaqueta gris, pantalón ajustado de color negro y botas amarillas de obrero de las Empresas Públicas: el aspecto sombrío de todo revolucionario. Algo hablaron, luego el tipo se esfumó.

.....
¹ Víctor Bustamante. 1999. *Amábamos tanto la revolución* (pp. 19-27). Medellín: Corpades.

Diligente colocó los rollos crípticos sobre el piso; son carteles en papel periódico. Un rastro de engrudo deja transfigurar unas letras rojas como de alfabeto cirílico. Acto seguido, empina su trasero para pegar una de las esquinas del anuncio a la pared: Asamblea General: 9 a. m. Cubre el objeto valioso, la brocha, con una bolsa plástica y la guarda en su mochila, arroja el tarro al césped y se aleja. Parece una hippie perdida en los recovecos de la izquierda con su franela blanca y sobre la espalda la efigie en color negro del Che, sus jeans ceñidos en una de las caras del índigo, los tenis negros, rotos, pero limpios. Sigue por el pasillo del Bloque 9, dobla hacia el puesto de libros incrustado en la pared lateral junto a los retretes y se planta a mirar textos tirados sobre el suelo —pertenecientes a un librero ambulante, el Hamaquero—: son revistas beatíficas de *China Reconstruye*, libros de economía de la Editorial Progreso de Moscú de las Ediciones en lenguas extranjeras de Pekín —los *pocket book* de izquierda— y por supuesto libros de mucha poesía. Con el cuenco de su mano derecha ajusta su cabello como si buscara un toque de abandono y, en un rodeo innecesario, enfila por el pasillo que da a la cafetería de Guayaquilito, su pasarela.

Desde uno de los sardineles, en mitad de la plazoleta, la veo pasar entre las columnas de piedra azotada por su indiferencia. Calculo su paso y me sitúo al final del pasillo que va a la Biblioteca Central; inocente se dirige hacia mí. Ensayo dos preguntas: no el bolero, sino algo de más peso y menos musical: “¿Cómo te parece la situación del país?”, o esta otra: “¿La asamblea comienza a las nueve o a las once?”. Solo alcancé a dejar resbalar una sonrisa medio estúpida. De cualquier parte salió un lúgubre: “Hola, ¿cómo estás?”. Frase con cierto gracejo que nunca falla. No respondió. Su mirada de Medusa casi me convierte en piedra, cambia su campo de visión y repara en el serpentario como si no le bastaran las serpientes y tirabuzones de su cabello.

¿Era la reencarnación del hombre invisible? Yo que vestía a la moda: pantalones de botacampana, botas negras de plataforma, cinturón de cuero ancho con hebilla plateada, camisa de flores y melena no exagerada; algo así como una aproximación al carbón de algún cantante rock con pelusas juveniles a manera de barba. Mi sonrisa se perdió en una mueca que opacó mi mano nerviosa, rasqué mi nariz en un gesto pavloniano de escasez de recompensa. Decidí seguirla por los lados de la Biblioteca. Busca un pupitre color caoba y se sitúa frente al fresco del

maestro Pedro Nel, de su mochila extrajo un libro de pasta roja. Traigo otra silla para lo de siempre: abrir el libro de matemáticas y mirar cualquier página con la utopía de que apareciera algo genial; bastaba Einstein, había perdido esa materia en no sé qué universidad.

Candidato eterno, necesitaba una novia como se decía, una compañera como dicen los de izquierda o una amante como afirman los tipos de mundo. Parecía un extraño en la Universidad entre tanta gente que, para mí, sí era extraña. Pasaba lentas agonías, hundido en un sillón de la Biblioteca hasta que los ojos llorosos de leer o el hambre azotara entre tomos sacados de los anaqueles espaciosos, acompañado por el lejano sabor de un tinto. Comenzaba mi cohabitación con la literatura. Al terminar alguna de las clases, casi todas, absolutamente solo y con temor a pasarme por las cafeterías, merodeaba inútil o asomaba mi hocico hosco cerca a algún grupo espontáneo que discutía de política para luego marcharme. Me sentía espiado por todo el mundo.

El tipo que la había abordado por los lados de Derecho regresó, pertenecía al Comité Central Estudiantil, lo había observado en alguna asamblea, poseía el don de la palabra. Se preparaba para su vida pública, terminar una carrera e irse al lado que más denigraba. La mayoría de los revolucionarios jóvenes van a morir a un puesto burocrático y, era apenas obvio, nadie dura en esa postura toda la vida; los acontecimientos pronto fosilizan. Adrenalina y política van de la mano junto al entusiasmo apocalíptico y a la comodidad buscada.

Se saludaron de beso. El tipo era Bocanument. Sentí celos, una suerte de bautismo en el río sagrado de la vida; celos por no hablar como él y estar al lado de ella: sumidos en las páginas de un libro. La muchacha no aparta los ojos de ese adoctrinamiento, él regresa a la página anterior, señala algo con lápiz y vuelve a explicarle; a lo mejor habla de su vida heroica. Yo, al fondo, formaba el paisaje bajo las arcadas de piedra. Deseo tener un verbo lustroso como Demóstenes para hablar fluido en alguna asamblea y llevar una moción de orden para aparejar en el docto terreno de la retórica y bien consecuente con el momento histórico, dar mi apoyo a Vietnam que ahora lo bombardean.

4

Podría elaborar un diario de viaje, una guía de exploración, una rosa de los vientos con un solo rumbo: el trazado de sus pasos. Entra por el

portal en la esquina de la calle Barranquilla a su primera estación: el baño de mujeres del Bloque de Química. A pesar del frío de la mañana va sin suéter, luce una camiseta amarilla con círculos blancos —esas prendas que los hippies han puesto de moda—. Ha guardado su brasier en la mochila y adivino sus tetas palpitantes bajo la franela suave; buscaba dar de qué hablar.

Moda que hacía carrera, solo apta para muchachas de busto proporcionado. Pronto me convertí en un experto de este voyerismo, tetólogo, y comencé a clasificarlas según el tamaño y la finura de su punta: la más preciada era la teta punta de diamante —con la cual ingresaban las muchachas núbiles, trofeo que se perdía al terminar la carrera—; los de punta de limón podrían caber en la boca sin rebasarla; los punta pitón porque embisten y, si muy pequeños, los limpiadientes.

Me encuentro en Guayaquilito, salón social de la Universidad donde se discute de todo, incluso de estudio. Y la soledad sin saciar de algunos poetas que comienzo a distinguir. De lunes a viernes regresa en la tarde a una cita que nunca sabrá. Aparece rauda, rotunda, apropiada de sí misma, dando a entender: yo-ando-sola; se toma un tinto, saluda algunas personas como si dijera: voy-de-afán.

—Ese tipo que acaba de saludar debe ser muy inteligente —dice Mónica—, es un poeta surrealista. ¿Cómo te parece lo que me escribió?: “El día no nace, es largo y hueco”.

Ahora se dirige a la cafetería de enfrente. No presto atención a la película que Mónica me cuenta y que he visto como tres veces: *El último tango en París*. Vamos hacia la otra cafetería. Nos sentamos en un tronco no de un olmo viejo y en su mitad podrido, sino en un tronco habilitado como asiento. Ella busca una cara conocida. Valiente, le hago señales para que venga. Mira breve y cambia su campo de visión. Mónica me codea:

—Esa mujer nunca te hará caso, dejá de ser maleducado. Es impresionante cuando Paul le unta mantequilla en el culo a Jeanne.

—No, lo impresionante es cuando se lo clava al descuido y la hace llorar.

El poeta de los versos portátiles, que luego se revelaría como Giovanni el Oscuro, con el borrador de *La Dulce Toma* bajo el brazo se acerca a Eme y la saluda. A veces la veo con una desconocida no de su porte; no quería que nadie la opacara o es amistosa con estudiantes que tengan

algún defecto, como si demostrara que lo que menos interesa es el aspecto físico y que tiene el valor civil de ser diferente. Ahora se aproxima el Proleto que huele a diablo, ella da la mejilla para el beso protocolario y luego Robertopino, como si hubiera acabado de llegar de un viaje extenuante con la infaltable agenda en su mano izquierda: atestada de guiones, poemas, proyectos de novelas y su diario. Dejaría el bisturí y los rollos de gasa por los *rushes*; sus rasgos de mestizo evidenciaban que en su árbol genealógico algún chochoano merodeaba en una de sus ramas. A excepción de Robertopino, los demás llevan mochilas, a lo mejor guardan en ellas cócteles Molotov. Perseguida por mi radar se sitúa con sus acompañantes en la única banca vacía frente a mí, mezcla con un pitillo el azúcar con el café.

—¿Cómo te pareció la película? —pregunta Mónica.

—No me gustó el final, ¿sí o no? —respondí, aunque no recordaba ni el principio.

Ella solicita la hora a algún estudiante que pasa y sale disparada.

—Hablamos —le digo a Mónica, que amenaza contarme *La luna*.

Doy un rodeo por el Bloque de Química, desemboco al de Matemáticas y, preciso, la encuentro dando la espalda al fresco a la orilla del estanque artificial. Me sitúo en la otra esquina formando una recta donde solo yo sé los dos puntos que la unen. Al fondo las fumarolas en la colina de Moravia. Llegan los conjurados: el tipo con barba a lo Marx: Bocalumpen; luego el Proleto con una bolsa plástica llena de revistas viejas de *Sputnik*; Robertopino con el *Libro rojo* de Mao, y Beata, estudiante de Odontología.

Muchas veces, accionado por el resorte de su ausencia, deambulaba por Guayaquilito, por las ingenierías en una razia estúpida o me detenía ante el vidrio esmerilado en la puerta de la oficina de algún profesor a mirar notas de exámenes con la sospecha que de pronto aparecería por algún pasillo. Y como el tiempo de la espera es largo, merodeaba por el Aeropuerto, por la cancha de fútbol, el coliseo, por la piscina con la sólita compañía de mi hastío.

Ahora parecen discutir algo, leen un comunicado. El Proleto me entrega un volante elaborado en mimeógrafo. ¿Acaso tienen vínculos con la guerrilla? Antes de cada sesión debían participar del minuto conspirativo, discuten sobre los problemas del país y, para mantener su ética, deben delatarse a sí mismos por sí han deseado a alguna de sus compañeras; para los militantes el sexo es una debilidad pequeñoburguesa. Luego de la reunión se disgregan.

Un tropel de universitarios es devorado en la esquina de Barranquilla por un bus de la ruta Floresta-San Juan. Por cosas del destino, fabricado, voy al lado de Eme y de Robertopino. Van, vamos aferrados al perchero separados por la distancia infranqueable de algunos centímetros y de toda una vida. Mi meñique izquierdo busca su mano. El bus va hacia el norte, en un giro busca a Carabobo, al fondo las paredes blancas del Jardín Botánico. Una frenada en la esquina de Barranquilla lleva mi mano a posarse sobre la suya. Electrizada la retira y me fulmina con su juego de ojos. Pero yo era el tipo más serio del mundo con mi primer trofeo táctil.

Su perfil recortado por la escasa luz. A veces la sorprendo mirando de reojo cuando no puede darme la espalda, ajusta su blusa como si sospechara que miro hacia el nacimiento de sus pechos. Sus pelusas en la nuca el lugar de la carne más sensible. Parcelo su mano izquierda, elaboro un mapa con sus accidentes geográficos, cicatrices visibles, el escaso bello en el lomo de su mano, una marca en su muñeca, ¿disección, cortada en la cocina o rasguño? Mi corazón galopa como si quisiera saltar de su estuche, escurrirse al piso y, apurado, deba recogerlo para evitar que lo pisoteen, y casi deslizándose llevarlo a su enrejado de costillas.

Como que leyó mis pensamientos, fue a escudarse detrás de su acompañante, ambos me miraron como si fuera un perverso sexual, y como quería evitar tropiezos hundí el botón del timbre. En Bolívar con la Avenida de Greiff desafiaron el semáforo. Me dispuse a mi labor, convertirme en cazador nocturno desde la otra calzada para no verme sorprendido. En la próxima cuadra se situaron frente a la librería Aguirre, miraron los afiches de cine en el Opera y continuaron hacia esa arteria altanera: Junín. Mi dinámica persecutora, mermada para no echar al suelo mis planes. Husmearon en Versalles, en el Cine-Dux y doblaron hacia Caracas, miraron fotos en el Teatro Odeón y para mi sorpresa a la entrada del Teatro El Cid esperaban Bocalumpen, el Proleto y Paolo. Prosiguen hacia abajo, me sitúo en la heladería Manzanares, cruzaron Palacé. Compró un paquete de papitas. ¿Acaso tramaban un ataque con bombas incendiarias a los teatros? Pasaron la calzada de Bolívar y no se fijaron en las fotos con muchachas desnudas del Teatro Guadalupe, siguieron hasta la esquina de la calle Zea con Carabobo y en el café Brasil pidieron tinto. Al poco rato entraron al garaje de puertas rojo mate: la sede del Moir.

Lugares

En el café Brasil apuré un tinto que se convirtió en muchos tintos, como si buscara provocar al mesero mesurado, y apareció esa sensación que embarga: la espera inescrutable que tritura la noche. De la Bahía y del Oro de Munich sale el ruido de la salsa, pero yo no quería ensalzarme.

Vacío Carabobo, vacío Zea, vacío Medellín. Vago nocturno, estoico, soporto los pasos del celador machete en el cinto y linterna apagada en la mano, la ronda de sus pasos determinada por su silbato. Dio algunas vueltas a la manzana cuando no se aguantó: “¿Oíste hombre a quién esperarás?”. “A una amiga que está en la sede”, respondo. “¿A la monita de cabello rizado? Esa sale por ahí a las diez, pero de la mañana. Pregúntele al relojero de enfrente, él dice que esas mujeres se enloquecieron con aquello”. Desde algún lugar suena la sirena de una patrulla. La noche es algo húmeda bordada por las flores artificiales de los neones.



Desde el punto de vista urbanístico, la Ciudad Universitaria está basada en el concepto griego del ágora¹

Ariel Escobar Llano
*Arquitecto de la Ciudad Universitaria*²

Como muy bien lo sabe la ciudadanía, al doctor Ignacio Vélez Escobar hay que reconocerlo como gestor y director del proyecto de construir la Ciudad Universitaria. Él tomó la iniciativa de gestionar el empréstito con el BID, luego de haber fundado la Oficina de Planeación en la Universidad, al frente de la cual nombró al doctor César Valencia Duque. Luego fue constituido un equipo que estuvo integrado, además del doctor Valencia, por Raúl Fajardo Moreno, Juan José Posada, Augusto González, Edgar Jaime Isaza y yo.

Primero que todo iniciamos la concepción urbanística del proyecto, etapa para la cual el doctor Vélez Escobar había gestionado con la Fundación Ford una asistencia y por medio de ese contacto nos fue otorgada a los arquitectos una beca de observación para visitar universidades en los Estados Unidos. Al frente de la Educational Facilities Laboratories

.....
¹ Nota en la versión publicada por la *Agenda Cultural Alma Máter* (148, s.p., octubre de 2008): “La redacción de este texto fue estructurada con base en la entrevista que el arquitecto Ariel Escobar Llano concedió en febrero de 2001—dos años y cuatro meses antes de su muerte—al periodista Alberto González Mascarozf. “Hablemos de la Ciudad Universitaria”. Estas palabras bastaron para que don Ariel—sin ínfulas de ninguna índole porque la sencillez fue el don que distinguió su existencia y marcó el ejercicio profesional de su arquitectura—dictara la más lúcida exposición sobre tres aspectos centrales en todo conglomerado humano: el carácter social que deben tener las obras públicas, la responsabilidad ética del arquitecto cuando tiene en sus manos dineros del Estado y el compromiso de la arquitectura con una estética que privilegie la convivencia, la formación y la interrelación de las comunidades porque en el centro está el ser humano”.

² Ariel Escobar Llano. Como arquitecto participó en el equipo que planeó y diseñó nuestra Ciudad Universitaria, experiencia de la cual da cuenta en estas páginas.

Inc. estaba un personaje muy interesante, el doctor Harold Gores, quien nos puso una condición que es muy hermosa: “Voy a llevarlos a los Estados Unidos para que vean lo que no deben hacer aquí”. Y, efectivamente, nuestras premisas en el diseño están basadas en que no debíamos hacer nada al estilo gringo.

Nosotros en Estados Unidos, a donde viajamos a finales de 1964 y regresamos a principios de 1965, nos dividimos en dos grupos y visitamos alrededor de diez universidades, conociendo todo lo que en ese momento había en adelantos y medios técnicos. Recuerdo que en ese entonces se empezaban a emplear los medios audiovisuales en las universidades. Por ejemplo, en Oklahoma visitamos una universidad que por fuera no decía nada, pues su construcción se asemejaba a ramadas, pero por dentro nos dejó el recuerdo de ser la universidad más avanzada que visitamos por tener una educación personalizada que funcionaba de esta manera: unos grandes salones llenos de cubículos en los cuales había un escritorio con una pantalla, un teléfono y una sede de cuatro botones. El estudiante entraba al cubículo, se ponía sus audífonos, prendía con un botón la pantalla y por el teléfono llamaba al profesor que debía asistirlo en el curso. O sea que por el computador, hace cuarenta años, recibía la clase que se está tratando de montar hoy entre nosotros. También recuerdo que los laboratorios permanecían abiertos día y noche y a ellos el estudiante podía entrar a cualquier hora, registrando con una tarjeta el ingreso y la salida. Todos los elementos estaban a su disposición. El resultado de su experimento lo dejaba allí a disposición del profesor, quien pasaba más tarde a revisarlo, y la calificación la enviaba al banco de datos centralizado de la administración. Los profesores de las otras universidades se quejaban de este sistema porque decían que era demasiado deshumanizado. Pero los resultados eran de un rendimiento fabuloso porque un curso planeado para cinco semestres lo realizaban los mejores estudiantes en menos tiempo.

Bueno, esa experiencia de la enseñanza audiovisual la plasmamos en el edificio que nosotros bautizamos como “La Macarena” y que hoy se conoce como el Bloque 10 o bloque de los auditorios. Este fue concebido con la idea de poder hacer clases para tres mil alumnos al mismo tiempo, utilizando la tecnología audiovisual. Recuerdo que nosotros pensábamos que si la Universidad traía desde el extranjero a un personaje famoso, de sus enseñanzas se podrían aprovechar miles de personas de la ciudad

acudiendo a este edificio. Claro que ya hoy no es necesario traerlo hasta acá, o sea que de cierto forma nos anticipamos a eso. En síntesis, ese era el único logro de tecnología avanzada que vimos allá y que podía ser adaptado al medio nuestro con recursos propios. Así las cosas, el resultado de dicha visita se concretó después en un proyecto que es básicamente concebido sobre un principio urbanístico muy arraigado en el medio nuestro, con el objeto de que quienes iban a estar en la Ciudad Universitaria se sintieran siempre en un medio reconocible por ellos. Desde el punto de vista urbanístico, la Ciudad Universitaria está basada en el concepto griego del *ágora*, que en España es la plaza mayor y que de allá nos la trajeron acá. Todas las ciudades fundadas por los españoles tienen como centro vital la plaza mayor, y alrededor de ella están los valores fundamentales de la comunidad como son la iglesia, la casa consistorial, la alcaldía, el club o casa de reunión de los campesinos, el teatro y la casa de la cultura. En la Ciudad Universitaria la calle real la reemplaza el bulevar central que viene desde la entrada de la calle Barranquilla y desemboca a la plaza mayor donde hoy está la escultura del maestro Rodrigo Arenas Betancourt, *El hombre creador de energía*. La Ciudad Universitaria tiene cuatro *barrios* que son el área de ciencias exactas y naturales, el área de humanidades, el área de artes y el área de las ingenierías.

Un aspecto importante es el manejo de la plástica y ese es otro de los principios que sentamos al decidir que también fueran valores reconocibles. En ese sentido creo que tuvimos un gran logro porque plásticamente la Ciudad Universitaria se integra al paisaje, no irrumpe en él, no se presenta como contraste sino como armonía. Por eso los materiales utilizados son la arcilla, el ladrillo, el concreto, la teja de barro y la piedra. Todos ellos son materiales de nuestra propia entraña cultural que no se prestan al rechazo. Con ello se buscó que los estudiantes que llegan de la provincia y de otros lugares no se sientan ni extraños ni rechazados por el entorno, sino cobijados. Esa arquitectura nació nueva y vieja al mismo tiempo, en el sentido de que al llegar y encontrarla ahí es como si la acabaran de construir o como si tuviera cien, doscientos o trescientos años. Su impacto nunca es negativo sino amoroso, porque no es una arquitectura comercial sino social. Todos los beneficios van en provecho de la comunidad.

Hay otro hecho que se debe destacar y es que la Ciudad Universitaria fue concebida como un parque, y los primeros años funcionó como

parque. De ahí que no estuviera cercada por mallas. La premisa que el doctor Ignacio Vélez Escobar quiso que se plasmara era que la Universidad debía ser para toda la ciudad y que los domingos pudieran ir los padres de familia con sus hijos a distraerse y a disfrutar con el ambiente. En realidad, todo fue muy bello en el aspecto de la gestación de la Ciudad Universitaria hasta que comenzaron a robarse los equipos y ese problema fue el que determinó el cercamiento. Luego los movimientos estudiantiles y la agitación de los años setenta hicieron muy difícil el acceso de todo el mundo como en un principio se esperaba. En mi concepto, considero que se cumplieron las premisas sobre todo en los aspectos humanísticos porque Medellín logró una Ciudad Universitaria amable. Otro aspecto muy importante que quiero resaltar es el económico. El proyecto de la Ciudad Universitaria fue un ejemplo para el BID a nivel de Latinoamérica, en cuanto al cumplimiento de costos y de tiempo. En cuanto a los costos, hago hincapié en una anécdota que es muy simpática y está relacionada con el teatro que no estaba financiado porque no fue contemplado en el proyecto inicial. Entonces, en plena construcción, le hicimos una propuesta al BID: que las economías que hiciéramos en los otros edificios estandarizando las estructuras, nos autorizara para aplicarlas en la construcción del teatro. Y así lo aceptaron. O sea que el teatro es producto de una sana economía y por eso costó apenas cuatro millones de pesos.

Yo pedí que me entregaran su construcción y desde ese momento me di a la tarea de estudiar y analizar con detenimiento diferentes proyectos de teatros construidos en el mundo. Personalmente lo diseñé bajo una característica muy especial: es todo de arcilla, es un teatro de barro, sin materiales acústicos costosos. Además, es el que mejor acústica tiene en la ciudad, no porque lo diga yo, sino porque lo dicen los que lo utilizan. Inclusive hay por ahí una carta de un profesor de acústica que estuvo en Medellín en un programa de intercambio y quien me estuvo buscando para que compartiéramos opiniones porque él no conocía ningún teatro hecho en arcilla. El entramado de los ladrillos en la pared en realidad son resonadores. Esos ladrillos se pusieron en forma saliente con el objeto de que las ondas al pegar en ellos se fragmenten y adquieran brillo. Otra particularidad es que el lado posterior de los ladrillos corresponde a la parte hueca, formando un tejido o una especie de trampas donde la onda

muere de manera que no haya ecos que ensucien y desmejoren la audición, incomodando notoriamente al público o al expositor o al cantante. En otras palabras, el entramado de los ladrillos exalta el nacimiento de la onda y también le da el tiempo de vida justo.

La aplicación de ese entramado especial con los ladrillos tiene que ver con las salas experimentales de las grandes fábricas de neveras y artículos eléctricos, donde se chequean los ruidos con el fin de disminuir sus molestias. Allí las cámaras especiales están diseñadas a un alto costo con un entramado de madera. Entonces lo que yo hice fue aplicar el principio que siempre guio a todo el equipo: emplear materiales lo más barato posible y conseguir la mayor eficiencia. Así se ahorró una gran cantidad de dinero. Un momento bien grato que recuerdo es el ensayo de acústica que le hicimos al teatro. Fue un ensayo muy sencillo. Le dijimos a una persona que se parara de frente en el escenario, y con las manos cruzadas por la espalda hiciera sonar dos llaves de un llavero. Nosotros, que estábamos en las últimas bancas, nos pusimos muy contentos porque escuchamos el sonido con toda la nitidez. Quedamos muy satisfechos como lo estuvimos también cuando llevamos cantantes y algunos oradores para que intervinieran sin usar micrófonos. También el teatro está diseñado sobre el principio del teatro griego, con la silletería colocada en forma de circunferencias porque la onda se esparce en forma de círculos, garantizando que el sonido llegue a todo el auditorio con la misma intensidad. Es una fortuna que los estudiantes se esmeren en cuidarlo y en proteger la silletería ya que todo allí es fruto de un gran esfuerzo y de una cuidadosa planeación. Algo que me alegra mucho es que los estudiantes sientan que el teatro es de ellos.

Recuerdo que cuando estábamos construyendo el Teatro Metropolitano de Medellín, visitamos con la junta el Teatro de la Universidad de Antioquia para darle seguridad en el uso de los materiales y de la silletería, que en ese momento habían resistido veinticinco años de asambleas estudiantiles. Para mi satisfacción personal, considero como logro máximo de mi carrera arquitectónica haber trabajado en el diseño de la Universidad de Antioquia, cuyo plan director se concibió entre 1964 y 1970, y en el diseño de la Universidad de Medellín a partir de 1959. Ambas son ciudadelas de arcilla, madera y piedra. En los dos proyectos fuimos muy conscientes de no hacer diseños extravagantes que apuntan

más a satisfacer el ego de los funcionarios o de los responsables de la obra y también de los propios arquitectos. Contra la personalización hay que luchar mucho.

Esas ideas nos las inculcó un profesor que nos marcó para siempre. Fue Antonio Mesa Jaramillo, profesor y decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Él nos impulsó a la búsqueda de una arquitectura que tuviera un sabor propio y una respuesta concreta a los problemas nuestros. Desde luego que a ella iban ligados los costos, porque hacer cosas despampanantes, con grandes presupuestos, es algo que no se puede permitir un país como el nuestro. Eso que lo hagan los gringos y los europeos que disponen de grandes sumas de dinero para hacer rascacielos, pero que no lo hagamos en Colombia donde cada peso se lo pelean cinco y más destinos. Desde siempre aprendimos que nuestros recursos debemos utilizarlos con el máximo de rendimiento. A nosotros no nos está permitido el lujo. Por eso en todas las obras donde intervinimos, y en particular en la Ciudad Universitaria de la Universidad de Antioquia, fue siempre una premisa el lograr la mayor cantidad de metros cuadrados construidos con el menor costo posible. Repito, eso nos lo inculcó el profesor Antonio Mesa Jaramillo.

Creo que en el proyecto de la Ciudad Universitaria, lo mismo que en la Universidad de Medellín y en el Teatro Metropolitano, se ha logrado una arquitectura madura y perenne. No es una arquitectura espectacular porque quien llega de primera vez y ve esas obras no se siente ni asustado ni maravillado, sino todo lo contrario: se siente integrado, armonizado, convocado. Eso es fundamental. ¿Qué más acogedor que el paisaje nuestro? La arquitectura debería buscar exactamente lo mismo. No irrumpir sino integrar. Eso también hace parte del legado que nos dejó el doctor Antonio Mesa Jaramillo.

Ante la pregunta de si a los arquitectos se nos refinó el gusto para que todo perdure como bello en la Ciudad Universitaria, respondo que esa es la idea básica que el arquitecto asume cuando diseña. Su primer compromiso es en el campo urbanístico, porque el primer contacto del ciudadano es con el medio en sí, allí están todas sus perspectivas. Esa parte de la concepción es fundamental, como también lo es llegar hasta el detalle mínimo para que la obra no ofrezca rechazo. En la Ciudad Universitaria todo es un disfrute. Allí las cosas existen como si hubieran

existido siempre en la vida de las personas. Por ejemplo, para los techos, el punto de partida nuestro fueron los antiguos tejares que hoy han desaparecido mucho. En esas estructuras, si es que queda alguna todavía, uno reconoce la Ciudad Universitaria. Es que todos en Colombia llevamos en el subconsciente y en el fondo del alma una casa de teja. De teja son nuestros pueblos y lo serán por mucho tiempo, cosa que no se puede decir ya de las ciudades.

En síntesis, todo el que llega a la Ciudad Universitaria siente que lo estaban esperando y se da cuenta al instante de que lo que allí hay es una concentración de amigos. Por eso hay estudiantes que no dicen “vamos pa’ la Universidad”, sino que muy tranquilamente dicen “vamos pa’ la finca”. Cuando yo escuché esa expresión en boca de los muchachos, me emocioné mucho. Y es que frente a todo ese tráfa-go del centro de Medellín, llegar al ambiente de la Ciudad Universitaria es sentirse en un medio armonioso del que uno no quisiera salir.

En el caso particular mío, como yo era el único arquitecto que no pertenecía a ninguna de las firmas responsables del proyecto, las cuales eran Fajardo Vélez, Ingeniería y Construcciones, Posada Gutiérrez y Habitar, tuve la oportunidad de disponer de todo mi tiempo y por eso estuve radicado en la Ciudad Universitaria durante cinco años, viéndola crecer, junto con una persona muy sensible, y a la vez un dibujante excepcional, con la que tuve la fortuna de contar, Leopoldo Longas, hijo del maestro Longas. Con él pasé muchas jornadas de trabajo entre las ocho de la mañana y las siete de la noche sin darnos cuenta de que el tiempo transcurría. Y muchas veces en la noche me iba para donde Rodrigo Arenas Betancourt, con quien me ligaba una gran amistad. Él tenía el taller en la parte de atrás de la Facultad Nacional de Salud Pública, donde hoy está la SIU. El taller era un caserón antiguo. Allí fueron fundidas varias de sus obras, entre ellas *El hombre creador de energía* y *el Cristo cayendo* que hoy son símbolos de la Universidad, lo mismo que los catorce jinetes y los caballos de la escultura que hoy está en el monumento del Pantano de Vargas. En ese taller también tomé mucho aguardiente con Rodrigo. Y, a propósito de Rodrigo y su obra, como también del maestro Pedro Nel Gómez, un tema infaltable en la Ciudad Universitaria es el de la arquitectura en comunidad con el arte y en comunidad con el ambiente universitario. La raíz de ello está en el Renacimiento italiano. Todas

las obras, como por ejemplo los palacios y las plazas, siempre tuvieron la integración de la arquitectura, la escultura y la pintura. El medio lo exigía. Era el renacer de los valores clásicos, en cuyo centro estaba el ser humano. Entonces todo debía ser amable para el hombre y todo le debía aportar valores que contribuyeran a su formación.

Hay un detalle muy simpático de una charla que le oí al doctor Luis López de Mesa. “¿Saben cómo se formaba un griego? —preguntó el doctor López de Mesa al auditorio, y a renglón seguido dio la explicación—: El niño griego salía de su casa en dirección a la plaza pública, al ágora. En su recorrido ve a un hombre sentado en el suelo con un farol y diciendo cosas que el niño no entiende pero que le inquietan por la figura de la persona que las dice y por las caras de los oyentes. El niño pregunta: ‘¿y quién es ese señor?’. Y alguien le responde: ‘Ese es Diógenes, el filósofo’. En otra esquina, el niño pregunta por la identidad de otro hombre que discute, interroga e increpa a un grupo de personas: ‘¿y quién es ese?’. Y alguien le responde: ‘Ese es Sócrates, otro filósofo’. Más adelante, el niño se arrima a un taller donde tocan música, están pintando y esculpiendo obras de arte. ‘¿Y quién es ese señor?’. Y alguien le responde: ‘Ese es Praxíteles, el escultor, en compañía de sus discípulos’. Inquieto por todo lo que ha visto y oído, el niño regresa a casa. ‘¿Y quién es ese niño?’, es la pregunta que se puede hacer cualquier persona. ‘Un griego’, es la respuesta simple y llana. ‘Un griego en el pleno sentido de la palabra’”. Con esta anécdota, el profesor López de Mesa explicaba cómo el ambiente social contribuye a la educación y a la formación del ciudadano.

Cuando la revolución triunfó en México y el escritor y político José Vasconcelos asumió el Ministerio de Educación, aceptó el planteamiento de los artistas de que el medio debe educar al ciudadano. Así fue como se inició allí la incorporación del arte a los centros educativos y a las plazas públicas que, más adelante, en la década de los años cincuenta, se hizo más palpable debido a que los artistas, liderados por Rivera, lograron que los arquitectos revivieran aquel viejo principio de que la educación y el arte se viven y se sienten con más intensidad en el contexto público y no en el ambiente cerrado del aula y del museo. Aquí entre nosotros, ese fue el criterio que operó con las obras de Arenas Betancourt y de Pedro Nel Gómez. Ellos se entusiasmaron bastante con el proyecto de la Ciudad Universitaria y ninguno tuvo como propósito

ganar grandes sumas de dinero, al punto de que Rodrigo trabajó como empleado de la propia Universidad.

Estoy convencido de que no hay en Colombia, o por lo menos no la conozco, una obra que se pueda equiparar con la Ciudad Universitaria, desde el punto de vista de la concepción arquitectónica. Recuerdo que el poeta Amílcar U., al regresar una vez de Estados Unidos, se encontró conmigo en un restaurante de acá de Medellín y al verme me manifestó con mucha emoción que quería felicitarme porque un norteamericano le había dicho en San Francisco que en Medellín había conocido la universidad más impresionante y conmovedora, y que más que una universidad se parecía a un lamasterio. “¿Quién hizo eso tan bello?”, fue la pregunta del gringo. “Yo creo que eso lo hicieron arquitectos de allá”, respondió Amílcar U. “Felicite a esos arquitectos cuando hable con ellos” fue el encargo que le dejó el gringo al poeta. Y es que en realidad a mucha gente se le ha escuchado decir que es un proyecto único. Mejor dicho, se cumplió lo que queríamos. La Ciudad Universitaria tiene identidad porque está de acuerdo con lo que somos nosotros. No es una copia de nada. Es un proyecto auténtico. A nosotros nos colmó realmente. Es nuestra satisfacción. La Ciudad Universitaria fue un trabajo fascinante que me ligó por siempre con la Universidad de Antioquia. Con la satisfacción de que mi esposa, Consuelo Echeverri, fue una de las fundadoras de la escuela de música o conservatorio que funcionaba en la calle Pichincha donde hoy están las torres de Bomboná. Mi vínculo con la Universidad es entrañable en todas las formas, sobre todo porque todos mis hijos, cuatro mujeres y un hombre, estudiaron en sus aulas. Y aunque he vivido paso a paso muchas de las etapas de crecimiento de la Universidad, no tuve la oportunidad de formarme en ella.



Cómo imaginé a Candelaria¹

Martha Lucía Villafañe
Egresada

Candelaria al fresco en Ambalema surgió de un paseo a Coveñas, sitio que tiene el mismo clima feroz que Ambalema y gran parte del Tolima Grande, la tierra de mi madre; sus gentes se parecen mucho unas a otras y sus actitudes también. En realidad se llamaba Teresa y era la persona que custodiaba el volcán de barro de la región, adonde acuden los turistas a bañarse con intenciones terapéuticas.

La imagen de una mujer abanicándose en aquel taburete recostado a un árbol (tan clásico para nosotros en el trópico), tan cercana a mi infancia transcurrida en el cálido Valle del Cauca, resultó cautivante para el lápiz que me acompañaba a todas partes en aquella época con un infaltable cuadernillo de dibujo que guarda todavía las impresiones rápidas de la vida, que corre lenta en algunas partes.

Pero fue hacia 1989 o 1990, cuando estaba aprendiendo los secretos del arte de la escultura en el Museo El Castillo con el maestro Miguel Ángel Betancur, que esa imagen se convirtió en un reto de realización para mí. Hube de resolver, entonces, problemas logísticos como la estabilidad de la pieza inclinada, con el agravante del peso que aportaría la gruesa mujer sobre el taburete. Construido el elemento soporte, un taburete flotante en hierro que garantizó la estabilidad requerida, abordé la realización en barro de la pieza y, posteriormente, el trabajo de moldes en yeso para vaciar en cemento. Siempre preferí el cemento para este tipo de trabajo por la afinidad con los temas que abordé, por su costo accesible y por la posibilidad de colores que ofrece.

.....
¹ 2013, mayo. *Agenda Cultural Alma Máter* 198, pp. 3-5.

Me acompañó en este desarrollo Arturo Castrillón, un albañil vecino a mi casa, con toda su sabiduría y calidad humana. Tardes, mañanas y noches, días enteros pasamos juntos oxidando cemento, reventando yeso, haciendo mezcla, coloreando mezcla, puliendo, resanando, lijando, brillando piezas. Deliciosas épocas aquellas.

Realmente, la realización del modelado en barro fue rápida: lograr la esencia, el parecido con Teresa, no fue difícil. Me llegó tan honda su imagen, que fluyó su ser en el barro y sus carnes abundantes se amasaron contundentes. Afortunadamente, no tuvimos dificultades mayores en el vaciado, y las estructuras calculadas fueron acertadas. Vino el proceso de pulimento y acabados, y fue expuesta en El Castillo donde se quedó por algún tiempo, hasta 1995, cuando tuve oportunidad de exponer en el Museo Universitario, adonde vino Candelaria para quedarse, por decisión del director de entonces, el doctor Roberto León Ojalvo.

Quisiera, para finalizar, pedirles que por favor no la toquen. Ella, aunque es una mujer valerosa y fuerte, no resiste tanto. Que la queramos, conservando la distancia, para garantizar su pervivencia y la de la historia que cuenta sobre los seres que habitamos el ardiente trópico colombiano en la provincia.



En una revista de ochenta años¹

Paloma Pérez Sastre
Profesora

1977. Primer semestre, Bloque 9, Introducción a la Literatura. Elkin Restrepo, el profesor. A mi lado, otros dos sardinos, Luis Fernando Macías y Víctor Gaviria. ¡Qué clases! Nada de ismos, historia o autoridades, solo lecturas y charlas fascinantes. Con esa expresión pícara y gozona que permanece indeleble en sus labios, Elkin nos leía con placer y nos oía con interés. Ni los trabajos ni las notas tenían protagonismo, todo era cordial y voluntario. Decía que se repartía las lecturas con su mujer, y algunas novelas nos llegaban por segunda mano. Me gustaban esas pequeñas revelaciones de su intimidad, aunque luego me di cuenta de que no se le puede creer todo lo que dice. Fascinada, olvidé las lecturas martirizantes del colegio, y regresé a la noción feliz de literatura que traía de la infancia.

No sé en qué momento osé saltar de la dicha de la lectura al sufrimiento de la escritura, pero sí sé que fue Elkin quien, paradójicamente, me empujó. Así como en la adolescencia necesité un grupo de amigas para aprender a clavarme en una piscina helada entre juegos y retos, la invitación a participar en la tertulia de Elkin me obligó a escribir un cuento. Si no, no habría tenido disculpa para permanecer allí, y eso era lo que quería. Los textos eran el boleto. En esa época trabajaba detrás de la barra de un café. Hacía las cuentas, servía bebidas, lavaba vasos y ponía la música, mientras me tomaba un whisky a sorbitos para *sollarme* el duro ajeteo de los viernes por la noche. Allí concebí mi primer cuento decente; y tras ese mostrador, un mediodía recibí la llamada de Elkin para decirme con vivo entusiasmo que el cuento le había gustado. Si me

.....
¹ 2015, agosto. *Agenda Cultural Alma Máter* 223, pp. 7-8.

hubiera ganado la lotería, no habría sido más feliz, ni habría tanta gratitud en mi recuerdo.

En 2006, el mismo año en que me vinculé a la Facultad de Medicina y nacieron mis gatos en la portería del metro, vino la invitación a escribir en las “Minúsculas”, una sección permanente de la *Revista Universidad de Antioquia*. Del grupo, Claudia Ivonne Giraldo y yo éramos las únicas señoras; los demás eran esos escritores jóvenes brillantes que hoy, ya no tan jóvenes, permanecen. Desde la dirección, Elkin sigue ejerciendo su amoroso magisterio con la sugerencia delicada, el chiste fino, el elogio sencillo, el gusto exquisito y la crítica sincera, que a veces obliga a repetir el trabajo y que siempre mejora la calidad, el tono o la textura.

A veces me pregunto por mis callados lectores, quiénes son, cómo les llegan mis escritos. Sé que me leía Helena Araújo —cuánto extraño sus emails generosos—, las tías de Ignacio Piedrahita, algunos de mis compañeros de trabajo y varios de mis antiguos profesores de Psicología y Filosofía, con quienes me encuentro ocasionalmente y quienes también escriben en la Revista. Hace poco me emocionó oírle decir a Consuelo Posada, una de mis maestras más queridas, que vive en Puerto Colombia, que con mis crónicas minúsculas se mantiene informada sobre lo que me pasa. Sentí vergüenza, pero me emocionó entender la belleza de ese peculiar e íntimo diálogo que entraña la escritura.

Hay quienes dicen que la Universidad de Antioquia es un vicio; otros, que es una madre de la que todos quieren mamar, lo cual significa más o menos lo mismo. Pienso que el fuerte apego que producen esta y otras universidades públicas se debe, al menos en mi caso, a la presencia de la libertad en sus campus —libertad imperfecta, me dirán; sí, pero real—. Respirar, bien tan escaso, es una necesidad del espíritu y una experiencia sin la que ya no se puede vivir. La Revista comparte la genética de la Universidad. Joven y vieja, bella y vital, nos trae el mundo y nos lleva a él. Sea este el día para celebrar y agradecer su existencia.



Ciudad Universitaria, paraíso ecológico a la sombra de gigantes¹

Daniela Jiménez González
Estudiante

Pequeños arbustos. Gigantes que con sus troncos, ramas y hojas se yerguen entre los bloques y corredores del campus de la Universidad de Antioquia. Peatones cuyos pasos son resguardados por jardines. Estudiantes que se protegen del sol o de la lluvia bajo el ramaje de los árboles. Desde un extremo al otro, la Universidad de Antioquia es un despliegue de vida, un territorio en el que las zonas construidas, enormes bloques de cemento, tejas y ladrillos, coexisten inmersas entre los diferentes aromas, tonalidades de verde y sonidos de las aves.

El 40 por ciento de Ciudad Universitaria lo componen las zonas verdes. Hay más de 2500 árboles, arbustos y palmas, entre 256 especies. Algunas de estas se encuentran en vía de extinción, como el comino crespo (*Aniba perutilis*), el abarco (*Cariniana pyriformis*), el yumbé (*Caryodaphnopsis cogolloii*), el choibá (*Dypterix panameanis*), el guayacán negro (*Guaiacum officinale*), y la caoba (*Swietenia macrophylla*). Otras especies, en cambio, se clasifican en categorías menos críticas, como algunos ejemplares del carrito (*Aspidosperma polyneuron*), el guayacán bola (*Bulnesia arborea*), el almendrón (*Caryocar amygaliferum*), el cacao de monte (*Pachira quinata*), y el cativo (*Prioria copaifera*), entre otros.



¹ 2016, septiembre. *Agenda Cultural Alma Máter* 235, pp. 10-12.

Siempre es necesaria la precaución ante posibles accidentes. Algunos árboles, ubicados entre bloques o zonas de parqueo, pueden representar un riesgo de accidentalidad para la comunidad si se cae una rama. O porque son árboles que se encuentran en situaciones fitosanitarias muy graves y en cualquier momento, con las condiciones atmosféricas, caen. Y que caigan ramas en el campus universitario sucede mucho.

Los jardineros de la Universidad están distribuidos en todas las zonas verdes. Vigilantes, son ellos los que realizan la primera alerta de que un árbol necesita mantenimiento. Un asesor visita el campus cada ocho días, hace un recorrido en el que les hace seguimiento a los árboles y finalmente elabora un listado para enviar la solicitud de intervención al Área Metropolitana, la autoridad ambiental. Entonces, con los argumentos técnicos, con una justificación de la necesidad de intervenir el árbol, se hace el reporte. El Área Metropolitana hace la verificación y envía una respuesta de autorización. No siempre la solución es talar. Otras veces se autoriza realizar un seguimiento al árbol. Pero si se opta por la tala, en la misma comunicación se indica la tasa o razón de reposición; es decir, cuántos árboles deben sembrarse por cada tala. La filosofía del departamento de Gestión Ambiental, adscrito a la Dirección de Gestión Logística y de Infraestructura, es incrementar el número de especies y que los árboles a sembrar sean nativos, acogiendo a las recomendaciones de la autoridad ambiental respecto a qué especies están vedadas.

La atareada Universidad de Antioquia, entre su frenético movimiento y sus afanes, hace necesario que el proceso de siembra se programe los fines de semana. Porque, de lo contrario, estas actividades se realizarían en medio del ruido, de muchas personas desplazándose por el campus, entre muchas otras interferencias.



A veces las señales de alerta son notorias. Árboles que se secan, se mueren, ramas que empiezan a desprenderse y a caer, parásitos, las marcas que dejan las bicicletas y que pueden convertirse en heridas. Búcaro 2016, Calistemo 1927, Carmín 1758, son algunos de los árboles con problemas fitosanitarios y estructurales. Con el verano, ha sufrido mucho la vegetación: necesita más agua y los recursos hídricos son limitados. Los

jardines de flores también tienen dificultades porque son muy costosos y difíciles de manejar. Ante estas complicaciones, la silvicultura se encarga de todas las actividades del manejo de talas, podas: de formación y de corrección, y del proceso de reposición. La reposición no se hace necesariamente en el mismo sitio de la tala, porque lo que se busca es realizar siembras de acuerdo con las condiciones locales, que los nuevos árboles se ubiquen en zonas donde su crecimiento sea el adecuado.

Y cuando un miembro de la comunidad universitaria desea reforestar, también puede hacerlo. “Yo le digo: ¿qué quiere sembrar? Y entonces llegamos una negociación en cuanto a lo que debe sembrar, la especie. Aquí vienen estudiantes, se hace la consulta de si se puede o no sembrar, ellos lo traen y lo sembramos”, comenta Ana Mercedes Montoya Restrepo, gestora ambiental.



Iván Darío Restrepo y John Jairo Tamayo son jardineros de la Universidad de Antioquia. Con los dedos trazan un cauce circular sobre la tierra. “Así se abona”, explican, mientras simulan el proceso de dejar caer la cantidad adecuada del abono en el canal y cubrirlo nuevamente. El compostaje de residuos orgánicos en Ciudad Universitaria se utiliza para la vegetación, no solo de ciudad sino de todas las sedes alternas.

Un día rutinario de trabajo consiste en realizar un mantenimiento completo de la vegetación: limpiar el jardín, sacarle lo seco, deshierbar para retirar la maleza, sembrar, fumigar y regar, con manguera y agua del acueducto. No todas las zonas tienen posibilidades de conexión de manguera, como es el caso de algunos bloques de difícil acceso como el Bloque 9, el 1 o el 2. Para estas zonas se carga agua con canecas. Se necesitan una carretilla y tres personas para balancear el peso.



La Universidad de Antioquia, con su enorme riqueza biológica, se ha convertido en un laboratorio, un escenario y una oportunidad para aprender de las diferentes especies. Desde el Herbario y la Facultad de

Ciencias Farmacéuticas y Alimentarias se realizan investigaciones, se estudia el potencial de algunas plantas medicinales presentes en el campus. Los estudiantes de Artes realizan montajes y, entonces, los árboles se adornan con sus instalaciones. Eso sí, es indispensable no colgarse de las ramas porque los pueden lastimar y porque puede ser peligroso. “Para eso son la Universidad y la vegetación. Haciendo un buen manejo adecuado y concertado, no hay problema con que se hagan las investigaciones. La idea es que la Universidad sirva de laboratorio, para eso es esta riqueza, pero teniendo un cuidado responsable con lo que tenemos”, señala Ana Mercedes Montoya.

El aporte ecológico de la vegetación de la Universidad de Antioquia y su variedad de especies permite que, a su vez, el campus sea habitado por una gran variedad de aves. Que se convierta en un corredor biológico, que haya conectividad.

No en vano, la Ciudad Universitaria fue declarada en 2009 Patrimonio Ecológico y Paisajístico de la Ciudad, y en 2014, Patrimonio Cultural de la Nación, por el Ministerio de Cultura. Este pulmón verde de la ciudad es, por demás, una atmósfera que no solo propicia el intercambio del conocimiento y de la investigación, sino las actividades responsables de ocio en espacios naturales.



Rehabitar la universidad¹

Pablo Montoya Campuzano
Profesor

Jamás pensé que me tocaría vivir una pandemia. Esta situación siempre la vislumbé en la lejanía. La lejanía territorial y la que otorgan las épocas. Consideraba que las grandes epidemias no tenían que ver con nosotros. Que como país teníamos más que suficiente con los males que nos agobian desde que esta república fue fundada: los políticos que nos dirigen, la vergonzosa desigualdad social, una comunidad humana envilecida por la violencia y la corrupción. Opinaba que las epidemias eran asuntos propios de la antigüedad y el medievo y otros períodos distantes del triunfo de la economía capitalista. Es paradójico lo que me había sucedido: yo, que no creo en la grandeza del neoliberalismo, terminé contagiado con el mensaje optimista de sus ideólogos e incluso de los intelectuales que apoyan incondicionalmente el libre mercado y su consumismo eufórico. Pensaba, en definitiva, que los virus ante la ciencia y la economía estaban vencidos.

El covid-19, sin embargo, llegó y, como se dice popularmente, nos movió el piso. Sin estar preparados para ello, tuvimos que vivir el confinamiento. Al principio fue como estrenar una condición nueva. Experimentamos, con una mezcla de emociones contrariadas, la parálisis planetaria. Ese movimiento humano, que ninguna guerra ni ningún conflicto político había podido detener, se paró de pronto y, en consecuencia, presenciarnos fenómenos magníficos: la disminución de la contaminación ambiental y la presencia de animales que habíamos

.....
¹ 2022. Revista *Estudios de Literatura Colombiana* 51, pp. 149-154. Conferencia ofrecida en el auditorio 10-206 de la Universidad de Antioquia, en Medellín, el día 1 de marzo de 2022, en el marco del retorno a las aulas en la Facultad de Comunicaciones y Filología después de la pandemia por el covid-19.

expulsado de sus territorios. Pero también nos dimos cuenta de que nosotros, como especie, estábamos siendo asediados por un virus, y que, como especie, realizábamos algo parecido contra el equilibrio de la tierra. Experimentamos, en medio de este aislamiento obligatorio, la soledad y el miedo a que nos enfermáramos y muriéramos. En cuestión de días, comprobamos que la realidad y la ficción se abrazan de un modo sorprendente. Reconocimos, entre otras cosas, que comportamientos turbios manifiestos en algunas novelas distópicas planeaban entre nosotros. Vimos cómo ascendió, por un lado, el control político, el militar, el sanitario sobre muchas poblaciones del mundo; y por el otro, la manera irresponsable en que otros gobiernos dejaron al garete los sectores más desfavorecidos. En todo caso, fuimos obligados a aceptar, con la cabeza baja muchas veces, aunque intentando morder nuestros codos, toda una cartografía del totalitarismo y el abandono.

La tecnología, sin duda, nos preservó de una completa desesperación. Pero, del mismo modo, la información excesiva de las redes y los medios se nos vino encima como un aguacero. Ella, en realidad, moldeó la dimensión de nuestras expectativas. Hubo momentos en que nos sitiaron la confusión y la paranoia y permitimos, empujados por su ímpetu, que fuéramos manipulados hasta el descaro y lo irrisorio. Entendimos, asimismo, que no nos diferenciábamos mucho de las maneras en que los habitantes del pasado se comportaron frente al embiste de las epidemias. Como ellos, acudimos a las oraciones. Pero también, como ellos, despotricamos contra el destino y los dioses. Como había sucedido antes, obedecemos a la autoridad, pero también la transgredimos. Hasta tuvimos la suficiente fuerza y la necesaria dignidad para salir a protestar contra la incuria y la injusticia de los gobiernos. Y, sobre todo, contra este gobierno incapaz y brutal que posee la Colombia de estos días. Rechazos similares, lo sabemos, se presentaron en los momentos más álgidos de las pestes antiguas y medievales. Porque como las anteriores, el coronavirus se ensañó con los sectores sociales más humildes y ha terminado por dejar a los pobres más pobres y a los ricos más ricos. Pero cuando nos pusimos a interpretar las causas y a conjeturar las consecuencias de esta pandemia, como las gentes de ayer, no hemos podido llegar a un puerto seguro. Durante la peste negra los médicos de la Universidad de París conjeturaron que la causa de esa pandemia fue la conjunción de

Saturno, Júpiter y Marte en la casa de Acuario dada un día de marzo de 1345. Las universidades del mundo de ahora no han logrado descifrar con precisión cuál es el origen del covid-19. Hemos pasado, en ese sentido, días y meses sumidos en la zozobra sin saber a quién creerle. Entonces, caído el velo de la arrogancia capitalista y su publicidad incesante, caímos de bruces en el núcleo de esa certeza que nos ha acompañado desde los tiempos más remotos: somos criaturas frágiles y perecederas. Ya lo decía Marco Aurelio, en medio de la primera de las grandes pestes que enfrentó su imperio: “Esto es todo lo que somos: un poco de carne, un breve hálito vital”.

Con todo, algo sí nos diferencia de esas poblaciones que fueron vapuleadas por la viruela, la peste bubónica, la gripa española y el sida. El covid-19 tiene un porcentaje de mortalidad mínimo. Mientras la de la peste negra, por ejemplo, ascendió al 80 % a mediados del siglo XIV, la de la actual pandemia no posee tanto vigor. ¿Por qué entonces las medidas extremas que padecemos? La respuesta tampoco la hemos encontrado todavía. Ahora bien, a diferencia de ese pasado y tantos manotazos dados en medio de la bruma, a nosotros nos han acompañado la ciencia y la tecnología. Con lo problemático que estas dos disciplinas significan, y más aún cuando intuimos a qué límites pueden llegar cuando se confabulan con los grandes poderes hegemónicos, nos hemos apoyado en ellas. Una buena parte de la población del planeta ha depositado su confianza en las vacunas y, a través de las redes sociales y las plataformas virtuales, hemos logrado mantener la comunicación.

Como miembros de una gran universidad, esta doble coyuntura nos ayudó a seguir adelante. No cesamos del todo nuestras actividades y pudimos, en medio de las anomalías y limitaciones de la pandemia, dar nuestras clases, avanzar en las investigaciones, administrar los asuntos académicos. Tratamos, igualmente, de ayudar a los estudiantes más frágiles cuyas familias fueron golpeadas duramente por el coronavirus. No me cabe la menor duda de que las autoridades de la Universidad, en medio del temor provocado por una emergencia desconocida, velaron sobre nuestra seguridad sanitaria. Y siempre celebraremos la solidaridad y la resistencia que, como comunidad, manifestamos durante el tiempo en que nuestros campus estuvieron clausurados.

Pero cómo pasar por alto los perfiles conflictivos de esa “educación” a la que tuvimos que recurrir. La relación física, base fundamental de los procesos de la enseñanza y el aprendizaje, se interrumpió del todo y caímos en el dominio absoluto de la tecnología y su imagen. Los intercambios cognitivos se vieron sometidos a una especie de tiranía de la virtualidad. Aunque parezco injusto con la idea de progreso que ofrece la ciencia y la tecnología actualmente, creo que nuestro oficio asumió los perfiles de una coyuntura fría, por momentos tediosa, despojada del calor humano. Los estudiantes se nos volvieron invisibles. Una especie de circunstancia, literalmente espectral, ondeó en las clases que ofrecimos. Como jamás lo esperé, hoy puedo decir que he tenido estudiantes a los cuales no podré reconocer en la realidad. Estudiantes a quienes no les vi los cuerpos, ni sus vestimentas, ni pude detallar sus cabellos, sus frentes, sus risas, ni apreté sus manos ni recibí el brillo inquieto de sus miradas ante los temas que tratamos. Lo que quiero decir es que, desde los tiempos de la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles, del Jardín de Epicuro y el Pórtico de los estoicos, pasando por los claustros de las universidades cristianas, musulmanas y judías y las casas madres de las comunidades indígenas y los palenques afro, hemos sido una comunidad de humanos cuya vida diaria ha girado en torno al compartir físico del conocimiento. Confieso que lo que me ha empujado a ser un constante aprendiz que enseña a los jóvenes no es tanto el interés por el saber en sí mismo —es decir, por la hipótesis y la tesis, por el concepto y su enunciación, por el fenómeno que interpretamos—, sino el sentir la cercanía del otro, de compartir con él la regocijante y liberadora aventura del conocimiento. Por lo tanto, y luego del cierre de los campus y ser arrojados al mundo virtual, concluyo que una educación, ajena a la presencia del otro, es una educación aséptica y destinada al fracaso.

Regresar a la Universidad significa salvarla de esa agonía y ese marasmo en que terminó convirtiéndose la educación. Y acaso después de esta ausencia de nuestros espacios queridos, hemos regresado con la idea de que esto no puede volvernos a suceder. Sin embargo, sabemos que cualquier cosa aciaga puede ocurrirnos como comunidad. Un nuevo flagelo, no importa de qué índole sea, puede condenarnos de nuevo al aislamiento y a la soledad. Por tal motivo, ondea en nosotros una inmensa incertidumbre. Incertidumbre que solo podemos conjurar con

la esperanza y el humor, con la fraternidad y el amor, con la disciplina y la constancia de todos los días. En esta perspectiva, considero que este habitar otra vez la Universidad debe estar impulsado y rodeado de entusiasmo.

Yo, particularmente, he vivido este regreso al campus sumergido en una emoción que quisiera compartirles. Cuando volví a la Universidad de Antioquia no me encontré con casi nadie. Los pasillos, las plazoletas, las cafeterías y los bloques estaban desprovistos de gente. Poco antes, justo luego de entrar, me había detenido en unos árboles que parecían darme la bienvenida. Eran unos tulipanes africanos que derramaban sus flores y su polen naranjado en el piso. Fue entonces cuando tuve la impresión de que nuestro campus está como expelido por estos formidables seres vegetales. Me sentí apenado, un poco mezquino, sin embargo, porque durante esta ausencia de casi dos años, no les había enviado a los árboles de la Universidad un solo recuerdo. Así y todo, el corazón me palpitaba con fuerza y la sangre en mi cuerpo se estremecía. Empujado por tal reconocimiento, caminé el campus pendiente de los inmensos laureles, de las ceibas que son como una forma de la memoria y de la protección femenina, de los cauchos amplísimos y las palmeras esbeltas. Unos versos de Neruda me llegaron a los labios: “En la fertilidad crecía el tiempo”. La Universidad, con su vegetación poderosa, me parecía exactamente eso: una fertilidad espléndida envuelta en el tiempo. Y era como si toda la luz de la ciudad, tal vez del país, quizás del planeta, estuviera concentrada en ella.

Después fueron apareciendo los animales. Una familia de titíes saltaba entre las ramas. Pequeñas iguanas, que habían nacido en medio de la pandemia, surcaban los senderos para esconderse entre los arbustos y los pedruscos. Las loras revoloteaban las altas arboledas como fulgores repentinos y escandalosos. Ellos, deduje, no habían dejado que nuestros campus fueran aplastados por la soledad y la desidia. Y me atrevo a suponer que fue esta fauna y esta vegetación la que animó, de alguna manera u otra, a los trabajadores que, poco a poco, empezaron a habitar estos espacios. Me detengo en estas consideraciones porque ellas podrían manifestar —de parte de un profesor que ama a su Universidad por considerarla no solo su alma cognitiva, sino su refugio intelectual, su trinchera artística y su atalaya social— lo importante que es nuestro

entorno para la educación. Muchas veces he agradecido a quienes diseñaron nuestros campus porque nos han hecho entender con sapiencia, y a lo largo de estos años, el papel que ocupamos nosotros, generaciones de profesores, estudiantes y empleados administrativos, frente a la vitalidad de la naturaleza.

Ese primer día, también me adentré por los corredores y subí escaleras y caminé por las terrazas. Pasé al lado de aulas y oficinas cerradas. Los bloques se veían fantasmales. Era evidente que, sin su humanidad, la arquitectura universitaria parecía envuelta en la tristeza. Pero estudiantes y profesores, desde hace un tiempo, están llegando y, dentro de poco, podremos reanudar una completa presencialidad. No quiero caer en los pensamientos opacos que me acompañaron durante los días del confinamiento. Ahora no es mi intención circundar lo sombrío, ni decir nada tortuoso. Solo quiero pensar que este rehacer la Universidad significa que estamos más vivos que antes. Más llenos de fuerza e ilusión, más capaces de enfrentar las dificultades de los tiempos nuevos.

Muchos de nosotros hemos perdido a seres queridos durante la pandemia. A los miembros de la Universidad que perecieron debemos homenajearlos y decirles a sus familias que aquí estamos. Que la vida, en los peores momentos de la historia de la humanidad, se ha empeñado en seguir. Que somos como las hormigas que, un instante después de que su morada ha sido devastada, empiezan a reconstruirla con una confianza tan admirable como inquebrantable. Pero volver a la Universidad no solo consiste en retomar las clases y a partir de nuestra presencia física establecer una comunicación educativa más plena, más vigorosa, más genuina. Significa también fortalecernos en la defensa de lo que somos: una universidad pública. Esta lucha no puede minimizarse ahora cuando el capitalismo neoliberal cree haber salido, incólume y arrogante, en esta crisis generada por él mismo. Nosotros somos, además, una universidad laica, democrática, plural. Una comunidad académica crítica frente a la idea de que el conocimiento se convierta en una mercancía más, desprovista de su impulso libertario. Eso, el ansia de consolidar en nuestra alma la libertad de pensamiento, la libertad de cátedra, la libertad de expresión, es también a lo que hemos regresado.

En este rumbo, nuestro objetivo es conservar la Universidad como un bastión de la resistencia y la dignidad intelectual. Y esta digna

resistencia, a pesar de que la violencia política se ha ensañado contra nosotros, debe ser pacífica. Nuestro combate seguirá siendo, desde la ciencia y las humanidades, desde el deporte y las artes, por la adquisición de un tipo de saber en que prevalezcan la tolerancia y el respeto hacia los otros. Debemos mantener en pie esta casa donde el debate, ajeno a los ultrajes y a las sandeces que pululan en las redes sociales, se establezca como consigna. Nuestra lucha, en definitiva, es porque este ámbito utópico que es nuestra Universidad —utopía donde todas las expresiones del conocimiento se abracen y se confronten— siga adelante. Por esta razón, ahora que regresamos a la Universidad, debemos preservarla de las energúmenas y las infatuadas, de los vulgares y los violentos. Nuestra responsabilidad ética, por un lado, es decirles no a los grupos armados. Decir que aquí abominamos de las armas. Manifestar que lo nuestro ha sido, desde los años más desalmados de nuestra historia académica, la bandera de la paz y jamás el estropicio de la guerra. Y, por otro lado, expresar nuestra solidaridad incondicional con quienes creen en la adquisición del conocimiento como un medio para superar las limitaciones personales y proyectarse hacia la construcción de una sociedad más justa, más inteligente, más capaz de superar las adversidades.



Aladino¹

Sandra Castrillón Castrillón
Profesora

Es se nombre tuyo no lo memoricé de inmediato. Tuviste que repetirlo varias veces, la noche de la fogata en el Aeropuerto cuando el vino iba y venía y alguien te presentó con toda tu inaudita ausencia que te hacía brillar de anonimato. En ese bosque de luces y humo, alcancé a distinguir tu figura de espadachín con ese cielo de fondo, transparente y unívoco.

—¿Bayron o Byron?

—Byron —volviste a decir, y sonreíste.

Tú sonreías, como amable, como a tu pesar, cuando eras ese chico adusto de camisetas pintadas a mano y pantalones con cargaderas que nadie más usaba, como tampoco usaban tu sombrero y las botas de Aladino que yo sentía en el concreto de Artes donde era tan incómodo y tan espléndido tener sexo. Rugoso era el concreto y rugoso el cuero que envolvía tus pasos menudos y pausados, sin prisa, que no llegaban puntual ni tarde.

Nunca tuvimos sexo en una cama, siempre fue en la Universidad, en la tierra, en el cemento, en las lisas o rugosas paredes, en elevados marcos de ventanas donde la cúspide de los árboles servía a cierto límite para mirar, para respirar, para entrever que todavía la tierra acechaba allá abajo, aunque el cielo fuera tan posible de aprehender. Porque nunca salimos a caminar la ciudad o fuimos de visita a un pueblo. Nunca hablamos pegados al teléfono hasta el amanecer, ni nos dedicamos una estrofa de Portishead o nos recitamos algún trozo de Pizarnik, a la que musitabas. La única vez que quedamos de vernos, en el bar del centro,

¹ Publicado en la *Agenda Cultural Alma Máter* 293, pp. 32-34, diciembre de 2021.

yo no fui y tú te encontraste con aquella bala que perforó tus pulmones y luego tu corazón.

No logro recordar la razón por la que no fui a aquella noche a La Arteria, una noche de viernes en las que solía pararme de la acera del bar, aturdida de palabras y de humo. No fui, y alguien se encontró contigo para dispararte a traición en una fría calle del centro. A galope volaron de tu morral cientos de panfletos donde se convocaba a una rebelión universitaria. Las figuras pintadas en aquellos volantes tenían el sello de los rostros de los seres grises y mustios que tan obstinadamente repetías en tus bocetos. Tú, que eras el hombre de las injurias en el papel, de los aerosoles vociferando en las paredes, debiste haber gritado antes de caer y creo que aquel fue tu último grito, no para dolerte de ese proyectil que detuvo el tranquilo latir de tu corazón, sino para dejar constancia de que objetabas cualquier cuadrícula donde pretendieran inscribirte. Tú, que no sabías hablar en voz alta, pero desconocías el asentimiento; tú, que odiabas correr o leer de prisa y que no gustabas de las estancias permanentes en un solo lugar; tú, que aspirabas el aire como si corroboraras algún presagio venido del poniente, esa noche tampoco supiste correr y caíste lentamente, como una de esas plumas con las que escribías después del vino y la brocha.

Nunca te vi desnudo por completo. Siempre fue ese rozamiento de camisas y pantalones y el suspenso infinito de que iban a pillarnos. Nos pillaron una vez. Ese celador amable que nos dijo: “niños, aquí no, pórtese bien, váyanse a casa”. Fue en el Bloque 1, el de Biología, el que olía permanentemente a formol y acetato, a una planta carnosa que entreveía constantemente el aire a la espera de tragárselo.

Hoy he soñado contigo.

Tu rostro aparece sin esfuerzo en mi elaboración onírica, un chico del Sahara, nacido allí, imaginado allí y si hay posibilidad de cielo, allí debes caminar gustoso del polvo que levantan tus zapatos de Aladino. Porque tu cara era morena, una tez oscura aferrada a los huesos como una máscara de buena adhesión, sobresalientes aquellos pómulos, generosos los labios que se cerraban tercios en un silencio que nunca me interesó descifrar. Siempre supe lo que queríamos, me gustaban esas sombras que se insinuaban en conspiración con la casualidad, deambulantes y reacias a un calendario que no fuera el azar. Yo sabía que

quería tu asalto a medio camino, una frase entrecortada que me era tan suficiente, en medio de esa incapacidad de largas conversaciones que me agobiaban. Quería lo que tú: el más delicioso de los silencios para manosear la noche y tu cuerpo y tú querías esos encuentros sin nombre, sin horas, donde al pasar me rozabas un dedo y yo asentía, sí, al Aeropuerto, sí, al Teatro al Aire Libre, sí, al aula de piano donde ese ángulo de las paredes ofrecía lienzos tan perfectos para un apareamiento diestro y extremo.

Soñé contigo.

Te busqué en ese salón de danza que cruza el Teatro de extremo a extremo, desde arriba, desde donde uno imagina que saldrá el fantasma de la ópera. Te busqué en aquel salón, medio oculto, abillantado de espejos que multiplicaban la imagen como una distorsión pasajera de la percepción. Iba decidida a interrumpir una clase, tu clase. ¿Qué me impulsaba a abandonar mi papel de Maga, aquella que te veía solo cuando lo fortuito así lo disponía? Mis pasos, uno delante de otro, hacían un video a toda marcha, en mi lentitud confusa de soñante. Como era mi sueño, no me coincidían mis maneras actuales a esas maneras de sortilegio de primíparos universitarios.

Entré al salón y te divisé de inmediato, sentado en esa posición en la que de manera ineludible te debiste sentar en alguna clase teórica, porque siempre estabas medio colocado en la butaca que daba al lienzo, imaginando ese universo que salía oloroso a acrílico, a óleo pegajoso y dúctil. A veces de pie, incapaz de contener la paciencia frente a esos espíritus que se escapaban de tus manos y de tus ojos. Sé que te figurabas ser Dalí y en un lienzo borrascoso que pintaste para mí se distorsionaban tus ojos, volcados a un llameante abismo.

Entré al salón y te divisé de inmediato, los mismos años para ti, el mismo chaleco de mago o timador, las botas en aquellos pies reacios a las grandes zancadas.

Y me viste, en mi sueño, me miraste, te pusiste de pie sorprendido.

Nos vimos cara a cara y no me costó ningún trabajo reconocer tus brazos largos y tus dedos de pirata legendario, tus manos que olían siempre a trementina, a óleo disgregado en las uñas. Yo olía aquellos dedos con una obsesión que interrogabas con tus ojos, tu cara fruncida, tan falto de palabras, pero no me quitabas tus manos hasta que me cansaba de perseguir ese rastro y solo quedaba tu piel al carboncillo.

Llegaste hasta mí, en ese sueño en el que teníamos al Camilo Torres a las espaldas, encarándome, sin ningún esfuerzo, en ese silencio imperante, como si preguntaras a qué se debía esa interrupción de tu lejanía, a qué se debía esa búsqueda desde años y años de segundos. A qué se debía que llegara yo allí, de puntillas, a disipar ese reflejo de un mundo de movimientos imperceptibles, de indeterminismo, de paredes imaginadas que cambiaban de lugar apenas un personaje se movía. Por qué había ido yo a parar a esa dimensión onírica, suelta de vigilancia yoica y entregada a un eterno anhelo inconsciente.

Tú de pie, la tinta fresca en el grosor del pincel, todavía no trazada la circunferencia o el dintel debajo del cual habría de aparecer tu personaje. Desdibujadas las referencias que hubieran podido darle consistencia a una mesa, al lienzo, al caballete, perdidas las líneas del tiempo y la mudez deshaciéndose en sílabas inaudibles donde de seguro no me privé de vocalizar la confusa alegría que me daba verte, hablando y hablando, como si aquello produjera un sentido, en esa atmósfera donde lo que se decía se desdoblaba como los relojes del extasiado marqués.

Las luces dudaron un instante, volvieron a encenderse para volver a apagarse y el escenario fue desencajándose como una yuxtaposición de varios planos, hasta que el entremezclar de aquellas cartas borroneó tu imagen de pintor interrumpido que se pregunta quién ha movido la hojarasca y convocado semejante tempestad. Alcancé a ver una vez más tus dedos manchados de un acrílico indefinido; las yemas de los dedos habían ayudado a sombrear el lienzo y no habías logrado borrar la mancha de color. Tu muñeca y tu mano suelta, desperdigadas en ese mutismo de movimiento y de quietud, se deshicieron y salí del salón hacia esa neutralidad gris que el despertar suele anteponer para que el regreso acople la pupila.

Sin despedirme, sin más roce que el titubeo, crucé esa línea de regreso, todavía alucinándote.



Campus¹

Gloria Posada
Egresada

A la Universidad de Antioquia

Cuántos caminos
conducen a la voz de los maestros
a la entrada con jardines y árboles

En las aulas
los pupitres reciben huellas
la grafía de un nombre
una fecha
dibujos donde reposan
las manos y el tiempo

La juventud es renovada
Alumnos llegan
otros se van

Y el campus
entre siglos
con edificios de ladrillo y piedra
flores que iluminan los días
palabras de aliento y música
bibliotecas donde confluyen personas
espacios de saberes
memorias de ciudad
(8/06/2023)

.....
¹ Escrito por la autora para esta compilación.

Florece la Universidad de Antioquia¹

Carlos Castro Saavedra
Egresado Liceo Antioqueño

Me gusta ver la tierra dando la luz, abriéndose como un inmenso vientre, para que nazcan los maizales con sus barbas de oro, las flores, los árboles, los pueblos, las esperanzas de los mismos y sus densos follajes humanos. El gran fundamento es la tierra, el gran testimonio de autenticidad, de legitimidad y de belleza. Separarse de la arcilla materna, en la hora de la creación, es tanto como construir en el aire, perder el sentido de la estabilidad y el equilibrio, y aun traicionar la índole y los sueños de una comunidad humana, de una raza, de una nación entera.

Lo anterior para referirme a la Universidad de Antioquia que empieza a florecer física y espiritualmente, una vez más, y que ya cuenta con grandes pétalos de piedra, de cemento, de barro y de madera —sobrios y sencillos todos— bajo cuya sombra la juventud empieza a estudiar y a aprender, a descubrirse a sí misma y a la vez a descubrir a la patria, la cual permanece inédita todavía, en muchos sentidos, y en espera de que las nuevas generaciones la posean para dar la totalidad de sus frutos y entregar sus cascadas de leche y sus ríos de miel.

La Ciudad Universitaria que se está construyendo en la capital de Antioquia permite, por muchos conceptos, depositar en ella muchas esperanzas. La forma como ha sido concebida por los arquitectos y en general por los promotores de esta empresa, que empieza a tener un rostro inconfundible y palpitaciones aglutinantes, ofrece la oportunidad de ver un conjunto arquitectónico que se confunde espontánea y naturalmente con el paisaje circundante, que no es extraño a la naturaleza de los cerros y los montes que rodean el valle, ni a la greda de los suburbios que se divisan a lo lejos ni al aire que se respira bajo el cielo de Medellín, casi siempre azul e insobornable.

.....
¹ *El Tiempo*, 13 de marzo de 1968, p. 5.

En esta Ciudad Universitaria, cerca ya de su plenitud física, no hay lujo innecesario, no hay vanidad, no hay ostentación, no hay un solo motivo para establecer contrastes dolorosos entre un país de escasos recursos económicos como el nuestro, y la arrogancia provinciana que todos conocemos y lamentamos. Arrogancia que Colombia tiene que superar, si de verdad aspira a ser auténtica y a transformarse integralmente, sin perder sus raíces campesinas y sus olores forestales, de carboneros y guayacanes florecidos.

La Ciudad Universitaria se está haciendo con piedras que nuestros muertos y nuestras lluvias han amasado en la sombra, con cascajo de la misma familia de esas piedras, con barro del que todos estamos hechos y con maderas propias, donadas por la parentela de nuestros pinos y pulidas honrada y sencillamente por nuestros carpinteros. Los grandes y los pequeños realizadores de esta obra han puesto en ella devoción, sangre de su sangre y espíritu de solidaridad y sacrificio. Esta ciudad avanza con ritmo y sus valores estéticos son los mismos del hombre que entiende la vida descomplicada, sobria y poéticamente. Los techos rojos, nuevos, frescos, donde las tejas agrupan su vocación de alas protectoras, proyectan sombras anchas sobre los estudiantes y los libros, sobre los corredores y los girasoles que empiezan a crecer allí, en el aire, y a prometer la conquista de una Universidad llena de luz y de puertas abiertas para toda la juventud.

A mí me ha conmovido este esfuerzo de la arquitectura y de la inteligencia que buscan a Antioquia y a Colombia entera, a través de una Universidad que de verdad lo sea no solo en el aspecto material —tan auténtico como el descrito—, sino también en cuanto hace relación a los valores esenciales, los cuales han sido hasta ahora, en todo el país, algo que no satisface plenamente, poco menos que una frustración, porque la Universidad —hay que decirlo con franqueza— no ha contado entre sus arterias y sus venas con el torrente circulatorio de la nación, no ha reflejado la imagen de la patria en forma entrañable e integral, no ha sentido crecer entre su vientre —estrecho todavía— los ríos del país, sus bosques, sus leñadores, sus orquídeas, sus tempestades, sus poetas y sus artistas en general, sus estrellas errantes y solitarias, sus amarguras y sus júbilos, sus contradicciones y sus desenlaces, sus metales y sus muchedumbres en formación, y muchas cosas más, olvidadas y tristes,

para formar con todos estos signos, tras de un amoroso y congregante esfuerzo maternal, el verdadero rostro de Colombia.

La niñez y la juventud necesitan un ambiente propicio para crecer y superarse, porque de lo contrario cualquier tentativa de transformación sería solo un sueño y un fracaso.

Soñamos con una Universidad que de verdad sea universal, que recoja todas las vibraciones de la patria y las convierta en anticipos luminosos del porvenir. Con una Universidad que nos arraigue aún más en nuestra propia tierra y a la vez nos incorpore a las grandes corrientes del mundo y establezca alianzas perdurables entre el hombre y las estrellas, entre el hombre y toda la música del universo.

Fuera de las virtudes con que ya cuenta la Ciudad Universitaria que se construye en Medellín, para Antioquia y para toda Colombia —virtudes arquitectónicas en consonancia con nuestros recursos económicos, nuestro espíritu campesino y nuestras realidades geográficas y telúricas—, hay además hechos que permiten pensar en que de verdad se busca una vinculación entrañable de la actividad artística a la Universidad misma: el pintor Pedro Nel Gómez y el escritor Rodrigo Arenas Betancourt ya cuentan con amplios y visibles espacios dentro de esta obra, para realizarse, cada uno en su campo, y embellecer y ennoblecer el ámbito de la Ciudad Universitaria. El primero trabaja en un mural que, como todos los suyos, seguramente será bello y representativo de su pueblo y las luchas heroicas del mismo. Y el segundo, Arenas Betancourt, ha concebido un monumento de agua, concreto y bronce, que simboliza las hazañas de la juventud y de la inteligencia, en trance de crear y crecer vegetalmente —como una flor gigantesca— hasta tocar el cielo con sus pétalos y la tierra más honda con sus profundas raíces.

Personalmente deposito mi fe en esta Ciudad Universitaria y sueño con que llegue a ser grande en todos los sentidos, libre, democrática, ajena al fanatismo, al personalismo y a la política menor: la que hacen los espíritus lugareños, las gentes que no tienen imaginación e ignoran lo que significa la grandeza. Sueño, finalmente, con que esta Universidad, una vez concluida, una vez en marcha, llene de música a Colombia y con sus pasos ayude a despertar las madrugadas que duermen bajo la tierra.
Medellín, marzo de 1968



Dos obras emblemáticas de la Ciudad Universitaria

Pedro Agudelo Rendón
Profesor

El hombre creador de energía, 1968¹

El hombre habita el espacio mientras se estira al infinito. Flexiona su pierna en el esfuerzo inútil de romper el tiempo. Su torso elevado, de pecho erguido, enciende la llama de un dolor que no alcanza a descubrir su vientre. El arco de su mano diestra y la curvatura de su pierna siniestra le dicen adiós a esta tierra. Su cuerpo es un compás que gira sobre su propio eje.

A sus espaldas, la mujer asciende en su forma infinita. Clava su mirada en la oquedad del firmamento. Su cuerpo se eleva como una flor en el paraíso, con sus cabellos rebeldes navegando con los detritos del viento. Sus pies enlazados en el terror del tiempo abren el camino de un salto que fractura la línea recta.

Él y ella se miran en el movimiento simétrico de sus manos. Los pies de él se clavan en el aire y los de ella adquieren la forma de un trompo que danza al ritmo del universo. Su pecho estira las carnes y deja a la vista las costillas; su pecho, grácil, esconde los huesos mientras sus senos sienten el temblor del agua fría.

Ya no hay tiempo, ya no hay espacio ni hay curvas que soporten tanto movimiento. El infinito telón azul baña sus cuerpos con la brisa veraniega. Abajo, una flor crece. Recibe en su vientre la luz perpetua del medio día y el abrazo oscuro de la noche eterna. Los pétalos sinuosos de la orquídea se balancean con el agua y el viento. Una luna

.....
¹ Escrito para la presente compilación, inspirado en *El hombre creador de energía* (1968), escultura de Rodrigo Arenas Betancourt emplazada en la fuente de la Ciudad Universitaria, y que se ha convertido en una de las imágenes más emblemáticas de la Universidad de Antioquia.

ve su rostro en el espejo de agua. La lluvia se quiebra en mil pedazos cuando lo golpea; hace agujeros de fantasía, horada el espacio como si fuera una rotonda que busca su centro. No hay nieve, pero hay viento: copos de lluvia ardiendo en los rostros manchados por la garúa.

Un hombre y una mujer alzan vuelo para alcanzar con su luz la luz de las estrellas.

El hombre brota de la soledad sin tiempo, la mujer surge de la estación de las estrellas.

El creador de energía, eterno y fugaz, nos deja desnudos ante la fragilidad de nuestros sueños.



***Prometeo-Cristo cayendo, 1968*²**

Un sol se clavó en su pecho. Desde entonces, la melancolía lo habitó como una casa vieja. Ya no hay espacio que no pueda morar sin la luz eterna de las estrellas. El dolor se lo tragó por dentro, la tristeza se lo comió por fuera. Se quedó sin ojos, pues un rayo de luz se instaló en su frente. Sus pies le sirven para nadar o volar, y cuando desciende, se convierten en una flecha que solo desea caer. Sus manos son las agujas de una brújula eterna: perdido como está, nadie puede encontrar su corazón de piedra.

Está clavado en un madero de hierro, suspendido en el balanceo del mediodía, cuando la luz le renueva sus fuerzas. Alguien lo confundió con un bailarín que se lanza por los aires, pero solo intenta regresar al cielo del que se escapó cuando encontró el fuego.

Como robó la luz de las estrellas, el ímpetu del astro rey arde en sus manos. Así empezó a caer. Ya no era dios, ya no era humano. Era el despojo de un hombre condenado, las ruinas de un hombre solo, la miseria de un alma que se deja llevar por el viento mientras la tristeza le muerde los ojos.

² Escrito para la presente compilación, inspirado en *Prometeo-Cristo cayendo* (1968), escultura de Rodrigo Arenas Betancourt, emplazada en el centro del Bloque Administrativo (16) de la Universidad de Antioquia, que se ha convertido en otra de las imágenes emblemáticas de nuestra Alma Mater.

Palabras que brotan del Alma

En él, todo es una caída perpetua. Al mirarlo, con la compasión con que se mira a quien está muriendo, nos parece ver un alma que asciende al cielo. Pero es la ilusión inútil de un cuerpo que se resiste.

La flecha siempre mira hacia abajo, queriéndose enterrar en el suelo. Él la impugna con su cuerpo de acero. Él la contiene con el flanco de sus costillas abiertas. Él la soporta en su hombro mientras se lanza en un mar de viento. Entonces cae, cae hasta el infinito, pero el infinito no se acaba.

No puede sonreír porque no tiene boca, no puede llorar porque no tiene ojos. Solo puede sentir porque su corazón tiene el color de las estrellas. Por eso la vida y la muerte se encuentran en su pecho para celebrar la tristeza y el júbilo.

Lo abraza el sueño y lo cobija la pesadilla. La caída no cesa, tampoco la melancolía.

Al pasar por su lado, vemos a un pequeño dios descender al infierno. Entonces, buscamos nuestros ojos y nuestra boca y, al no encontrarlos, empezamos a caer con él a ese lugar que no tiene nombre.



Ideas



La Universidad de Antioquia¹

Héctor Abad Gómez
Estudiante

Señor Gobernador, señores periodistas, profesores e industriales: Se ha discutido mucho en los últimos tiempos el papel que debe llenar la Universidad como orientadora de la sociedad en la nación. Es un hecho evidente que el espíritu actual de los estudiantes de la Universidad de Antioquia se está encauzando por derroteros firmes y definidos. Es decir, se nota en el ambiente estudiantil, el afán colombiano de progreso y mejoramiento, el anhelo de ayudar a resolver los problemas del país, un espíritu menos egoísta y personal, más patriótico y de miras más ambiciosas y grandes. Esta es la razón para que yo, como representante de los estudiantes en el Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia, tome ahora la palabra en esta sesión, para tratar de exponer ante tan distinguidos representantes del periodismo, la industria, el gobierno, la política y la sociedad en general, y lo más brevemente que me sea posible, el pensamiento que la juventud universitaria tiene acerca de los problemas higiénicos de Colombia. No quiero desaprovechar esta ocasión para exponer con claridad y franqueza nuestras ideas al respecto. Creo que interesará por igual al periodista y al industrial, al gobernante y al político la creencia que tenemos de que aquí en nuestro departamento, tal vez el más adelantado en todo sentido en el país, el problema sanitario es el más grave que tenemos. Las cifras de mortalidad por causas evitables alcanzan una suma aterradora, los hospitales son absolutamente insuficientes y mal dotados, el factor humano, en fin, es el más descuidado y el más abandonado por las clases dirigentes

.....
¹ S.f. [194?, de la época en que Héctor Abad Gómez era estudiante de Medicina]. Discurso inédito. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz. Archivos personales, piso 4. HAC/41, doc. 5, f. 16-17.

del departamento. A ustedes les convendrá saber que, en Medellín, Antioquia, por ejemplo, de 23 937 reacciones para sífilis, 5334 han resultado positivas. Un porcentaje de 22 % positivas.

Ustedes deben saber que seis o siete tuberculosos resultan nuevos diariamente, según diagnósticos solo del Dispensario Antituberculoso, y que apenas si seis o siete, mensualmente, es posible hospitalizar. Queremos que ustedes sepan que cincuenta enfermos diariamente tienen que ser rechazados en un estado de miseria absoluta porque no hay cupo para ellos en el Hospital San Vicente de Paúl. Alguien les tiene que decir a ustedes que, en el Manicomio Departamental, en los salones dormitorios, entre cama y cama no hay suficiente espacio para colocar una mano extendida, y que así, hacinados, tienen que vivir mucho más de un millar de locos, en el estado más lamentable.

Ustedes tienen que saber que en Antioquia, solamente, más de quince mil niños mueren anualmente por mala alimentación y falta de higiene. Y el acueducto de Medellín, la ciudad industrial y más rica de Colombia, reparte a los barrios pobres bacilos de la fiebre tifoidea, que diariamente mata en nuestros hospitales, hombres y mujeres y niños, y que hace poco se nos llevó uno de los mejores estudiantes de Medicina que ha pasado por la Facultad.

Es una vergüenza que todavía haya epidemias de esta enfermedad de gran mortalidad, pero que es perfectamente evitable, en una ciudad civilizada con veintidós millones de presupuesto. Y el problema del alcoholismo con que el Estado entretiene y degenera al pueblo, con la disculpa de que de la venta de este producto y de sus ganancias el protector Estado colombiano sostiene las cárceles y auxilia los institutos profilácticos y mantiene los manicomios y protege los hospitales y sostiene asilos de degenerados y crea escuelas de heredo-sifilíticos.

¿Y qué diremos de la comisión de especialidades farmacéuticas que permite que el pueblo se recete por remedios leídos en los periódicos u oídos por la radio, con un costo exorbitante de efectos nulos, o que no hacen sino agravar o prolongar una enfermedad que al principio fue curable?

Ustedes me dirán qué relación tiene todo esto con esta citación que la Universidad les hace, para contarles sus problemas. Inclusive podrían decirme que qué culpa tienen ustedes de todo esto. Pues bien, voy a

explicarles. Esta citación la ha hecho toda la Universidad, es decir su rector, los profesores, los estudiantes. Simplemente, he querido contar a ustedes las preocupaciones que hoy tiene el conglomerado estudiantil. Quiero exponerles, además, que todas estas necesidades no remediadas, todas estas injusticias evidentes están creando dentro de la juventud universitaria un sentimiento cada vez más creciente de rebeldía contra los actuales sistemas políticos y sociales, quiero decir, que está en peligro nuestra actual estructura democrática, si ustedes, los dirigentes, los políticos, los industriales no son capaces de demostrarle al país que con los métodos actuales y con el actual sistema de vida y de gobierno es posible remediar este estado de cosas para que podamos decir nosotros al pueblo, sin engañarlo, si será posible alimentarlo mejor, educarlo mejor, aliviar sus enfermedades y proteger a sus hijos.

Cien mil niños menores de un año mueren en el país anualmente y la sífilis y la tuberculosis y la lepra y el paludismo y el tifo crecen silenciosamente en Colombia como gigantesca mancha de aceite. Y la historia de la familia campesina con todos sus componentes atestados de parásitos intestinales y consumidos de anemia tropical, es otra historia triste que no hay ni para qué contarles a ustedes.

He aquí lo que yo quiero, en representación de los estudiantes, proponerles: Que piensen y mediten sobre el grave problema que representa la salud del pueblo colombiano. Que hagan un examen de conciencia riguroso y se pregunten qué parte de culpa pueden tener ustedes como orientadores de la opinión, como dueños de la riqueza, como directores de la cosa pública. Que mediten en el papel que la Universidad puede desempeñar en este grave problema nacional, como formadora de higienistas, como orientadora de una opinión patriótica y desinteresada, como formadora y plasmadora de futuros dirigentes que puedan resolver, siquiera en parte, con técnica y conocimientos, todos los problemas sociales, políticos, sanitarios y económicos del país.

Queremos ponerles de presente que en el estado actual de la Universidad, reducida y pobre, no se puede hacer ninguna obra que redunde en progreso del país. Para que así con la ayuda de todos ustedes, con su desinterés y su patriotismo, podamos lograr el ambicioso ideal de una Universidad grande y fecunda.



Vida universitaria. Apertura de estudios¹

Ricardo Uribe Escobar
Rector

Palabras del rector de la Universidad Dr. Ricardo Uribe Escobar

Inauguramos hoy el trabajo de 1941 en la Universidad de Antioquia. A todos los que van a compartir la tarea y el esfuerzo, maestros y discípulos, en este Instituto, colmado ya de historia y de prestigio, les presento mi afectuoso saludo de amigo y consejero.

Los directores de este plantel deseamos que los estudiantes sientan en todo momento el orgullo de pertenecer a la Universidad de Antioquia y que tengan presente a toda hora, lo mismo aquí dentro que en la calle, el honor de hallarse estudiando en el Colegio más importante del departamento, donde se han formado tantos hombres ilustres que le han dado gloria a la raza, honra y fama a nuestra querida Antioquia y le han servido a la República en todos los campos como buenos patriotas.

Este honor de llamarse universitarios trae consigo muy serios deberes, principalmente el de ser leales a la Universidad, que es tanto como decir que deben amarla y respetarla, para aumentarle su prestigio, pues con la honra de todos se amasa la honra de la comunidad y con el triunfo de cada uno de ustedes se enorgullece y enaltece la propia Universidad.

La misma lealtad obliga a corresponder debidamente el esfuerzo que hace el Estado para brindarles enseñanza eficiente, sin exigirles mayores sacrificios económicos, cumpliendo así una obra admirable de democratización de la cultura, que pone al alcance de todos la oportunidad de ilustrarse y educarse para ser más útiles a la sociedad y a sus familias.

La mejor manera de corresponder a este servicio del Estado es aprovechar bien el tiempo cooperando con interés y afecto, en la penosa

.....
¹ 1941. *Revista Universidad de Antioquia* 44, pp. 687-689.

tarea de los profesores, a quienes deben mirar ustedes como amigos, amigos mayores dignos de respeto y consideración, ya que ellos no tienen otro ideal que transmitirles a ustedes sus conocimientos y contribuir a la formación de su personalidad.

Los que han estado ya en el Liceo en años anteriores están enterados de que los estudios se hacen aquí seriamente, tal vez severamente. No queremos hacer bachilleres de paja ni de cartón pintado. Queremos seguir mereciendo el mejor concepto de la Inspección Nacional de Educación y así como seleccionamos año por año el profesorado, ustedes mismos se encargarán de seleccionarse por el estudio y el comportamiento, hasta alcanzar la primera etapa, para poder entrar por ancha puerta y con todo honor a las carreras profesionales.

El triunfo a quien lo gane. Aquí no valen influencias, ni recomendaciones, ni intrigas de orden político o religioso. Aquí triunfa el que puede y el que quiere. El que tiene capacidades mentales y el que se esfuerza por aguzar su inteligencia.

Esto quiere decir que de ustedes mismos depende el buen o el mal éxito. Queremos continuar el sistema de respetar la personalidad de los alumnos y de mantener vivo el sentimiento de la propia responsabilidad. El maestro da orientaciones y explicaciones, muestra las fuentes del conocimiento, señala el método de aprendizaje y con el consejo y el ejemplo enseña el comportamiento, las buenas maneras, la corrección y la decencia. Pero nada de esto se hace a la fuerza. El propio discernimiento y la propia estimación deben hacer lo demás. El maestro modela solamente, pero el estudiante debe ser su propio escultor. Que aprenda él mismo a no desmayar en el esfuerzo, a vencer el obstáculo, a ser benévolo con los compañeros y superiores, a ser tolerante, alegre y optimista, leal con los amigos y con la propia conciencia, a ser hidalgo y generoso, cortés y correcto en las maneras, a ser un caballero. Así se labra la personalidad, que debe ser cosa propia, libre, individual, autónoma y no ficha sin nombre, ni unidad de rebaño, ni parte del montón. Rechazamos el concepto gregario de masa, que nivela por lo bajo y que suscita ideas de dominación y esclavitud, y preferimos el concepto luminoso de libertad, de individualidad, de propia determinación, cualidades supremas del hombre, raíz de la democracia y flor de los pueblos dignos.

Y aquí debo manifestar mi complacencia por el comportamiento ejemplar de los universitarios en el año pasado. Pocas veces, en épocas

Ideas

anteriores, habían brillado, con tanto lucimiento, en estos claustros, el espíritu de compañerismo, el buen entendimiento entre alumnos y superiores, el interés por el estudio, el amor a la Universidad, el gusto por la disciplina y el trabajo ordenado. Es justicia reconocer que todo esto fue debido a ustedes. Pues nosotros no hemos tratado de violentarlos ni de imponerles esas normas, que ustedes mismos han considerado necesarias para provecho personal y para honra de esta casa que no es sino de ustedes.

En nombre del Consejo Directivo y de los maestros y superiores presento mis parabienes y felicitaciones a los estudiantes por ese comportamiento admirable del año pasado y a los que empiezan este año les doy la bienvenida muy cordial, con la promesa de que aquí tienen leales compañeros y buenos camaradas, entre los viejos estudiantes, lo mismo que entre directores y profesores.

Bajo estos signos venturosos de lealtad, de compañerismo, de amor por la Universidad y la libertad con responsabilidad, iniciamos el trabajo de este año, que les deseo muy fecundo y feliz.

Febrero de 1941



La Universidad y la patria¹

Gonzalo Restrepo Jaramillo
profesor

Pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia en su primer centenario

Nada mejor para enaltecer en esta fecha centenaria de las glorias de la Universidad de Antioquia, que exponer algunas ideas sobre el papel que en la formación de la República le corresponde desempeñar a nuestra Alma Mater. Representantes como soy en este acto de una escuela de Jurisprudencia, debo recordar que no solo en el teodolito de los ingenieros y en las maquinarias de los industriales pone Colombia los fundamentos de su vida futura. Nuestra patria pide a los enérgicos hijos de su escuela técnica las conquistas de la naturaleza, y espera, en cambio, de nuestros estudios académicos, la solución de sus problemas sociales, el mejoramiento de sus obreros y el imperio cada vez más eficaz de la justicia. No olvidemos que la libertad abrió los ojos envuelta como en glorificantes pañales en la toga de Camilo Torres.

La Universidad cava sus raíces en el pasado de la República para que prendido a la roca de tradiciones excelsas, se abra a la caricia de vientos renovadores el árbol del porvenir. Los grandes sucesos políticos no son productos de exaltaciones pasajeras, ni torbellinos que desata sobre los pueblos la voluntad de un hombre. El héroe providencial surge para la siega de las mieses maduras; pero antes de que pueda tender sobre los campos su guadaña de gloriosas acciones, es preciso que innumerables

.....
¹ 1948, junio. *Letras Universitarias* 8, pp. 20-21. [El texto fue publicado con la viñeta de "Una página olvidada". El discurso seguramente fue pronunciado en el salón Paraninfo, en algún evento de la segunda semana de octubre de 1922 (8 al 14), cuando se celebró el primer centenario de la Universidad de Antioquia, en conmemoración de la creación del Colegio de Antioquia, en 1822. Posteriormente se ha reconocido al franciscano Fray Rafael de la Serna como el fundador de la Universidad, en 1803].

y desconocidos sembradores hayan hecho cuajar sobre las eras el manto de los trigos.

Por eso, antes que los ejércitos libertadores glorificaran la América Latina con la victoria, la ennoblecieron con la sangre y la purificaron con el fuego, una recogida falange de pensadores fue preparando en la conciencia de los pueblos el advenimiento de la libertad. Las aulas beneméritas del Rosario y de San Bartolomé fueron destinos de los admirables patriotas, maravillosos semilleros de Historia donde al amparo de las ciencias celebraron sus nupcias el Virreinato y la República. Salieron de sus claustros ya para sus próceres que orlaron la infancia de Colombia con aureola de sabiduría y heroísmo. Porque las disciplinas doctorales han nutrido en medio de la servidumbre una generación de almas libres, pudo lucir al cielo de la patria su “Constelación de Cíclopes” cuando al conjuro de los tiempos se rompió contra el laurel de América el cetro de los reyes. La Universidad había dado luz a la libertad.

Porque el alma batalladora y pensativa de los pueblos, el espíritu de acción que arrastra las multitudes y fabrica la historia nace al abrigo de estos hogares del pensamiento, donde la íntima comunión del maestro con el discípulo es el puente que comunica las grandezas que han sido con las grandezas que serán. La estructura de la nueva Colombia no puede surgir del laboratorio de la escuela primaria sino cuando el soplo de las universidades haya renovado esa escuela, porque los pueblos, como las batallas, se dirigen desde las cumbres.

He aquí que la Universidad tiene una misión mucho más alta que la de abrir a los horizontes de la ciencia los ojos del espíritu.

Cuando ha encendido en el alma de sus alumnos el deseo de saber; cuando les enseña a buscar entre los cadáveres del anfiteatro el misterio de la vida; a perseguir con la pupila del microscopio el universo de lo infinitamente diminuto o a medir en el espacio las trayectorias de mundos colosales; cuando pide a las palabras de la filosofía la razón suprema de las cosas; cuando pone en las manos del ingeniero las riendas de las fuerzas naturales o las llaves de las entrañas de la tierra; cuando muestra la constitución íntima de la sociedad y hace brillar sobre las páginas del código el sol de la justicia, no ha cumplido por eso su verdadera misión, si no ha sabido formar ciudades al mismo tiempo que educa sabios, y si con la mano que moldea directores de empresa, no sabe también moldear los directores de la República.

La misión suprema de estos lares es consolidar con el vínculo indisoluble de la misma fe y de los mismos ideales la unión nacional. Las miradas de Colombia se fijan maternalmente en sus universidades, y todo grito que en ellas suena se dilata como una onda hertziana por las amplitudes de la tierra. A los hombres que de este salón de grados salen a la lucha los unge la democracia con la confianza de sus votos, pero les pide en cambio, con pleno derecho, la obligación del sacrificio. La Universidad es templo donde reza la República, yunque donde golpean sus martillos, faro que ilumina sus rutas, pecho que amamanta sus próceres. A quien en ella nos cabe el honor altísimo de ser maestros, nos corresponde el deber de tener siempre el porvenir de la patria ante nuestros ojos, de adaptar la ciencia a sus necesidades y de consagrar esfuerzos al engrandecimiento de sus escudos. Al pie de nuestra cátedra se forman irremediamente los conductores de este pueblo, y el impulso recto o tortuoso que damos a las fuerzas jóvenes está destinado a prolongarse ineludiblemente en el futuro. Feliz el maestro cuya obra se traduzca en el curso de los años y más allá de la tumba en frutos de redención por Colombia. Porque pasan los conocimientos individuales como la caravana por el desierto, pero perdura la enseñanza como la cisterna en el oasis.

Pero si la educación universitaria ha de crear el carácter de los futuros conductores sobre un patrón de la verdadera dignidad, no olvidemos que en el pináculo de esta obra de cultura no se deben erigir los altares del éxito sino los ensangrentados calvarios del sacrificio. Vivimos entre las ansias febriles de un siglo positivista, y si hay alguna carcoma que amenace de muerte la civilización contemporánea es el culto sin limitaciones de la victoria, la exaltación del músculo, la idolatría de la fuerza. Las puras conquistas del ideal amenazan sumirse en las tinieblas de un criterio que lo justifica todo con el éxito. Si queremos conservar el tesoro de las altiveces juveniles, es preciso sustituir el panegírico del hombre que triunfa por el enaltecimiento del hombre que cumple con su deber. La deificación del éxito empuja a todas las bajezas y arrastra a todas las cobardías. Enseñan las universidades que nunca permanece en la altura quien la conquista “a fuerza de arrastrarse” y que hay fracasos en la vida más heroica que la conquista de un imperio. Si en el frontispicio de las universidades hubiera de esculpirse un relieve educativo, no pediría yo para la nuestra la apoteosis de Austerlitz: símbolo en cambio del más

abnegado de los valores, los frágiles barcos del almirante Cervera navegarían intrépidamente hacia la derrota de Santiago.

El espíritu universitario debe ser ante todo un espíritu patriótico. Doctor que salga de estos claustros pletóricos de ciencia, pero ayuno de colombianismo, será un fracaso de nuestra obra cultural; en cambio cada vez que los laureles académicos aparen un hombre resuelto a sacrificarse por los ideales de la patria, la Universidad debe palpar de esperanza.

La obra de nuestras universidades debe ser también un vínculo de unión. Que las luchas políticas nos separen; que en nobles batallas intelectuales partamos sin claudicaciones el sol de las ideas; que en las columnas de periódicos y en las alturas borrascosas y lumínicas de la tribuna nos contundamos el espíritu con la clava formidable del verbo; nada de eso impide que el recuerdo de nuestra educación universitaria mantenga en medio de la lucha enconada la unidad de la patria, y que los ojos de las paladines pidan a veces treguas a la batalla para recrearse con la contemplación de esta bandera nuestra que a todos nos ampara bajo la misericordia de sus pliegues.

Pero la unidad de la patria no es simple y homogénea como el caudal de un río, sino variada y múltiple como una cadena de montañas. Cada pedazo de su suelo tiene fisonomía propia, como los rasgos que distinguen unos de otros los hijos de una misma madre, y la luz espiritual que hace a Colombia una e indivisible, se produce juntando en un solo rayo de amor el colorido de todos los regionalismos sanos. No es, pues, un atentado contra la República cultivar con cariñoso esmero las eras familiares y acrecentar en el corazón de los antioqueños el amor al terruño. Porque nosotros no labramos campos para propio regocijo, sino para que vistos desde las cumbres de la unión nacional se deleiten con su belleza los ojos de Colombia. La Universidad está destinada a perpetuar en el futuro esa fisonomía de trabajo que constituye nuestro aporte a la grandeza de la patria; a limar nuestras rudezas y consolidar nuestras virtudes; a ungir de suavidades los músculos de la raza sin despojarla por eso de sus espléndidos propulsores de energía; la Universidad debe ser a un mismo tiempo reflejo y dechado del espíritu de Antioquia; en ella ha de encontrar su máxima expresión el pueblo nuestro. Pueblo laborioso y potente que ha vestido los montes con la púrpura de los colmados cafetales y cobija con humildes cabañas la incansable renovación de la vida;

pueblo confiado en su esfuerzo que no acomoda los hijos a los panes sino los panes a los hijos; pueblo artista, que alegra sus labranzas con la musa de Gregorio Gutiérrez González, persigue sus caminos en los “Horizontes” de Cano y graba el alma de sus sueños en los soberbios medallones de Tobón Mejía; pueblo, en fin, de tres cumbres: el Bárbula sangriento, el encendido Condorcunca y el alma de Berrío.

Sigue, pues, oh, Madre Universidad, puliendo amorosamente el carácter de Antioquia, pero no olvides que Antioquia no es altar sino tan solo una columna del altar.

Ha pasado sobre los muros que hoy nos albergan, la silenciosa teoría de los años; borran nuestros pasos la huella de otras generaciones, y al evocar en la memoria de los hombres que nos preparan este asilo y cuyas energías perduran invisibles, se pueblan los anchurosos salones con todo un arcópagó de glorias desaparecidas; borra el olvido de los nombres menos ilustres como roe el tiempo en los archivos las tintas que no supieron penetrar hasta el fondo de los evangelios y el aliento de la Revolución; Santo Tomás de Aquino y Bentham se han sucedido el uno al otro, moldeando las mentes en las formas más irreconciliables; y a pesar de todas las contradicciones, a despecho de los procelosos avatares de un siglo, este hogar del pensamiento colombiano ha sabido conservar su unidad admirable de laboratorio de la patria, y ha impreso sobre la vida de los más opuestos batalladores, como un legado común, el escudo de armas de la Universidad de Antioquia.

Más poderosa aún e indestructible ha de perdurar esa unidad de Alma Mater, si en el decurso incierto de los años sigue apoyando su grandeza sobre los brazos de la cruz.

Porque en tu obra, Alma de la Universidad de Antioquia, encarga Colombia a nuestro pueblo; porque en las fraguas de tu seno se forman las espadas de la epopeya y se temple el carácter de los claros varones; porque eres camino de salvación prendido a los flancos de la montaña y porque en tus hombres eternamente juveniles soportas sin cansancio la grave pesadumbre de un siglo; por eso Madre Gloriosa, nos congregamos hoy a festejarte. Tus hermanas ilustres la Universidad Nacional y el Rosario enviaron para celebrar tu jubileo una pléyade de jóvenes esperanzas, y hoy se suman fraternalmente a tus hijos los que entre las brumas sonoras que son el fuego de la Libertad, los que recogieron sobre

Ideas

los muros de Cartagena la bandera del heroísmo, y los que en la ciudad del Puracé no olvidan nunca que los primeros altares de la patria fueron los cadalsos de sus próceres. Y con ellos vinieron a acogerse en tu regazo —águilas que descansan para emprender el vuelo— representantes de los más preclaros centros de cultura. A ti, Alma Mater, las cálidas alabanzas y las palmas sonoras que son la voz de la victoria. Cien años enaltecen tus fastos e inicias apenas tu vida infatigable. Que siga sin desfallecimiento tu marcha hacia el tiempo; que de cada generación que pasa tus muros, salga, al menos para honor de la estirpe, una figura de patricio digna de perdurar en el bronce de las estatuas; que por encima de la montaña nativa, más alta que la cúspide del Citará, fábrica de ciudadanos y taller de hombres dignos, se levante la excelsitud de tu grandeza.



Diálogo del estudiante¹

Guillermo Peña Alzate
Estudiante

Aquellos dos estudiantes no lograron ponerse de acuerdo. Fue una discusión amigable en la que cada cual expuso sus puntos de vista holgadamente, con un poco de talento y con el barniz humanístico necesario para que aquella no perdiera su sabor estudiantil.

Este era moreno y delgado; sencillo y exacto en el hablar; desenvolvía sus ideas maduras por el veterano de muchas lecturas, con una habilidad pasmosa como si las hubiese preparado de antemano; se adivinaba en él una personalidad definida y modelada en un ambiente de biblioteca.

Aquel, sin la experiencia intelectual del primero, se expresaba difícilmente; exteriorizaba una magnífica inteligencia en bruto, quiero decir, una inteligencia por la cual no había pasado aún el arado de los libros.

—¿La causa o causas de la discusión?

—Las ignoro.

—¿El tema?

—¿Con qué fin se instruye el hombre?; ¿cuáles son las ambiciones resortes que nos impulsan a coronar una carrera?

Con un poco de exactitud el alegato se desarrolló así:

—Verifique usted un censo de aspiraciones entre sus más inmediatos condiscípulos y terminará por estar de acuerdo conmigo en que los libros no constituyen para nosotros más que un instrumento para la adquisición de la felicidad que, en la época actual, no se consigue con ilusiones fantásticas ni con delirios de grandeza, sino con el dinero, con esa loable

¹ 1950. *Letras Universitarias* 21, p. 6.

y afortunada invención de los fenicios que llega hasta nuestros días para establecer y delimitar las diferencias sociales.

Además la ley de la compensación así lo exige: sería verdaderamente injusto que sacrificáramos vanamente nuestro ardor juvenil; que dilapidáramos los días más hermosos de nuestro existir hojeando textos, buscando y rebuscando ciencia, exprimiéndonos, agotándonos en busca de lo exacto y que luego estos conocimientos adquiridos no nos reportaran utilidad práctica, no fueran el eslabón deseado entre el sacrificio y la felicidad.

—No. No estoy de acuerdo. Ni me podrán convencer usted y mil estudiantes más; porque usted y ellos se equivocan. Esto que usted piensa, esto que piensan las noventa y nueve cabezas de cada centena de estudiantes, no es más que la resultante exacta de una descomposición social. No es necesario efectuar el balance que usted propone; no es necesaria una aguda visión de los hechos para observar que el estudiante, que es a quien corresponde hacer una terapéutica de ideas contra estas llagas sociales, se ha dejado absorber por el medio ambiental; ha perdido la noción de responsabilidad y por los medios más amorales conocidos se ha convertido en bacilo de esa putrefacción.

En cuanto a la noción de felicidad, también se equivoca. La felicidad no consiste en ese elemento que usted llama riqueza y que otros apellidan poder, salud, hermosura, sino en algo divino y consecuencialmente indefinible que reside en los confines de la conciencia, que hace parte de nuestro yo y que solo se manifiesta cuando estamos completamente seguros de haber cumplido con nuestro deber de seres dotados de una inteligencia que nos precisa y nos distingue. Esa felicidad que usted pretende es la que nos semeja a los animales; por ella el hombre, que ante todo debe ser digno de ser hombre, devora el espíritu y es entonces cuando cae más bajo aun que las propias bestias. Esos métodos actuales para la búsqueda de la felicidad son la causa de que el mono se ruborice cuando piensa que el hombre descienda de él.

No somos más que pigmeos intelectuales. ¿Qué hubiera sido, o mejor qué fuera del mundo cultural, si por seguir tras de esa falsa felicidad hubieran gastado todas sus energías potenciales los hombres genios como Balzac, Zola, Milton, los Dumas, Wagner, que tuvieron que soportar la prolongada angustia de tener que batirse contra la miseria; si esa

energía mental que fraguan los Velásquez, los Rembrandt, los Newtons, los Edison, los Milton (que “pierde su paraíso” por unas cuantas libras), los Mozart y los Victor Hugo, hubiera sido utilizada en la mezquina pasión de atesorar riquezas?

Considerando más de cerca la cuestión, relacionémosla con un hecho que nos toca más directamente. ¿Qué fuera de nosotros sin Bolívar, ese don Simón que a expensas de su dinero hace gala en París de ser, si no el más gallardo, uno de los señoritos más elegantes en el vestir, sacrificando su fortuna en aras de su ideal? ¿Cuál sería ahora nuestra posición, y cuál la del Libertador, si no hubiera reprimido a tiempo ese anhelo de exhibicionismo absurdo que inhibía su inteligencia; si no hubiera sabido doblegar a sus propósitos esa debilidad que lo caracterizó durante toda su juventud?

—Usted sueña, amigo, usted delira y tendrá, necesariamente, un espantoso despertar. Cuando abra los ojos sufrirá usted el tremendo desengaño de tener que mirarse como habitante de este mundo; de tener que vegetar en un planeta muy distinto a los mundos que usted, enfermo de fantasía, se ha forjado. Cuando el látigo de la realidad desbarate implacablemente todos sus sueños se dará usted cuenta de que la vida no es más que un combate económico en el cual estamos rodeados de enemigos; es la lucha de todos contra todos.

Por otra parte, qué consuelo tan inútil es la gloria: ¿De qué nos sirve a nosotros la posteridad? ¿Qué me importa a mí que en el año tres mil se esté gloriando mi nombre, se me levanten estatuas insensibles o se le lleven coronas a mi sulfato de calcio? La vida no es más que un momento y no podemos de ninguna manera aplazar la felicidad que a ella le pertenece.

Bien lo dijo Bolívar, que en el mundo hubo tres grandes majaderos: Jesucristo, don Quijote y él. Usted, mi querido amigo, se contenta con ser el cuarto y el más majadero de todos, pues no toma ningún provecho de las experiencias ajenas. Siga soñando y no olvide nunca las palabras que Sancho decía: “A la hora de la muerte por el mismo hueco entran el Papa y el sacristán”.

—Tampoco olvide usted lo que decía Jeremías en sus lamentaciones: “Los que se crían en el carmín se revolcarán en el estiércol”. Pero en todo caso sigo creyendo que el estudiante se ha equivocado en su misión;

I d e a s

ahora no estudia la carrera de sus aptitudes sino la de sus conveniencias y esto viene a constituir una causa directa del fracaso de las mediocridades profesionales que lesionan constantemente los derechos de la sociedad.

Si el estudiante actual dejara de alimentar vicios pequeños, virtudes mediocres y ambiciones raquílicas; si supiera que su vida debe ser de lucha, de esfuerzo y de ideal, no tendría el remordimiento terrible de tener que exclamar a la hora de la muerte: ¡He vivido en vano! Pero usted y todos los que con usted se aferran a esa felicidad equivocada, están satisfechos de seguir el mismo camino de los inútiles cuyo tránsito en la vida es el de pasar del útero a la tumba sin dejar otra huella que delate su existencia.

Bien se ha dicho que si Homero resucitara, sería ahora un oficinista, un empleado público o un simple escritorcillo de periódico buscador de dinero.



El nuevo rector¹

Gonzalo Restrepo Jaramillo
Rector

Las circunstancias que se impusieron al país con los acontecimientos que culminaron el diez de mayo provocaron el cambio, entre otros muchos, del rector de nuestra Universidad. El doctor Samuel Barrientos Restrepo con sus relevantes capacidades de trabajo y diligente consagración a las tareas rectorales, en dos años de ejercicio, adelantó muchas mejoras materiales: nuevas facultades y escuelas; saneó sus finanzas; inició en la Ciudad Universitaria de Robledo el nuevo local para el bachillerato: se empeñó por mantener la Universidad a la altura de sus tradiciones y lo consiguió, mereciendo de esta suerte que su obra no pueda ser olvidada.

El nuevo rector, doctor Gonzalo Restrepo Jaramillo, pertenece a nuestros claustros, como lo declaró en su discurso inaugural, “por la generación del espíritu y la generación de la sangre”. En efecto, es hijo de la Universidad y su abuelo, el doctor Pedro Antonio Restrepo y su tío carnal, el doctor Carlos E. Restrepo, fueron sus rectores epónimos.

El doctor Restrepo Jaramillo ha ganado en limpia lid un acreditado renombre, no solo dentro de los lindes patrios, sino allende sus fronteras. Ha servido a la república en la cátedra universitaria, en la diplomacia, en el parlamento, en diversas actividades de carácter industrial y sus ideas y convicciones las ha puesto al servicio del bien común con absoluta pulcritud y desinterés.

Su labor de escritor y publicista lleva cosechadas varias obras que demuestran sus preocupaciones patrióticas, sus conocimientos sociológicos, e históricos; orador de acentos inconfundibles, da a sus oraciones

.....
¹ 1957, abril-junio. *Revista Universidad de Antioquia* 159, pp. 283-284.

un tono de cálido lirismo sustentado en las doctrinas de los grandes escritores católicos. Su visión de la cultura y su indeclinable dinamismo lo capacitan excepcionalmente para orientar hacia el perenne ideal de la educación cristiana a la juventud y para llenar la misión que a la Universidad de Antioquia se le tiene señalada en las tareas del espíritu.

El acto de posesión revistió solemnidad inusitada, su discurso fue escuchado con respeto y admiración por todas las clases sociales que se congregaron en el Aula Máxima.

El texto del discurso del doctor Restrepo Jaramillo es el siguiente:

Al iniciar mis labores como rector de la Universidad de Antioquia, saludo con emocionado respeto en sus alumnos y en sus alumnas a los representantes de una generación que injustamente se creía menguada y que al oír el llamamiento de la patria, supo igualar sus blasones con las de los ilustres togados de San Bartolomé y El Rosario que crearon la primera República. Cuando la voluntad incontenible del pueblo colombiano instauró la segunda, vosotros nos gritasteis con la voz sagrada de vuestra propia sangre que los viejos podemos morir tranquilos, seguros de que dejamos la patria en manos mejores que las nuestras.

No llego a esta universidad como un advenedizo. Pertenezco a ella por la generación del espíritu y la generación de la sangre. Formado en el vecino claustro por los hijos de Ignacio de Loyola, fue aquí donde encuadraron mi espíritu en las tablas de bronce de la constitución de la República donde se me enseñó la ciencia admirable de dar a cada uno lo que le es debido; donde se abrieron a mis ojos los horizontes de la sociología y de la historia; donde se me inculcó definitivamente la noción de patria, no como una simple unidad geográfica, sino como una misión altísima de amor, de abnegación y sacrificio que debemos cumplir sobre una porción concreta de la tierra. Pertenezco por eso a la generación espiritual de la Universidad de Antioquia. Y en cuanto a la sangre, hace muchos años que rigió este claustro un hombrecito de cabellos blancos y de alma más noble todavía, mi abuelo el doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar, quien por cierto estuvo a punto de morir fusilado al luchar contra la tiranía de Melo. Más tarde ocupó la silla rectoral un joven

de encendida y enérgica palabra a quien la República conoció después como presidente modelo, quien fue mi tío, y a quien las gentes llamaban “Carlosé”. Tengo, pues, obligaciones de espíritu y de sangre, que me obligan a dar a la Universidad de Antioquia todo cuanto pueda rendirle mi flaca humanidad.

Fuera de esa voluntad de servicio no esperéis de mí admirables realizaciones. Lo admirable solo lo ejecutan los genios; que muy de tarde en tarde envía Dios al mundo para sacudir el letargo de la historia, pero la civilización, el progreso y el bienestar son el fruto de los constantes esfuerzos acumulados, de las labores cotidianas, de los pequeños sacrificios que sumándose los unos a los otros acaban por construir la pirámide majestuosa de las grandezas nacionales.

Educado en las disciplinas del derecho y formado al amparo de la cruz, que es el signo supremo de la misericordia y el perdón, llego a este puesto con el ánimo de ecuanimidad y sin rescoldo de rencores. La justicia tiene que ser serena y silenciosa como las grandes fuerzas geológicas que levantan las cordilleras y sostienen la mole de los continentes.

El rector es apenas un piloto de nave. Si esta universidad quiere cumplir como la ha cumplido siempre su obligación con la patria, necesita la colaboración infatigable de sus profesores y de sus alumnos. No olvides que para curar las heridas de Colombia hay una sola fórmula: abnegación y trabajo.

Quiero, sí, que entendáis cuál es mi concepto sobre una universidad y a qué objetivo quiero encaminar mis acciones. La universidad no es únicamente la más alta de las escuelas y la más completa de las academias: es ante todo una fábrica de conductores. De ella deben salir preparados para su misión, aquellos a quienes Dios confía la excelsa y grave de conducir a las gentes. Capitanes de hombres los conductores deben poseer luz de inteligencia, tesoro de sabiduría, honradez diamantina, voluntad de héroes y magnanimidad de corazón. Si como lo recuerdan en su canción de la perfecta alegría Las Florecillas de San Francisco de Asís, si esos conductores conocieron todos los secretos de la naturaleza, la virtud de las plantas, el número y el nombre de los astros, pero ignoraron la esencia recóndita de la virtud, todas esas perfecciones serían únicamente verdura de las eras y humo de vanidad.

Ideas

Yo quiero que hombres y mujeres saquen de la Universidad de Antioquia, juntamente con el diploma de su grado, el título de conductores perfectos.

Señores:

Muchachos y muchachas de Colombia, sueltas al aire las revueltas cabelleras que eran oriflomas de libertad, supieron asombrarse con sus lecciones de heroísmo.

Ellos y ellas dijeron la palabra suprema que es el sacrificio de la vida y ofrecieron las tumbas de sus compañeros para que de la corrupción de la carne surgiera la pureza de la nueva patria. Ante la sombra sacrosanta de los héroes caídos, la Universidad de Antioquia se descubre y se yergue.



La Universidad de Antioquia es un hogar iluminado de la nación¹

Fray Agustín Sepinski
Franciscano

Dijo el superior general de los franciscanos, fray Agustín Sepinski al agradecer el homenaje de la Alma Mater: “La filosofía del amor debiera compenetrarlo todo y demostrar al pensador un camino más fácil para alcanzar el Bien infinito”. Texto de las palabras del general franciscano en el Paraninfo de la Universidad.

Para agradecer el homenaje académico que la Universidad de Antioquia le ofreció el martes en el Paraninfo, el ilustrísimo padre fray Agustín Sepinski pronunció el siguiente discurso:

Venir a esta Aula Máxima y recibir el cálido homenaje que brindáis al sucesor de San Francisco es un hecho que me conmueve y agradezco con la misma generosidad con que vosotros rendís testimonio de adhesión a la Orden Franciscana y confesáis una vez más y paladinamente el orgullo que experimentáis por los orígenes franciscanos de esta noble y gloriosa Alma Mater antioqueña.

Me parece que interpreto estos vuestros sentimientos al decir que me tributáis este homenaje como símbolo de exaltación a la doctrina que represento, a la Orden que gobierno, y finalmente, a vuestro mismo mérito.

.....
¹1962. Revista Universidad de Antioquia 150, pp.743-745.

La doctrina filosófico-teológica, sin apartarse de su contenido esencial, presenta al pensador cristiano como una fuente de poderosa luz que se difunde hacia todos los horizontes, y que abundante y esplendorosa ilumina las inteligencias. Sus rayos más fuertes hieren vivamente a quien se expone más de cerca a su influencia. Mas una sola inteligencia por capacitada que se le considere no puede recoger en sí todos los rayos de aquella luz bienhechora, la cual se difunde potente con renovada actividad hacia todos los campos de la humana inteligencia.

Por su parte, quien recibe aquel influjo benéfico, elabora y transmite nuevas emanaciones de luz, descubre nuevos campos, nuevos horizontes, aspectos nuevos, con nuevas posibilidades y esperanzas de alimentar la necesidad innata de conocer, sin nunca saciarse; de investigar sin nunca llegar al descanso de la plenitud de la sabiduría.

Esta es, señores, una de las razones que me parece os han determinado a concederme este homenaje. Desde sus comienzos y como se ve claramente en los primitivos estatutos redactados por el mismo fundador y a lo largo de su historia, vuestra Universidad ha dado cabida a doctrinas filosóficas y jurídicas que en muchas ocasiones ha ostentado con orgullo, por cuanto ellas forman parte del opulento tesoro de conocimientos humanos; y sin renegar de otros acervos no menos ricos, habéis propiciado el acercamiento y compenetrarlo todo, y en estos tiempos debería mostrar al pensador, y aún al simple cristiano, un camino seguro y más fácil para alcanzar el bien infinito.

La Orden Franciscana, que por disposición divina gobierna desde hace varios años, me parece que ha atraído vuestras miradas, y que vosotros la habéis querido honrar en mi persona, juntamente con la doctrina que ella sigue y representa.

En verdad: cuatro siglos y medio han pasado desde que llegaron a tierras colombianas con Diego de Ojeda en 1509, los primeros hijos de San Francisco. Poco tiempo después los encontramos ya en la altiplanicie de Bogotá, dando vida al Colegio Mayor de San Buenaventura en el cual, con fray Pedro de Aguado, fray Esteban de Asencio, fray Pedro Simón y muchos otros varones eminentes, sienta sus reales la doctrina de la Escuela Franciscana, la cual pasa de la cátedra al púlpito, expuesta de manera sencilla y en forma acomodada a la capacidad de auditorios menos cultivados.

Y desde entonces, en todo el tiempo de la Colonia, en la Independencia y en la República, hasta nuestros días, esta doctrina ha dado considerable aporte a la civilización, no solo en la Universidad, sino en todas las esferas sociales. Ha tenido representantes en la cátedra, divulgadores en los predicadores y escritores que San Francisco tiene en estas tierras colombianas.

Sus nombres son incontables, y la historia ha conservado el de muchos de ellos con gratitud. Uno solo quiero recordar: fray Rafael de la Serna, quien echó los cimientos espirituales y materiales para hacer de estos claustros de la Universidad de Antioquia un hogar y luminar indeficiente de ideas para toda la nación. Complacido, registro que su figura preside la rectoría de estos claustros, que su nombre es bendecido por todas las generaciones que en ellos se han formado y que su gloria brilla y brillará en vuestra ilustre historia, por haber encendido este faro de luz segura, que él continúa iluminando esplendoroso.

Ha sido, finalmente, vuestro mismo mérito, el que os ha determinado a rendirme este homenaje. Mérito grande es el de una sociedad, cuando por la benevolencia y gallardía que la adornan hace ostentación de generosidad y gentileza con quienes han tenido perseverante voluntad de contribuir eficazmente a su consolidación y sostenimiento, dentro del ritmo de las sociedades civilizadas. Y me parece que el honorable cuerpo directivo de vuestra universidad, con su dignísimo rector a la cabeza, ha querido hacer ostentación de nobleza y gallardía, tributando admiración en mi persona con este homenaje a la Orden Franciscana, por la labor callada, pero constante y eficaz, que ha venido realizando a través de cuatro siglos y medio en el campo de la cultura colombiana.

La Orden Franciscana por su parte os agradece vivamente este gesto tan noble y declara que está dispuesta a continuar contribuyendo al bienestar y engrandecimiento de la nación y de una siempre más radiosa cultura.



Misión de la Universidad de Antioquia¹

Samuel Syro Giraldo
Profesor

Hace pocos días, al contestar las preguntas que me formuló un periodista sobre las principales funciones que justifican la existencia de la institución universitaria, me propuse hacer un breve ensayo al respecto. De dicho opúsculo he resumido algunos apartes, con el fin de atender la gentil solicitud que me hizo el señor rector y para que ese resumen sirva como preámbulo del excelente estudio que leeré después, escrito especialmente por el doctor Lucrecio Jaramillo, con ocasión de la gloriosa efeméride que hoy celebramos.

Creo, y así lo he dicho en forma reiterada, que la Universidad debe ser el ámbito propicio para la libre discusión y análisis de las ideas. En esa libertad radica la esencia de la educación superior. Todo lo que se haga para asegurar esa libertad, contribuye a enaltecer la institución universitaria. Por la misma razón, cualquier factor que perturbe la libre expresión de las ideas, es indispensable que se corrija.

De acuerdo con el anterior postulado fundamental, estimo que el más grave problema que hoy afrontan no solo la Universidad de Antioquia, sino otras del país y del exterior, es la formación de grupos ideológicos sectarios. Es cierto que se trata, por fortuna, de núcleos minoritarios, pero debido a su agresividad y al hecho de recurrir a la violencia, a las amenazas y a las intimidaciones, figuran muchas veces como voceros auténticos de profesores y estudiantes. Por eso la imagen de la Universidad aparece deformada y se presta a injustas interpretaciones.

Se requiere la rápida adopción de medidas que sirvan para restablecer la libre discusión y desterrar de los claustros el ánimo fanático

¹ 1972. *Revista Universidad de Antioquia* 185, pp. 56-57.

y violento. Entre tales medidas, en mi opinión, se impone el establecimiento del voto secreto y obligatorio, como requisito ineludible para la validez de las decisiones por parte de profesores y alumnos. Si para los organismos directivos de la Universidad ese requisito es de rigurosa aplicación, resulta evidente que la misma norma debe aplicarse a los organismos representativos de profesores y estudiantes. Mientras este último no sea objeto de expresa previsión legal, juzgo que subsistirá en la Universidad el proselitismo político de tipo sectario y subversivo, es decir, la antítesis del criterio de objetividad que debe presidir todas las labores universitarias.

Son varios los fines de la universidad, aunque todos ellos pueden resumirse en la búsqueda del perfeccionamiento individual y social, o sea, en aspirar a mejores formas de vida, compatibles con la dignidad del hombre, considerado en su doble realidad indisoluble de materia y espíritu, por una parte, y de individuo y miembro de una sociedad por la otra parte. Si se considera lo anterior, se concluye que la universidad colombiana solo ha podido cumplir a medias los objetivos esenciales que justifican su existencia. Forma profesionales, realiza algunas investigaciones esporádicas, fomenta de vez en cuando la publicación de algunos libros y la realización de unos pocos certámenes de carácter cultural, pero es necesario que influya más decididamente en la creación de mejores sistemas de vida y se convierta en el eje y nervio de la actividad intelectual de la nación.

El cultivo de la personalidad, principalmente en cuanto a la práctica asidua y leal de los principios que preconiza la ética, debe ser preocupación primordial de la educación superior. Solo así es posible el perfeccionamiento del individuo, la orientación de sus esfuerzos en busca del bien común y el mantenimiento de una actitud de comprensión y solidaridad con todos los sectores sociales. Y simultáneamente con este noble propósito se requiere concebir e inculcar una disciplina y una metodología para la investigación personal y el trabajo eficaz. La asimilación de conocimientos, a pesar de su importancia, no basta por sí misma para justificar el paso por la universidad. Es necesario que en los claustros se aprenda a pensar y a trabajar por sí solo, a que cada persona conozca de qué es capaz y cómo puede aprovechar en su plenitud las fuerzas potenciales que posee.

Insisto en que la Universidad se ha aislado del medio social que la circunda. Existen prevenciones por parte de los sectores universitarios en relación con las personas que están por fuera de la Universidad, así como por parte de estas respecto de los primeros. Creo que la culpa es recíproca. Soy testigo de actitudes de mis colegas, distinguidos profesores universitarios, con las cuales se trata de menospreciar la importancia de las labores que se cumplen más allá de los claustros. Muchos de ellos estiman que son los únicos que estudian y crean nuevos conocimientos, cuando en realidad no es así. Quienes se ocupan en la industria manufacturera, la agricultura, el comercio, las finanzas, la política, la artesanía, el ejercicio de las profesiones, etc., también estudian, investigan y descubren nuevos campos del saber. Todas estas realizaciones deben ser aprovechadas por la Universidad para hacer la síntesis de ellas, enriquecerlas con proyecciones más amplias y darles un sentido moral en beneficio del hombre. Para que la institución universitaria desarrolle su misión, es urgente que se eliminen estas barreras artificiales y se fomenten, tanto por parte de los sectores que integran la Universidad como por quienes se dedican a otras actividades, una fructífera colaboración y un mutuo respeto. Los sectores extrauniversitarios, por ejemplo, tratándose de la ejecución de las investigaciones que requieran, en vez de confiarlas, como en general se ha hecho hasta ahora, a personas sin la adecuada preparación y experiencia en esta clase de trabajos, deberían encomendar esa labor a la Universidad y contribuir por este medio a su engrandecimiento.

Y doy fin a este preámbulo, para explicar a ustedes que el doctor Lucrecio Jaramillo Vélez, quien se proponía leer en este acto el discurso de fondo para conmemorar los 150 años de fundación de la Universidad de Antioquia, fue sometido hace pocos días a muy delicadas intervenciones quirúrgicas. En atención a esta circunstancia imprevista, que yo lamento muy sinceramente, me solicitó desde el viernes de la semana pasada, por conducto del actual rector de la Universidad, doctor Luis Fernando Duque Ramírez, el favor de dar lectura al discurso que él tenía preparado de antemano, encargo cordial a cuyo cumplimiento estoy obligado por múltiples razones.

Antiguos profesores de la Universidad de Antioquia, tanto él como yo, en áreas similares del conocimiento, decanos y miembros del Con-

sejo Directivo durante varios años compartimos idénticas responsabilidades y estuvimos siempre orientados por los mismos ideales que han caracterizado al humanismo cristiano en más de veinte siglos: colocar en todo al hombre como centro y razón de ser de las actividades de la vida y luchar contra todo aquello que tienda a deteriorar su libre albedrío, su íntima dignidad y su anhelo de perfeccionamiento ético y cultural. Ambos, asimismo, cuando nos correspondió desempeñar la rectoría, hicimos el máximo esfuerzo para afirmar estos principios básicos en el ambiente universitario, en forma similar a como ya lo habían practicado varios de nuestros distinguidos antecesores y tal como ahora ha querido hacerlo el doctor Duque Ramírez, superando graves dificultades y ostensibles desviaciones sobre la auténtica misión de la Universidad.

El hecho de que los citados esfuerzos, debido a momentáneas circunstancias de obnubilación, puedan aparecer infructuosos a primera vista, no es ni debe ser factor para hacernos perder la fe en la eficacia de ellos, ni para desmayar en la lucha tendiente a que esa orientación prevalezca de manera definitiva. El discurso de mi ilustre amigo y excelso intelectual y humanista doctor Lucrecio Jaramillo Vélez, contiene una síntesis afortunada de esos ideales a que me refiero. Sobra decir que yo comparto íntegramente el contenido de dicho estudio admirable.²



.....
² Véase en las siguientes páginas el mencionado discurso de Lucrecio Jaramillo Vélez.

La misión de la Universidad: formar el mundo del mañana¹

Lucrecio Jaramillo Vélez
Exrector

El doctor Lucrecio Jaramillo Vélez vivió y murió en función de nuestra Universidad. Profesó en ella la cátedra de humanismo y de ciencia en la Facultad de Derecho. Un día comprendió la Universidad que este gran señor virtuoso debería ejercer su magisterio para toda ella y lo nombró rector. Bajo su rectorado que dató de 1964 a 1969 se construyó la nueva ciudadela universitaria y se reorganizó administrativa y académicamente a la Universidad.

Este artículo fue escrito por él pocos días antes de su muerte. Es la despedida que la Universidad le da a él con sus propias palabras, porque su voz seguirá siendo respetada y continuará ejerciendo el magisterio de ciencia y virtud. Como sus enseñanzas fueron verdaderas, seguirán celebrando la ceremonia universal del pensamiento entre nosotros. ¡Adiós al Maestro que nos legó su espíritu!
(L.E. A.H.)

1. Los inescrutables designios de la Providencia no permitieron que, hace tres años, siendo yo el rector de la Universidad de Antioquia, pronunciara las palabras de inauguración de los magníficos edificios que forman la nueva Ciudad Universitaria de Antioquia. Hoy, cuando se cumplen 150 años de la fundación de nuestra Universidad, por amable invitación

¹ 1972. *Revista Universidad de Antioquia* 185, pp. 58-68.

de su ilustre rector, doctor Luis Fernando Duque, “recojo el hilo que el recuerdo anuda el corazón”.

2. Pero, en este solemne momento de la historia de nuestros claustros casi dos veces centenarios, quisiera que mi intervención fuera algo más que un mero discurso de circunstancia; quisiera vislumbrar entre las sombras del mañana el perfil huidizo del futuro de nuestra Alma Mater y examinar su misión y la misión de toda universidad en el mundo de hoy, que es la preparación del mundo de mañana.

3. **Misión de la Universidad.** El primer problema con el cual debemos enfrentarnos es el de saber si las universidades van a ser simples receptáculos pasivos de lo que sucede en el mundo exterior, o si van a tener los necesarios recursos de flexibilidad y de adaptabilidad para llegar a ser fuerzas activas en la renovación de sus sociedades y en la determinación de su propio destino.

Una universidad viviente está firmemente enraizada en el pasado; presenta la tradición positiva de la cultura humana y los tesoros acumulados del conocimiento humano y los transmite a su propia generación y a las generaciones futuras. Pero su actividad no se detiene en el límite de la preservación y de la transmisión. Una universidad viviente y creativa no está meramente orientada hacia el pasado, sino en primer lugar hacia el futuro. Su tarea fundamental es la creación del futuro; ella preserva y transmite para poder crear mejor.

Y entonces se agolpan en la mente las preguntas angustiosas. ¿Podrán las universidades —como principales instituciones de educación superior— ser las formadoras y creadoras del mundo futuro y no solamente su producto, su instrumento y su agente? O dicho en otras palabras, ¿tendrán las universidades una misión más amplia y más profunda que la misión de su mundo circundante? ¿Se anticiparán ellas a las necesidades antes de que nazcan o responderán meramente a ellas después de que sean sentidas? ¿Serán las universidades capaces de remover barreras, abrir fronteras o se limitarán a seguir los senderos conocidos y trazados por otros?

El progreso de las universidades, su vida misma depende de la agudeza y de la profundidad con que ellas reconozcan esta misión activa y renovadora en el vigor y creatividad que tengan para cumplirlo.

Para ser más concretos, debemos investigar cuáles son las necesidades básicas actuales y futuras que las universidades tienen y tendrán que afrontar. A mi modo de ver, esas necesidades se refieren al hombre, a la razón y a la virtud.

3.1 *El hombre*: la primera es, pues, el reconocimiento de la integridad y unidad del hombre. Con estas palabras no quiero significar un vago y sentimental internacionalismo sino la profunda convicción de un hecho esencial y evidente para todos los que tengan ojos para ver y espíritu para comprender.

El sabio investigador y humanista, don Jaime Benítez, rector por mucho tiempo de la Universidad de Puerto Rico, y una de las figuras más vigorosas del pensamiento hispánico actual, hablaba de lo que él acertadamente denomina “lealtad a lo esencial humano”, como contraposición o enfrentamiento al “poder como último objetivo de la vida”; y afirmaba sagazmente que, “poco a poco, en grupos dispersos, en zonas diferentes, mediante prédicas distintas, va emergiendo una lealtad más honda: la lealtad al valor trascendente de la persona humana. Paso a paso se va adueñando de nuestra conciencia el conocimiento de que solo hay una esperanza, si se reconoce que el hombre no se hizo para la máquina sino esta para el hombre; ni el hombre para el Estado sino el Estado para el hombre; ni el hombre para la Universidad sino la Universidad para el hombre”.

Estamos, en efecto, en presencia de factores diversos, que dan una dinámica especial no solo a la época en que vivimos, sino a todas las actividades que el hombre desarrolla. La vertiginosidad de los acontecimientos, la aceleradísima evolución de la ciencia, las renovadas maravillas de la técnica, todo este vibrar desconcertante de sensaciones, conocimientos y emociones que son el patrimonio de la humanidad de nuestros días desvelan al hombre, lo deslumbran, pero también, paradójicamente, lo van empujando más, le van creando un complejo de inferioridad frente a la desatada potencialidad del tecnicismo.

Y ello no debería ser así, porque, en última instancia, toda la perfección mecánica del universo no se ha producido por simple generación espontánea. Es el hombre, con su inteligencia, con su ímpetu creador, con su pasión por la ciencia, con su fústica e insaciable ansia de saber,

quien ha ido descorriendo los velos del misterio e infundiendo vida a los principios científicos, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, desde el núcleo de los átomos hasta los lejanos cuásares, últimas lumbres hasta hoy conocidas del mundo.

Ello implica, por consiguiente, una toma de conciencia del hombre de nuestros días. Debe vivir y sentirse orgulloso de su simple calidad humana, dándose cuenta de que, en cuanto esencia trascendente, él es semilla potencial de perfecciones, ser creado por Dios para realizar sobre la tierra una misión que no podrán destruir ni la fuerza orgullosa del poder desalmado, ni la agresividad, también sin alma, de un tecnicismo llevado a los últimos límites de la absorción de los valores del espíritu.

No significa lo anterior, empero, que el hombre debe asumir una actitud de olímpico desdén hacia todo lo que significa ciencia y técnica. La ciencia, el poderío técnico y la máquina están definitivamente con nosotros. Para el bien o para el mal hemos llegado a esta plenitud creadora. Debemos darle la cara, contar con ella y, si nos es posible, aprovecharla. Debemos llegar a la realización de una universidad integral que, sin desdeñar los avances de la técnica, tampoco abandone lo que ha sido el patrimonio indestructible de la humanidad a través de toda su existencia: la valía del intelecto, que también transita por incógnitos pero fructíferos mundos de abstracción y de idealismo.

Por último, creo que la implicación más importante que resulta de la colocación del hombre en el centro de la universidad no está en el campo del conocimiento sino en el campo de las actitudes. No se trata tanto de adquirir nuevas informaciones sobre el hombre, sino de tener nuevas actitudes o más bien una actitud dominante de comprensión. Esta nueva actitud debería revelar y sumar ciertas convicciones, a saber:

- Que los problemas esenciales que ha afrontado la humanidad en su historia, o al menos los más urgentes e importantes del mundo actual, no son problemas de la naturaleza sino del hombre;
- que esos problemas humanos están profundamente interrelacionados y que, por consiguiente, no pueden ser solucionados por sus manifestaciones particulares o dentro de los límites locales o racionales;
- que la paz, la libertad y la prosperidad son indivisibles;

- que las luchas políticas, económicas, sociales e intelectuales, dentro de una misma sociedad, o entre varias sociedades, solamente pueden tener solución por un gran esfuerzo mundial;
- que la necesidad institucional más importante de la humanidad de hoy es la creación de una comunidad o al menos de comunidades bien ordenadas; lo cual solamente puede hacerse por espíritus plenamente conscientes del elemento universal humano, dentro de sus varias manifestaciones y por almas que pueden levantarse más arriba de la pequeñez y de la locura del egoísmo, de la ambición, del prejuicio y de la irresponsabilidad.

3.2. *La razón*: otra de las grandes necesidades del mundo de hoy y del mundo del mañana es la necesidad del imperio de la razón. Una de las muchas paradojas de la edad presente es contemplar, por una parte, los triunfos espectaculares y sin precedentes de la ciencia moderna, mientras que, por otra parte, vemos la debilidad o la ausencia de la razón en muchas esferas de la actividad humana. En efecto, al examinar las cosas humanas de hoy, tenemos que recordar el predominio de las pasiones, de los prejuicios y de los mitos lo mismo que la pura falta de racionalidad, tanto en la conducta individual como en las actividades nacionales e internacionales. La primitiva naturaleza del hombre domina todavía peligrosamente. El progreso técnico y en especial los medios modernos de comunicación, que son medios de masas, parecen alentar esta falta de racionalidad en lugar de disminuirla.

Ahora bien, en este punto la Universidad puede desempeñar un papel único en la formación del mundo del mañana, precisamente porque su misión tradicional es encarnar la razón en sus varias actividades, propiciando actitudes científicas.

Séame permitido hacer una breve digresión para decir lo que yo considero son los criterios de la actitud científica:

3.2.1. *Objetividad*: el primero y más fundamental criterio es la objetividad, o sea la aspiración de considerar el objeto imparcialmente, de estudiarlo tal como él es y no como aparece o como uno quisiera que fuera; es el considerar los hechos en sí mismos y no a través de las opiniones y de los prejuicios; es el hábito de basar nuestras convicciones en

observaciones e inferencias tan imparciales, tan desprovistas de vínculos locales y de influencias del propio temperamento como solo el hombre puede hacerlo. Pero se dirá que nosotros, seres humanos y no aparatos electrónicos, no podemos evitar juicios subjetivos. La actitud científica no niega eso, pero pide que, en lo posible, basemos nuestros juicios y nuestras evaluaciones en conocimientos cada vez más objetivos.

3.2.2. *Flexibilidad del pensamiento*: la actitud científica incluye también cierta flexibilidad objetiva en los conceptos y cierta movilidad dialéctica del pensamiento que trata de abarcar el objeto en toda su complejidad y penetrar en su verdadera naturaleza. Esta calidad del pensamiento es importante, porque los problemas de la vida son complicados y muchas veces no permiten su expresión en forma matemática. Por su parte, la movilidad del pensamiento es una condición necesaria para la comprensión, mientras que la rigidez de los conceptos la impide.

3.2.3. *Honradez intelectual*: la ciencia pide honradez incondicionada, no permite que los hechos sean distorsionados ni permite engaños en el razonamiento, porque un hecho distorsionado no es un hecho científico, ni un engaño lógico es un medio científico de inferencia.

3.2.4. *Autocrítica*: la ciencia pide que el hombre sea capaz de autocrítica. Aún más, todo científico es autocrítico; él mismo busca posibles argumentos contra sus propias hipótesis y conceptos. Ser autocrítico significa ser honrado consigo mismo, tener una conciencia razonable y un juicio objetivo sobre sí mismo. La actitud científica combina una fuerte fe en la verdad con un criticismo que impide que la fe se transforme en fanatismo. Los mandamientos de la ciencia son: no te dejes guiar por tus prejuicios; debes ser capaz de aceptar un argumento razonable.

3.2.5. *Optimismo*: por último, quisiera llamar la atención sobre dos características más del espíritu de la ciencia, o sea su optimismo activo y la persistente búsqueda de la verdad. El optimismo consiste en la creencia característica de toda verdadera ciencia de que cualquier problema científico, tarde o temprano, será resuelto. Este optimismo es activo porque inspira la persistente búsqueda de los cambios que conducen a la

adquisición de nuevos conocimientos, y la persistencia del esfuerzo es la consecuencia de este optimismo.

La Universidad debe infundir en sus estudiantes el espíritu de la ciencia, debe formar en ellos actitudes científicas. Su misión excelsa es ser la fuente de la ciencia, el centro de la educación científica y el centro de donde irradie el entendimiento entre las personas y los pueblos.

Esta misión de la Universidad siempre ha sido importante, pero lo es más en el día de hoy a causa de la naturaleza revolucionaria de nuestro tiempo.

Las inmensas necesidades del desarrollo económico y social, que son el grito de los individuos, de los grupos y de las naciones en todas partes, piden planificación, estrategias, prioridades, fijación de los fines y escogencia de los medios. Pero todo esto no es más que la aplicación del pensamiento racional y de la actividad en los varios aspectos de la vida de las sociedades. Las tradicionales virtudes de la razón, a las cuales ya nos hemos referido, o sea objetividad, flexibilidad, criticismo, apertura espiritual, tolerancia, adquieren nuevo significado en nuestro tiempo. Si tuviéramos que resumir la mentalidad que se requiere para el presente y para el futuro, deberíamos decir que es una mentalidad de adaptación al cambio y de orden en el cambio. Adaptación y orden, flexibilidad y autoridad son las funciones principales de la razón en el mundo de hoy y de mañana. Y es función de las universidades producir ese tipo de razón. Su misión, hoy como siempre, es establecer no solamente el reino del hombre sino el reino de la razón.

3.3. *La Virtud*: hay un tercer campo en el cual el papel de la Universidad es preponderante. Es el campo de la virtud. Es un lugar común decir que nuestra civilización tecnológica presente ha multiplicado los bienes de la vida, pero no ha sido capaz de crear una vida buena. Ella ha colocado en manos de los hombres abundantes y poderosos medios, pero no ha clarificado la visión de los fines a los cuales esos medios deben servir. Hablamos constantemente de desarrollo económico y social. Pero ¿para qué propósito? ¿Será acaso la ganancia material o el poder, o la realización individual, o el servicio del prójimo? ¿Hasta dónde puede el hombre ver las raíces morales de los problemas políticos, económicos y sociales? Y ¿hasta dónde persigue el hombre imperativos morales en su conducta privada y públi-

ca? Es muy difícil imaginar la forma del mundo del mañana. Pero, una cosa es segura: por rico que llegue a ser el mundo del mañana en bienes materiales y en instrumentos de poder, su estabilidad y su valor dependerán en última instancia (como en los casos de todas las civilizaciones que han aparecido en este planeta) del nivel moral que el hombre logre captar y siga para realizar con dignidad individual y social, su interna libertad, su responsabilidad y su nobleza espiritual.

Es función de la Universidad cultivar la virtud moral y enseñar o inquirir los propósitos y los fines, preguntando continuamente: “por qué”. Así como la ciencia desarrolla la aversión para lo que no tiene sentido, así también la virtud, tarde o temprano, engendra el disgusto por todo lo que es vil. La Universidad responderá indudablemente a estas urgencias y tratará de tomar el liderazgo para realizarlas. Cuando los fines y los valores no sean claros o sean falsos, cuando el hombre peligre en ser deshumanizado, cuando las pasiones parezcan dominar a la razón, cuando la ambición del poder parezca levantarse y ser más peligrosa a causa de los potentes medios a su disposición, cuando, en fin, la juventud, materia prima de la Universidad y agente del futuro, pueda estar infectada de cinismo, de pereza o de desesperación, entonces no hay otra instancia superior, no hay otra posibilidad distinta al liderazgo de la Universidad.

Los verdaderos educadores debemos decidir si asumimos este liderazgo de la verdad y de la virtud o si nos vamos a arrastrar detrás de los planteamientos impuestos por fuerzas internas o por ideologías extrañas y virulentas. Sabemos que la educación solamente puede ser dada bajo las condiciones que existen, pero también sabemos que es función del educador tratar de cambiar esas condiciones, cuando es necesario, y anticiparse al futuro. Toda educación digna de ese nombre debe consistir en la búsqueda persistente y en la afirmación valerosa de los valores. Y esos valores deberían ser válidos en sí mismos y válidos para todos. Solamente si la educación asume esta función, puede el hombre dar un propósito moral a su vida, a sus instituciones y al Estado como un todo.

El conocimiento es solamente un medio de educación, no es el fin de la educación misma. La obligación de la Universidad va más allá del desarrollo y distribución del conocimiento, por útil que sea. Como institución perpetua, la Universidad debe defender los conceptos básicos de la civilización y los valores que libertan al hombre de la ignorancia,

la superstición, el prejuicio, la arrogancia, el odio, la ambición, la insensibilidad, el cinismo, así como los valores que fortalecen en el hombre el sentido de su dignidad y de la dignidad de los otros hombres y su propia realización en todas las cosas buenas y hermosas delante de Dios (la Universidad debe producir los dirigentes responsables en todas esas actividades valiosas en la sociedad). Los mayores problemas de nuestro mundo, la amenaza de guerra, el hambre, la enfermedad, la ignorancia —que paralizan las vidas de grandes masas de la humanidad—, no pueden ser resueltos por medidas políticas y económicas solas, por bien diseñadas y ejecutadas que sean. Esas medidas tienen que surgir y ser apoyadas por ciertas actitudes fundamentales —creencias y valores—, en cuya totalidad íntegra se forma el núcleo de nuestra civilización.

4. La Política en la Universidad. Para completar este tema, séame ahora permitido abordar el arduo problema de la política en la Universidad. En las universidades del futuro las preocupaciones y esperanzas políticas no tendrán el aspecto de hoy. Serán más duras y, por consiguiente, más peligrosas. La imagen de una vida universitaria tranquila como una edad de oro idílica no es, en mi opinión, una idea realística. Los estudiantes del futuro, cualquiera que sea su campo de estudio, vivirán el drama de la conciencia moral y filosófica del hombre. ¿Qué clase de educación política será posible, cuando la ciencia política, la sociología, la psicología y las ciencias humanas en general comiencen a trabajar con los mismos métodos electrónicos que usan las ciencias naturales? ¿Lograremos entonces construir un mundo gobernado por reglas estables, respetadas y sólidas que liberen la conducta humana de lo irracional? Para estas preguntas no tengo una respuesta racional. Las primeras ciencias que hayan nacido y sobre las cuales el hombre ha meditado durante milenios son precisamente aquellas que se refieren a la conducta humana —la política y la moral—. Sin embargo, su desarrollo ha sido menor que el de las ciencias naturales que han alcanzado en poco tiempo niveles inmensamente superiores. Pero es que el tremendo problema de la libertad las separa. ¿Será posible que esta terrible brecha pueda ser superada con los recientes métodos de investigación y de computación, de comunicación y de información? Preguntas inquietantes “y que deberán tomar toda nuestra atención”.

Si el estudiante de nuestra época —inquieto, sagaz, inteligente y dinámico— enfocara sus energías a propósitos altruistas, la América Latina habría ganado la mejor de sus batallas, la batalla de la cultura. Pero nada podremos hacer. En ningún campo podremos prosperar, si todo el entusiasmo juvenil se desvía hacia mezquinos intereses de grupos, hacia sectas de negación, de destrucción y de caos. No neguemos al estudiante sus derechos a pensar, a disentir y a rebelarse; pero todos los términos tienen su adecuación a las circunstancias. La rebeldía es justificable, y aun loable, porque es un atributo de la juventud. Pero ella requiere un encauzamiento razonable; es preciso saber orientar el descontento con independencia, sí, pero también con inteligencia y lealtad. No dándole primordial importancia al desbordamiento sentimental, sino a la meditada tarea de la mente, razonadora y persuasiva. Las verdaderas batallas de la humanidad las ha obtenido —antes que el irreflexivo desbordamiento emocional— la sistemática ordenación del pensamiento, traducida en documentos, obras y discursos que enaltecen al hombre como ser pensante.

5. Hemos de concluir. La Universidad no es un simple conglomerado de edificaciones, más o menos confortables y funcionales. Por encima de este soporte material o ubicatorio, por magnífico que sea, está el alma de la Universidad, constituida por su capital humano: directivas, profesores, empleados y estudiantes. Porque es este conglomerado humano el depositario del pensamiento, el incentivo de la acción, la dinámica del progreso. La ciencia no son los laboratorios, gabinetes, o bibliotecas por sí solos: hace falta que los espíritus inquietos se sirvan de ellos, los aprovechen al *summum*, les extraigan las savias que alimenten la inteligencia y el alma.

En nuestro poder está el fuego sagrado que según la leyenda griega Prometeo entregó al hombre para el bien o para el mal. En nuestras manos él podrá convertirse en llama benéfica que propague la luz del conocimiento y el calor de la virtud, o en fuerza desencadenada y destructora que todo lo transforme en ceniza. De nuestra Universidad presente depende la Universidad futura: ella está germinando ya sordamente en nosotros.

La imagen de la historia humana no es la línea recta del progreso indefinido, ni la línea ondulante de los *corsi e ricorsi* de Vico, ni el círculo del eterno retorno, sino el árbol, cuyo tronco principal siempre progresa

y se levanta, pero cuyas ramas laterales no tienen porvenir. Tratemos de que nuestra Universidad esté siempre en la línea del tronco principal y no en la línea de las ramas laterales.

Y para ello la Universidad, es decir sus directivas, sus profesores y sus estudiantes, no tienen más camino que la fidelidad a lo esencial humano, que tornar la bandera de la razón y de la virtud, entendiendo esta última no en el sentido griego o renacentista de habilidad, sino en el sentido hondamente moral de alejarse de todo lo que es vil: de la soberbia y de la ambición, del resentimiento, del odio y de la envidia.

Solamente cuando estemos convencidos de que este es el único camino viable y lo sigamos, estaremos seguros de encontrarnos en la línea del tronco principal y no en las ramas declinantes y sin porvenir. Y solamente en esta dirección podremos contribuir a la lenta, pero sólida formación de una obra para la eternidad. Y termino con esta palabra, cósmica y misteriosa: lejano punto omega de toda evolución, meta última de todo desarrollo, esperanza de renovación y de vida.



La Universidad debe irradiar cultura¹

Alberto Bernal Nicholls
Exrector

En 1959 quiso el rector, doctor Iván Correa Arango, que se dictara un ciclo de conferencias culturales y pidió a los exrectores de la Universidad que iniciaran la obra. Tales conferencias fueron recibidas por el público de Medellín que corresponde muy bien a todo lo que tenga relación con la cultura. Estas reuniones deberían fomentarse para provecho no solamente del personal universitario, sino también del público en general, que contribuye al sostenimiento de la Universidad.

Ningún local más apropiado para estas asambleas que el viejo local en donde inició labores nuestra Alma Mater, en 1803, por lo central y de tan fácil acceso para todos los habitantes de Medellín. Recinto sagrado que debe conservarse como una reliquia histórica, venerada por todos los amantes de la cultura; por donde pasaron los varones ilustres que hicieron la grandeza de la raza.

Desde 1959 propusimos que tales conferencias fueran permanentes y como creemos que algunos conceptos emitidos en aquel tiempo aún tienen actualidad, nos permitimos transcribirlos.

Decíamos así: “La Universidad tiene que irradiar cultura y cuenta con magníficos elementos en casi todas las manifestaciones del saber humano; con una emisora, con bibliotecas, discotecas, museos, etc., todo esto susceptible de mejoramiento. Podrían acondicionarse salones aquí en este centenario edificio que debe perdurar como un símbolo, en el mismo lugar de su fundación en 1803.

Hagamos unos agradables salones para dictar conferencias culturales permanentes, para proyectar películas sobre temas científicos, de

¹ 1973. *Revista Universidad de Antioquia* 187, p. 115.

arte, de viajes, de recreación. Locales para efectuar reuniones numerosas en donde se informe y se discutan temas de interés general sobre política, economía, urbanismo, etc. Salones de música para la educación artística de la juventud y deleite y descanso de los asistentes. Salones de lectura, de declamación, de teatro de aficionados. Hemerotecas con los diarios y revistas de Colombia. Así haríamos de la Alma Mater el verdadero centro social cultural por excelencia; se daría cuenta la ciudad de lo que tiene y de lo que representa este Instituto, y ayudaría a destacar su grandeza y realizaría obra en verdad digna de una universidad. En esta forma se irradiaría cultura no solamente a Medellín sino también a Antioquia, a Colombia, al continente. Tenemos los medios. Solo necesitamos un poco de mística, un poco de interés por ser útiles a los demás; nos hace falta acrecentar el ideal universitario”.

Nos falta mística, nos falta ideal universitario, nos falta amor por nuestra Alma Mater. Cuántas catástrofes, cuántas vergüenzas nos hubiéramos evitado si hubiera mística universitaria y hubiéramos tenido un grupo de jóvenes resueltos a darlo todo por salvar nuestros valores espirituales.

Que de las millonadas de pesos que la sociedad invierte en el sostenimiento de su Universidad le llegue al contribuyente su devolución en forma de cultura, de formación espiritual.



Presentación *Lecciones de Noviembre* 1987¹

José Jairo Alarcón Arteaga
Profesor

El ciclo *Lecciones de Noviembre* se realiza este año en medio de condiciones excepcionales de violencia contra la comunidad del saber. Esta violencia pretende clausurar todos los espacios de la crítica y reconocimiento de los valores. La violencia ataca la vida como único efecto inmediato porque no puede alcanzar el estatuto de una reflexión sobre el sentido del mundo como formas de civilización y de esta como grados de libertad. La violencia subsume materialmente al agente y al paciente: no estructura un sentido diferente al del caos.

Creemos que la comunidad universitaria debe ser siempre una institución del saber: su neutralidad es parte de una lucha para que las más tristes páginas del totalitarismo no se repitan en nuestro medio; de igual forma, es nuestro presupuesto de decoro intelectual. El duelo por la muerte de tantos miembros de la comunidad universitaria es también nuestro duelo. A ellos, ahora, está dedicado este esfuerzo. Pues si se pretende callar la razón, este evento quiere decir que la comunicación y la crítica siguen siendo nuestra vocación y nuestro deber impostergable.



¹ *El saber vivencial*, compilación de José Jairo Alarcón, *in memoriam* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2019, p. 90).

El egresado: alma de la Universidad¹

Jaime Restrepo Cuartas
Rector

El sentido de pertenencia

El arraigo de los egresados por su Universidad tiene mucho que ver con el apego espiritual a la institución que nos capacitó como profesionales y nos abrió las puertas para la construcción personal y las posibilidades como individuos útiles al país. El sentido de pertenencia es entonces una forma de gratitud, pero también una manera de valorar nuestro papel en la comunidad, y se adquiere a partir de una sólida formación integral recibida de la institución y entendida como la visión universal que se logra, y que nos despierta la sensibilidad, el respeto por los demás y la solidaridad con una sociedad que nos dio la oportunidad de progresar.

La formación integral no puede ser una obligación del plan de estudios, ni su fortaleza radica en las materias que estructuran nuestra carrera profesional. Es la relación del hombre con un entorno plétórico de cultura; es la posibilidad de dialogar con hombres y mujeres de todos los sectores; es compartir con los compañeros, con los profesores y con los trabajadores; es tener opciones diferentes de vida; es poder disfrutar de la música, de las artes plásticas, del deporte, de los grupos que se reúnen alrededor de una idea, de las variadas actividades que forman parte de la vida universitaria, y de las tertulias en lo académico, lo político, o en otras expresiones vivificadoras de la vida.

Pocas universidades se pueden dar el lujo de tener similares posibilidades a las que posee la Universidad de Antioquia: la agradable Ciudad Universitaria que en 1998 cumple 30 años de existencia, donde la

¹ *Cartas del rector* 19. Medellín: septiembre de 1998, pp. 5-12.

naturaleza vibra con sus árboles, sus flores y su inmensa variedad de especies animales, a más de otros campus como el de Robledo, el del área de la salud, el de San Ignacio y los que se vienen desarrollando en las nuevas sedes regionales; los escenarios deportivos adecuados y bien dotados; el Museo que cumple 55 años, con colecciones de historia, ciencias naturales, artes plásticas y antropología, y que es considerado hoy en día como el primer museo en cerámica precolombina del país; una biblioteca académica como ninguna otra, con colecciones incunables de un inmenso valor histórico y un proceso de modernización que hará de ella en el futuro una biblioteca digital; un teatro para 1200 personas, sitio para foros, seminarios, debates y reflexiones de todo tipo, y otro al aire libre para actividades especiales; dos emisoras culturales fundadas hace 65 años y que son un orgullo por su programación al servicio de la ciudad; una revista cultural de reconocida solvencia nacional e internacional; un centro de información telefónico conocido como *Sofía*; dos periódicos, uno de ellos *Debates*, en el cual se discuten temas polémicos de la vida universitaria, y otro, *Alma Mater*, con un tiraje de 60 000 ejemplares, que se distribuye ampliamente con la prensa nacional y que da a conocer los avances y proyectos institucionales: un centro de producción de televisión y medios que alimentará con programación académica y cultural a nuestro Canal Universitario de Antioquia; un Departamento de Publicaciones de amplia trayectoria nacional y que produce más de 30 títulos de libros y 15 de revistas por año; una imprenta dotada de equipos modernos; un edificio de San Ignacio, que ha sido declarado patrimonio nacional, recientemente restaurado al servicio de las actividades culturales de la ciudad de Medellín y donde tienen asiento el Programa de Egresados, el Fondo Acumulativo Universitario, la Fundación de Apoyo, la Librería Interuniversitaria, el Museo de Historia de la Universidad, y los diferentes posgrados que hoy se desarrollan en el lugar, con un aula máxima, nuestro Paraninfo, que es una joya arquitectónica para el disfrute de la ciudadanía.

El sentido de pertenencia nos hace sentir orgullosos de la *Alma Mater* y nos obliga a comportarnos como miembros de una comunidad seria, responsable, científica, capacitada profesionalmente y con una formación humanística. Nos enseña a dejar muy en alto el nombre de nuestra institución y a ser solidarios con una comunidad que requiere de nuestro

esfuerzo para lograr sus más importantes transformaciones. No olvidemos, como reza el Estatuto General, que “el egresado constituye una presencia permanente de la Universidad en la sociedad”.

El egresado y la imagen de la Universidad

El egresado es el punto de referencia que la sociedad tiene sobre su Universidad. En su hoja de vida está grabada con tinta indeleble la institución que lo formó. Si ella goza de prestigio, ese prestigio será llevado por el egresado y se convertirá en una puerta abierta para forjarse un futuro como profesional. Si la Universidad no se fortalece y se acredita de manera constante en la sociedad, lo que el egresado llevará es una impronta de descrédito que le dificultará su quehacer en el medio. Por eso, la Universidad necesita que el egresado no solo se entregue con toda su capacidad al ejercicio profesional para dejar en alto el nombre de la institución, sino que esta requiere que el egresado se preocupe en forma permanente por su engrandecimiento, ayudándole en el cumplimiento de su misión, ejerciendo la crítica para que los programas mejoren, acercándose a la cátedra con el aprendizaje nacido de su experiencia, participando en los organismos de dirección del claustro, e inyectándole a la comunidad académica una buena dosis de optimismo y credibilidad.

El egresado es un vehículo esencial para fortalecer los vínculos de la institución con el sector social. Nos acerca a la comunidad y a sus necesidades, nos permite conocer los principales problemas del país, nos relaciona con el sector productivo, nos abre las puertas para facilitar los campos de práctica de los estudiantes, nos permite confrontar la realidad y resolver las contradicciones que se crean entre la teoría y la práctica; es, en últimas, la presencia viva de la Universidad en la sociedad.

Los símbolos de la Universidad son una buena manera de recordar nuestra relación con ella y de hacer partícipes a sus integrantes de nuestro fervor por una entidad que, a lo largo de sus 195 años de existencia, ha estado vinculada a los diferentes problemas de la sociedad y ha sido motor de sus transformaciones. La Universidad de Antioquia nace como un proyecto cultural de los ciudadanos de Medellín, participa con sus integrantes en la lucha por la independencia del país, es pieza fundamental en la construcción de la República y en la formación de los líderes que a lo largo de la historia han conducido los destinos de la nación.

Su papel es esencial, máxime en una sociedad con tantas dificultades. De nosotros depende que haya una luz de esperanza frente a los males que nos golpean, luz que le exige a la Universidad cumplir su papel como centro de producción del conocimiento y factor de desarrollo.

El papel del egresado en el mejoramiento académico

Para la Universidad es muy importante contar con el egresado como puntal para el mejoramiento académico. Muchas veces nuestros profesores, por su dedicación de tiempo completo, y en algunas ocasiones en forma exclusiva a la institución, no pueden ejercer su profesión u oficio, y eso establece un vacío de conocimiento; aquel que se genera en el ejercicio de la práctica profesional. Por tanto, hay un grupo importante de profesores que nunca han ejercido las actividades de su carrera en la materia que enseñan, lo que hace que sus conocimientos tengan algunas limitaciones. Para llenar esos vacíos, es conveniente que los mejores egresados, bien sea en forma parcial o por cátedra, sean profesores de la Universidad, y mantengan con ella ese contacto permanente.

Del mismo modo, la Universidad, a través de su Programa de Egresados y con la participación de las diferentes dependencias académicas, tiene la obligación de ofrecer a sus egresados programas de educación permanente, no solo en la ciudad de Medellín sino en aquellas regiones del departamento donde se han establecido sus sedes académicas. Esto facilitará la actualización de conocimientos de los profesionales y establecerá un nexo de doble vía que hará más sólida la relación de la institución con sus hijos.

El egresado y una nueva cultura ciudadana

La Universidad de Antioquia es un ente universitario autónomo, de naturaleza pública, y se siente orgullosa de serlo. Su composición es eminentemente popular y por tanto es una opción de equidad para los sectores más pobres. Es una universidad abierta a la ciudadanía de Medellín y del país, visitada por más de un millón de personas al año, quienes recorren su museo, consultan su biblioteca, disfrutan de sus obras de arte, participan de sus escenarios deportivos, se vinculan a sus programas de extensión y asisten a las demás actividades culturales. La Ciudad

Universitaria no tiene vigilancia armada y preserva como un ideal el criterio de que las armas y las diferentes expresiones de violencia no tengan cabida, se proscriban del interior de la institución.

Pero la Universidad es muy vulnerable. Lo es porque la sociedad colombiana tiene un alto grado de descomposición y la delincuencia común busca presa fácil en los claustros, porque muchos de nuestros estudiantes han sufrido en sus barrios los rigores de ese deterioro y porque las organizaciones políticas que están involucradas en el conflicto armado no han entendido que la Universidad debe ser un sitio de paz, precisamente para poder cumplir su misión esencial, que es la de ser un lugar para las ideas, para la libre expresión, para que todas las ideologías tengan oportunidad de darse a conocer. **No existe la libertad bajo el temor producido por la intimidación o el terror de la violencia.**

Por eso, de la Universidad tienen que partir los gérmenes de una nueva cultura, capaz de construir los valores que la sociedad requiere para fortalecer su identidad y desarrollarse como una nación próspera. La Universidad es un sitio para la reflexión, para el estudio y para la investigación de los problemas del país y de la humanidad. Del trabajo constante en estas lides y de su vinculación con los problemas de la sociedad tienen que nacer los elementos que configuren esos nuevos valores de civilidad. En ello, la participación del egresado es vital. Necesitamos hombres y mujeres con espíritus de convivencia, solidarios, respetuosos de los demás, comprometidos con el país, sólidos en sus conocimientos, dispuestos al diálogo y optimistas sobre nuestras posibilidades de salir adelante.

Y para que la Universidad pueda contribuir en ese proceso, hay que preservarla, evitar que la violencia determine su obsolescencia o su cierre. Tenemos que lograr, con el apoyo de los egresados, que la sociedad en su conjunto comprenda que la Universidad es uno de los bienes más preciados porque es el lugar para entender lo que pasa y la alternativa para ofrecer posibilidades de solución a los principales problemas que nos aquejan.

Las asociaciones de egresados

Una manera de mantener el sentido de pertenencia y a la vez contribuir colectivamente con la construcción de nuestra Universidad es fomentando y fortaleciendo las asociaciones de egresados, no solo en la ciudad

de Medellín, sino en otras ciudades del país e incluso en las regiones del departamento. Dos ejemplos de este trabajo son las asociaciones de egresados de Bucaramanga y Urabá.

Las asociaciones de egresados permiten un contacto permanente con la institución por medio de actividades como la educación continua, la participación en los organismos de dirección de la Universidad, la organización de los profesores de cátedra y el soporte que se le puede dar a la Alma Mater en el sector empresarial y en general en la relación con la sociedad.

Las asociaciones de egresados son además un vehículo para la discusión de los problemas fundamentales de la Universidad y permiten incorporar democráticamente a los profesionales en la toma de decisiones, de inmenso significado para la vida institucional. Cuán importante sería que los egresados participaran, por ejemplo, en la transformación curricular de las diferentes dependencias, o en los procesos de evaluación, e incluso en las propuestas de modificación a los reglamentos y estatutos. Las asociaciones de egresados son células vivas de la sociedad civil, que hay que fortalecer para crear opinión y aportar en los procesos de transformación profesional, laboral, social y de la Universidad misma.

El Programa de Egresados

El Acuerdo Superior 108 del 3 de marzo de 1997 crea el Programa de Egresados de la Universidad de Antioquia para comprometer nuestros profesionales en esa estrecha relación que debe existir entre el claustro y la sociedad, para fomentar el sentido de pertenencia y para aprovechar la experiencia profesional, con el objeto de promover su vinculación activa a la docencia, la investigación y la extensión, y de ese modo mejorar los planes de estudio y los demás proyectos de la institución, siempre con la misión de contribuir con el desarrollo del país y la transformación económica, social, cultural y política.

El programa está adscrito a la Vicerrectoría de Extensión, cuenta con un director, un asistente administrativo y una secretaria. Además, con un comité integrado por representantes de las asociaciones de profesionales activas y por los representantes de los egresados al Consejo Superior, a la Fundación de Apoyo, al Fondo Acumulativo Universitario, al Comité de Extensión y a los Consejos de las Facultades. El Programa,

a su vez, ha creado varias comisiones para atender los distintos programas y proyectos.

El Programa de Egresados tiene diferentes actividades que se desarrollan acordes con el Plan Estratégico y el Plan de Acción de la Universidad, los que son apoyados por el Comité de Egresados y las distintas dependencias administrativas y académicas. Realiza el Encuentro de Egresados durante las Jornadas Universitarias de octubre; convoca cada año a la elección del egresado más sobresaliente a quien se le entrega la distinción José Félix de Restrepo; consolida una base de datos de todos los egresados como fuente de información, mecanismo de contacto y con el objeto de mantener una cooperación recíproca; tiene proyectado el montaje de un sistema de información para el empleo; busca una efectiva comunicación con los egresados; promueve las asociaciones de profesionales de las diferentes facultades, escuelas e institutos, así como las organizaciones de egresados en las distintas regiones del departamento; adelanta la elaboración de un proyecto para vincular a los egresados como benefactores de estudiantes de bajos recursos; ha establecido contactos con diferentes universidades del país y del extranjero para conocer los programas de egresados existentes; participa en los programas de educación permanente; colabora en la consecución de recursos para la Universidad y comercializa aquellos productos que tengan los símbolos de la institución; facilita su vinculación con el sector social; expide un carné a los egresados para facilitarles utilizar las ventajas que les ofrece la Universidad, y actualiza en forma permanente sus datos.

La visión del Programa de Egresados es lograr que los profesionales de la Universidad de Antioquia se constituyan en una fuerza viva y actuante en la vida institucional de la Alma Mater y se proyecten en la comunidad de acuerdo con la misión que la sociedad les demanda.



Presencia del egresado en la Universidad¹

Álvaro López Rojas
Egresado

La definición de egresado según las normas universitarias, el Estatuto General y la Ley 30 de 1992, los efectos prácticos de dicha definición, el perfil y el papel del egresado en la Universidad son algunos de los tópicos abordados en este texto, preparado para el Encuentro de Egresados de la Universidad de Antioquia el 11 de octubre de 2003.

1. Qué es un egresado. Antes, en la antigua época de mi paso por la Universidad, cuando se terminaban las materias, y en el caso particular de la Facultad de Derecho, cuando aún ni siquiera se iniciaba la presentación de los exámenes preparatorios, se podía tramitar y obtener una certificación en la que se decía que uno era egresado de la Universidad, sin que se necesitara título alguno. Podía uno, además, permanecer en esa especie de limbo constituido por la condición de egresado, que generaba algunos beneficios como el de tener carné y acceso a algunos servicios de la Universidad, de manera indefinida. Pienso ahora, sin ningún fundamento en realidad, llevado solo por el ejercicio de revisar conceptos y situaciones, que se trataba, lo de egresado, de establecer una categoría intermedia entre el lego y el profesional, pues, aunque se tenía la formación universitaria, y no cualquiera, no se habían cumplido las solemnidades, ni llenado los requerimientos para ejercer la respectiva profesión. Se trataba de decir con la mencionada certificación que alguien, una persona, había dejado de ser estudiante regular de la Universidad, pero mantenía una relación platónica, anterior al negocio y a la herencia, muy parecida al amor filial.

.....
¹ 2003, septiembre-diciembre. *Debates* 37, pp. 50-57.

Pero en algún momento de la vida nacional, apareció la norma con el ampuloso propósito —todo lo que se relaciona con el derecho y los abogados, aun en el caso de algunos salidos de nuestra Facultad, es ampuloso— de organizar el servicio público de la educación superior. Para los normativistas, los que encuentran en la aparición de la norma la justificación del Estado, esto puede ser suficiente. Pero desalienta la comprobación de que la educación superior no es un instrumento de cambio social, de acuerdo con la norma, sino “un servicio cultural, inherente a la finalidad social del Estado”, sobre todo cuando lo social se pierde y no hay certeza del rumbo de la organización nacional. Aparece en este momento la educación superior como la materialización de las aspiraciones personales de autonomía, de libertades de pensamiento y de pluralidades, con las consecuentes libertades de enseñanza y aprendizaje, de cátedra y de investigación, sin ataduras impositivas a los procesos que requiere el país para su desarrollo, para superar los problemas de desempleo y colonialismo. Padece esta concepción de un individualismo en desuso, sobre todo en este país que requiere tanto de la construcción colectiva y de la concertación en la búsqueda de soluciones, puesto que el otorgamiento de mandatos absolutos ha fracasado estruendosamente.

Este legal caldo de cultivo para la proliferación de apetitos personales y descaradas propuestas de coberturas de necesidades inventadas surge del problema de haberle dado curso a la burocracia, de universalizar el gobierno de las universidades y dictar otras disposiciones de carácter general que impiden, más que posibilitan, el futuro desarrollo de la concedida autonomía universitaria. Al reglamentar la conformación del órgano de dirección de las instituciones oficiales de educación superior, se habla de un Consejo Superior universitario en el que tiene asiento un egresado, cuya permanencia y calidades serán reglamentadas en los respectivos estatutos orgánicos. Pudo mantenerse la romántica acepción de egresado citada al principio: decir, simplemente, que el egresado con asiento en el consejo superior, además de egresado de la Universidad, debía cumplir con el requisito del grado en la respectiva profesión, que debía ser inteligente e ímpoluto, que debía caerle bien a todos y dejar pasar todo lo que viera, bueno o malo, como una forma de no perturbar la buena marcha de la institución, en fin, pudo agregarse todo después de la condición de egresado, para estos efectos, pero dejando la

posibilidad conceptual del egresado sin título. Pero nos definieron con una norma, por fuera de la cual no hay posibilidades, como si un niño, por el hecho negativo de no estar inscrito en el registro de nacimientos, estuviera impedido para oponer su derecho a llamar padre a su padre y madre a su madre.

Cuando habla de la integración del Consejo Superior, el Estatuto General menciona un “egresado graduado de la Institución”, dando a entender lo que se ha dicho: que hay egresados no graduados; pero cuando trata, en un título especial, de los egresados y los jubilados, el estatuyente cae en la odiosa tentación de definir, en uno de esos raptos autoritarios que limitan la imaginación y el debate, lo que es un egresado: “es la persona que estuvo matriculada en un programa académico de pregrado o de posgrado, culminó sus estudios y obtuvo el título correspondiente”. Y más, a manera de fórmula sacramental, invocación al cumplimiento de un requisito en las ceremonias de grado, se dice que “El egresado constituye una presencia permanente de la Universidad en la sociedad, y se compromete, con su desempeño profesional y con su comportamiento personal, a dar testimonio de la misión social y del buen nombre de la Institución”.

El otro día, en un bello gesto que demuestra que hay quienes sienten la Universidad para siempre, el señor secretario de Educación Departamental, delegado del señor gobernador de Antioquia para presidir las sesiones del Consejo Superior, mostraba su disgusto frente a la palabra egresado, alegando que egresar es salir de un sitio o de una situación, así que egresado es quien ha salido, y uno nunca sale del todo cuando se trata de su relación con sus maestros y la institución que los alberga. Sería otro el destino de nuestras instituciones, dice José Fernando Montoya, si con nuestra presencia siguiéramos acompañando la vida universitaria, aun después de haber obtenido el título por el que fuimos. Bello y con un alto contenido de compromiso social es el pensamiento del secretario, pero es otra la realidad. Por definición normativa, para ser egresado no solo hay que terminar los estudios de pre o posgrado, no hay otra opción sino graduarse; es decir, hay que liquidar la vinculación y perderse en medio de la multitud constitutiva de la sociedad en la que nos sitúa el Estatuto, en la que trataremos de hacernos notar con un escudo de la Universidad en la solapa, cuando solapas lleve lo que traigamos puesto.

2. Efectos prácticos de la definición normativa de egresado. Como vengo de decirlo, se nos define y se nos ubica por fuera de la Universidad. Que los vínculos formales han cesado desde el momento mismo en el que se asume la calidad de egresado, a pesar de la insistencia de los estatutos, reglamentos y circulares, es medio cierto y medio falso, pues situarnos en medio de la sociedad nos vuelve propietarios comunitarios de la Universidad, y la relación, las obligaciones y los derechos con ella se transforman desde cuando éramos estudiantes y por tanto parte de la heredad. Cesa entonces la discusión acerca de la naturaleza del vínculo que hace la conexión Universidad-egresado, cuando se nos devuelve a la comunidad, pero desde la Universidad misma, pues como elementos del colectivo, como ciudadanos, somos socios y corresponsables del proyecto, y como poseedores de la agregación intelectual de la formación superior, hemos de responder por la ventaja comparativa, por los talentos recibidos, con trabajo en favor de la sociedad, de la región y del país, convencidos, desde la propia experiencia, de la bondad de la Universidad como instrumento transformador y enriquecedor.

De lo anterior deriva el compromiso que como ciudadanos calificados tenemos con nuestro pueblo y su futuro. Pero es un compromiso adquirido con la organización llamada Estado, en su totalidad ideológica y física, puesto que a los intelectuales nos es difícil sesgar nuestra obligación de ayudar a cargar los sufrimientos y las frustraciones colectivos: tiene que ser nuestra meta la justicia, y este es un cometido que no admite partidos, sectas, ni personalismos. Debemos asumir este mandamiento, como el deber impuesto por la esencia universitaria, convencidos de la insuficiencia de las ampliaciones físicas, las coberturas desbocadas, la obsecuencia con las altas esferas del poder público y económico, pues la Universidad debe mantenerse como la instancia en la que todos creemos, de la que todos podamos derivar beneficios y apoyo, en la que todos quepamos, en la que el falsamente generoso concepto de anfitrión quede sobrando, porque nadie es visitante, porque ningún antioqueño o colombiano es un extraño, porque nadie la tiene en exclusiva. Más que una limitante para la acción, el hecho de ser considerados miembros de la comunidad, sin ningún beneficio personal por el hecho de ser egresados, nos puede servir para trazarle el camino a la nueva Universidad, sintonizada con las necesidades y expectativas de la comunidad a la que se debe y encausada en su quehacer a la superación de la crisis.

3. El papel del egresado en la Universidad. La discusión acerca de cuál debe ser la participación de los egresados en la vida universitaria ha sido un distractor para encontrar el cauce más conveniente de las contribuciones de quienes estamos en primera fila en materia de deberes de velar por el bienestar de la Universidad, de su permanencia y pertinencia, en su dimensión de fundamento revitalizador de una sociedad en franca decadencia. Si se acaba de concluir, a la vista de normas y reglamentos, que se sale de la Universidad con el advenimiento del título profesional, es claro que nuestra relación con ella, en adelante, será en virtud de nuestra condición de ciudadanos que, por conocerla, por habernos nutrido de sus entrañas, sabemos cómo puede mejorar su influencia impactante. Nuestra concepción de la Universidad no proviene de la dimensión onírica de quien propone reformas, pensando en objetos distantes e inasibles; no puede ser nuestro caso, el de quien haciendo falsas proposiciones pretende llegar a un estado de certezas; aun es difícil, proviniendo de la Universidad, sacrificarla en pos de un propósito o de un apetito personal, no solo porque se aprende a amar el claustro, sino porque de todo lo asimilado la percibimos como eficaz instrumento de transformación social.

Lo peor no es estar por fuera de la Universidad, sino no existir en la mente de quienes la proyectan y administran. Recientemente se ha dado un proceso interesante para el futuro de la sociedad: se revisó totalmente la Universidad para optar al reconocimiento oficial de la certificación que concede el Ministerio de Educación a las instituciones que cumplen con ciertos parámetros, desafortunadamente más formales que sustanciales. Fue inevitable llegar al examen de las relaciones con los egresados, a la importancia que le dan los administradores a la voz de quienes criticamos desde el amor por la Universidad y el interés personal de vivir en una sociedad equilibrada y desarrollada. Los resultados de la evaluación en este aspecto hablan por sí solos: del 1,5 punto posible, se obtuvo 1,32, tomando como base de calificación los datos de la Universidad, los aportes de los funcionarios que responden por estas estadísticas. Se dice, por ejemplo, que hay una meta de conseguir 85 empleos para egresados, y se cumple a cabalidad, pues se consiguieron 85 empleos para egresados: meta 100 %, cumplido el propósito.

Personalmente, no creo que la relación de la Universidad con sus egresados deba fundamentarse en las expectativas de una bolsa de empleo, aunque puede servir de puente entre los que nos consideramos su producto y el sector productivo. La diferencia entre una modalidad y la otra está en que, en el último caso, los egresados hacemos parte de la propuesta de cambio que ofrece la Universidad; los que obtenemos conocimientos, y títulos, en la Universidad estamos atados a un modelo de transformación y de desarrollos sociales, concebido y ejecutado desde el conocimiento mismo que se tenga del entorno, de las vocaciones colectivas, de las oportunidades de reivindicación. Se trata de ser considerados, los egresados de esta Alma Mater de la Raza, como la raza de los que tienen el poder transformador del conocimiento y del entrenamiento, suficientes para el logro de las felicidades grandes, las pequeñas, las particulares y las colectivas, para, sumadas todas, llegar a la única paz posible, que es la materialización del sueño inveterado del funcionamiento a plenitud de la gran sociedad que se llama Estado.

De nada vale que se llene un informe con datos aparentes, útiles para respaldar permanencias y salarios, pero que nada tienen que ver con la realidad. Son verdades ideológicas construidas para la obtención de un propósito, lo cual no sería malo si con ello no se estuviera desvirtuando el verdadero sentido de la existencia de la Universidad. Pero, a pesar de lo que se diga en las investigaciones y en las estadísticas oficiales, en el mismo proceso se concluye que falta más cercanía con los egresados. Hay casos en los que es mucho más fácil llegar a la facultad que encontrarse con la Universidad, lo cual tiene sentido si se analiza con detenimiento el asunto. En la facultad nos hemos formado como profesionales de algo, y allí armamos un mundo de afinidades, de relaciones personales y de satisfacciones de necesidades intelectuales. La Universidad, en cambio, puede entenderse como la entidad que resume las buenas acciones que nos liberaron de la esclavitud de la ignorancia; es, en el buen sentido de la expresión, la instancia intelectual a la que se acude cuando de vanagloriarnos de la propia formación se trata.

Pero puede ser tenida la expresión universidad como el aparato que la gobierna, como la organización burocrática con pretensiones de constituirse en centro de poder. Esto es bueno cuando la especie de cúpula referida se constituye con personas que entienden la función social

de la Universidad, y desde las posiciones de dirección y administración contribuyen a su concordancia con la sociedad. Pero puede ser malo, muy malo, nefasto, que la burocracia no asuma su papel de apoyo a las unidades académicas, alzándose contra la institucionalidad y la integridad universitarias, lo cual lleva al inevitable malestar de los llamados estamentos en los que se fundamenta la vida académica, como son los docentes, los investigadores y los estudiantes. Esta lamentable concepción de universidad, sin lugar a dudas, excluye a los egresados como tal, pues solo los amigos de los que reinan tendrán la posibilidad del roce. Por otra parte, es importante señalar aquí la negativa importancia de la calidad de egresado para efectos de optar a posiciones y escalafones en la Universidad, lo cual puede ser bueno si se mira como la imposibilidad de ejercer la discriminación en materia intelectual, pero malo si lo que se vislumbra es cierta tendencia a extranjerizar, sobre todo a europeizar, los títulos. No sé, a ciencia cierta, si lo importante es mostrar un diploma firmado y fechado por fuera de las fronteras patrias, o exhibir el sello de la cancillería de la República, pues a veces da pena y vergüenza el origen y las formas de los títulos admitidos como requerimientos. Tampoco es requisito lo de ser egresado para ningún cargo o dignidad de la Universidad: en el Consejo Superior Universitario, por ejemplo, podría darse el caso de contar con solo un antiguo alumno, que sería el de quien representa a los egresados; pero también podría suceder que no hubiera un solo directivo, ni un solo decano, que hubiera egresado de la Universidad, porque esto no cuenta para los efectos, ni siquiera como criterio de un eventual desempate en un proceso de elección o selección.

4. Cómo son los que egresan de la Universidad. La estructura de los egresados varía de acuerdo con la parte del universo académico que los origina. Si uno habla con una muchacha recientemente graduada como periodista, le pinta un panorama lleno de optimismo, de confianza en el futuro, entrenada para ser parte del engranaje de los medios de comunicación, cada vez más absorbidos por los monopolios económicos, o convertidos ellos mismos en monopolios. La situación es mucho más compleja para quien egresa como sociólogo, por ejemplo, porque, indudablemente, las opciones de empleo son menores en número y en calidad. Los estudiantes de medicina, cuyos antecesores en la facultad

gozaron de las comodidades de una situación privilegiada, por lo que representa un médico, se enfrentan hoy a problemas muy serios que pueden llegar a influir en la calidad de la formación y su propia autoestima, como es el de la escasez de los sitios de práctica, porque seguimos teniendo los mejores médicos, pero se nota hostilidad hacia la escuela, aun entre quienes deberían ser los aliados naturales de la Universidad. En este sentido, cuando se trata de contemporizar con los agazapados enemigos, se comete falta grave, que es pecado y es traición.

Acorde con la percepción de la Universidad como instrumento de desarrollo y realizaciones sociales, debe determinarse cierto énfasis emprendedor en algunas carreras que bien lo necesitan. Así como el secreto de la buena educación de los hijos está en encaminarlos por la ruta de la felicidad personal, tendremos que pensar en educar a nuestros estudiantes en la cultura de la creación de empresas, que los diferencien de quienes no tienen formación alguna y su único destino será siempre la dependencia. Muchas veces, la mayoría, la situación del muchacho que egresa de nuestras universidades contrarresta lo que podría llamarse una buena formación académica, porque son muy pocas las oportunidades de demostrar lo que vale uno de nuestros profesionales. Un médico nuevo, o un abogado, en las condiciones actuales, tendrá que conformarse con salir a conseguir el empleo que le resulte, o a ejercer la profesión en circunstancias que lo limitan, en medio de una competencia brutal y en muchos casos desleal y desigual. Estos noveles profesionales tendrían que estar entrenados para la fundación de un bufete o de una clínica, en asocio con colegas, lo cual es incentivo para ellos mismos y para la economía del país.

Es claro que esta política no puede ser aplicada de manera universal, pues se tendrá que analizar cada carrera y el propósito con el que se ofrece, para determinar las oportunidades de ejercicio, en cada caso. Hay carreras hechas para que quienes las abracen entren en un sistema determinado, o para que dependan de las necesidades de otros profesionales, como el caso de los maestros, los enfermeros, los bacteriólogos, etc., aunque siempre habrá la oportunidad de generación de empresas y recursos propios. Pero no se trata de introducir indolentemente el mercantilismo en la educación superior, sino de encontrarle los posibles rumbos a las profesiones y ofrecerlos como alternativas. De la misma

forma, hay que revisar las políticas generales de formación, y esto hay que hacerlo en todo el país, porque estamos aplicando los mismos criterios de formación y de requerimientos a todo el sistema de educación superior. En la estructuración de un médico no se pueden aplicar de manera exacta los criterios que se tienen para los economistas; mucho menos se puede seguir tratando de manera igualitaria a los que se forman para artistas, pues estos son los casos en los que la igualdad se torna en inequidad, y tergiversa el camino, y no deja que se alcance la verdadera meta del aprendizaje.

5. Nuestra visión de la Universidad. Reconocer, como en efecto se reconoce por todos, que la función académica es la tarea primordial de la Universidad no puede ser considerado por la academia como un fin en sí mismo. Tampoco se podrá tomar como el eficiente instrumento de ascenso personal que algunos pretenden, aunque cierto sea que la transformación intelectual del hombre le genere nuevas posibilidades de vida. De ninguna manera se tomará la Universidad por una empresa, salvo si con ello se pretende expresar que es el gran cometido asumido por la sociedad en su propio favor. Los que estamos en la Universidad, por vocación social o por salario, los maestros y los directivos, los empleados y los obreros, los estudiantes y los investigadores, todos estamos atados al gran sueño de Antioquia, de su pueblo, que aspira a nuevos aires de libertad, por medio de los definitivos logros del desarrollo.

Los principios y los valores en los que se fundamenta la Universidad no pueden ser meras palabras con los que se puedan construir bellos discursos: tienen que obedecer a alternativas reales y a consideraciones genuinas de sus consecuencias, lo que significa la necesidad de contar con el conocimiento preciso tanto de sus dimensiones como del papel que puede jugar en el futuro colectivo. Más que repetir palabras, los valores y principios apuntarán a la presencia de las razones de la existencia del Estado como organización de la sociedad, y de la Universidad como instrumento de transformación social. Por estas razones no puede tenerse como la oportunidad de cada persona para trascender su actual situación económica o social, sino la herramienta para transformar en fortalezas los aspectos de la inequidad, constituidos por la pobreza y la marginalidad. Cuando se diga que la Universidad tiene un papel transformador

que cumplir, se debe estar convencido de la real acepción de las palabras. No se transforma una sociedad con el entrenamiento de las personas, sino con la educación de los hombres y las mujeres que la conforman, refiriéndolos siempre al entorno. El hombre se individualiza en la sociedad, con respecto a sus semejantes, pues cuando se aísla no es un individuo sino algo distinto de la comunidad.

Nuestro país es un conjunto de naciones, consecuencia de lo que encontraron los invasores, con problemas propios que pretenden ser remediados con soluciones que en muchas ocasiones, simplemente, no concuerdan. Si calculáramos en unidades dinerarias el valor de la enorme cantidad de intentos de aplicación de modelos e ideología foráneas, tendríamos una suma suficiente para la satisfacción de todas las necesidades nacionales. Cada vez que tropezamos con un inconveniente o un atraso, nos remontamos a las opiniones de las autoridades de las potencias económicas del mundo, las que posiblemente nunca han estado en situaciones parecidas, para entronizar entre nosotros teorías que no caben. Lo mismo sucede con el concepto de universidad que ha ido haciendo carrera. Las pretensiones de doctorarse en el extranjero son válidas, pero hay que homologar pragmáticamente las tesis traídas, hay que establecer las dimensiones exactas de nuestras necesidades sociales, en dónde fallamos como sociedad, cuál es el tipo de profesional que puede actuar entre nosotros, para poder diseñar lo que nos sirva en materia de educación superior.

El caso particular de la Universidad de Antioquia reconforta y preocupa al mismo tiempo, pues siendo junto con la Universidad Nacional y un reducido número de establecimientos de capital privado, una de las mejores del país, tiene amenazas muy serias que provienen no del lamentable clima de inseguridad que vivimos, sino de la estructura administrativa y de su pertinencia, para utilizar una palabra muy usada por mis compañeros del Consejo Superior Universitario. Personalmente considero que las libertades y autonomías consagradas por nuestro ordenamiento jurídico en favor del sistema de educación superior deben favorecer las actividades académicas de la Universidad, y no a la burocracia institucionalizada bajo el pretexto de una defensa que no defiende, que a veces acosa y reprime. La autonomía universitaria, necesario marco para el desarrollo de las libertades de enseñanza, de cátedra, de administración,

apunta a la protección de las actividades académicas de docencia e investigación, y a la dimensión política llamada extensión.

La grandeza de la Universidad, los logros que nos llenan el corazón de gozo, los que avivan el orgullo de sentirnos formados en sus aulas están, indiscutiblemente, en las unidades académicas, pues es allí donde se desarrolla “el servicio público de la educación superior con criterios de excelencia académica, ética y responsabilidad social”, del que se habla en el Acuerdo Superior 1/94, cuando se refiere a la Misión de la Universidad. El artículo 69 constitucional solo pretende que nada perturbe la acción formadora de la Universidad; que no haya óbices en su relación íntima con la sociedad a la que se debe; que su quehacer, por intelectual y social, esté libre de sesgos y partidos, apuntando solo a la equidad que nos debemos, al equilibrio del que se deriva la paz. Pero no solo de afuera provienen las amenazas; las puede haber internas, cuando se toma por poder lo que solo es la obligación de servir y de servir bien. La administración de instituciones tan sensibles como las universidades tiene que darse en el doble sentido de cuidar que no se desvíe la ruta, y de apoyar la academia. El poder, en este caso, aparece en cabeza de la Universidad cuando ejerce su capacidad transformadora. Lo demás solo es apoyo a una gran causa llamada sociedad.

El diagnóstico hecho recientemente con ocasión del proceso de acreditación de la Universidad revela ciertos datos sobre la investigación universitaria y la extensión, que deberían ser tomados como hitos para proyectar los nuevos rumbos. El documento Rumbo a la Acreditación Institucional, de mayo de 2003, en la parte de Acciones de Mejoramiento, cuando se refiere a la investigación, habla de debilidades como “falta de definición y aplicación de indicadores de gestión para la investigación”, “falta mayor articulación entre docencia, investigación y extensión”. Lo primero es grave porque pareciera que no hay criterios para asumir el proceso de investigación; pero lo segundo es peor, porque siendo la docencia, la investigación y la extensión las tres dimensiones que, a manera de andamiaje, sostienen el concepto de universidad, con su desarticulación nos enfrentamos a la incoherencia institucional que no la deja cumplir con su misión. Este es precisamente el campo de acción de las autoridades administrativas de la Universidad: propiciar la coherencia en la acción, adecuar cada uno de los elementos que la componen a los otros y al entorno.

Además, la tendencia a generalizar la pobreza, aun en los círculos en los que se necesita el arbitramento generoso de recursos, amenaza seriamente la viabilidad de la Universidad que se alimenta de recursos oficiales. Y es que solo se puede hablar de autonomía cuando las personas pueden contar con la independencia económica que le permita adelantar eficientemente su propósito institucional. Será falaz y populista toda propuesta que otorgue autonomía y limite la facultad de remunerar debidamente a sus servidores. La actual situación de los profesores de la Universidad, por lo que significa para la estabilidad futura de su buen nombre, es un problema de la sociedad que tiene que defender su patrimonio, sobre todo cuando se trata de herramientas de transformación. Los hombres y las mujeres que han dedicado su vida a la academia encarnan el verdadero patrimonio intelectual llamado universidad. Solo cuando se haga justicia con su labor, podremos hablar de autonomías y de interés en la educación superior.

6. El impacto que esperamos. De lo dicho no puede inferirse, de ninguna manera, que se está desdibujando la imagen de madre y maestra de nuestra Universidad. Seguimos siendo líderes, pioneros y modelos en muchos aspectos, pero necesitamos ir a la vanguardia de los cambios que necesita el país. Como lo menciono al principio, no podemos atar la Universidad a un destino incierto, turbio, marcado por las pequeñeces de nuestra dirigencia y los miedos atávicos que han servido para la dominación y la marginalidad. Desechado e inservible es el modelo que no permite avanzar en pos de los remedios. Nadie desconoce el imponderable patrimonio de la Universidad, sus ataduras a la historia de la región y su capacidad para detectar y diagnosticar las causas del atraso.

Recientemente, en la reunión de los pares evaluadores para la acreditación con los miembros del Consejo Superior, sostenía que el reconocimiento de las calidades de un establecimiento de educación superior, sobre todo cuando se trate de uno oficial, no tendría que darse a partir de la consideración del número de doctores de universidades extranjeras, ni de los premios que se reciben, sino del impacto que generen, de la coincidencia de sus fines con los de la sociedad a la que se debe. En efecto, hay trampas en ciertas concepciones del papel de la Universidad, pues conllevan más el afán de la figuración de las personas, que el

engrandecimiento institucional. Cuando se trata, por ejemplo, de la tan mencionada y mancillada cobertura, hay que pensar más en la atención que debe la Universidad a la comunidad, que a la tendencia a hacer de cada habitante un doctor, aunque en ello se vaya el principio fundamental de la clasificación de oficios y actividades. Por otro lado, hay que cuidarse de trabajar para la obtención de premios y trofeos, porque no siempre coinciden con los fines para los que se concibe la Universidad. Hay que fijarse en lo odioso que nos resulta quien aspira a la figuración social constantemente; a la larga, quien solo piensa en los premios termina haciendo el trabajo que algunos grupos que se autoproclaman élite quieren que hagan, sin consideraciones de utilidad de los esfuerzos que se hacen. No son malos los premios, pero lo ideal es que se ganen como un reconocimiento a la labor desempeñada, desde la perspectiva misma de la vocación personal o la misión institucional. Creo que la mejor manera de ganarse los premios es no aspirando a ellos, trabajando convencidos de la bondad de la acción.

La de Antioquia es una universidad de proyecciones sociales importantes, por su origen y por las fortalezas construidas a lo largo de su historia, sin que importe si son diez, veinte, cien o doscientos los años que cumple. Habrá que ir pensando en un modelo en el que los propios recursos constituyan el patrimonio, sin dejar de ser dominio del departamento, sin que el señor gobernador de Antioquia sea su gran canciller, sin que la sociedad antioqueña se represente en su órgano de dirección. Lo que hay ahora es lo ideal para tiempos de verdadera autonomía, ya que las funciones de gobierno de la Universidad dependen en gran medida de la voluntad de los llamados ordenadores del gasto, y no de la Universidad misma. La Universidad necesita verdadera autonomía, y de una dirección conocedora de las necesidades del entorno, de las oportunidades de desarrollo de la comunidad. Hay que impedir, a toda costa, que nos convirtamos en el último baluarte del clientelismo destructor, de los que amenazan con arrasar hasta con los vestigios de una sociedad que declina sin haber alcanzado el apogeo.

La idea que se debe tener de la Universidad del futuro, del que comienza mañana, es la de una institución engastada en la sociedad a la que pertenece, creadora de propuestas innovadoras que nos permitan ponernos a tono con el mundo. No podemos renunciar a la excelencia

que nos impone la Constitución y nuestra propia naturaleza, sino procurar la excelencia del entorno, devolviendo las ganas de hacer y de generar espacios nuevos para el progreso. Tenemos que entender que la misión política de la Universidad no se debe a partidos, ni a sectas, ni a grupos económicos, ni a personas, sino al total de los ciudadanos puestos bajo su influencia. La misión de crear una nueva dirigencia no se encamina a la idea del ascenso social de las personas; debe darse, esa generación, involucrando a los estudiantes, a los maestros, a los ciudadanos, en las nuevas propuestas que se den, en los proyectos que se conciban. Hay que hacer de nuestros profesionales parte del engranaje social, y no volverlos personas vanas que se sientan por encima de sus congéneres.

Hay que soñar, en fin, con una universidad, más que pluralista, universal; que sea de todos, de la que todos derivemos ganancias y en la que todos podamos invertir; que ella se identifique con nosotros, todos, y que nosotros, todos, nos identifiquemos con ella. La Universidad tiene que vibrar con las notas de América, de Colombia, de Antioquia; tiene que ser la constructora de un sueño que sepamos propio; tiene que ser la indicadora de los caminos por los que la sociedad pueda transitar libre y confiada hacia el futuro; tiene que ser la herramienta con la que podamos erradicar el atraso, la pobreza, la inequidad, acorde con el pensamiento de los forjadores de un modelo que se llamó una raza, que tantos beneficios trajo a Colombia; tiene que ser el espacio que se confunde con el aire vital, en el que, repito, nadie sea anfitrión, porque nadie es extraño a la sociedad de la que ella misma hace parte.

Referencias bibliográficas

- Arango Botero, Alberto. Memorándum para un coloquio. Consideraciones acerca del papel del Egresado de la Universidad de Antioquia, documento.
- Constitución Política de Colombia*. Quinta Edición, 1995. Bogotá: Leyer.
- Estatuto General de la Universidad de Antioquia*, Acuerdo Superior 1 del 5 de marzo de 1994. Tercera edición, 2002. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Naranjo Mesa, Vladimiro. 1997. *Teoría constitucional e instituciones políticas*. Bogotá: Temis.

Palabras que brotan del Alma

Plataforma Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo. 2003. *El embrujo autoritario. Primer año de gobierno de Álvaro Uribe Vélez*. Bogotá: Antropos.

Rumbo a la acreditación institucional. Informe Ejecutivo de Autoevaluación Institucional 1997-2001. Mayo de 2003. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Sistema Universitario de Extensión, Compilación de normas sobre extensión universitaria. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Solano Q., Hernando. 2003. Reflexiones generales acerca de la relación universidad-sociedad, y del papel del egresado. Documento.



Sobre los 200 años de la Universidad de Antioquia. El problema del fetiche documental¹

Juan Guillermo Gómez García
Profesor

Comenta Voltaire en el prólogo a su “Ensayo de las costumbres” que la objeción de mayor consideración a su obra sobre Carlos XII fue la de un crítico que advirtió que el sofá sobre el cual se había sentado en alguna ocasión el rey sueco no era azul, como escribió el filósofo, sino rosado. Una polémica de comparativa trascendencia histórica, al parecer, se ha desatado en torno a la celebración de los doscientos años de la Universidad de Antioquia. El destacado periodista Alberto Aguirre ha contribuido a encender la polémica, largamente larvada, con su artículo “Vive la Universidad”, publicado en *El Colombiano* del lunes 18 de agosto de 2003. Concepto en mano de la Academia de Historia y con base en otros documentos, Aguirre desconoce que este año se cumpla el bicentenario de la “UdeA”, habla del “desconocimiento de la historia” y critica “la farsa de celebraciones prematuras”. Ya en el libro *Universidad de Antioquia. Historia y presencia* (1998) dirigido por la profesora María Teresa Uribe se había documentado y comprendido críticamente el proceso sociológico, económico y filosófico que subyacía al proyecto de fundación del Colegio colonial bajo la iniciativa de fray Rafael de la Serna en 1803. Antes que la afirmación de la fundación en una fecha y lugar exacto, la obra de la profesora Uribe aporta las bases históricas comprensivas que rodearon la fundación de la primera institución universitaria de la provincia de Antioquia. Independientemente de que los proyectos

¹ 2003, septiembre. Periódico *Alma Mater* 514, p. 26.

de 1803 hayan fracasado, independientemente de que los proyectos de Santander hayan dado al traste en su formulación (no funcionaron efectivamente), la crítica histórica debe atender al sentido y el curso de los procesos históricos.

Se ha escrito mucho en Europa sobre el alcance de la Revolución francesa: unos han hablado de la persistencia del Antiguo Régimen, otros del mito de la Revolución. Incluso el inteligente liberal-conservador Alexis de Tocqueville llegó a advertir que la Revolución solo profundizó los aspectos negativos, principalmente la centralización administrativa, de la época de Luis XIV. También se han investigado los largos procesos secularizadores que, durante cerca de medio siglo, precedieron los sucesos de 1789. ¿Fue realmente la fecha del 14 de julio la que debemos tomar como única para celebrar la Revolución parisina? ¿No señaló Marx que esa Revolución es inconclusa y que el 18 Brumario de Luis Bonaparte era otro acto de la misma profunda revolución? ¿Cuándo empiezan o cuándo acaban realmente los procesos históricos? Abundar en el caso es, por lo pronto, innecesario. Son múltiples y variadas las alternativas de interpretar un suceso histórico y a veces resulta inadecuado lanzar juicios definitivos sobre el momento exacto en que se producen los actos decisivos. La posibilidad y la necesidad de discutir críticamente los acontecimientos históricos, en forma creativa y racional, van más allá de preocuparse provincianamente si el sofá fue azul o rosado, o si vale elevar el falso dilema de celebrar los 200 años de este año o en el 2022.

Cierto que los documentos aportan o arrojan una verdad histórica. Pero los documentos son mudos o sordos a quien no sepa interrogarlos heurísticamente. No es el documento sino la pregunta lo que lo hace relevante. Las preocupaciones de la actualidad prevalecen y dan sentido último a las fuentes. Si no logra el historiador dotarlas de un contenido vívido mayor que la letra muerta que parece espantar con toda su solemnidad de archivo, está, en realidad, matando la historia. La preocupación si celebramos doscientos años o no, es más o menos vana o un gesto de vanidad, si no contiene ella una voluntad de superación de lo existente. La preocupación es de un contenido dramático de supervivencia intelectual y espiritual: si somos o no una Universidad en sentido moderno. ¿En qué instante podemos hablar de Universidad? ¿No será pertinente solo hablar de ella a partir de 1968, cuando fue inaugurada la

Ciudad Universitaria? ¿O todavía es demasiado prematuro tildarnos de Universidad, cuando tenemos una institución débil, sin programas de pregrado y posgrado de amplio espectro, con un personal docente todavía bajamente calificado en el contexto incluso latinoamericano, con publicaciones apenas convincentes en su conjunto, con una biblioteca insuficiente, con una pobre cultura bilingüe, etc.?

La pregunta es tanto más pertinente cuanto se cierne sobre el sistema de universidad pública la guadaña de la intolerancia fiscal y cuando el clima institucional del desarrollo de las ciencias y la vida intelectual se ve sofocado en sus cuatro costados como no se conocía hace décadas. Tenemos la sospecha de que el concepto de modernidad universitaria se adecua, forzosamente, a nuestra realidad institucional. Podemos también hablar de una cuenta regresiva para fundar la Universidad genuina: el espíritu universitario cifrado en la utopía de una mejor humanidad está por construir. Es cierto lo que dice el periodista Aguirre, “la falsificación de la historia solo sirve para aumentar el caos”, pero también es cierto que el extendido positivismo miope de los historiadores no nos debe ofuscar para comprender el profundo sentido de la historia. El sentido de la historia está amenazado por las diversas regresiones y por la semibarbarie encubierta de tono tecnocratizante. La universidad pública precisa no solo de unas generosas partidas presupuestales sino de vigorosas ideas que logren exorcizar la crisis de la hora. Lleva la Universidad quince años tratando de saldar el balance negativo de los diversos dogmatismos de los años sesenta y setenta —el principal de ellos la improvisación inconsecuente— y vuelve a verse impelida a hundirse en un fondo de fanatismo y violencia. No es la celebración de los 200 años, sino la inquietud creciente por el futuro próximo de la institucionalidad universitaria lo que está en juego en el demencial tablero de la política gubernamental. Es este, propiamente, el que “sirve para aumentar el caos”.

¡Celebremos lo que ha de celebrarse, así sea prematuramente, pues tememos no llegar al 2022!



Una recibe aplausos, la otra vierte llanto¹

Fabio Zuluaga Ángel
Profesor

Existe una piedra en el zapato de esta bicentenaria institución que debería tallar a todo el que le duela o interese el proyecto social, científico y cultural más trascendental de Antioquia en toda su historia, llamada Universidad de Antioquia.

Es un viejo problema conocido, diagnosticado y creciente, al cual no le hemos prestado la atención merecida ni los profesores, ni los administradores que por aquí han desfilado en los últimos cuarenta años, ni tampoco los mismos estudiantes víctimas de él, y mucho menos aquellos estudiantes privilegiados que logran sortearlo, salir adelante y graduarse como profesionales de la Universidad.

Viejo y creciente problema al que no se le ha dado la prioridad que exige y no se le han dedicado los recursos humanos, administrativos y económicos necesarios para enfrentarlo, y esto es lo más grave del problema: la indiferencia profesoral ante él, y el hecho de que no haya todavía una política institucional planificada y coherente para enfrentarlo, como sí la hubo en el pasado, para afrontar el relevo generacional y el pasivo pensional de la Universidad.

Es el ya alarmante problema de la deserción estudiantil, una de cuyas determinantes es, bien llamada, la mortalidad o mortandad académica, porque un golpe certero y mortal, propiciado en lo más profundo del ser estudiantil, constituye el hecho de que un estudiante sea expulsado de la Universidad por bajo rendimiento académico, y más cuando muchos de ellos no tendrán una nueva oportunidad para ingresar a otra universidad, porque la situación económica no se los permite.

¹ 2006, enero-abril. *Debates* 43, pp. 36-41.

Estos estudiantes, *los desplazados de la Universidad*, que no pueden volver a ingresar a otra, entran a hacer parte de los desocupados de la ciudad o de sus lugares de origen, de los trabajadores informales y, algunos, hasta se integran a grupos delincuenciales.

¿Qué se le ocurrirá hacer a un muchacho expulsado de la Universidad, parado en una esquina del barrio o sentado en una banca de parque pensando, con frustración, dolor y rabia, qué hacer con su mísera vida?

Hace dos años un estudiante de segundo semestre de la carrera de Química del Instituto de Química escribió la siguiente nota:

“He fracasado en todo: me echó la novia, y el *último* fracaso que me faltaba era que me echaran de la Universidad”.

Poco después, se arrancó la vida de un changonazo en la frente. Esta lamentable tragedia humana ocurrió en la finca de su tío, nuestro amigo y compañero profesor del mismo Instituto de Química, donde se malogró su sobrino.

¿A quién, dentro de una institución con énfasis en la investigación, la extensión y la regionalización, que no sean los propios duelos, podrá importarle o dolerle el fracaso de estos anónimos muchachos y muchachas, los desplazados de la Universidad, que se tienen que ir con su Alma a otra parte sin ver realizado el sueño de su vida, de ser algún día profesionales de la Alma Mater?

Es, pues, de gran trascendencia social y humana la salida de cada estudiante de la Universidad y cada expulsión debería pensarse al menos dos veces y doler en lo más profundo del alma, de la Alma Mater.

La fría contundencia de los números

Según datos tomados del Sistema Mares de la Universidad de Antioquia, en el semestre 2005-2 salieron expulsados de la Facultad de Ingeniería, por rendimiento académico insuficiente, cuatrocientos estudiantes de los distintos programas, y cancelaron por diversas razones doscientos estudiantes, de un total de 5948 matriculados en Ingeniería. De la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales salieron noventa estudiantes por rendimiento insuficiente y cancelaron el semestre ciento trece, suma que arroja un total de doscientos tres estudiantes, de los mil quinientos setenta y uno que ingresaron a todos los programas de la Facultad en el mismo período. De la Facultad de Química Farmacéutica salieron

sesenta por rendimiento académico insuficiente; de la Facultad de Educación, pero solo de los programas que tienen que ver con las Ciencias Exactas y Naturales, salieron por la misma razón veintidós estudiantes; de la Facultad de Economía, ciento ocho; de la Facultad de Ciencias Agrarias salieron nueve por rendimiento insuficiente.

¿La ampliación de cobertura es una ilusión?

Las cifras anteriores suman un gran total de mil estudiantes que salen en el período 2005-2, de apenas esas facultades, sin incluir todas las demás facultades de la Universidad y sin sumar los estudiantes desertores por otras razones. De mantenerse esa cifra, pero puede aumentar, dentro de cuatro semestres habrán salido de la Universidad cuatro mil estudiantes, número superior a los admitidos en una cohorte por examen de admisión.

Esta realidad muestra que, efectivamente, no hay ampliación de cobertura, pues los estudiantes admitidos salen más tarde sin graduarse.

Más allá de las gélidas cifras

Ante un problema tan grave y que viene creciendo semestre tras semestre, cabe plantearse si una institución pública del Estado, en la que la mortalidad académica es tan alta y en la que se invierte un presupuesto global de cuatrocientos veinte mil millones de pesos por parte de la nación y el departamento, ¿sí estará cumpliendo a cabalidad con una de sus misiones esenciales, como es la misión social de formar los profesionales requeridos por la sociedad?

Por el contrario, en investigación, extensión y regionalización, cada vez más se obtienen destacados logros y avances, motivos de satisfacción y orgullo para los administradores y todos los que se benefician del más trascendental proyecto social, científico y cultural de Antioquia en toda su historia, llamado Universidad de Antioquia, pero no para tantos estudiantes de la ciudad y las regiones que a ella ingresan en busca de un destino mejor, a través de la profesionalización, y sin embargo, fracasan.

¿En qué queda el derecho ciudadano de ingresar a la universidad pública, sin más requisito que aprobar el examen de admisión, si la institución no brinda el acompañamiento y la asesoría necesarios y suficientes para ayudar a los estudiantes a permanecer en ella y de esta manera garantizarles el derecho que ejercen cuando ingresan?

Estamos, pues, en presencia de una grave realidad que cuestiona profundamente la esencia de la universidad pública, en particular su eficiente función docente.

Sin ahondar en el problema, es posible señalar un cúmulo de circunstancias internas y externas que se entretajan para incidir determinantemente en la mortalidad académica y en la creciente deserción estudiantil, y al mismo tiempo sugerir posibles acciones institucionales y profesoriales para empezar a enfrentarlo, lo que constituye, en última instancia, el objetivo de esta reflexión.

Muchas cosas han cambiado

Las generaciones actuales de estudiantes están llegando a la Universidad sin la competencia básica para acceder a cualquier conocimiento, la competencia en lectura y escritura, y sin la necesaria para acceder al aprendizaje de las Ciencias Exactas y Naturales, como es la competencia en el manejo del álgebra básica. Basta con colocar un problema de física o de química que contenga un breve texto escrito para constatar la incapacidad de los estudiantes para explicar con sus propias palabras lo que el problema enuncia y pregunta. Sin este primer paso, no es posible plantear una ecuación algebraica sencilla para resolverlo.

Los estudiantes actuales son hiperactivos y ansiosos por hacer cosas pero que no les impliquen grandes esfuerzos de pensamiento; ellos lo quieren ya todo hecho o bajarlo listo de Internet, sin que les implique esfuerzos adicionales. Se podría decir que estamos ante la generación de *la imagen y el clic. Haga clic aquí y tendrá lo que quiera*. Parece que en su cabeza no cabe la idea de que haya cosas no resueltas y a las que es necesario pensarles para hallarles solución.

Las generaciones actuales son multiatencionales y ven televisión al tiempo que escuchan música, hablan por celular, hacen tareas y juegan play station. Esta atención es inmediata e instantánea y salta de aquí para allá, pero sin detenerse por mucho tiempo en una misma cosa, hecho que a la larga crea un hábito de desatención permanente. Es usual que un estudiante en clase responda que no está poniendo atención, cuando se le pide repetir algo acabado de explicar. En general, hay en ellos como una cierta incapacidad para persistir en algo que les ofrezca cierta dificultad y exija un esfuerzo continuado.

Se nota en muchos de ellos una falta de compromiso y de responsabilidad con el programa que asumen, y esto lleva a que muy pocos asistan a las asesorías académicas que se les ofrece durante la semana y a la revisión de los exámenes parciales; además, ha aumentado el ausentismo en las clases amparado en la reglamentación que lo permite, con tal de que los estudiantes asistan a presentar los exámenes.

En el bachillerato han cambiado las exigencias académicas y, en la actualidad, se aprueba el año con tres y hasta con cuatro materias perdidas, hecho que relaja al estudiante, pues él sabe de entrada que sin esfuerzo ganará el año.

Además, se han eliminado del pènsum de bachillerato asignaturas como la Geometría de Euclides y la solución de problemas algebraicos que ayudan a formar en el estudiante el razonamiento lógico, necesario en el aprendizaje de las Ciencias Exactas y Naturales.

En el entorno social, han aumentado el hambre y la miseria, los problemas familiares y el estrés, males que en la población universitaria se reflejan en hechos tan concretos como el auge de la gastritis, la hipoglicemia, la inflamación del colon y la depresión, verdaderas epidemias actuales no tan frecuentes hace treinta o cuarenta años.

En resumidas cuentas, están llegando a la Universidad estudiantes hiperactivos y cada vez más jóvenes, con todos los problemas humanos posibles en una sociedad en crisis, y totalmente desprovistos de las competencias básicas requeridas para enfrentar los exigentes procesos de enseñanza-aprendizaje.

Pero, para bien o para mal o para bien y para mal de las elevadas mortalidad académica y deserción estudiantil, en la Universidad también han cambiado muchas cosas, y muchas otras que debieran haberlo hecho permanecen petrificadas y tal cual han sido durante los últimos cuarenta años.

En el momento actual, debido al relevo generacional de los profesores de tiempo completo que se están jubilando, sigue en aumento el número de profesores de cátedra en la Universidad. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales hay en la actualidad más de doscientos sesenta profesores de cátedra, mucho más baratos, por supuesto, dictando los cursos de servicio y algunos cursos de los programas propios, mientras que de tiempo completo hay ciento cuarenta y cinco, cuando

en el pasado predominaba el número de profesores de planta. En el solo Instituto de Química hay setenta profesores de cátedra, contra treinta y tres de tiempo completo.

Los profesores de cátedra tienen que rebuscarse el salario dando clases por toda la ciudad e incluso en municipios, cercanos o lejanos de ella, como en las otras sedes regionales de la Universidad.

El creciente aumento en el número de profesores de cátedra, más baratos para la Universidad, es un hecho nuevo y de gran trascendencia en la docencia de los cursos básicos de servicio, pues la generación relevada era de tiempo completo y permanecía en la Ciudad Universitaria cuarenta horas a la semana, con oficina propia y dedicada a la docencia en materias de una determinada área del conocimiento, en las que los profesores se especializaron y llegaron a lograr un gran dominio de los temas. Cuando concluya el relevo generacional, habrá expirado para siempre, para bien o para mal o para ambas cosas, en la Universidad de Antioquia la categoría de profesor de tiempo completo dedicado exclusivamente a la docencia en los cursos de formación profesional, hecho que de pronto habrá que replantear, ante la alarmante y creciente mortalidad estudiantil, sobre todo para los cursos en Ciencias Exactas y Naturales.

En cuanto al relevo generacional, ya se exige título de doctor y dominio de segunda lengua, es decir, aumentaron las exigencias académicas para ingresar a esta gloriosa Universidad de Antioquia, y hoy los doctores tienen que responder, además, por investigación y extensión, exigencias que están demostrando ser excesivas para un profesor.

En cuanto a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales puede decirse que, con algunas excepciones, los profesores investigadores ejercen la docencia en cursos de posgrado y en los cursos avanzados del pregrado de los programas propios de cada instituto, con reducido número de estudiantes, aquellos estudiantes de pregrado que podríamos llamar los privilegiados que lograron salvarse de las vicisitudes y sufrimientos de los primeros semestres y no engrosaron las listas de la mortalidad académica y la deserción estudiantil. Son estudiantes que definitivamente ya salen adelante, y muchos de ellos serán los futuros investigadores y harán parte del relevo generacional de la Universidad.

No es pues usual encontrar a un investigador enfrentado a un grupo de cincuenta o más estudiantes con las características arriba menciona-

das. Puede, incluso, preguntarse si es necesario que lo haga o si mejor es que continúe en el laboratorio dedicado a la investigación, tan exigente, pero tan gratificante, que otorga prestigio a nivel nacional e internacional y que puede redundar en mayores ingresos para la Universidad.

En otras palabras, es muy claro que una cosa es ser docente en los superpoblados cursos básicos de las Ciencias Exactas y Naturales o de otra área, y otra ser profesor en cursos avanzados y de reducido número de estudiantes. Una cosa es ser docente y otra cosa es ser investigador; las dos son vocaciones distintas y no necesariamente cohabitan en el mismo ser, y muchos hay que son profesores, pero no les interesa cierto tipo de investigación, y muchos otros que son investigadores pero no les interesa ser profesores. Hay también quienes poseen las dos vocaciones, tal vez no tantos. También está, diáfano y claro, que las cualidades del ser requeridas para una vocación son bien distintas de las requeridas para la otra vocación, porque ambas son vocaciones: investigación y docencia.

Esto puede ser lo que está afirmando esta lapidaria frase que con frecuencia se escucha en boca de los estudiantes para referirse a su profesor: “Se ve que ese Man es un teso pero no sabe explicar”.

Es pues un grave error pensar que, automáticamente, investigación significa mejor docencia básica, y que, investigador y doctor equivalen a ser mejor profesor.

Una mirada a la pedagogía actual

Una de las cosas que en la Universidad de Antioquia permanece tal cual ha sido durante los últimos cuarenta años es lo que en este documento se designa con el nombre de pedagogía espontánea y natural, porque solo requiere para su implementación saber leer comprensivamente un texto y tener cierta fluidez y solvencia para expresarlo ante un público; lo demás lo hacen la autoridad del profesor y la normatividad de la institución. Es la pedagogía mínima a que puede acceder quien se ve enfrentado a ser profesor sin tener ninguna preparación pedagógica y que con el tiempo, y a base de repetirla, puede mejorar en lo operativo y mecánico, pero no en los fundamentos de ese hacer a menos que los cuestione a la luz de otros modelos exactos; esta pedagogía se limita, con algunas excepciones, a repetir en clase un discurso o contenido previamente leído en uno o varios libros; a desarrollar en el tablero

algunos ejemplos o situaciones numéricas que ilustran lo que se cuenta, a colocar otros ejercicios en talleres o recomendar los de algún texto, a resolver alguna pregunta sobre lo expuesto, que entre otras cosas casi nunca surge, a asesorar y resolver las dudas a los pocos estudiantes que van a la oficina en las horas de consulta y a realizar un examen sobre el tema en cuestión, a revisarlo por los estudiantes que se deciden a hacerlo y, finalmente, a continuar para el capítulo o tema siguiente, sin que importe para nada cuántos perdieron y por qué perdieron.

Esta pedagogía se fundamenta en el acto de dictar clase, *la dictadura de clases* la llaman algunos expertos, y tiene como protagonista principal al profesor que dicta la clase, y así se llama el acto de enseñar: dictar clase, como bien lo afirman estas cotidianas expresiones: *voy a dictar clase, vengo de dictar clase, hoy no tengo que dictar clase*. A esta pedagogía lo único que le interesa es cumplir el programa previamente decidido por otros o por el mismo profesor y en el tiempo previsto. En esta pedagogía no interesa si el estudiante aprendió o no aprendió y mucho menos preocupa cuántos y por qué perdieron el examen, cuántos cancelaron el curso, cuántos lo perdieron y quedaron habilitando, cuántos lo tienen que repetir; y mucho menos interesa a esta pedagogía cuántos lo están repitiendo por segunda o por tercera vez, *terceriando*, que es el máximo número de veces permitido por la Universidad, antes de expulsar definitivamente a un estudiante de la institución.

En esta pedagogía no importa qué vacíos traen los estudiantes al llegar al curso, *porque eso es problema del bachillerato que no está cumpliendo con su función como debe ser y no es problema de la Universidad; eso es problema de estos muchachos de hoy que ya no les gusta estudiar sino parrandear; yo supongo que ellos deben venir ya con tal o cual conocimiento y yo arranco de ahí para dictar lo mío*, dicen algunos profesores, cuando se dialoga sobre el tema.

Además, en esta pedagogía, el examen de habilitación, un derecho consagrado en las normas de la Universidad, se debe hacer lo más difícil posible, como para que no lo gane nadie, *pues no es justo que los estudiantes aprueben la materia en un solo examen, cuando los demás lucharon para ganarla durante todo el semestre*, se comenta entre profesores.

En otros términos, en esta pedagogía interesa el ser humano que tiene al frente solo para dictarle clases y asignarle una contundente nota, salvadora o reprobatoria, y en ese sentido se puede decir que es una pedagogía profun-

damente deshumanizada y a la que solamente interesa el cumplimiento del programa establecido, en el tiempo previsto.

Cuando se cuestiona esta pedagogía, algunos argumentan que en ella se han formado las sucesivas generaciones de profesionales y profesores que hoy se desempeñan con idoneidad y competencia. A lo que se podría responder que a esta pedagogía, espontánea y natural, nunca se le ha pedido que rinda cuentas y responda cuántos estudiantes cancelan el curso, cuántos pierden los exámenes, cuántos lo reprobaban, cuántos lo habilitan, de esos cuántos ganan la habilitación y cuántos lo repiten o se van desanimados para otras carreras o salen definitivamente de la Universidad, por rendimiento insuficiente.

Absurdos de una pedagogía y de una normatividad

En la pedagogía espontánea y natural se presentan situaciones como esta que se contempla en la reglamentación actual: si a un estudiante le queda la materia en dos con nueve, pierde el curso, pero si le queda en dos con noventa y cinco se debe aproximar a tres para reportar la nota con una cifra decimal y en ese caso aprueba el curso y puede matricularse en el siguiente. Desde el punto de vista de los conocimientos, ¿qué diferencia hay entre el estudiante que saca dos con nueve y reprobaba el curso y entre los que sacan dos con noventa y cinco o tres y lo aprueban? El profesor de esta pedagogía resuelve la situación aplicando la norma para respaldar a la institución que lo contrató. Pero dentro de otros modelos y estrategias pedagógicas basadas en objetivos de aprendizaje y que tienen en cuenta los procesos de aprendizaje del estudiante, esta situación no se presenta y el absurdo desaparece.

La Universidad debe cambiar la pedagogía actual basada en el profesor *dictador de clase*, *transmisor de conocimiento*, por nuevos modelos pedagógicos y estrategias de enseñanza y aprendizaje en las que el profesor es un mediador.

Para lograr este gran salto cualitativo es necesario capacitar al profesorado sólidamente, no con uno o dos cursos aislados sino con una capacitación sistemática y obligatoria, durante algún tiempo, en las nuevas teorías de la enseñanza y el aprendizaje. Pero este proyecto conlleva una dificultad real y de orden práctico en el panorama actual de la Universidad: ¿a qué horas y con qué tiempo podrán los profesores de

cátedra obligados al rebusque, y los investigadores, tan ocupados en tantas cosas, dedicarse al estudio de esas disciplinas tan distintas a las de su especialidad, como son las de la pedagogía?

Es significativo que en ninguna de las convocatorias que hace la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales para llenar las vacantes dejadas por los profesores que se jubilan aparezca el perfil de un doctor especialista en problemas de enseñanza y aprendizaje de dichas ciencias, lo que indica la poca importancia que se le da a los problemas pedagógicos que ellas plantean. Solo una profesora de la antigua generación del Instituto de Química y un profesor del Instituto de Física, por iniciativa propia, no institucional, están terminando un doctorado en ese problemático campo de la enseñanza y el aprendizaje de las Ciencias Exactas y Naturales.

Podría entonces pensarse en conservar un grupo de profesores de tiempo completo dedicados exclusivamente a la enseñanza de las conflictivas áreas de las Ciencias Exactas y Naturales y a investigar los problemas que ellas presentan a las desfortalecidas generaciones actuales de estudiantes.

¿No es contradictorio hablar de ampliación de cobertura y sin embargo ser incapaces de retener a los pocos estudiantes que logran entrar?; ¿no es más económico y práctico disminuir la deserción estudiantil y luego pensar en la ampliación de cobertura?

Los prolongados paros de la Universidad constituyen otra de las causas determinantes de la deserción estudiantil, especialmente de los estudiantes de provincia que no pueden sostenerse en la ciudad pagando altos costos, sin avanzar en sus estudios, y se ven obligados a regresar a sus lugares de origen sin haber culminado el dorado sueño de ser profesionales de la UdeA. La única manera de controlar esta incontrolable causa de la deserción es haciendo conciencia entre la comunidad universitaria del alto costo social que los paros implican.

En esto de la pedagogía actual debe haber junto con el relevo generacional un relevo cerebral, una verdadera revolución mental, un cambio de paradigma que reemplace a la pedagogía espontánea y natural, en la que se instaló la generación que “se acostó un día siendo estudiante y se levantó siendo profesor”, como caracteriza un profesor a la generación que está siendo relevada, a la cual pertenece quien esto escribe, y que no

recibió formación pedagógica, por una pedagogía distinta a la simple *dictadura de clases* y que evite que los profesores del relevo generacional, y por no formarlos como pedagogos, se instalen en la misma pedagogía basada en el profesor dictador de clase y simple transmisor de conocimientos.

Sin este cambio radical en el quehacer pedagógico en la Universidad, no habrá tampoco desde la pedagogía una contribución significativa a la disminución de las altas tasas de mortalidad académica y deserción estudiantil, y mucho menos en las conflictivas áreas de las Ciencias Exactas y Naturales y, por el contrario, continuará creciendo, en el futuro inmediato, esta enorme piedra en el zapato de nuestra gloriosa Universidad.

Contemplando el panorama actual de la Universidad de Antioquia, se me antoja que estamos en presencia de, al menos, dos universidades distintas y cada una con sede propia: la una investiga, la otra imparte docencia básica; una recibe aplausos, la otra vierte lágrimas.

Contemplando el panorama actual de la Universidad, rememoro los versos del poema “Tergiversaciones”, del poeta León de Greiff:

¡Y tanta tierra inculta por escasez de músculos!,
¡tanta industria novísima! ¡tanto almacén enorme...!
Pero es tan bello ver fugarse los crepúsculos...

Me atrevo entonces a parodiar al ilustre Maestro:

Ese edificio tan alto.
Tanta novísima sede
Tanta ilustrada gente.
Tanto aparato electrónico por todas partes.
Pero es tan triste ver el fracaso de tanto estudiante.



La Lucha Estudiantil: ayer y hoy en la Universidad de Antioquia¹

Erika Tobón Cardona
Estudiante

Desde hace algún tiempo se percibe en la Universidad de Antioquia un aire de cambio, la opinión frente a los asuntos que antes agitaban se ha transformado. Estudiantes y profesores no son los mismos, ahora libran luchas diferentes a las de generaciones atrás.

Al hablar de lucha, sin querer retrocedemos unos años y nos detenemos en lo que ha sido la participación de los jóvenes universitarios en el ámbito político. La lucha estudiantil ha transitado por diferentes momentos históricos. La década de los 70 marcó el inicio de los grandes movimientos estudiantiles a partir del manifiesto de Córdoba (Argentina) en 1968 por la autonomía universitaria. En aquel entonces Colombia asistió a un gran auge de movimientos sociales: el movimiento campesino, la estructuración del movimiento sindical y la configuración del movimiento guerrillero colombiano.

La década de los ochenta trajo consigo una gran radicalización de la juventud colombiana, incluyendo la comunidad estudiantil de la UdeA. Sin medir consecuencias, muchos jóvenes se vincularon a los movimientos armados y las universidades se convirtieron en verdaderas canteras de combatientes y dirigentes de las organizaciones guerrilleras. Se libró una lucha desmedida, sangrienta, llena de sacrificios, sin propósitos definidos, con metas inalcanzables, una lucha que solo dejó desesperanza y muerte.

.....
¹ 2007. *Debates* 46, pp. 84-86.

Pero es importante destacar, para ese entonces, un cúmulo de logros obtenidos por los universitarios. El movimiento estudiantil estuvo vinculado íntimamente con todo el proceso político que vivió Colombia en aquel momento histórico, fue protagonista de importantes hechos: levantó la bandera de los desaparecidos y la libertad de los presos políticos, además desarrolló una lucha significativa por la reforma del reglamento estudiantil de aquel momento; se crearon grupos de tendencia ecologista, por los derechos humanos y defensores de las minorías étnicas.

Hacia finales de la década de los 80 el movimiento estudiantil colombiano fue protagonista del movimiento de la séptima papeleta que se concretó en la Asamblea Nacional Constituyente, dando nacimiento a la Constitución de 1991, donde se garantiza la participación en las decisiones políticas y sociales a los ciudadanos sin importar raza, tendencia religiosa o política, sexo o edad y con la cual finalizó el Frente Nacional (acuerdo que se realizó en 1958 entre el Partido Liberal y el Conservador para gobernar a Colombia) y con él una etapa de exclusión para las terceras fuerzas políticas en Colombia.

La dicha no duró mucho, Colombia olvidó el esfuerzo que costó la Constitución del 91 y la guerra continuó. Los periódicos nacionales y regionales empezaron a dar cuenta de estudiantes desaparecidos, periodistas asesinados, dirigentes sindicales y sociales encarcelados, torturas y asesinatos selectivos y en masa. Apareció el paramilitarismo en Córdoba y Urabá. Los nuevos grupos que pretendían la misma justicia social tras la que se originan los grupos que actúan negando el poder del Estado solo lograron aumentar el temor que los otros habían concebido. El saldo: cientos de jóvenes asesinados en su lucha por un mundo y una Colombia mejor.

Al final de esta etapa, el movimiento estudiantil de la Universidad de Antioquia queda con un acumulado histórico importante; impronta que no puede desecharse así no más. Es la historia de la juventud estudiantil la que nos debe sugerir el camino, permitiendo extraer de la experiencia adquirida los errores y los aciertos.

Hoy los tiempos son otros. No estamos ante las grandes luchas estudiantiles, iluminados bajo la consigna “tomémonos el cielo por asalto”. Estamos en otro momento, otra generación, otra juventud y otras banderas sociales y políticas. Corren otros vientos; sin embargo, la juventud,

por las características que le son propias, es portadora de un permanente deseo de cambio y transformación del mundo que habita, pero este noble deseo no se puede convertir en un pretexto para utilizar a la joven generación como soporte de proyectos sociales, políticos, económicos o científicos que buscan fortalecer intereses individuales y no colectivos.

La lucha estudiantil de nuestros días y de manera particular la que actualmente desafiamos los estudiantes universitarios debe fundamentarse en esos nuevos vientos que corren por las aulas universitarias. El aire está cargado de esperanza y de la más firme convicción por librar esa lucha que ya no es la misma, ahora lleva en su seno un deseo por triunfar en lo académico, por permanecer autónomos en ideales de progreso y tranquilidad, por no ensuciarnos con intereses mezquinos, por investigar y descubrir o, al decir de muchos, inventar. Es una lucha que exige levantar la bandera de la construcción de la democracia estudiantil, aprovechar eficazmente los mecanismos de participación y de construcción social que tanto esfuerzo costaron al país, participar propositivamente de los distintos organismos universitarios, marchar en procura de la defensa de la educación pública, construir programas educativos de cara a la realidad que vivimos, atravesados por una pedagogía cimentada en un maestro o profesional comprometido con su profesión y con la realidad, mejorar nuestras condiciones pero no obligando a los demás a cambiarlas sino mejorando primero nosotros.

Ahora las herramientas se construyen con dedicación y perseverancia, con estudio, con trabajo y sacrificio no de personas sino de momentos. El conocimiento del hombre, las alternativas libres de toda codicia y egoísmo, el trabajo y constancia de familiares, el aporte consciente a satisfacer las necesidades de la sociedad, además de las oportunidades que ofrece el Estado (pocas o muchas, criticadas o subutilizadas, valoradas o despreciadas), son las armas para la batalla.

La mayoría de docentes y estudiantes de la Universidad de Antioquia estamos en ella con propósitos definidos, ya no queremos paros, ni tomas, ni explosiones, ni fuego; queremos libertad para pensar por nosotros mismos y no por lo que se imponga, queremos estudiar, descubrir o inventar, proponer y aportar con hechos reales a la construcción del tejido social, queremos cambiar la imagen de la Universidad en lo concerniente a política, queremos pelear con escudos de tolerancia,

Palabras que brotan del Alma

optimismo y conocimiento, prudencia y sabiduría para salir victoriosos. Porque si bien el paradigma que dirigió el camino de los jóvenes por más de cuatro décadas se sostuvo en la transformación de la sociedad desde afuera, hoy el paradigma que debe marcar a las nuevas generaciones es otro: “transformarnos nosotros mismos para cambiar nuestro entorno”.



¿Qué pasa con la Universidad de Antioquia?¹

Pablo Emilio Angarita Cañas
Profesor

El profesor de matemáticas Gustavo Loaiza Chalarca fue asesinado al frente de la Universidad de Antioquia, en la cual laboraba desde hacía más de 30 años. El hecho ocurrió el viernes 23 de junio, precisamente cuando se daba inicio a las vacaciones de mitad de año y por tanto el grueso de profesores y estudiantes estaban desmovilizados en disposición de disfrutar de sus planes de descanso.

Toda muerte genera muchos interrogantes y toca fibras sensibles de nuestro ser, y se hace más impactante cuando la víctima es una persona altamente apreciada como en el caso del profesor Loaiza, destacado por sus grandes méritos académicos, su afición al deporte y, sobre todo, por su inmensa sensibilidad humana, la cual proyectó socialmente con acciones solidarias hacia los estudiantes más necesitados, a través de los semilleros de matemáticas.

La pregunta inicial de todo el mundo es ¿por qué lo mataron? Surgen comentarios de extrañeza ante este asesinato, pues al no hacer parte de ninguna de las listas de los recientemente amenazados dentro de la Universidad, ni tampoco estar vinculado con actividades sociales o políticas, susceptibles de contradicciones y de producir enemistades u odios, entonces resulta más inexplicable su muerte.

Indudablemente todos esperamos una pronta y eficaz investigación por parte de la Fiscalía, a quien compete esclarecer a profundidad los autores y móviles de este repudiable homicidio que conmueve a todos

.....
¹ 2006, mayo-agosto. *Debates* 44, pp. 29-34.

los miembros de la Alma Mater antioqueña, y también a la educación pública, que ha vivido un preocupante ambiente de tensión, desde que en los últimos meses se conocieran diversas amenazas de muerte contra diversos estamentos, de parte de un grupo de supuestas “autodefensas de la universidad”.

El clima de confusión e intimidación reinante no es exclusivo de la Universidad de Antioquia, dado que, al igual que en esta, diversas ONG trabajadoras en la defensa de los derechos humanos y otras organizaciones sociales han recibido mensajes en las que se les declara “objetivos militares”, de parte de grupos que dicen defender la democracia en Colombia, apoyar las políticas del reelegido presidente y estar dispuestos a perseguir en cualquier lugar del territorio nacional a los “comunistas disfrazados”.

La gravedad de lo que está pasando con la Universidad de Antioquia exige superar el estupor para esforzarnos en ejercicios de análisis que nos permitan una mejor comprensión de los hechos, a lo cual contribuye tener presente lo sucedido en los últimos años, así como el contexto general vivido en el país antes y después de las dos elecciones nacionales.

Antecedentes

Los más de 200 años de existencia de la Universidad de Antioquia están cargados de profundas vivencias no solo en la producción de conocimientos, en el aporte a la ciencia y la tecnología de Colombia, sino que en sus diversos períodos han dado muestra de compromiso con la sociedad, en todas las esferas del ver y del hacer humano.

Este centro de enseñanza superior se ha caracterizado por albergar a gentes provenientes de todas las regiones del departamento y del país; jóvenes de todos los estratos sociales, ansiosos de conocimientos y sensibles a los diversos problemas de la realidad nacional y mundial, que lleva a muchos de ellos a comprometerse decididamente en aportar soluciones efectivas, desde sus diversas visiones.

En las aciagas épocas de finales de los años ochenta, en medio de las bombas y masacres de miles de personas a manos de narcoparamilitares, en la Universidad de Antioquia emergían figuras valerosas y honestas como los profesores Héctor Abad Gómez, Leonardo Betancur, Pedro

Luis Valencia y Luis Felipe Vélez, quienes entregaron su vida denunciando los atropellos de que eran víctimas diversos sectores de la población y en procura de unas mejores condiciones de vida para los antioqueños. Su compromiso en la defensa de los derechos humanos llegó hasta cuando los poderes armados no soportaron más el filo de su compromiso con la verdad y con la vida. Ante sus muertes, la sociedad se vio profundamente afectada, la Universidad se conmocionó y en medio de su dolor siguió adelante “invicta en su fecundidad”, como reza su himno.

Durante la década del noventa, siguieron presentándose hechos de amenazas que llevaron a algunos estudiantes a tener que exiliarse, pues la agitación estudiantil hacía eco de múltiples heridas sociales como el desplazamiento forzado, el desempleo y de otras angustias ocasionadas por el conflicto armado.

En medio de la compleja situación nacional, la Universidad siguió creciendo en sabiduría y en aportes a la sociedad; tan solo los resultados en materia de investigación dan cuenta de ello al ubicarla en el primer lugar en toda Colombia, con más de doscientos grupos de investigación reconocidos ante Colciencias.

Entre 1999 y 2001 se presentaron nuevamente luctuosos hechos. El profesor Hernán Henao, siendo director del Instituto de Estudios Regionales INER, es asesinado dentro de su propia oficina, a manos de hombres bajo el mando del jefe paramilitar Carlos Castaño, según lo reconoció él mismo por diversos medios. Dos estudiantes son asesinados dentro de los predios universitarios, al igual que un empleado de una cafetería y el líder estudiantil Gustavo Marulanda. Asimismo, varios estudiantes fueron amenazados y miembros de varias ONG sufrieron secuestros y atentados con bombas, en hechos producidos por grupos de autodefensas, algunos de los cuales aparentemente se encuentran desmovilizados.

Entre los acontecimientos trágicos más recientes se registra, en febrero del 2005, la muerte de dos jóvenes universitarias y varios heridos con artefactos explosivos, en momentos en que se disponían a marchar en protesta contra la firma del Tratado de Libre Comercio, luego de lo cual fueron capturados varios de los estudiantes heridos y algunos que habían dirigido asambleas en las cuales se analizaba la problemática educativa y social del país.

Los estamentos universitarios han asumido que los estudiantes detenidos y procesados judicialmente hacen parte de la Universidad y como tal han sido solidarios con ellos, particularmente los profesores de Derecho les han brindado asistencia jurídica, como era su deber ético y profesional; sin embargo, esto ha sido motivo de malintencionados ataques por parte de sectores poderosos del departamento, como ocurrió con el periódico regional *El Mundo*, que en su editorial del 14 de mayo de 2005 fustigó al claustro de profesores de Derecho en términos desobligantes, injuriosos y con argumentos desconocedores de la legalidad que dice defender. Lo que es peor aún, el mismo editorial fue impreso y difundido ampliamente dentro de la Universidad, firmado bajo la responsabilidad de un supuesto Comando Paramilitar de Autodefensas, situación que hasta la fecha no ha merecido aclaración pública alguna por parte del mencionado diario.

Por su parte, los profesores de Derecho han explicado reiteradamente las razones por las cuales han asumido la defensa jurídica de los estudiantes detenidos y procesados penalmente, exigiendo un debido proceso, pues se han encontrado irregularidades en el trámite del mismo. En uno de los comunicados, en respuesta al editorial de *El Mundo*, los docentes dicen: “Queremos dirigirnos nuevamente a la comunidad universitaria y a la opinión pública en general, para reafirmar nuestros puntos de vista y seguir con la tarea pedagógica que es nuestra razón de ser como docentes [...]. Para nosotros la Universidad defensible, por la que vale la pena trabajar y hacer esfuerzos, es aquella en la cual los argumentos racionales, expuestos con transparencia, claridad y entereza, son su razón de ser. Una Universidad plural donde a nadie se le silencie con el manido argumento de que se está conmigo o contra mí; una Universidad que tiene que asumir que no es blanca ni negra, sino llena de matices, y precisamente esa es una de sus grandes fortalezas”.

En toda universidad, por esencia, el ambiente natural debe ser el de desarrollar el pensamiento crítico y el compromiso social, aún más si se trata de una universidad pública, en donde se anidan las múltiples manifestaciones existentes de la sociedad, y en donde las expresiones de los diversos estamentos sociales conviven en una común misión científica y social. En el caso de la de Antioquia, es muy significativo y paradigmático que las dos figuras más descollantes de la política nacional en la coyuntura actual, representando visiones e intereses claramente

contrapuestos, hayan sido el producto de ella: de una parte, el presidente Uribe, liderando un sector importante de la sociedad, representando el establecimiento, con una absoluta mayoría de los ciudadanos votantes, y por la otra, el exprofesor Carlos Gaviria, liderando el principal partido de la oposición, con casi tres millones de seguidores, y quien adelanta una abierta crítica al gobierno bajo la defensa de las libertades individuales y de los derechos económicos y sociales de la población. Ambos, aunque de manera diferente, son productos de la Universidad de Antioquia y gozan de amplia simpatía dentro y fuera de la misma.

En mayo del 2006, en plena campaña electoral, nuevamente la Universidad de Antioquia es atacada. Diversos comunicados, difundidos en diferentes semanas, publican nombres de estudiantes, trabajadores y profesores, a quienes se les declara “objetivo militar, en cualquier lugar del país en donde se encuentren”. Lo cual, como es obvio, produce un trastorno de la vida académica de la Universidad, despertando honda preocupación y desconcierto, pues retrotraen las imágenes luctuosas del reciente pasado.

Se pensaba que las amenazas podrían ser producto de aquellos sectores desmovilizados en proceso de negociación con el Gobierno Nacional, quienes temiendo que no hubiese un triunfo de la reelección, acudían a la intimidación para hacer retroceder las fuerzas políticas opositoras, lideradas por el exprofesor Gaviria. Sin embargo, aun después de conocidos los resultados de las votaciones, las amenazas se mantienen, y ahora expresan sentirse respaldadas por el “Represidente”, como ellos lo denominan, en un tono de exagerada arrogancia y militarismo rampante. En este contexto se produce la muerte del profesor Gustavo Loaiza el pasado 23 de junio. Vemos que no contribuyen a la comprensión de los hechos dos posturas explicativas que, independientemente de las intenciones, nos parecen equivocadas, pues en la práctica desvían la atención de los factores reales que están detrás de este repudiable crimen. Una es la de afirmar que el asesinato del profesor Loaiza es un hecho aislado a la vida de la Universidad y a las amenazas recientes; la otra es asegurar que esta muerte se debe a las amenazas de las “Autodefensas”, es decir, fue producida por ellos.

La idea de considerar como completamente ajeno el hecho a lo que viene ocurriendo en la Universidad busca contribuir a calmar los áni-

mos dentro de la misma, a no propiciar un ambiente de mayor tensión que perturbe más la normalidad académica, de por sí ya afectada; sin embargo, esa postura despierta desconcierto e incluso indignación en los estamentos más vulnerables que en las actuales circunstancias demandan de los directivos universitarios y de las autoridades estatales una actitud más enérgica, más allá de un placebo tranquilizador. Los afectados directos esperan un compromiso real que implique movilizar recursos y relaciones necesarias para salvar las vidas que están en peligro. Estamos hablando de vidas humanas, de personas que tienen un rol en nuestra sociedad como parte de la inteligencia, y por lo mismo se esperaría que una sociedad medianamente culta debería proteger y salvaguardar, por todo lo que representan para el presente y futuro de la sociedad.

La segunda postura, la de atribuirle el hecho a un grupo paramilitar, además de ser una acusación ligera y por lo mismo irresponsable, no permite identificar ni establecer responsabilidades concretas; por el contrario, puede desviar la investigación y, sin quererlo, por esa vía contribuir a ocultar a los verdaderos victimarios, además de servir de estímulo a posibles acciones retaliatorias que amplifiquen el clima de tensión y enturbien aún más las agitadas aguas universitarias.

Nuestra hipótesis. Algunos factores explicativos sí se pueden establecer claramente, mientras los datos puntuales corresponden a la Fiscalía establecer. El clima de polarización creado desde el gobierno central, reiterado en sus años de mandato, pero arreciado durante su campaña reeleccionista, ha traído como consecuencia un ambiente tenso. Sus malintencionadas expresiones de señalar a sus opositores como “comunistas disfrazados”, el ataque a los defensores de derechos humanos, sindicándolos públicamente de aliados de los terroristas y otras expresiones similares, dada la alta dignidad que ostenta el presidente, el grado de credibilidad de que goza, así como de seguidores con que cuenta, incluso entre las filas de grupos armados ilegales, son hechos del contexto que nos aproximan a una comprensión de lo que pasa.

Somos muchos los sectores sociales en Colombia que nos sentimos amenazados. No es necesario que nos llegue un papel o una llamada amenazante para entender que el hecho de realizar acciones en defensa de los derechos humanos, el criticar algunas de las políticas del gobierno, ya de por sí es algo que conlleva riesgo para nuestras vidas. Es más,

diversos estudios nacionales e internacionales han insistido en que la permanente impunidad es el mayor caldo de cultivo para la continuidad de la violencia y el desprecio por la vida que aún impera en algunos colombianos. Todo esto sigue sucediendo a los cuatro años de los supuestos éxitos de la Seguridad Democrática y en vísperas de iniciarse la continuidad del mismo régimen neopopulista imperante en Colombia, con impresionante apoyo mediático.

La postura difundida por los medios de comunicación, por parte del gobierno central en cabeza de la ministra de educación, es la de que no habrá controles represivos dentro de las universidades para enfrentar la situación. Lo que los universitarios queremos es que el gobierno asuma una postura de mayor compromiso con la situación, lo cual empieza porque el propio presidente de la República cambie su actitud y su discurso frente a los universitarios. Especialmente, que admita en los hechos construir una democracia en Colombia, lo cual tiene como punto de partida el aceptar las posturas diferentes a las oficiales y permitir la crítica, sin que ello conlleve riesgo de morir en manos de tanto matón desmovilizado o aún ilegalizado. El segundo paso es rechazar de plano las manifestaciones de respaldo al gobierno por parte de grupos ilegales como los paramilitares, cosa que ocurrió durante la campaña electoral y sigue expresándose en los diversos comunicados de amenazas a los universitarios y las ONG, lo cual debería ser motivo de vergüenza nacional y de explicaciones públicas, que hasta la fecha no se han dado.

A la Universidad se le puede matar de muchas maneras. La más directa y obvia es quitándole la vida a sus integrantes. Pero otra manera más sutil y perversa es cuando se combina el homicidio con el suicidio. Esto es, cuando ante los ataques de fuera cedemos y terminamos abandonando los espacios del pensamiento crítico y de la acción social. Por eso, la Universidad no puede retroceder ante las amenazas, en el sentido de que no puede dejar de cumplir con su misión de pensar al ser humano, de reflexionar sobre la sociedad en sus complejas e intrincadas relaciones. Estaremos contribuyendo a matar la Universidad el día en que seamos los propios universitarios quienes manteniéndonos en las aulas de clase hayamos renunciado a la esencia de esta, es decir, a ejercer nuestra labor de indagar por lo divino y lo humano, a problematizar todo lo existente, a cuestionar al poder, es decir, a ejercer y promover el Pensar que, como dice Deleuze, “es pensar de otro modo”.

En conclusión, en un país en el cual subsisten numerosos grupos armados y se mantiene ese *animus belli*, al que el filósofo Kant describía como un “estado de guerra”, así no hubiese hechos de guerra, en ese ambiente bélico, lo que hagan o dejen de hacer los dirigentes del Estado y de la sociedad será recibido como un mensaje para el conjunto de los ciudadanos, y para quienes actúan más con las armas que con las palabras será interpretado como una orden de matar.

Este conflicto se inscribe dentro del marco de intolerancia que en estos tiempos pulula en el país, y por ello, sin que esto signifique desafiar el miedo, comprendemos que como universitarios debemos unirnos en torno a la defensa no solo de la Universidad sino del país, con los únicos instrumentos que nos acompañan: el pensamiento reflexivo, la palabra y la comunicación.

Por ello, mientras no exista un propósito nacional de dar pasos concretos para superar este ambiente de guerra, de avanzar hacia niveles más civilizatorios de tratar nuestras diferencias, seguiremos profundizando este estado de barbarie. En estos momentos históricos todos y cada uno de nosotros tenemos una responsabilidad muy grande con el presente y futuro de la universidad y de la sociedad colombiana; entre más alto sea nuestro cargo o poder, mayor es nuestra responsabilidad.

Si queremos evitar más dolorosas tragedias como la pérdida del profesor Loaiza, necesitamos cambiar radicalmente el clima belicoso que se cierne contra la Universidad y entre los colombianos. Es una responsabilidad que empieza por el primer mandatario, ilustre egresado de la Alma Mater antioqueña, de quien esperamos aproveche su enorme respaldo e influencia en los colombianos empleándola a favor de una noble causa como es la defensa de la vida, de la educación y de la Universidad, actualmente en una situación de alto riesgo.

Medellín, 28 de junio de 2006



Carta abierta. Estimado maestro¹

Ivannsan Zambrano Gutiérrez
Estudiante

Estimado maestro:

Contigo el tiempo y el espacio que he vivido con toda seguridad han guiado y en algunos casos transformado parte de lo que soy. Hace tiempo, después del 15 de septiembre de 2010, después del cierre de la Universidad, a mis manos arribaron algunas letras que transmitían el dolor de ver la casa universitaria sola, sin nosotros que somos al lado tuyo el alma de esta institución; yo también sentí tu ausencia, tu lejanía. La transformación que gracias a ti hoy sostengo tiene que ver con una única y alta potencialidad pedagógica tuya, esto es, tu poder de hacerme distinto, de desobjetivizarme, de enseñarme un mundo y una realidad que desconocía y que seguramente sin ti hubiera sido algo difícil llegar a conocer, y en ese conocimiento, que es como una experiencia, transformarme. Conversaba y especulaba sobre lo que podías ser, es decir, un viejo cansón, un barbudo exigente con voz templada y fuerte, seguramente algo sabio y también algo testarudo, o todo lo contrario, siempre con tus defectos y virtudes, como todo ser humano. Así, entre anhelos y expectativas, te llegué a conocer; a tus clases asistí y muchas veces, reconozco, me enfurecí por tus solicitudes acordes al saber que intentabas que yo conociera, utilizara y apropiara; otras veces estuve contento por lo que hiciste que experienciara, que conociera y aprendiera. Tú ahora eres mi centro de atención, a ti rindo tributo por ser luz en medio del camino oscuro que al principio decidí transitar cuando me inscribí con interés de llegar a ser un profesional. El camino poco a poco fue más

.....
¹ 2011, mayo-agosto. *Debates* 59, pp. 86-89.

claro pero nunca lo suficiente, y eso, según decías, era bueno, pues me alentaba a seguir indagando el presente, preguntándome por el mañana y sospechando del pasado, e incluso cuestionándome a mí mismo constantemente.

La vida en las aulas, al lado tuyo, en los pasillos de la Universidad me enseñó a amar no solo a la persona de la cual me enamoré, también la casa en la que algunos días a la semana compartías conmigo, esa casa era y es también tu casa, por tanto, a ella y a ti los apreciaba, y sigo haciéndolo, solo que algunas cosas están cambiando.

En la Universidad, desde el año pasado al actual, se vive bajo una cierta “calma incómoda” que nos transpira, nos corroe los huesos, nos habita la piel y susurra el alma, nos pasa por el cuerpo como un mal presagio y no de reforma (Ley 30) solamente, sino de algo más o igual de peligroso; es una calma con sensación de angustia, de ansiedad, de dolor, de profundo y tenebroso miedo, de incertidumbre y desconsuelo. Te confieso, y creo confesamos muchos estudiantes, que ha sido más fácil vivir estos semestres académicos bajo los estallidos que aquellos en estado de sitio, de realidad excepcional. Los días son algo distintos, parece que nos hemos —la mayoría— inmutado, anonadado frente a las imponentes marchas de poder y control que por nuestros pasillos, salones y espacios abiertos han circulado distribuyendo el peso del poder en vigencia; algunos han resistido con sorprendente valentía, como acercándose a la muerte, como poniéndose en vida a disposición de ella; sus vitalidades en acción válidas o no bajo los criterios de violencia legítima parecen que son las únicas resistencias en cuerpo, al lado de muchos que solo hemos hablado pero no nos han escuchado; estamos sitiados, estamos amenazados, estamos silenciados, estamos amordazados, las cosas están cambiando...

La vida está llena de cambios, lo sé, me lo has dicho. Tú estás ahí, aún con todos esos cambios eres constante o intentas serlo, eres cuerpo que resiste y vida que sigue viviendo. Para Bauman (2008), el cuerpo es lo que resiste; ahí lo ves al viejo maestro de la Universidad de Leeds en Gran Bretaña, calvo y anciano, pero sabio; por su cuerpo han pasado ya muchas épocas, cada una con unos modos de ser y hacer distintos. La vida, pareciera, es muy rápida, ya nada es lento, constante, seguro, confiable, pero el cuerpo sigue ahí resistiendo. La vida, para Sabato (2000),

es también una resistencia, una manera de resistir a la constante amenaza de muerte o principio de ella que nos llega a cada minuto, que nos hace vulnerables; y sin embargo, seguimos viviendo, pues en toda muerte existe la vida, de toda energía vibra la vida como una llama en la oscuridad, como un faro en el extenso e inabarcable mar; allí está la vida renaciendo, haciéndose de la muerte; en medio de la quietud se arma con el movimiento, el mágico y místico movimiento del que somos parte. Para Sabato —que hace unos meses partió a la eterna calma de la muerte—, la resistencia, y en ella la vida, se hace al lado del otro con el roce de la piel, la cercanía de los cuerpos, las miradas y las palabras. ¿Qué sería de tu vida sin mí?, tú y yo somos complemento, del uno se hace el otro y del otro se hace el uno, los dos nos hacemos y deshacemos frente a la vida, que y como lo has sostenido no es fácil; para los griegos era una prueba, para ti un camino difícil aunado a una aventura necesaria de vivir.

El intelectual argentino Ernesto Sabato afirmaba que la vida como resistencia era posible en tanto nos salvamos por medio de ella, como si la vida fuera energía de nuestros cuerpos que alimenta a otros cuerpos, otras vidas, como si entre vida y vida las vitalidades se hicieran más fuertes, más espirituales, más resistentes; si es así, seguramente te has alimentado de mi vida y yo enormemente de la tuya. Tú eres vida, eres cuerpo, eres resistencia.

La resistencia, en esta perspectiva, es inherente al cuerpo que en sí mismo perdura frente a los cambios, es emergente de la vida visibilizada en el movimiento del mismo, en su energía, en su cercanía a la muerte; también es real bajo un umbral de sensibilidad alterado por un contacto con el otro, un roce de piel, una mano en el hombro, un abrazo, o en conexidad, unas palabras, unos consejos.

Tu vida y la mía —fortalecidas y reconstruidas constantemente en la interacción propiciada por los espacios de nuestra Alma Mater, vidas en resistencia—, nuestras vidas a la fecha están y siempre estarán en suspenso, en espera del derecho a seguir viviendo. La Universidad que es nuestra casa y espacio de interacción se encuentra hoy a la expectativa de un veredicto, una orden, un mandato que nos transformará, nos hará distintos, nos permeará hasta hacernos irreconocibles a lo que hoy somos o éramos. Hoy tengo miedo, la academia que me vio llegar y

crecer, la Alma Mater que aún espera tanto de mí se está consumiendo a sí misma bajo órdenes soberanas y con ella también nos consume a nosotros. Yo necesito de ti, confío plenamente en que las cosas puedan ser distintas, que los caminos que invitabas a caminar sean diferentes a beneficio de los dos y la sociedad humana, no de intereses que sin más deciden interrumpir mi formación y afirmar que debo programarme a órdenes y exigencias de un mercado. Necesito de ti, ya te lo he dicho... desde que todo esto empezó, o continuó, desde el 15 de septiembre he corrido al lado tuyo o a veces sin ti; te vi salir y llegar allí, atemorizado o enfurecido, otras veces cansado y la mayoría de las veces inquieto por aquel mandato que se hace cada vez más evidente.

Yo dejaré la casa, como todo hijo deja a su padre y madre, de tu hogar partiré, me iré de ti, me alejaré, me distanciaré, es mi deber hacerlo —a menos que desee ser maestro—; hiciste cosas importantes y cruciales en mi vida, pero las clases, los conversatorios, los consejos tarde que temprano finalizarán, y marcharé deseando que otro estudiante llegue a tu vida y que de él hagas algo distinto como lo has logrado conmigo; ese es mi sueño y creo el sueño tuyo, esa es la realidad de lo que espero de ti. A ti te corresponde más que a nadie dar continuidad a este sueño; aunque deba marcharme creo en ti, porque eres el defensor de esos sueños que todos, mis compañeros y compañeras, depositamos en ti; la nación cree en ti y tú eres lo vital de esta academia, de esta Universidad.

Maestro, vienen tiempos difíciles, no podré acompañarte en cuerpo, en la distancia con mi voz sobre el papel intentaré hacerlo, pero tú estarás aquí en casa, y a ella deberás defender; eso es lo que pienso, lo que me has enseñado no solo en clase sino en la propia vida fuera de las aulas, cuando nos has contado de ti, de tu juventud, de tus aventuras, tus tristezas y alegrías, cuando en la calle me saludas y siempre con tu presencia me obligas, con nostalgia en cuerpo y alma, a recordar que algún día hice y soy parte de esta Universidad, tu Universidad, y que a ella le debo tanto o más que a nadie, que en ella al lado tuyo me hice; por todo eso siempre te he admirado, pero hoy más que nunca quiero verte, sentirte en resistencia que no solo fluye de tu cuerpo sino de tu vida que se hace e hizo junto a la mía, experienciarte e inspirarme a proteger la casa como la madre que cuida a sus hijos. Espero de ti que cuides de nosotros. No dudes que intentaremos—rán defendernos—se, resistir. Pero te

necesitamos, no te alejes, quédate con nosotros, protege el sueño que has sembrado, guía la planta que has cultivado y da sabiduría el árbol joven que crece al lado de otros más viejos para tomar un buen camino, una ruta adecuada en pro de la defensa de la Universidad.

Maestro, de la historia en sus vientos del pasado y del presente te has hecho, por toda tu existencia corre historia como sangre por el cuerpo, no solo institucional sino de lucha, en algunos momentos por un salario, o mejor escrito —con más justicia—, por una vida, en otros por reconocimiento académico, intelectual; en ambos, olvidar no es una opción; la historia, y en ella la memoria, siempre será un arma, una resistencia, una herramienta indispensable para la batalla. Si el espacio y el tiempo en mí dispusieran tu destino, te expondría al contagio de la “peste del olvido”, como en Macondo en *Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez, con el fin de que no duermas hasta que esta amenaza se desplome a beneficio de todos, pero que la peste no traiga el olvido, sino que evoque constantemente de la memoria, de la historia los momentos de lucha, tus luchas, y en ellas el hecho de que sin haber ganado has resistido, sin derrotar has obtenido la victoria; vives y de la resistencia te has fortalecido. Hoy más que nunca puedes y debes estar ahí, en el frente de batalla; que tu lucha clame con fuerza que existes, que hay resistencia, que existen los MAESTROS.

Un maestro, alguien como tú, un ayo en términos de Kant —y espero no un profesor ni un docente que educa para la escuela o solo profesa un saber en el aula—, es un cuerpo y un alma que nos acompañan de la vida a la muerte en un viaje —el viaje de la vida— donde las palabras, al estilo de los viejos sabios, son inevitablemente necesarias; sin ellas nos diluiremos en el oscuro, confuso e irreconocible tiempo que nos vive y que vivimos; con ellas resistimos. “Tú” —como lo escribe Carlos Fuentes en *La muerte de Artemio Cruz* y que para mí es el principio de la relación con “yo” en la que *somos* frente al mundo, consolidando de esta forma una relación, por tanto, una resistencia a la contemporaneidad que fomenta el individualismo—, que persistes en mostrarme un camino seguramente confiable a mi destino, que labras la resistencia en mí, tienes también el deber de ser en ti mismo fiel a tus palabras, tus ideales, tus sueños, tu ética y fundamentalmente tu existencia-resistencia política; esa es parte del deber de un maestro, alguien como tú. Recuerda que

un maestro, varios maestros son la población más peligrosa pero también la más fructífera en una estructura social y política determinada en cualquier época; ten presente que tú, hoy más que nunca, estás llamado a ser un modelo a seguir, una esperanza, una resistencia, un distinto de lo igual entre los profesores o los docentes, un algo de vida en medio de la dura realidad, un lucero al fondo del frío y largo pasillo, lleno de incertidumbres, miedos y amenazas que es la vida en soledad, como lo escribiría Sabato (1998, p. 40) refiriéndose a ella y en parte a lo que tú eres: “La dura realidad es una desoladora confusión de hermosos ideales y torpes realizaciones, pero siempre habrá algunos empecinados, héroes, santos y artistas, que en sus vidas y en sus obras alcanzan pedazos del Absoluto, que nos ayudan a soportar las repugnantes realidades”. Debes estar ahí, ese es, si me permites el atrevimiento, tu destino.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2008). Si perdemos la esperanza será el fin, pero Dios nos libre de perder la esperanza. En: *Múltiples culturas, una sola humanidad*. Katz Editores.
- Sabato, E. (1998). *Antes del fin*. Seix Barral.
- Sabato, E. (2000). *La resistencia*. Seix Barral.



Pacto por las No Violencias en la Universidad de Antioquia¹

John Mario Muñoz Lopera
Profesor

Por el decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

La crisis política y social por la que atraviesan algunos países de América Latina no es otra cosa que la crisis del modelo económico imperante, basado en formas de explotación humana y de los recursos naturales, sin precedente en la historia. Este sistema capitalista, en su versión neoliberal, ha generado y consolidado una individualización y atomización de la vida colectiva, instrumentalizando las acciones humanas a la esfera privada: superar al otro o invisibilizarlo —ese otro que no es más que el espejo de sí mismo, “la otredad”, ese que se pierde en los contornos de la competencias consigo mismo, que ya no necesita explotador más que su propio *alter ego*—, donde lo colectivo y lo público parecen ser tierra de nadie, solo habitado por la sombra de nuestras angustias y lamentos, por los susurros y los silencios de los “nadies”, por ciudadanos opacos, grises, despolitizados que buscan la salvación y la redención, en el otro, que finalmente es crisol de nuestra sociedad decadente y enferma.

Es urgente recuperar lo público como ese escenario de construcción social que por antonomasia contiene la razón y el fundamento del vivir juntos; cultivar ese, nuestro espacio común para llenarlo de sentido, de expresión de los sentidos; recuperar también su significado, el del proyecto donde se dignifiquen la vida, la razón, la ciencia, el conocimiento, donde la palabra y los argumentos sean los que alumbren el horizonte de

.....
¹ Publicado en la página web de la Universidad de Antioquia en marzo de 2020.

nuestra condición humana; apremia que los silencios y los miedos dejen su lugar de anonimato, de comodidad para que digamos al unísono basta ya de las violencias, aquellas que provienen del sistema patriarcal, del Estado de la desigualdad, de la fuerza pública, de los que aprovechan las luchas sociales para dañar bienes públicos, que son de derecho colectivo y, ante todo, para la formación de los que están y los que vendrán.

La Universidad de Antioquia como microcosmos de la Sociedad debe ser arquetipo para resolver su antagonismo, a través de lo que somos y hacemos: la ciencia, la argumentación, la investigación, la formación de seres integrales y sensibles con los temas de la sociedad; esa impronta, ese equipaje que nos hace más humanos y que solo dejamos con la muerte.

La Alma Mater, en su acepción femenina la “madre nodriza”, la del cuidado, la que se debe cuidar, la que cuida y protege; esa labor no es de una persona, es de todas y todos, somos hijas e hijos de la madre, que dio lo que somos y seremos de ella, maná de conocimiento y formación integral.

Es por esa historia de 216 años, por el legado de tantos que la habitaron e hicieron de este centro de educación superior el más incluyente de la región, para las clases más vulnerables, frente a un sistema que quiere arrasarse con lo poco público que nos queda.

Es necesario un pacto universitario frente a todas las formas de violencia, fuera y dentro de la Universidad, que nuestra casa de estudios siga brillante en la oscuridad del tiempo que nos tocó vivir, debemos ser faro para tantos otros que recorrerán sus espacios cuando no seamos más que un recuerdo difuminado por el tiempo; un pacto donde hagamos respetar sin violencia, pero con contundencia, con argumentos en defensa de lo público, lo colectivo, la ciencia, el conocimiento, las artes, los saberes ancestrales, la No violencia contra las mujeres, la población LGTBI, las minorías étnicas, raizales, la diversidad amplia que es lo que nos une e identifica.

Un pacto universitario contra las violencias sin perder el horizonte de crítica pasa por constituirnos como un nosotros colectivo permanente y no coyuntural, custodios de la babel del saber, del sitio del encuentro y la construcción de una mejor sociedad. Un pacto donde los universitarios reconozcamos la diferencia en la diversidad, pero igualmente

Ideas

asumamos lo público de la Universidad como algo que debemos cuidar, que respetemos en tanto aporta al bienestar colectivo. Las violencias en todas sus formas deshacen el tejido social universitario. Debemos desde la fuerza de la razón y los argumentos construir una mejor convivencia para todos.

A eso invitamos a todas y todos los universitarios: a construir un gran pacto por la convivencia y por la defensa de lo común y lo colectivo.



La Universidad de Antioquia como sujeto de reparación colectiva¹

María Teresa Uribe
Profesora

Universidad de Antioquia: reparación colectiva y esclarecimiento de la verdad

Yo pienso que la reparación colectiva debe esperar un tiempo, y debe esperar un tiempo hasta que aclaremos hasta el fondo, y mirándonos a los ojos nos preguntemos: ¿Qué ha pasado en la Universidad? ¿Qué nos compete como víctimas y como victimarios? Porque la historia de la universidad, y no solamente de la de Antioquia, sino de la universidad pública, ha sido también una historia de conflictos muy complicados que han generado muertes y que han generado problemas. Y si queremos una reparación de verdad, si queremos de verdad *la verdad*, tenemos que empezar por ahí: por reconocernos a nosotros mismos, por reconocer qué hemos hecho y qué no hemos hecho, hasta dónde podríamos haber ido y qué hemos evitado. Porque es muy fácil adquirir la posición de víctima, ¡eso es lo más fácil del mundo! Que lo reparen a uno, ¡muy rico! Pero si queremos realmente llegar a la verdad, tenemos que empezar por aclarar cuál fue esa verdad en la Universidad, y hacerlo de una manera profunda, de una manera muy crítica y de una manera muy clara. No para castigarnos a nosotros mismos, sino porque es la única manera, pienso yo, como puede aflorar la verdad en este país;

.....
¹ Transcripción de la intervención en el evento "Las universidades públicas como sujetos de reparación colectiva", realizado el 13 de junio de 2018 y organizado por Hacemos Memoria. Dicha intervención presenta las respuestas de María Teresa Uribe a las preguntas realizada por las profesoras Patricia Nieto y Adriana González, en una entrevista del 8 de junio del 2018. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=fLs_1-URW1k [18.06.2023].

que las entidades, las universidades, las localidades, los sindicatos, las organizaciones sociales aborden ese tema y se miren a sí mismas, y así ubiquen cuál ha sido su responsabilidad en este problema del conflicto.

Yo creo que sin la verdad, aquí no hay nada. La verdad es lo primero. Y la verdad no solamente pasa por los enemigos, sino que la verdad pasa también por los amigos. De tal manera que yo creo que está bien que pensemos en una reparación. Pero primero que todo habría que empezar por hacer ese debate interno. En segundo lugar, me parece que la Universidad como víctima, como un colectivo a indemnizar o reparar, no debe pensar en una reparación económica; debe pensar en otro tipo de reparaciones, en una lucha por tener una presencia mayor en el espacio público, de tal manera que se le permita participar activamente en todos los procesos aledaños al postconflicto, tanto en la JEP como en los proyectos que mal que bien vienen desarrollando los actores desmovilizados. Porque si no, quedaríamos nosotros como si fuéramos los buenos que venimos aquí a decirles a ustedes cómo deben ser; y cuando es así, seguimos reproduciendo una situación de paternalismo que en buena parte ha producido violencias como la nuestra.

Yo quisiera terminar con una cosita: estamos abocados a unas elecciones; si gana la derecha, si gana Duque, la Universidad tiene que salir a la calle a defender el proceso de paz. Si eso ocurre, lo primero que hay que hacer es defender el proceso de paz, defenderla con la presencia colectiva de la Universidad, con las demandas, con una voluntad férrea de no dejar hundir lo que tenemos, porque lo que tenemos está muy maltrecho. De tal manera que ahí tendríamos que empezar por reclamar esa presencia de la Universidad en lo público para tratar de salvar al máximo el proceso de paz.

Preocupaciones y retos del esclarecimiento de la verdad y reparación colectiva de la Universidad de Antioquia

Mi preocupación es que la Universidad se ha pensado como sujeto colectivo para mirar afuera, pero no ha hecho el esfuerzo de mirar adentro. Y cuando hablamos de la verdad, no es la verdad del otro: es mi verdad frente a la verdad del otro, y asumirla con toda la humildad del mundo, y entender que un conflicto no es solamente los malos contra los buenos, sino que los buenos somos muchos y los malos somos muchos; es decir,

estamos en todas partes. Por lo tanto, para mí la verdad es la clave del proceso. Pienso que una universidad pública como la Universidad de Antioquia no tiene por qué tener reparaciones económicas. Tiene que tener reparaciones políticas, y esas políticas son el incremento en la participación activa y solidaria de la Universidad en los distintos estamentos donde se esté jugando el proceso de paz, entre ellos la Comisión de la Verdad.

¿Cómo construir desde un proceso investigativo la verdad en la Universidad de Antioquia?

Muy difícil, y de entrada te advierto que se te vendría el mundo encima, porque por eso me parece importante la verdad, porque lo más difícil es asumir la propia responsabilidad. Lo más fácil del mundo es decir que aquellos, que el Ejército, que los paramilitares, que Uribe, en fin, ¡es muy fácil! Pero admitir cosas que nos tocan el alma y que quisiéramos olvidar no es fácil. Yo simplemente pienso, de una manera muy superficial quizá, que tocaría empezar a hacer pequeños seminarios para sensibilizar a la gente en este proceso, y preguntarle, casi que obligarla a decir: bueno a ver, ¿y usted qué hizo?, ¿usted dónde estuvo, y usted por qué no habló?, es decir, de alguna manera presionar eso. No es fácil: se viene medio mundo encima, y el otro medio se viene cuando salga una propuesta de este tipo; pero no le debemos tener miedo a eso, porque si defendemos el proceso, tiene que ser de capa y sombrero, tiene que ser desde la cabeza hasta los pies. Si no, no echemos más carreta, que ya hemos echado mucha, y no tiene mucho sentido eso.

¿Para qué la verdad en una institución como la Universidad de Antioquia?

Yo pienso que asumir la verdad de esta manera es todo un proceso de conocimiento, es todo un proceso de autoevaluación de nosotros mismos, es pedagógico, es una actividad pedagógica que yo esperarí que si se logra hacer, pudiera difundirse a otras entidades públicas y privadas. Esto elevaría la condición ciudadana de los estudiantes. Permitiría construir ciudadanos responsables de sí mismos, responsables del Estado que construyen, responsables de la historia que hemos vivido... porque si no somos capaces de mirarnos a los ojos y de decirnos las verdades, el proceso queda completamente cojo.

La conclusión de un sueño, la continuidad de una vida¹

Luisa Giraldo Villa
Egresada

El sábado 17 de junio de 2023 se aprobó en plenaria del Congreso el proyecto de ley que establece la gratuidad en la matrícula para la totalidad del estudiantado en los programas de pregrado de las Instituciones de Educación Superior Públicas —IESP— del país; ante este hecho y mientras sobre el papel que define la norma se posaba la firma de los presidentes de Cámara y Senado, nosotros nos sentábamos a recordar:

“Pública la recibimos, pública la entregaremos”. Esta fue nuestra consigna durante tanto tiempo, la gritamos mientras resistíamos a la represión estatal, las desapariciones forzadas, la persecución y el asesinato a lideresas y líderes sociales en todo el territorio nacional. La gritamos mientras debatíamos como estudiantes en este mismo teatro en el cual hoy nos titulamos, la gritamos durante el 2020 mientras cinco compañeros dejaban de comer en la entrada de Ferrocarril para que todo el estamento estudiantil de la Universidad de Antioquia sin importar su estrato socioeconómico pudiese tener acceso a la educación superior pública aun en el momento más difícil que ha tenido la humanidad en los últimos años, significando entonces que esas acciones directas fueran las que ayudaran a poner en la escena del debate nacional la importancia de una universidad pública, gratuita, universal y de calidad.

Hoy tenemos un avance en nuestra lucha; sin embargo, no podemos perder nuestra mirada crítica: la gratuidad y universalidad de la educación superior va más allá de la matrícula, esta contempla también las condiciones de acceso, permanencia y bienestar que se le debe asegurar al estudiante mientras transita su carrera universitaria.

¹ Discurso ofrecido en la ceremonia de graduación de la Facultad de Artes, 21 de junio de 2023.

Es en este sentido que proclamamos que el significado de la calidad educativa supera las imposiciones de un sistema que se basa en competencias o, como se denomina en la actualidad, “capacidades”; esta calidad obliga a que las IESP no pierdan el carácter social que llevó a construir su misión, es decir, la investigación al servicio de las comunidades y no como una fábrica de conocimiento funcional al mercado y la empresa privada, los cuales contemplan a nuestros estudiantes, docentes e investigadores netamente como capital cognitivo. Seguiremos exigiendo desde nuestro rol de egresados una educación basada en la diferencia, el respeto y la horizontalidad de sus estamentos, donde el estudiante tenga una voz real y no sea una cuota de la llamada democracia universitaria; facultades que escuchen las necesidades de sus participantes, que se construya realmente en conjunto y se priorice la necesidad y urgencia educativa al interior de esta y su contexto social.

La universalidad por su parte no solo implica el costo del ingreso, sino las condiciones que tiene la totalidad de la población para acceder a esta, condiciones que tocan la estructura socioeconómica de la nación y que no pueden ser analizadas sin tener en cuenta los índices de desigualdad que aún adolecemos como sociedad colombiana; además, es necesario seguirse preguntando por el significado de permanencia, esa permanencia que se puede dibujar en lo que consideramos hoy como bienestar.

El bienestar, compañeras y compañeros, no es más que permitir que mientras se cursa una carrera podamos tener calidad de vida digna, un plato de comida sobre la mesa, un medio de transporte accesible y un espacio institucional seguro, donde se fomente el debate y se comprenda que por ejemplo las violencias basadas en género son un problema estructural que necesita soluciones contundentes y no solo un capital político que es funcional para hacer campañas electorales. Seguiremos caminando entonces en la búsqueda de un plan educativo que esté en permanente diálogo con su tiempo, por un sistema que brinde las condiciones de participación para el estudiantado y en el cual se fortalezca su organización estamentaria; tenemos la esperanza de que algún día nuestra exigencia de tener una oficina estudiantil se haga realidad para las nuevas generaciones.

Necesitamos que los procesos de producción e investigación sean cada vez más coherentes con las propias experiencias y entretejidos con los modelos críticos en contexto latinoamericanos que caminan hacia

unas educaciones propias. Afirmamos la academia como un espacio plural, donde se puedan generar disensos y diferencias. Que no requiera de protocolos para continuar construyendo conocimientos en esa diversidad que la habita, donde quepan muchas maneras de ser, hacer y pensar.

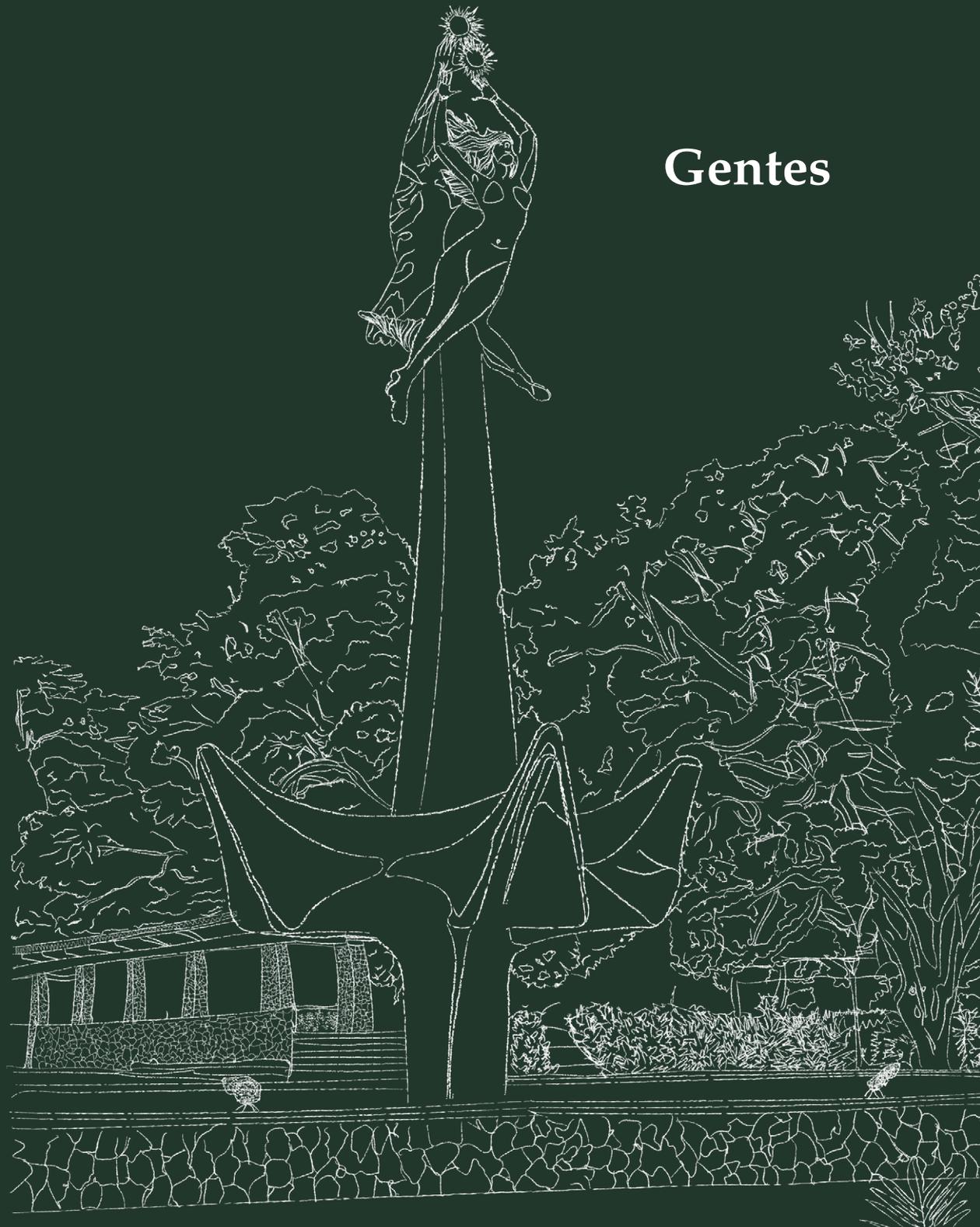
Es por esto por lo que a las generaciones futuras dejamos acumulados que ya venían caminando, y a la generación que hoy sale, no nos queda más que la responsabilidad y el compromiso de seguir comprendiendo la realidad de la mayoría del país, ser artistas y educadores empáticos y críticos, conscientes de que no somos una burbuja que vive fuera del sistema y que todo lo que hagamos desde el lugar en el que ahora nos enunciamos puede influir en su transformación.

Entonces hacemos un llamado general a construir desde el amor; en estos tiempos la ternura es revolucionaria, el artista debe ser más que la obra y lo que hace con ella, el educador debe comprender que una palabra de cariño y una crítica constructiva siempre será una mejor herramienta pedagógica que un pronunciamiento que diga que tu forma de crear ya es obsoleta. Deseamos entonces una Facultad de Artes que haga parte de la multiplicidad que abarca la Universidad Pública, abrazando la diversidad cultural de nuestra nación, desde las prácticas tradicionales y ancestrales, a las creaciones de nuestra actualidad, aquellas que responden a la academia y aquellas que hablan desde lo popular y comunitario; todas y cada una de ellas deben ser respetadas, promovidas y nunca censuradas, ya que es desde ahí donde podemos construir identidad y memoria.

Celebremos entonces y que resuenen los teatros y se colmen las galerías y museos, que se baile en los pasillos y que hablen los muros como la voz de quienes los han habitado; el patrimonio es más que la infraestructura, la alegre rebeldía seguirá siendo nuestro sur. Solo queda por decir: gracias por cada una de las experiencias, los tintos en las mesas y la tertulia constante, las risas y los llantos, la creación conjunta, y por enseñarnos que realmente esas cosas que pasan dentro y fuera del aula de clase es lo que construye ese concepto del Alma, esa que no se toca, esa que nos ha dado tanto y a la que siempre defenderemos desde cualquier lugar que nos encontremos, porque este ciclo cierra pero se abren muchos más donde seguiremos insistiendo sobre una educación popular, emancipadora y transgresora. Agradecimiento profundo a las personas que hacen de la educación un espacio para la libertad.

¡Viva la Universidad!

Gentes



La compulsión de pintar¹

Diego Andrés Guerrero A.
Egresado

Si usted ve a Carlos Arturo Mejía Mesa, notará que sus manos tiemblan un poco. Lo que no podrá darse cuenta, hasta después de estar con él algún tiempo, es que ese temblor, que ya tiene diagnóstico médico, es en realidad el reflejo externo de su vibración interior. Esa que no lo ha dejado quedarse quieto nunca y que aún hoy a sus agitados 55 años, lo mantiene en movimiento constante como si quisiera corroborar una antigua ley de la física.

Incluso algunos de sus alumnos de pintura, los de la Facultad de Artes de la Universidad y los de su taller del barrio Prado Centro, aseguran que con la forma que tiene de trabajar, a veces varios días seguidos a costa del descanso, no es raro que lo hayan tenido que operar varias veces en los últimos años. Hasta él mismo lo reconoce, pues asegura que su primera operación se la ganó hace años, luego de uno de los montajes en la Universidad.

Lo curioso es que a la hora de pintar el temblor de sus manos desaparece, y el lienzo, ya sea uno propio o el de sus alumnos, con los que comparte la experiencia y su búsqueda, se llena de líneas firmes, seguras, que parecen saber por sí mismas hacia dónde van.

Esa seguridad es el resultado de años de trabajo, que no por ser amado, deja de ser doloroso. Años atrás una de sus discípulas decía de él en una entrevista publicada por el periodista Armando Villa en *El Colombiano*, que “tiene una angustia tremenda, siente la fuga del tiempo que no le permite materializar su obra. Se siente acosado de no poder plasmar lo que pasa por su telón de sueños”.

¹ 1996. *Agenda Cultural Alma Máter* 16, p. 8.

Sueños que ha buscado realizar toda su vida de artista y en la Universidad. Porque si en alguien se evidencia la relación de su interior con la vida diaria es en él. Incluso, por esas cosas que suelen suceder, este hombre que ya está a punto de jubilarse como docente, cumple años el mismo día de la Alma Mater. Una “casualidad” que afirma su relación con la Universidad y con sus estudiantes, en los que ha ejercido gran influencia, debido, dicen algunos de ellos, a su forma de compartir el conocimiento: “él se sienta a pintar con uno y muchas veces es más lo que pinta en los cuadros de uno que lo que hace en los suyos”.

Su primer gran logro lo consiguió cuando en 1968 se inventó y sacó adelante durante ocho años los Abriles Artísticos, muestra que de local pasó a convertirse en un acontecimiento que marcó la vida del arte en el país. Luego se convirtió en el coordinador del primer Salón de Arte de la Universidad, coordinador de arte y diseño gráfico de Extensión Cultural y profesor de Introducción al Dibujo, Técnicas Pictóricas en la Facultad de Artes, para nombrar solo algunos de los cargos que ha ocupado en esa obsesión por el arte.

A esto hay que agregar su trabajo como pintor al óleo y de una que otra acuarela, obra que en suma se acerca a los tres mil cuadros. Con todo, de lo que se siente más orgulloso es del montaje del Museo de Arte Religioso de Jericó, en el que existen muchas de sus pinturas y del cual no pierde oportunidad para hablar.

Ahora Carlos Mejía habita un recoveco de difícil acceso en el Bloque de Artes de la Universidad, con un escritorio de madera y rodeado de cuadros de sus alumnos. En su compulsión por pintar prepara otra exposición de los trabajos realizados luego de su última operación. Una prueba de que, aunque vence el temblor de sus manos, es incapaz de dominar ese terremoto interno que lo hace pintar.



Un pintor con pulso firme¹

Luisa Fernanda Pulgarín Restrepo
Estudiante

*La vida le brindó otra oportunidad. Él la tomó
y supo hacia dónde dirigir sus esfuerzos.
De ahí en adelante, se empeñó en llevar al lienzo
la pasión que siente por el arte.*

“¿Usted sabe que yo pinto?”, me preguntó Eddier Tálaga un día cuando apenas iniciaba mi trabajo en la oficina de Extensión Cultural. De inmediato, con gran emoción, comenzó a contarme que tenía un taller en donde pintaba al óleo sobre lienzo y que ya había realizado varias exposiciones “con sus mujeres”.

Me quedé extrañada con esto último y solo hasta que me mostró una fotografía comprendí que pintaba mujeres, novias solas y tristes, pero sobre todo pintaba aquellas de la calle, las de los prostíbulos, las mismas que estuvieron presentes en su infancia y hoy en día ocupan sus lienzos de escenas realistas. “Mis cuadros son la imagen de lo que fue mi vida anterior, mi entorno. Son el reflejo de mi experiencia en Guayaquil cuando tenía ocho años y me tocaba embetunar zapatos en ese ambiente”, dice.

Desde el día en que lo conocí han pasado varios meses. Ahora lo veo casi a diario, vestido con su camisa caqui y su bluyín mientras, balde y trapeadora en mano, asea las oficinas de Extensión Cultural y las demás del Bloque 22 de la Universidad. Pero solo hasta que me enseñó una carpeta con recortes de periódicos que guarda cuidadosamente, pude

¹ 1996. *Agenda Cultural Alma Máter* 12, p. 3.

enterarme del resto de su vida. Esos artículos no solo aluden a su obra artística. En ellos también está escrita la tragedia de Villa Tina, por la que quedó inconsciente durante algunos días y perdió la mayor parte de su familia.

Según él, de ahí surgió un constante interés, “no para vivir por vivir, sino para vivir por crear algo, para dejar una huella en la tierra”. Muestra de ese deseo por mejorar es que no ha temido enfrentarse a trabajos como los de mensajero, cocinero, vaciador de losas y fundidor de acero. Hizo todo eso hasta que encontró trabajo como aseo en la Universidad de Antioquia el cual, dice, le da la oportunidad de desarrollar su obra como pintor y a la vez le permite estudiar el bachillerato en el Liceo Francisco Antonio Zea, de donde aspira a salir directamente hacia la Universidad para estudiar artes.

Para este joven de ascendencia indígena, que ya ha expuesto en la Biblioteca y en el Museo de la Universidad, la lucha apenas comienza. Su ambición le acompaña y no economiza esfuerzos para superarse y seguir, como escribió una vez de él su maestro Carlos Mejía Mesa, “un trabajo tras otro, siempre en continua línea ascendente”.



Malabarista de la vida¹

Diego Andrés Guerrero A.
Egresado

Artista de circo, vendedor de periódicos, cobrador y criador de perros son algunos de los trabajos que ha desempeñado Carlos Albarracín Carvajal para poder estudiar Comunicación Social-Periodismo en la Universidad de Antioquia.

Si alguien sabe lo que significa trabajar y estudiar, ese es Carlos Albarracín Carvajal, pues para poder subsistir y ayudar en su casa, le tocó matricularse desde muy chico en el “rebusque”.

A los seis años, este hijo mayor de una familia de tradición circense, empezó a vender en las puertas de los colegios los mangos verdes que cogía cerca de su casa y la “gelatina de pata” que hacía su abuela materna. Tiempo después se hizo ayudante de un voceador de periódicos con quien aprendió el negocio, hasta que a los doce años inició el suyo repartiendo prensa en las cercanías de su casa. Un trabajo que, según dice, era bueno, pero que se le dañó, pues “había clientes que no pagaban, porque lo veían a uno muy ‘niño’”.

Mientras su padre recorría el país con su circo, él se había hecho un experto en repartir el tiempo entre sus oficios y el estudio. Por eso, cuando dejó de vender periódicos, se decidió a rifar pollitos pintados con anilina, en una especie de pesca milagrosa que instalaba en las afueras de algún colegio. Sus ingresos los completaba con una nueva venta de mango viche y de los buñuelos que hacía su abuela.

¹ 1997. *Agenda Cultural Alma Máter* 23, p. 6-7.

La madre de Carlos también luchaba a brazo partido para salir adelante, hasta que acosada por las deudas, les propuso a sus dos hijos mayores que se fueran un año para el circo, a trabajar con el papá, “por lo menos mientras se desahogaba económicamente”, cuenta Carlos.

“Yo tenía catorce años. Cuando llegué, papá nos dijo que no nos iba a dar plata, pero que podíamos aprender lo que quisiéramos. Yo escogí el alambre, porque pensaba que tenía trampa. Pero ¡qué va! Cuando le pedí los zapatos especiales —yo pensaba que tenían imán por debajo o que tenían una suela especial— me dijo: ¡Súbase que si se va a caer yo lo cojo por la correa!, y me mostró una polea de la que uno se amarra para practicar”.

Carlos dice que con el transcurso del tiempo, el circo Kelly pasó de ser un espectáculo para pueblos a ser el mejor de Colombia. Allí aprendió sus diferentes oficios. Incluso hasta se llevó el mordisco de una leona, que le dejó una larga cicatriz en una de sus piernas.

Tiempo después terminó su bachillerato en Medellín, y mientras resolvía su situación militar se encontró con Waldheim García, un amigo del colegio que había pasado a Comunicación Social en la Universidad de Antioquia. “Él me dijo que me presentara a la Universidad, que si él había pasado, yo también era capaz”. Por esos días Carlos se torció el pie jugando baloncesto y no pudo volver a tiempo al circo. Entonces, aprovechó para presentarse a la Universidad. Waldheim le prestó la plata para la inscripción, y Carlos pasó a Comunicación Social.

“Imagínese, en la casa nadie había acabado el bachillerato y yo había pasado a la Universidad, ¡un hecho insólito en la familia!”.

Así que Carlos se quedó a estudiar con la promesa de su padre de que lo ayudaría económicamente. Pero el circo y el padre desaparecieron del panorama.

“No me explico cómo acabé el primer semestre. Sin plata ni para pagar los pasajes. Al final del semestre supe que el circo estaba en la costa y me fui para allá”. Pasaron los meses. Mientras Carlos daba sus primeros vuelos en el trapecio, Waldheim, quien lo había ayudado a matricularse en el segundo semestre, lo buscaba desesperado porque iba a perder todas las materias. Finalmente lo encontró y el aprendiz de trapecista volvió justo a tiempo para explicar su situación y hacer una cancelación extemporánea.

Pasó un año y Carlos siguió fuera de la Universidad. “Casi no vuelvo porque en Cali conseguí un buen trabajo en un hotel, pero al final

me decidí a ingresar otra vez. Para poder costearme las cosas empecé a vender libros puerta a puerta. Al principio me iba bien, pero al avanzar el semestre la parte laboral se vio afectada y en el trabajo no me aguantaron más”.

Al final de su segundo semestre Carlos tuvo que regresar al circo y allí estuvo durante otro año. En esta ocasión se hizo profesional del alambre y en general se convirtió en el “todero” oficial del circo: “Hacía números en el trapecio y ayudaba con la magia. Como era el que tenía estudios universitarios, me convertí en el representante legal. También contrataba la gente, pagaba los trabajadores y vendía las boletas. Hasta presentaba los números y luego entraba a cambiarme rápido para salir a hacerlo”, dice.

Pero ese tipo de actividad le fue tomando ventaja, pues el negocio estaba asociado a la parranda, a las farras y su vida se fue desordenando. Entonces regresó a Medellín. Se consiguió un trabajo normal en una lavandería y luego como cobrador en una editorial. Aunque extrañaba un poco la carrera, pensaba que era imposible trabajar y estudiar al mismo tiempo. Como él dice, fue tomando “mentalidad de obrero”.

Pero un día conoció a una mujer que lo devolvió a la Universidad. “Yo le conté que tenía dos semestres de comunicación social y ella me dijo que volviera a estudiar, que entre los dos sacábamos esa carrera. Entonces reingresé”.

Carlos dice que ella le organizó la vida. Tanto que un viernes de puente festivo se casaron. Su vida ha seguido en la lucha por trabajar y estudiar. De la carrera apenas puede ver algunas materias en cada semestre. El año pasado un accidente ocasionado por un taxi que lo atropelló mientras trabajaba, lo obligó a ser intervenido tres veces en la rodilla y a estar incapacitado un año, el cual aprovechó para poder ver más materias... desde el hospital.

Por esos días, para aumentar sus ingresos, ensayó con la crianza de perros pitbull que vendía a buen precio. El negocio le ha dado resultado y aún continúa con él. Incluso, dice, le ha servido también para su carrera porque sus trabajos los realiza sobre los perros y del mundo que existe a su alrededor.

Ser profesional es ahora una meta clara en su vida y piensa lograrla lo más rápido que pueda, porque en estos siete años que lleva en la

Gentes

Universidad, ya se cansó de que todos los compañeros lo pasen, de ver solo materias de seis de la mañana y de la tarde y de no poder hacer trabajos en grupo. ¿Cómo lo hará? Eso no lo tiene muy claro, pero “es algo que tengo fijo. Que quiero hacer no solo para demostrarme que soy capaz, sino también porque hay gente que ha creído en uno”.



Luz Adriana se fue tras las huellas de la luna¹

Andrés Vergara Aguirre
Egresado

“Para mi luna, que no entiende por qué hoy no estoy sentada en el lugar de siempre”. Esta dedicatoria la escribió en algún momento Luz Adriana Aranguren Cardona, una mujer que, a partir de hoy, podemos verla cada que salga la luna. Esa fue la forma que ella eligió para permanecer por siempre entre nosotros.

La ternura de Luz Adriana, eso es lo que más resaltan de ella sus amigos. Esos ojos expresivos, esa mirada impactante, esa mano suave para el amigo y firme para el trazo, porque si hay algo en lo que se destacó desde que ingresó al programa de Biología en la Universidad, en el primer semestre de 1995, fue en su gusto por la pintura. La acuarela la hizo alumna de la Facultad de Artes.

En los últimos días, Luz Adriana se encontró con una agradable sorpresa que la puso muy feliz: un contrato para hacer las ilustraciones de un libro: sus dibujos serían publicados y además se ganaría unos pesos que muy bien le vendrían. Eso cuentan sus compañeros. Ella estaba feliz.

Los 22 años de Luz Adriana, sus sueños de dedicarse al dibujo científico, su proyecto de hacer la tesis sobre polinización para estar cerca de las orquídeas y de los insectos, sus palabras y sus fotos a la luna, que están colgadas en las paredes de su habitación, su amor por los animales... las imágenes se atropellan ante la evocación.

Por ahí están todos los implementos de dibujo que compró con sus ahorros. Le faltaba uno: esa era la sorpresa que le tenía su papá ese jueves

¹ 2000. Periódico *Alma Mater* 477, p. 4.

por la noche a su regreso de la Universidad. Le había comprado el rafi-dógrafo. Pero este se quedó guardado, porque ese jueves Luz Adriana no llegó a casa.

Ahora es preferible imaginárnosla siguiendo la luna con la que tanto se obsesionó. Por allá estará, tomándole fotos. O estará pintando acuarelas, que, como recuerdan sus compañeros, le encantaba y le quitaba el estrés. Cuando menos lo piensen sus amigos, ahí se les aparecerá con unos cuadros, “un detallito para que lo conserven”, les dirá, como cuando les regaló acuarelas con una condición: “que me las presten cuando haga mi exposición”. Eso les dijo.

Tal vez se fue para la luna, a seguir sus huellas, y se lo guardó en secreto. Por eso estaría tan contenta ese jueves 27 de abril. Según dicen sus compañeros: fue el día que más nos reímos. Nos poníamos a estudiar y qué va, Adriana era pura risa, cuenta su compañera Mónica.

Uno piensa, y quisiera decirle a don Jaime y a doña Nubia, sus papás, que no se pongan tristes, que ella está por ahí en sus quehaceres, que pronto volverá. Bacano poder decirle eso también a Jaime Andrés, su hermano, a Jorge Ignacio, o Nachito, como ella le decía a su novio. Eso quisiera uno decirles a sus amigos.

Pero la realidad es pesada y no se sostiene con las mismas alas que sostienen a la imaginación. Quién va a querer contar que Luz Adriana Aranguren Cardona, estudiante de Biología, salió de la Universidad hacia *Balalaika*, en el cruce de la calle Carabobo con Barranquilla, donde tomó un bus de Guayabal que la llevaría a casa, y que se despidió como siempre, con toda la ternura de sus 22 años. En una época de tantas infamias, quién va a querer contar otra más, tan dolorosa. A quién se le ocurriría decir que Luz Adriana no llegó esa noche a casa, y que al día siguiente la encontraron despojada de vida, con huellas de la desmesura y de la demencia. No, eso nadie quisiera contarle.

Por eso, ahora, después de percibir la tristeza de su gente, de sus compañeros y amigos, uno quisiera decirles que frescos, que por ahí pasó Luz Adriana entonando una canción de *Héroes del Silencio*, el grupo que tanto le gustaba, y que en un momento interrumpió su canción para contarnos que está feliz porque va tras las huellas de la luna.



Luis Alberto Álvarez, maestro por Naturaleza¹

Orlando Mora Patiño
Profesor

En esta ceremonia sobria y llena de significación, la Universidad de Antioquia designa su nueva sala de cine con el nombre de Luis Alberto Álvarez. Me gusta este acto por varias razones y, en especial, porque sé que a pesar de su habitual modestia, Luis Alberto se hubiera emocionado al encontrar en proceso de realización uno de sus sueños más queridos: ver el cine convertido en protagonista de la actividad cultural en la Universidad.

El gesto de parte de la Alma Mater me parece justo y prosigue a otro del que Luis Alberto alcanzó a disfrutar, cuando en mayo de 1996 se le confirió el título *honoris causa* como Comunicador social-Periodista. Y es justo el homenaje de ahora, porque una de las características más profundas de su ser era una definitiva vocación pedagógica, un interés por enseñar a los demás, que se manifestaba en todos los aspectos que cubría su actividad profesional. En la redacción de sus artículos habituales de crítica cinematográfica; en los cursos de cine que, como verdadero precursor, ofreció en la ciudad; en su colección pionera de videos al servicio permanente de los demás; en el ejercicio cotidiano de la conversación, en la que transmitía a los amigos su desmedida pasión por el cine; en fin, actividades en las que dejó plasmada la huella de su generosidad y con las cuales trascendió la condición personal de sacerdote.

Cuando Luis Alberto llegó a Medellín a principios de la década del setenta, la tarea de divulgación del cine estaba a cargo de los cineclubes,

.....
¹ 2001. *Agenda Cultural Ama Máster* 64, pp. 2-4.

entidades que cumplieron una valiosa labor por espacio de veinte años en la ciudad. Luis Alberto quería ir más allá en la labor de promoción del buen cine, y la tecnología vino en su ayuda. Por aquellos años se inició el auge del video, lo que permitió que por vez primera en el país se pudieran conocer en visión directa muchos de los clásicos de la historia del cine. Hasta ese entonces, quienes nos habíamos apasionado por el lenguaje cinematográfico y no habíamos estudiado en el extranjero, la única opción para acercarnos a esos clásicos era leer los guiones, repasar las críticas de los privilegiados que los habían visto, ver las fotos en los libros y deducir de allí una imagen, entrañable por supuesto, pero imprecisa de lo que había sido el cine hasta ese momento.

Con Luis Alberto compartí muchos de los primeros sueños de esos años. Pensamos en la necesidad de una página de cine y encontramos en el periódico *El Colombiano* la respuesta adecuada a esa inquietud, afortunada decisión que ha dejado tres volúmenes de críticas escritas en ese diario, publicados por la Universidad; hablamos de la necesidad de crear publicaciones permanentes de cine, desde notas escritas para entregar al inicio de las funciones y, a más largo plazo, la idea de una revista especializada. Él, por su cuenta, pensaba en una actividad docente con el cine como tema, proyecto que en aquel entonces yo miraba con escepticismo. También se embarcó, bajo sus propias velas, en crear una colección personal de videos, tarea que tampoco despertaba todos mis afectos, apegado como estaba a la magia de las salas oscuras y a las pantallas iluminadas. Decidió, inclusive, dejar de asistir al festival de cine de Berlín, su evento preferido a lo largo de muchos años, y dedicar los recursos a mejorar su colección, mientras yo preferí proseguir por el peregrinaje de esos excepcionales y absurdos eventos de cine donde uno lucha por el imposible de ver, en diez días, cincuenta o sesenta películas.

Evoco las conversaciones de aquel entonces, simplemente para reconocer que Luis Alberto tenía razón en las cosas en que no coincidíamos. El video ha sido el gran aporte a la democratización de la cultura cinematográfica, y la docencia en cine, una de las vías para que la gente toque a las puertas del paraíso de las imágenes en movimiento.

Para los proyectos de cursos, de la colección de videos y de la revista, Luis Alberto tuvo el acierto de pervertir a Paul Bardwell y lograr que se volviera un cinéfilo radical, capaz casi de poner todo el edificio

del Centro Colombo Americano al servicio del cine. Se construyó así, entre ellos, una amistad que se materializó en una serie de proyectos que han continuado luego de la ausencia de Luis Alberto, y que hoy tienen convertida a Medellín en la ciudad de mayor proyección en la cultura cinematográfica en todo el país.

Alguien tendrá que tomarse el tiempo necesario para escribir, con la exactitud requerida y con las fechas precisas, la manera como se cumplió el itinerario de Luis Alberto Álvarez. Para los fines de este acto, lo único que quiero es destacar que, prácticamente, todo lo bueno que sucede con el cine y el audiovisual en Medellín tiene que ver con la actividad realizada años atrás por Luis Alberto Álvarez. Basta preguntar a Víctor Gaviria por sus orígenes de cineasta, indagar por la manera como la nueva generación de críticos surgida en la ciudad comenzó a relacionarse con el cine, inquirir a uno de los asistentes de los actuales cursos de cine, preguntarse por el milagro de que una revista de cine como *Kinetoscopio* llegue a su número 54, y en todas las respuestas aparecerá el nombre de Luis Alberto.

Estuvo en todas esas realizaciones porque siempre pensó el cine con mirada de maestro, soñando con la idea de que los demás aprendieran a apreciarlo con un criterio más enterado y maduro. Luis Alberto Álvarez era un maestro por naturaleza, y poseía además la otra gran virtud que debiera abrir las puertas del claustro universitario: el temple de una clara postura moral frente al mundo. Concebía el cine como un medio de expresión del hombre, pero reclamaba de esa visión un compromiso con los sentimientos más profundos del ser humano: el amor, la piedad, la compasión. Por eso huía del cine cínico o de aquel que se regocijaba en mostrar gratuitamente la violencia o el sufrimiento del hombre. Por eso amaba las películas de Jean Renoir, de Roberto Rossellini, de Robert Bresson y, en general, de los que podemos llamar humanistas del cine.

Me alegra, del acto de hoy, que hace justicia a un hombre intelectual y moralmente excepcional, con vocación primera y fundamental de maestro, que queda así vinculado irrevocablemente al claustro universitario. Luis Alberto, tu sueño de ver el cine en la Universidad es ya una realidad, y espero que tengas cómo enterarte de lo que está sucediendo en esta sala, puesta en buena hora bajo la tutela de tu nombre. Aquí, Luis Alberto, todos los días de la semana y a casi todas las horas, llegan cien-

Gentes

tos de espectadores jóvenes, iguales a aquellos que te escuchaban con emoción, para ver los ciclos de los directores y géneros que tú siempre creíste que ellos debían ver: Alfred Hitchcock, el neorrealismo italiano, Jean Renoir, Éric Rohmer. Aquí está el cine, aquí están tus alumnos, aquí estás tú.



El sembrador siempre nace. En los veinte años del asesinato de Héctor Abad Gómez¹

Saúl Franco Agudelo
*Egresado*²

Hace exactamente 25 años, entonces era agosto de 1982, al ofrecer uno de los actos con los que celebramos la jubilación del profesor Héctor Abad Gómez, le dije por primera vez: “El sembrador siempre nace” (1). Hoy, al ver lo que vemos aquí y en muchas regiones del país, al leer lo que hemos leído de él y sobre él en estos primeros veinte años de su muerte, y al sentir lo que sentimos en actos de tanta intensidad humana y calidad académica, puedo reafirmar con renovada energía y argumentos incontrastables: Héctor Abad, el sembrador siempre nace.

La expresión contiene dos afirmaciones sustanciales. La primera: que Abad Gómez fue un sembrador. La segunda: que quien dedica su vida a sembrar, nunca muere. Sembró, desde su infancia en Jericó hasta su muerte en la puerta de la sede de los maestros antioqueños aquí en Medellín, ideas de amor y respeto a la vida; de rebeldía contra la pobreza, la injusticia y la exclusión; de nuevos sentidos para la salud pública,

.....
¹ 2007, septiembre-diciembre. *Debates* 48, pp. 79-82.

² Médico egresado de la Universidad de Antioquia. Magíster en Medicina Social en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Doctor en Salud Pública de la Escuela Nacional de Salud Pública de la Fundación Oswaldo Cruz de Río de Janeiro, Brasil. Tesis laureada sobre el tema de la Salud Pública, con textos explicativos de la violencia en Colombia. Presenta una reconocida experiencia en el área de la Salud Pública, donde se ha destacado ampliamente por la presentación de propuestas y alternativas tendientes al mejoramiento del nivel de salud de los colombianos. Es invitado frecuente a los foros nacionales y latinoamericanos sobre temas de salud pública. Asimismo, ha sido asesor y consultor internacional de la Organización Panamericana de la Salud y de varios países de la región. Es autor de un amplio número de publicaciones nacionales e internacionales. Condecorado en 2004 por el Consejo Superior de la Universidad de Antioquia con la Orden al Mérito Universitario Francisco Antonio Zea. [Nota en el original].

la medicina social, la promoción de la salud y lo que hoy se llama determinantes sociales de la salud. Sembró cinco hijas y un hijo en las entrañas fértiles de doña Cecilia. Sembró organizaciones y apoyó movilizaciones por la defensa del agua limpia, de la leche pura, de la vacunación preventiva, de los hospitales públicos, de los marginados del poder y del dinero, de los derechos de sus colegas los profesores universitarios y de los derechos humanos, su suprema y costosa obsesión. Sembró rosas en su refugio de Rionegro. Sembró dudas y esperanzas en quienes tuvimos la suerte irreplicable de haber sido sus alumnos.

Y claro, quien tanto siembra, vive renaciendo. Por eso nunca muere, aunque lo maten con seis tiros como a él. Lo hirieron en el pecho, y no murió. Lo abalearon en la cabeza y en el cuello y, aunque cayó para siempre, nunca murió. Ha estado vivo cada día de estos primeros veinte años de orfandad de todos nosotros. Y resucitó para siempre en el monumento vivo e indestructible que le construyó su hijo Héctor Joaquín en el libro apasionado y riguroso *El olvido que seremos*. Creo, Héctor, que esta obra, producto de un amor filial tan grande que te llevó a preferirlo al mismo cielo, como se lo dijiste a la monjita Josefa: “Yo ya no me quiero ir para el cielo. A mí no me gusta el cielo sin mi papá. Prefiero irme para el infierno con él” (2). Esta obra, digo, hizo ya definitivamente imposible el olvido de tu papá. Los demás, sus discípulos, sus amigos, los herederos de sus siembras, nos encargaremos de seguir escribiendo a diario, sin duda con menos brillo que el tuyo, pero con enorme afecto y decisión de acero, otra obra con un título comprometedor: “El olvido que impediremos”.

Dado que ya otros aspectos de su vida, en especial su calidad humana, su carácter de padre, líder y luchador infatigable por los derechos humanos, han sido cuidadosamente desarrollados por otros de sus familiares, amigos y estudiosos, por razones de campo profesional y por haberle conocido en especial su faceta de médico-salubrista, quiero dedicar estas anotaciones a enunciar algunas de las dimensiones en que el profesor Abad vivió, entendió y enseñó la salud pública, y de las tensiones que padeció e hizo padecer por su genial forma de interpretarla y practicarla.

Arriesgo una primera afirmación al respecto: Héctor Abad tenía la salud pública en su código genético. En otras palabras: la salud pública no era externa, ocasional o utilitaria en su vida. Era hilo conductor,

razón de vida, pasión insaciable. O, como ya lo he escrito varias veces: Abad Gómez era un salubrista esencial (3).

Como visionario que fue en el campo de la salud pública, no permite que lo ubiquemos de manera rígida en alguna de las principales escuelas o corrientes de pensamiento y de acción del campo salubrista. Después de pensarlo mucho y despacio, he ido concluyendo que Abad se formó en la corriente higienista, practicó durante toda su vida el preventivismo, y contribuyó intuitiva y eficazmente a sentar las bases de la corriente médico-social latinoamericana. Me explico.

La Higiene, palabra derivada del nombre de la diosa de la salud, predominó en la concepción hipocrática de la salud. Era una higiene privada que luego, transformada por los horrores de la peste en la edad media, devino en higiene pública. Era un conjunto de normas que debían ser observadas para mantener la salud y evitar las enfermedades (4). Normas de alimentación, de aseo, del vestido, del ejercicio en la higiene privada. Normas de limpieza social —no en el trágico sentido actual en nuestro país—, de control de los lugares públicos, de sujeción de ciertas conductas individuales ante los imperativos colectivos. Sanidad y salubridad son las dos palabras clave para la higiene. Y confirmando que la higiene no es cosa de médicos, fue el filósofo Emmanuel Kant quien delimitó con claridad las dos higienes: “Aquello que es bueno para la salud de cada uno, se denomina saludable; aquello que compete a todos, salubre” (5). Y bajo ambas modalidades, la higiene predominó en el mundo de lo que hoy llamamos salud pública hasta cuando el descubrimiento de los agentes etiológicos provocó una revolución que terminó imponiendo la actitud preventiva y fortaleciendo la medicina clínica a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Pues bien, Abad vivió obsesionado por la higiene, la de todos y la de cada uno. La del agua, del aire, de la leche, de las comidas, de las manos, de los pies y los zapatos.

Pero no se quedó en la higiene. Captó desde muy temprano la importancia de prevenir las enfermedades. Vacunar y desparasitar fueron algunas de las bases del preventivismo. Y Abad se empeñó, por tanto, en impulsar la vacunación masiva contra la poliomielitis en Antioquia, contra la fiebre amarilla en el Putumayo, contra todas las enfermedades para las que hubiera vacuna en todo el país. Como era un Maestro —carácter también esencial en él— no podía limitarse a hacer prevención. Tenía que

enseñar a prevenir. En 1957 fue invitado a fundar, y efectivamente creó el Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, su nicho académico durante el cuarto de siglo más activo de su vida de salubrista. En 1963 fundó en Medellín la Escuela Nacional de Salud Pública que, con carácter de Facultad, hoy lleva su nombre. Y como para enseñar en serio tenía que investigar de alguna forma, lo hizo, a veces con más dedicación que rigor, pero siempre con seriedad y una aguda visión de lo esencial. Un año antes de su muerte, en una especie de autocrítica, reconoció los límites del modelo preventivo: “Ya es tiempo de que los médicos y los salubristas nos preguntemos, reflexionemos, pensemos en si por habernos dedicado exclusivamente a la prevención de las enfermedades, al tratamiento de ellas y a la rehabilitación de sus secuelas, hemos olvidado la observación en conjunto de la vida humana, de las comunidades humanas, de sus otros problemas tales como la pobreza, la desocupación, la injusticia, la violencia, la inseguridad, la deficiente organización social” (6).

Sin proponérselo, y hasta ahora sin el suficiente reconocimiento académico, contribuyó a poner las bases del pensamiento médico-social latinoamericano y a la conceptualización hoy en boga de los determinantes sociales de la salud. ¿O no es exactamente eso el enunciado antes citado, su persistente afirmación del origen, la naturaleza y la dinámica social de las enfermedades, y su ejemplar llamado a la organización y a la participación social para lograr condiciones de vida y de salud dignas, y políticas y programas de salud equitativos y adecuados?

Posiblemente siguiendo sin saber uno de esos guiones secretos de la vida, veinte días antes de su muerte lo invité y aceptó participar en el IV Congreso Latinoamericano y V Mundial de Medicina Social en el recinto de Quirama. Allí moderó uno de los paneles centrales sobre la salud en el proceso de paz centroamericano y le escuché por última vez de viva voz sus lecciones imborrables sobre el carácter y el papel político de la salud pública, sobre la prioridad de la defensa de la vida y de los derechos humanos aun en medio de las guerras, y sobre la dimensión de la salud como un puente para la paz.

Sería tan injusto con él como abusivo con el tiempo de ustedes si pretendiera exponer sus principales aportes conceptuales en salud pública. Corriendo el riesgo de excesiva simplificación quiero, no obstante, solo enunciar tres de ellos dada su vigencia y riqueza.

El primero se refiere a *la promoción de la salud*. Más que un teórico, el profesor Abad fue un promotor convencido de la promoción de la salud. Fue sin duda el pionero en Colombia de esta dimensión de la salud pública. Treinta años antes de que se promulgara la Carta de Ottawa, cédula de ciudadanía de la promoción de la salud, ya él estaba formando promotoras rurales en el municipio de Santo Domingo. Y se empeñó tanto en desarrollar la idea que había aprendido en México, que a los veinticinco años de iniciado el trabajo había ya en el país 5000 promotoras rurales de salud, “mis cinco mil novias” como las llamó en el enamorado artículo periodístico del 23 de agosto de 1981 (7).

El segundo aporte que destaco hoy es *la dimensión internacional de la salud pública* que el doctor Abad aprendió y enseñó tempranamente. A mitad del siglo pasado, cuando nadie hablaba de globalización y cuando los procesos de internacionalización estaban apenas embrionarios, ya él estaba en los Estados Unidos haciendo su posgrado en Salud Pública Internacional, en Mineápolis. Desde entonces estableció y mantuvo por siempre vínculos académicos y de trabajo sanitario con estudiantes, investigadores y funcionarios de distintos países y organismos internacionales y logró una presencia internacional destacada. Pero el punto a resaltar es su visión internacionalista de los problemas y las soluciones en el campo de la salud. Entendía que ni las epidemias ni sus curas respetan las fronteras nacionales. Que la cooperación internacional en salud es un recurso necesario para enriquecer los enfoques y las acciones en salud, al tiempo que es un amplio espacio de intercambio y enriquecimiento mutuos.

Y el tercer aporte visionario de mi Maestro fue el ejemplo y el llamado a reconocer *la violencia como problema prioritario de salud pública en nuestro país*. Hace 45 años, justo en 1962, Abad invitó a los asistentes al Primer Congreso Colombiano de Salud Pública a investigar, con los métodos y recursos epidemiológicos, el tema de la violencia (8). La entendía no como una enfermedad, sino como “un síntoma de profundas enfermedades sociales de tipo religioso, político, cultural o económico” (9). Sostuvo que la violencia era social y culturalmente construida y determinada. Se opuso a quienes creían que la violencia podría tratar de acabarse oponiéndole más violencia, lección que el actual gobierno se niega a aceptar. Y terminó sus reflexiones sobre el tema preguntándose y preguntándonos, con la mezcla

de ingenuo y provocador que siempre tuvo: “¿Si sabemos el diagnóstico y los remedios, por qué no aplicamos los remedios?”. Posiblemente ustedes sepan que yo terminé dedicando la mayor parte de mi vida intelectual a tratar de comprender este fenómeno mediante el estudio y la investigación constantes, y a contribuir en algo a divulgar su importancia y a sugerir ideas y acciones posibles para su abordaje. Ante ustedes reconozco hoy, con una mezcla de dolor y gratitud, que fueron las enseñanzas en vida, pero sobre todo el golpe del asesinato del doctor Abad, de mi amigo Leonardo Betancur, de Pedro Luis Valencia, Luis Fernando Vélez y demás compañeros de la Universidad de Antioquia, lo que en el exilio que siguió a sus muertes y aplazó la mía me determinó y enrutó por este tormentoso y riesgoso camino. A ellos dedico, con el alma, lo que haya podido lograr en este campo. Y en su memoria seguiré haciendo la tarea hasta que mi muerte nos hermane para siempre.

Por las balas que lo mataron prematuramente, por su constante inquietud intelectual y por una especie de compulsión que lo llevaba a cambiar de tema con frecuencia y a no dar continuidad a algunos desarrollos, muchas de las lecciones del doctor Abad en salud pública quedaron inconclusas o les faltó mayor cultivo y profundidad. Nos toca a los que seguimos y a los que vendrán después, decantar y aplicar sus enseñanzas, discutir sus propuestas embrionarias y tal vez corregir algunos rumbos y hasta refutar algunas argumentaciones. Todo ello es necesario y creo que él estaría feliz de ver germinar sus semillas y recortar las malezas que inevitablemente crecen en cualquier campo, más cuando tiene la complejidad del campo de la salud pública. Y tranquilos que él, intensamente vivo, nos seguirá acompañando y enseñando. Porque el sembrador siempre nace.

Notas

¹ Franco, Saúl. (1982). El sembrador siempre nace: a propósito de la jubilación del Dr. Héctor Abad G. *Boletín*. Asociación de profesores. Universidad de Antioquia, N.º 5, pp. 12-13, Medellín, octubre.

² Abad Faciolince, Héctor. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.

³ Franco, Saúl. (1994). El esencial. *La Hoja de Medellín* 23, pp.10-13.

⁴ Quevedo, Emilio. (2004). Cuando la higiene se volvió pública. *Revista Facultad de Medicina*, 52(1), pp. 83-90.

Palabras que brotan del Alma

- ⁵ Lecourt, Dominique. (2004). *Dictionnaire de la pensée médicale* (p. 606). Paris: Presses Universitaires de France.
- ⁶ Abad, Héctor. (1986). *Características del desarrollo científico en Colombia y su relación con la salud pública*. Serie Publicamos, N.º 1. Sociedad Vallecaucana de Salud Pública. Cali, septiembre.
- ⁷ Franco, Saúl. (2007). Dos salubristas y universitarios esenciales: Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur. *Agenda Cultural Alma Máter* 135, pp. 10-16, agosto. Universidad de Antioquia.
- ⁸ Abad Gómez, Héctor. (1962). *Necesidad de estudios epidemiológicos sobre la violencia*. Primer Congreso Colombiano de Salud Pública. Medellín: Bedout.
- ⁹ Abad Gómez, Héctor. (1987). La violencia: síntoma de enfermedad social. Editorial. *Boletín Epidemiológico de Antioquia* II(1).



Luis Fernando Vélez Vélez¹

Julio González Zapata
Profesor

Es de suma importancia que la Universidad de Antioquia haya decidido dedicar el mes de agosto a rescatar la memoria de algunos de sus profesores asesinados en 1987. La muerte de Héctor Abad Gómez, Leonardo Betancur Taborda, Pedro Luis Valencia Giraldo y Luis Fernando Vélez Vélez, hace veinticinco años, en uno de los años que sin duda ha sido de los más siniestros para la institución, amerita esta conmemoración.

Las muertes de estos profesores tuvieron muchas cosas en común, de las cuales quiero resaltar solo algunas: en primer lugar, de ninguna de ellas se ha proferido ni se proferirá sentencia condenatoria. En segundo lugar, los cuatro murieron en un momento en el cual Colombia soportaba una de las arremetidas más fuertes de violencia discriminada y selectiva con los ecos de la doctrina de la Seguridad Nacional todavía resonando; se consideraban enemigos a los defensores de los derechos humanos, a los sindicalistas, a los resistentes y, en general, a todos aquellos que representaban una manera diferente de pensar y de concebir la sociedad.

Hoy, sin que podamos decir que se han removido completamente los factores que propiciaron la muerte de estos profesores, la sociedad colombiana ha tenido algo de apertura en algunos puntos neurálgicos. Se concibe la memoria como un ejercicio obligado de la sociedad, se entiende que la verdad sobre el delito no es un patrimonio exclusivo de los jueces ni de los historiadores, sino que la sociedad puede buscarla y que el Estado debe apoyarla en esa búsqueda. Creo, entonces, que la Universidad ha abierto un espacio adecuado para ello. Habría que esperar que

.....
¹ 2012, agosto. *Agenda Cultural Alma Máter* 190.

no se quede en un mes de meras evocaciones, sino que tratemos de ver qué nos ha pasado para, de ahí, pensar qué nos puede pasar.

Si bien es cierto que en muchos sectores sociales, políticos y académicos se hace énfasis en la lucha contra la impunidad y se entiende que habrá justicia el día que haya castigo, me parece más importante el ejercicio de la memoria como actividad colectiva, que debe poner en evidencia qué pasó, por qué pasó y de qué manera podemos evitar la repetición de la tragedia. Los juicios individuales tienen poca utilidad porque, como dice Guagliardo, “[...] los grandes juicios lo que hacen es castigar a algunos por vía judicial, para no tener que reflexionar sobre todo lo sucedido desde una perspectiva política y cultural” (1).

Luis Fernando Vélez también descreía de las funciones que tan optimistamente se le atribuyen a la pena judicial: “[Las penas] sirven para calmar y aplacar instintos vengadores, para tranquilizar expectativas, zozobras y conciencias y para acreditar gobiernos y ya desde ese punto de vista están cumpliendo una innegable función psicosocial [...]. Las penas privativas de la libertad son ahorros de criminalidad que luego la sociedad recibe con jugosos dividendos en la misma especie...” (2).

Cuando hablamos de una persona que murió hace veinticinco años, nos ponemos en una situación muy difícil porque no podemos saber a quién vale la pena hablarle sobre él. Si a aquellos que lo conocieron para que lo recuerden, o a esa generación que no tuvo el privilegio de conocerlo. No me resisto, sin embargo, a la tentación de hacer un ligero esbozo biográfico de Luis Fernando: fue abogado de la Universidad de Antioquia, antropólogo *honoris causa* de esta misma casa, teólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana, profesor de Derecho en su Facultad y, al momento de su muerte, presidente del Comité Permanente de los Derechos Humanos. Fue un gran escritor y un gran conversador. Se preocupó siempre por los más débiles: los indígenas, los trabajadores, los sindicalistas, los estudiantes, los menesterosos.

Sin pruebas judiciales para avalar este juicio, sus amigos, compañeros, familiares y allegados consideramos que el detonante de su muerte fue precisamente haber tomado las riendas del Comité Permanente de los Derechos Humanos y, hasta podríamos decir, que el hecho que más irritó a sus asesinos fue el discurso que pronunció el día 11 de diciembre de 1987 (seis días antes de su muerte), en la Asamblea de Reconstrucción

de dicho Comité, cuando dijo que el único enemigo es “aquel con quien no podemos ejercitar la sublimación de la palabra” y cuando agregó que hay que estar “dispuestos a aceptar que ese único enemigo también tiene derechos que no pueden ser atropellados porque emergen de su dignidad como persona humana, así la atrocidad de sus comportamientos parecerían denotar su afán enceguecido por renunciar a esa elevada dignidad”.

¿Qué nos podría decir hoy Luis Fernando? ¿Cómo han cambiado el mundo y la Universidad de Antioquia en estos veinticinco años! Si pudiéramos devolver el tiempo y buscarlo nuevamente en su oficina del cuarto piso del Bloque 14, lo encontraríamos atendiendo a alguna persona que seguramente fue a pedirle su consejo y hasta una ayuda material; estaría leyendo o escribiendo febrilmente con su estilógrafo el borrador que, casi siempre, se constituía en la versión definitiva de alguna de sus cartas, comunicados o partes de sus libros. No faltarían los avisos visibles sobre los servicios que ofrecía: un tajalápiz para quien lo necesitara, la hora o la temperatura para los más despalmados, cigarrillos o confites, según las necesidades del visitante. El único servicio que decía que no se prestaba en su oficina era decir dónde estaban algunos profesores, o por qué algunos de ellos eran tan difíciles de encontrar en la Universidad. Solo si estaba sumamente apresurado, con los dientes apretados se quejaba ante Juguete, su perro imaginario, para que el interlocutor entendiera que no se podía extender mucho en divagaciones.

Para hoy ya tendría más que tiempo para jubilarse, pero dudo que hubiera cesado en su febril actividad que empezaba al amanecer y que casi siempre terminaba en la noche, en una alegre tertulia en algún bar. No sé cómo hubiera sido de traumático su ingreso al mundo de celulares, computadores, tantas actividades en línea, tantos formatos para cada cosa, tantos procesos productivos y competitivos, etc. No creo que hubiera simpatizado con tantas tablas e indicadores, porque si algo respetaba en los demás, era su *diferencia* y esta difícilmente se puede apreciar en un gráfico, una estadística, o un informe ejecutivo, todos ellos tan homogenizantes.

Pero no tengo la menor duda de que los estudiantes, los trabajadores, los profesores, los indígenas o cualquier otro necesitado lo irían a buscar masivamente, porque era imposible salir de una clase o de una visita a su oficina sin que algo hubiera cambiado: algo se aprendía, algo

se aclaraba, algo se podía ver de otra manera y muchos problemas se resolvían.

El ejercicio de memoria que nos propone la Universidad de Antioquia, en este agosto, debería ir un poco más allá de la simple evocación: tendría que abrir la discusión acerca de cómo la intolerancia que creó las condiciones para el sacrificio de estos grandes profesores sigue presente, y servir para preguntarse: ¿qué hemos hecho desde entonces para tolerar la diferencia y entender que todos debemos hablar sin descalificaciones *a priori* sobre los demás y sin juicios tan sesgados acerca de las ideas y las actividades de otros? ¿Realmente hemos dejado de pensar que hay algunos con los cuales no podemos hablar?

Notas

¹ Vincenzo Guagliardo. (1997). Dei dolori e delle pene. Saggioabolizionista e sull'obiezione di coscienza, Sensibili alle foglie, Roma. En: Paz Francés, Lecomberri y Restrepo Rodríguez, Diana, "Con Hulsman para avanzar un poco más", documento en proceso de publicación suministrado por las autoras.

² Vélez Vélez, Luis Fernando. (1968). Reflexiones personales sobre la pena judicial. Tesis para graduarse como abogado, Universidad de Antioquia.



Mi Mario Escobar personal¹

Fabio Zuluaga Ángel
Profesor

*Mi papá es como un bonbonbum:
duro por fuera y blando por dentro.*
Mario Leandro, hijo

Conocí a Mario Escobar Velásquez una mañana del año ochenta en un salón de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, donde él dirigía el Taller de Escritores, por entonces sin costo alguno. Me llevó al taller un alumno de la Facultad de Ingeniería a quien dictaba un curso de Química Conceptual e Historia de la Química, en el cual yo hacía alusión al pasaje de *Cien años de soledad* donde se menciona la alquimia. El alumno supo que yo era un escritor clandestino y pensó que debía estar en ese taller donde él ya estaba. Cuando entramos, vi por primera vez al Mario Escobar de carne y huesos que años atrás había visto cuando ganó el Premio Nacional de la revista *Vivencias*, y cuya imagen de Tarzán en plena selva, pero con revólver en vez de cuchillo, publicada en un periódico de la ciudad, se me había fijado en la mente.

En ese momento el Maestro estaba dibujando con una tiza un enorme árbol en el tablero, para explicar lo que según él es la estructura de la novela, un árbol con ramas (historias secundarias), con varios personajes, análisis minucioso de asuntos y situaciones, desembocando todo, como en el árbol, en el tronco central. Para él la novela es pues análisis, y casi siempre que una novela falla es porque le falta algo. Cuando yo vi ese esquema comprendí que era lo que yo estaba buscando desde mis quince

¹ 2007, junio. *Agenda Cultural Alma Máter* 133, pp. 7-9.

años, cuando en mi barrio, siendo apenas un muchacho de liceo, sentí un fuerte deseo de ser creador en cualquier cosa y empecé a preguntarme, “¿cómo habrán hecho los que han logrado crear algo? ¿Cuál será la clave de la creación?”. Pero en ese entonces no sabía qué tipo de creación quería, aunque todo indicaba que era en el ámbito literario porque escribía poemas y cartas de amor por encargo de mis amigos cuando peleaban con la novia, ya que yo era incapaz de conseguirme una debido a lo tímido que era y a lo acomplejado que vivía con mi nariz aguileña.

Al terminar el taller tomamos tinto en la cafetería de Comunicaciones, me le presenté y le dije que era ingeniero químico, profesor del Instituto de Química, y que desde mis quince años buscaba la clave de la creación y que ya la había hallado con el modelo del árbol en su taller esa mañana. No fue más lo que le dije al Maestro aquella remota mañana de miércoles de la cual ya nada más recuerdo.

Eso fue suficiente para que el maestro Mario me aceptara en su Taller de Escritores y me brindara su incondicional y generosa amistad, a tal punto que soy uno de los no muchos privilegiados que podía ir a visitarlo cuando quisiera, con tal de que le avisara previamente. Fui siempre bien llegado a sus refugios de Santa Helena, el primero cerca al sitio Sajonia, y el último, el actual donde reposan sus cenizas, adelante del aeropuerto José María Córdova en Rionegro.

Una sesión antes de terminar el Taller, le llevé mi primer cuento, escrito bajo su concepción del cuento, aunque por entonces él no exigía escribir uno durante el Taller. Mi sorpresa fue grande cuando dedicó la última sesión a analizar mi trabajo y a corregir detalles. Ese cuento, titulado “Mi mamita viene ahora” se lo dediqué a Mario Escobar, como reconocimiento a las luces que me había dado para llevar a feliz término mi fuerte impulso de los quince años: ser creador de algo.

Esa idea del género cuento, preconizada por el Maestro, me funcionó y todavía me funciona. El cuento como síntesis, un solo personaje, un solo asunto, un solo entorno, que no admite colas, ni varias historias, que casi siempre cuando falla es porque le sobra algo, que se debe morder la cola, está claramente expresada en la introducción a su *Antología comentada del cuento antioqueño* en la cual incluyó un cuento mío, y en la introducción que Mario hizo en el libro *Antología de Abel López Gómez, veinticuatro cuentos y dos novelas*, publicado para dar inicio al ya

desaparecido Fondo Editorial de la Cooperativa de Profesores de la Universidad de Antioquia, del cual fui coordinador por varios años.

En la intimidad de sus refugios, luego de degustar los deliciosos frijoles que él mismo preparaba para los dos y la leche y las abundantes panelitas (era muy dulcero), en medio de la noche engrillada y de las luciérnagas abriéndose paso a través de la niebla, compartimos muchas intimidades; hablamos de la creación literaria, recibí sus sabios consejos, como no apresurarse para publicar, buscar la perfección de la obra por la obra misma; solo llevarla a feliz término lo más perfectamente posible es ya motivo de alegría y satisfacción profunda para el artista aunque otros ni la conozcan. Hacer un listado de por lo menos cien títulos posibles para escoger el que mejor convenga a la obra, nunca hablar de lo que se está escribiendo para no perder la fuerza narrativa.

Para escribir, Mario necesitaba sentir calor en los pies y siempre debajo de sus escritorios colocaba una lámpara que encendía a la hora de la creación literaria. El escritorio que usaba en su casa de Manrique no es de madera ni de metal: está cubierto con baldosín blanco. Hacia las ocho íbamos a dormir; Mario era un hombre temprano para ir a la cama y se acostaba a leer mientras se dormía. Dormía en una pieza sobre un colchón tirado en el piso, con su ángel guardián al lado: un revólver cargado y listo para ser disparado en caso de necesidad. Él se ufana de ser un disparador mortal, aunque nunca lo comprobé, y debió serlo porque en otro tiempo fue un gran cazador, como Hemingway. Yo dormía en la pieza contigua y también en el suelo, en un colchón. Él tenía una gran capacidad para transformar y adecuar el espacio que adquiría para sus propias necesidades de escritor, y así lo vi transformar el ubicado en Manrique, con jardín incluido, donde vivió durante los últimos veinte años con su esposa Alba Lucía y con el hijo de ambos, Mario Leandro.

Mario llevaba unas agendas bellísimas, verdaderas obras de arte, que preparaba cuando compraba, con fotos de animales, paisajes, bellas mujeres, es decir las engalanaba con toda la belleza de este planeta Tierra. Cada noche escribía en ellas todo lo que había observado en el día y que le hubiera llamado la atención, así como frases o expresiones de las personas con quienes había tratado. El escribía en las agendas con tintas de varios colores, utilizando estilógrafos, algunos muy pesados y finos como uno bañado en oro y que él coleccionaba con pasión y esmero.

Sobra anotar que su caligrafía era bellísima y la heredó su maravilloso hijo Mario Leandro, quien ya ha tenido problemas en el colegio porque su letra no es despegada como la de las generaciones actuales de estudiantes y profesionales. De las agendas, escritas en tono literario, él iba sacando material para sus novelas y “chuleando” lo que había sido ya utilizado. Este ejercicio diario de llevar la agenda y hacer sus sabios comentarios y reflexiones sobre los más variados asuntos de la vida cotidiana y de las personas, se constituía en un ejercicio continuo para mantener caliente la mano y le facilitaba el trabajo posterior a la hora de emprender sus extensas novelas.

Varias veces hablamos de las maravillas del agua como líquido e intercambiamos conocimientos sobre ella. Él quería escribir un libro dedicado al agua y estoy seguro de que lo debe de haber dejado muy avanzado porque le pasé mucha información química que he consignado en una novela mía próxima a publicar. En la entrevista que le hice en el periódico *Alma Mater*, en el año dos mil, para conmemorar los veinte años del Taller de Escritores de la Universidad, lo forcé a que dijera en público lo que siempre me dijo en privado: “Para mí el agua es una prueba de la existencia de Dios, quien no crea en él, que crea en ella”. Aunque Mario creía más en la Virgen del Perpetuo Socorro que en Dios, cuando en la misma entrevista le pregunté cómo concebía a Dios en ese momento de su vida, me respondió: “Yo a Dios lo siento por dentro”. Me pareció tan contundente la respuesta, que ahí terminé la entrevista. Cuando le dije que veinte años atrás yo no hubiera sido capaz de entrevistarlo, me respondió lo que me había dicho en otra ocasión: “Fabio, el alumno que no supera al maestro lo traiciona”.

Para su hijo, Mario Leandro, quien compartió los primeros dieciséis años de su vida con su padre, los últimos dieciséis en la vida del maestro Escobar, su papá “era como un bonbonbum, duro por fuera, blando por dentro”. Eso era el maestro, en apariencia duro, pero cuando brindaba su amistad era un amigo tierno y generoso. Su joven esposa, a quien enamoró cuando ella fue su alumna en el Taller de Escritores del Sena, lo que más admiró fue “la sabiduría de Mario”.

Mario murió el lunes 16 de abril de 2007, pero sus cenizas permanecieron en su refugio de Manrique, cerca de la estatua de Gardel, durante toda la semana, y algunos, como el que esto escribe, tuvimos que ir allí

Gentes

a despedirnos del Maestro, a cargar sus cenizas un rato y a expresarle lo mucho que lo habíamos querido. Para el domingo 22 de abril las cenizas fueron llevadas por sus seres queridos a su retiro de Santa Helena, cerca al aeropuerto de Rionegro, con el fin de cumplir el último deseo del Maestro: que sembraran encima de sus cenizas un guayacán. Otra vez el Maestro escogía un árbol, pero no para explicar la estructura de la novela y ayudar a otros a crear sus propias novelas; ahora elegía un árbol verdadero, un guayacán, pero para otra cosa: para poner punto final a su última novela. Q.E.P.D.



Entre amigos¹

Iván Hernández
Profesor jubilado

Se conocieron hace ya muchos años, treinta tal vez. Hernán Botero era entonces profesor de Literatura Rusa. El día en que los presentaron, Natalia Pikouch iba vestida de manera elegante y distinguida; los ojos, muy grandes, muy verdes y muy tiernos, miraban el mundo con nostalgia y melancolía.

Ese mismo día, Natalia le dijo que más que rusa ella era ucraniana. Hernán entonces le habló de Tarás Shevchenko; de sus romances de temas populares, perfectamente enraizados en la tierra y en sus gentes; de sus novelas, en las que se cuentan historias de muchachas que vagan por la estepa en busca de oficiales del ejército, a quienes adoran...; de sus pinturas, en su opinión muy bellas. Mientras Hernán habla, Natalia lo escucha con asombro. De pronto él se da cuenta de que Natalia está llorando.

Ella le ruega que continúe, que la disculpe, está muy emocionada. No entiende cómo, en un país tan lejano y tan distante, pueda existir alguien que conozca tanto al poeta nacional ucraniano. Ese día comenzó una amistad que todavía persiste.

Días después se ven de nuevo. Natalia le cuenta que es madre de un bebé que vive en Kiev con la abuela. El niño nació en Colombia y ella, ante la imposibilidad de darle el sustento, se ha visto obligada a separarse de él y enviarlo a Rusia; muy pronto lo traerá a vivir a su lado. Si ahora lucha por establecerse en Colombia, es porque quiere que su hijo viva y crezca en un medio que no sea el asfixiante y enloquecedor de la Unión Soviética. Ella nació y creció en el miedo propio del régimen co-

¹ 2007, junio. *Agenda Cultural Alma Máter* 133, p. 19.

munista, y está dispuesta a hacer todo, casi todo, para que él corra con mejor suerte.

Durante un tiempo Natalia asiste al curso que Hernán dicta en la Universidad. Ella lo oye siempre con asombro y entusiasmo. A veces, solo a veces, interviene en clase. De tarde en tarde él le pide que lea en ruso un fragmento o un poema de un autor. Cuando salen de clase, ya en la cafetería, hablan de Rusia, de sus escritores, su música, su ballet y su teatro. No en todo, sin embargo, están de acuerdo: Natalia adora, literalmente, a Solzhenitsyn, a Pasternak y a Gorki, autores por quienes Hernán no siente excesivo entusiasmo; en cambio comparten su admiración por Goncharov, Andréiev, Leskov y Lérmontov. Hablan de las tradiciones cosacas, de las tiranías de los zares, de Pedro I, de San Petersburgo, de la crueldad del pueblo ruso, de los Nicolases y las Catalinas. Natalia está orgullosa del ballet ruso; le basta, dice, con mirar un segundo a un bailarín para saber si es ruso o no; los bailarines franceses, americanos, alemanes no tienen esa gracia divina que los rusos poseen por el solo hecho de ser rusos: y si no, ¿cómo explicar que haya existido una Anna Pavlova o un Nijinsky?

Comparten su admiración por Chaliapin, se emocionan oyendo a Mussorgsky, Borodin, Stravinski y Rachmaninoff; Hernán, sin embargo, desespera ante la indiferencia de Natalia por Tchaikovski.

Poco después Hernán le cede el curso de Literatura Rusa.

A veces, comparten sus tertulias con el doctor Alonso Cortés, médico y políglota, quien toma clases de ruso con Natalia. Hernán y él hacen muy buena amistad, basada en el cariño mutuo hacia Natalia; además, seguramente, en la admiración que cada uno siente por la inteligencia del otro. Por esa época, Nicolás, el hijo, está ya con Natalia. Mientras Hernán y ella conversan y oyen música, el niño juega. Natalia le habla a veces en español, a veces en ruso. Kolia es un niño lindo y travieso. Ella lo llama Kolia cuando están solos o cuando Hernán está con ellos. Si hay alguien más, lo llama Nico.

El muchacho crece, estudia, se gradúa como ingeniero. La noche en que Natalia muere, Hernán llama por teléfono a su casa y pregunta: “¿Con quién hablo?”, y el hombre le responde: “Hola Hernán, te habla Kolia”.

Hernán cuelga el teléfono, está visiblemente emocionado.

María Teresa Uribe de Hincapié: Entre la rigurosidad del trabajo y la libertad de pensamiento¹

Fabio Humberto Giraldo Jiménez
Profesor

Hay personas que honran la inteligencia, el conocimiento y la profesión de una manera tal, que los tres elementos resultan idénticos. Este es el caso de María Teresa. Por su especial disposición para curiosear en el mundo social con una sensibilidad que siempre le ha permitido ver aquello que al común nos puede pasar desapercibido, si alguien no nos advierte; por el conocimiento acumulado, visible en su sofisticado grado de pulimiento de las herramientas conceptuales y teóricas que le dan sentido, dirección, claridad y seguridad a la observación empírica; y por el éxito en la profesión, notable no solo en los trabajos científicos que han contribuido al desarrollo de la sociología y de la ciencia política colombianas, sino también en el amor al arte y al oficio, tanto de la investigación como de la docencia.

Pero, además, hay algo que para mí resalta con brillo. Se trata de su capacidad de hacer fácil lo difícil, no solo como científica social, sino también como maestra. Y más aún, que integre esa sencillez del conocimiento a la sencillez de su vida, siempre afable, dispuesta al servicio y discurrendo entre estudiantes, colegas y amigos y siempre haciendo lo mismo: esculpiendo opiniones, confrontando información. Por ello, su sencillez como persona no está asociada a la ingenuidad ni a la simpleza intelectual. Antes bien, incansable lectora de los libros, pero incansable investigadora del mundo real, como cualquier científica normal, siem-

.....
¹ *Agenda Cultural Alma Máter* 149, s.p., noviembre de 2008.

pre los ha puesto en duda a los dos como un científico extraordinario; en efecto, nos ha permitido a sus alumnos y colegas escudriñar en la literatura científica innovadora y leer la sociedad colombiana como un enigma, esas dos caras del conocimiento científico. De un lado, el conocimiento riguroso de la disciplina, de modo casi conservador; y, por el otro, la puesta en duda de lo conocido, de manera casi revolucionaria epistemológicamente. Por ello, además de ser una gran maestra de la ciencia acumulada, es también una inventora de hipótesis de investigación que ya han quedado agregadas a la historia de las ciencias sociales.

Por ello son muy suyas, y al mismo tiempo productos de su esfuerzo investigador, hipótesis de trabajo investigativo como aquella que afirma que la convivencia entre el orden y el desorden, entre la institucionalidad y la informalidad, entre la legalidad y la ilegalidad son la impronta de nuestra cultura política, pero también de nuestras instituciones políticas. Y que, en consecuencia, no se puede identificar a la sociedad colombiana como una impresión de las instituciones ni a estas como una prolongación de aquella.

Es posible que eso explique, en parte, que se sienta tan cómoda en una universidad pública como la de Antioquia, porque en esta se vive uno de esos dilemas que en lo específico replican los que se producen en la sociedad colombiana. Se trata, en efecto, de uno de esos dilemas que tanto le gustan a ella, porque no se pueden resolver si no se impone a la fuerza una de las posiciones. De una parte, está el hecho de que el carácter mismo de la universidad pública es ser una plaza pública dedicada, no al mercadeo, sino al conocimiento; dedicada, no a defender ideologías, sino a analizarlas; dedicada, en fin, a los asuntos propios del ocio que es el origen de la escuela, porque esta se hizo precisamente para cultivar el ocio, que no la pereza. Pero de otra parte, siendo una universidad pública, no va con su ética prohibir manifestaciones públicas de ninguna índole, salvo las violentas que son completamente contrarias al conocimiento.

La Universidad de Antioquia es una institución educativa hecha para el servicio del conocimiento, pero también creada para que a él accedan aquellos que de otra manera no pueden estudiar en una universidad, que no profesa el populismo académico, sino, al contrario, la eficiencia y la excelencia para todos. Una universidad que en su historia,

de miles de egresados, ha construido y está construyendo al país, a sus familias y a la sociedad en sus innumerables clases diarias, conferencias, convenciones, encuentros, laboratorios, conversatorios y demás procesos académicos que transcurren en el diario vivir universitario, pleno de conversaciones que completan los saberes y la cultura con discusiones; una universidad en la que las paredes llenas de carteles hablan cultura. Con todo ello, lo que se hace en la universidad no es solo conocer y construir conocimiento, sino también ganarle espacio a la violencia, y no solo espacio, sino también corazón, voluntad y razonamiento, aún a pesar de los desconocimientos y las maledicciones de los que aborrecen la riqueza cognoscitiva y la vanguardia ético-política de la universidad. Creo que esta es una de las explicaciones al hecho de que, además de su hogar, esta universidad sea el nicho natural de una maestra que se ha dedicado a construirla y defenderla con sus clases, con sus escritos y con su ejemplo.

María Teresa ha sabido, en fin, mantener un equilibrio ejemplar entre la tenaz rigurosidad del trabajo y la libertad de pensamiento. Y esa actitud es un regalo que ella le está haciendo a la Universidad y que esta, para fortuna de la sociedad colombiana, replica constantemente. Yo creo que así se puede entender cómo ella puede estar tan compenetrada espiritualmente con los mundos complejos y los sencillos y que, con esa holgura de sentimiento de pertenencia, esté aun discurriendo su vida académica en la Universidad de Antioquia como si fuera la prolongación del hogar.

Con su vida académica sí puede decirse que la sabiduría es sencilla aunque el conocimiento sea sofisticado.



La brigada de choque¹

Juan José Hoyos
Profesor

ErEran tiempos de guerra. En la Ciudad Universitaria había pedreas todos los días. Los estudiantes de la Universidad de Antioquia querían tumbar al rector y protestaban por la guerra de Estados Unidos contra Vietnam y por la visita a Colombia del Secretario de Estado Nelson Rockefeller.

La Policía allanaba la Universidad cada semana con escuadrones de caballería, carros antimotines y pelotones de asalto armados de gases lacrimógenos, cascos, escudos y garrotes.

Para enfrentarlos, los estudiantes formaron una brigada de choque. Zorba era su comandante. Su especialidad: las hondas. Cuando aparecía la policía montada y atravesaba la calle Barranquilla, él escogía un carabinero, preparaba la honda, apuntaba y ¡zzzuasss! La piedra silbaba. Luego sonaba cuando se estrellaba contra el casco. El jinete caía. Enseguida, los estudiantes lo desarmaban.

Zorba se ponía el casco, recogía el garrote y se iba a pelear cuerpo a cuerpo con los policías. A veces le corrían de miedo hasta sus propios compañeros que no lo reconocían con ese atuendo.

Luego, la brigada inventó otra arma terrible. Cuando la Policía allanaba el campus y entraba a caballo persiguiendo a los estudiantes y golpeándolos, ellos regaban miles de bolas de cristal en el piso. Los caballos las pisaban, se resbalaban, sus patas vacilaban y los jinetes iban a dar al suelo.

¿El año? Tal vez 1970. Un año agitado por las protestas contra la guerra, por la campaña electoral en Colombia, por las invasiones

.....
¹ *El Colombiano*, 23 de mayo de 2009.

campesinas de tierras, por la lucha de los estudiantes por cambiar el anacrónico sistema de gobierno de las universidades públicas.

Yo era estudiante de Periodismo, y aunque no pertencí a ninguna brigada de choque, era como Zorba uno de los miles de estudiantes que me había rebelado contra los dogmas.

Eran tiempos difíciles. Hacía dos años, en Francia, había estallado la revuelta de 1968. Había grandes protestas en las universidades de Estados Unidos pidiendo al gobierno poner fin a la guerra de Vietnam.

Zorba estaba matriculado en la carrera de Física. Se llamaba Jairo Arango y había nacido en 1947 en Andes, en el suroeste de Antioquia. Su padre era transportador, y crió a su familia durante la violencia de los años cincuenta. Por los ríos Barroso y San Juan bajaban cadáveres todos los días. En 1953, decidió venirse a vivir a Medellín. Aquí sus hijos crecieron y casi todos se hicieron profesionales. Zorba se volvió un andariego. Su primera excursión fue al morro de El Salvador a los siete años. Después se voló para la costa Atlántica.

En 1972 se fue para Istmina, Chocó, a enseñar Matemáticas en el colegio del Vicariato. Atravesó a pie el Tapón del Darién y cruzó muchas veces las selvas del Alto Andágueda y los Farallones del Citará, los mismos que veía incendiarse con la luz del sol, cada mañana, desde Andes, cuando era niño y su madre lo asoleaba después del baño. “Eso fue un imán del carajo”, dice.

En 1973 regresó a la Universidad a estudiar matemáticas puras. Se retiró cuando estaba matriculado en Ingeniería Mecánica. Por último, se dedicó a las ventas y a la industria.

Sin embargo, sacaba tiempo para visitar a los indios de Urabá y Chocó y organizar con ellos comedores comunitarios y huertas caseras. También leía, componía canciones y tomaba fotografías.

Unos años más tarde sus padres y sus hermanos organizaron una reunión familiar. Zorba volvió a encontrarse con sus primos, muchos de ellos oficiales retirados de la Policía Nacional. Uno de ellos entró a su cuarto. Sus ojos se detuvieron en una repisa donde había puesto uno de los cascos averiados por las piedras de su honda, un recuerdo que había guardado de las trifulcas en la Universidad. El primo buscó el número que identificaba el casco y se quedó mirándolo, perplejo. Luego dijo: ¿Entonces vos fuiste el hijueputa que me pegó ese tracamanazo y me

tumbó del caballo? Los dos se rieron de la historia, con los demás primos, el resto de la noche.

Ahora Zorba ya no tira piedras ni quiebra vidrios porque está convencido de que eso no sirve para cambiar un país, así piense todavía que Colombia es una sociedad injusta, excluyente, desigual.

Ahora fabrica espejos y los exporta. Y sigue tomando fotos, cantando, escribiendo y tallando madera. También, organizando comedores comunitarios, esta vez para mujeres del campo.

A los 62 años es el mismo hombre corpulento, de ojos azules, que ríe a carcajadas. Y aunque ama a su familia, vive solo en una pequeña casa que hizo con sus propias manos en medio de los bosques del Alto de Santa Elena.

Ahora es un abuelo que lo comprende todo.



Gerardo Molina o la fidelidad a un propósito¹

Carlos Gaviria Díaz
Profesor

Discurso pronunciado por el profesor Carlos Gaviria Díaz, en nombre de la Universidad de Antioquia, en el acto de entrega al maestro Gerardo Molina del título de Sociólogo honoris causa. Medellín, Paraninfo de la Universidad de Antioquia, mayo 26 de 1981.²

Grave es, sin duda, la responsabilidad que asume una institución universitaria cuando resuelve distinguir a un ciudadano confiriéndole un título honorífico en cualquier campo del saber. Y si ese campo es el de las ciencias sociales, donde el conocimiento y la actitud, la razón teórica y la práctica se entrecruzan y recíprocamente se condicionan, mayor todavía es el compromiso. Porque no es dable aplaudir al intelectual prescindiendo del ideólogo, exaltar al investigador pretermitiendo al político, cuando la textura ética del hombre es tal, que el intelectual y el ideólogo, el investigador y el político son uno solo, como en el caso de Gerardo Molina.

Lo anterior no significa, desde luego, que la Universidad se hace cargo de la cosmovisión del galardonado, pero sí que subraya como paradigmática la coherencia de su conducta con los propósitos que la han determinado, porque estos convocan a la adhesión sin reticencia.

¹ 2015. *Debates* 44, pp. 9-13.

² Fuente: *Testimonio de un demócrata*. Editorial Universidad de Antioquia, 1991. Páginas 11-14. [Nota en el original].

El asunto a examinar, entonces, es este: ¿qué metas son esas, que pretenden valer más allá de toda humana discrepancia y cuál la vivencia que les confiere esa incondicionalidad? No intentemos elaborar su catálogo. Hablemos más bien, un poco, de lo que es y ha hecho el agraciado, que puede resultar más esclarecedor.

Me parece que el sentimiento originario que ha determinado el pensamiento y la acción de Gerardo Molina, su ser y su quehacer, es la solidaridad con el género humano. El amor al hombre, podría decirse en un lenguaje quizás más llano, pero de connotación más problemática. Su punto de partida es, pues, humanístico y a él hay que referir su vida y su obra para poderlas interpretar cabalmente.

Consciente, como el que más, de que las verdades fundamentales sobre el hombre las enseña la historia, ha hecho de ella el objeto básico de su trabajo intelectual, permanente y fecundo.

Reflexionando sobre los fenómenos y escrutando los procesos históricos, se ha percatado de que las causas generadoras de la miseria en que se halla sumida una gran parte de la humanidad son contingentes, removibles, y lo ha pregonado en alta voz, porque el conocimiento de la verdad no se aviene con el silencio.

Allí, justamente, en el desvelamiento de la verdad y su revelación, considerados como unidad ética inescindible, podemos encontrar un primer valor, incuestionable para la Universidad, como que constituye su esencia, e inseparable de cualquier postura auténticamente humanística, y por añadidura científica, como la asumida por el doctor Molina.

Pero detectar, simplemente, la etiología del mal y renunciar a la formulación de la terapia que se piensa indicada es quedarse a mitad de camino por timidez o cobardía imperdonables, y Molina no conoce esos vicios. Con la claridad conceptual y el rigor lógico del maestro —que lo es en alto grado—, formula sus objeciones al sistema rampante que ha institucionalizado la expoliación so pretexto de salvaguardar el patrimonio cultural de Occidente, y señala como más deseables otras formas de organización social menos desalmadas, más amables, más humanas, más preocupadas por la *justicia*.

¿Y no constituye esta, acaso, uno de esos empeños justificativos de cualquier existencia, inimpugnables por ninguna persona que lo sea y menos aún por una comunidad cultural y humanística como lo es la Universidad?

Pero que nadie se llame a engaño: la batalla por la justicia —tal como Molina la concibe— no excluye ni pospone la lucha por la libertad sino, antes bien, la implica. Si es ilegítimo mantener en la indigencia a las grandes masas humanas en nombre de una falsa libertad, no lo es menos reducirlas a la servidumbre en nombre de un fermentado bienestar. No es un inverecundo e imposible canje de valores lo que Molina propone, sino la concurrencia de dos bienes esenciales al hombre que no pueden darse separados. Porque si la libertad supone condiciones materiales que posibiliten su ejercicio, sin ella no hay bienestar posible, a no ser que abduquemos de nuestra condición humana.

Seguir llamando “burguesas” a la libertad de conciencia, de expresión, de movimiento, de asociación, a la inviolabilidad de domicilio y de correspondencia, al *Habeas Corpus* es una injustificada galantería con un sistema que incluye esos derechos en su discurso ideológico pero, a menudo, no en su práctica política. Esos son bienes deseables bajo cualquier circunstancia pero posibles solo bajo un régimen justo. “Vivir en un suelo libre, con un pueblo libre” es un ideal fáustico que Molina hace suyo de manera gozosa.

Que la Universidad deba exaltar la libertad es cosa tan evidente que me parece irrisorio justificar o siquiera explicar esa actitud. Quien diga lo contrario, habla de una institución totalmente distinta a la que yo tengo en mente.

Los valores que alientan la vida y la obra de Molina son universales pero históricos. Quiere esto decir que el litigio que suscitan no se cifra tanto en lo que se quiere sino más bien en la forma como ha de lograrse, según las circunstancias. ¿Cómo puede un pueblo determinado, en un momento específico de su existencia, conseguir la satisfacción de sus más caros anhelos? Para ensayar una adecuada respuesta a ese interrogante no es suficiente la claridad ideológica. Se requiere un hondo conocimiento de la realidad concreta que pretende transformarse: de su pasado remoto e inmediato, de su presente y de las posibilidades futuras que en él laten.

Gerardo Molina sabe eso muy bien y por eso, desde la perspectiva ideológica que ha asumido con singular responsabilidad, se ha aplicado a estudiar e interpretar la historia de su pueblo tomando como hilo conductor la incidencia que en ella han tenido las ideas liberales, los

logros innegables, aunque precarios, y las tremendas frustraciones que en nombre de ellas han tenido lugar en el país. Los aportes significativamente diferentes del liberalismo en las distintas épocas de la República, a partir de 1849, su brillante itinerario de partido de masas empeñado en la lucha por los derechos civiles y las garantías sociales, y su lánguido ocaso signado por la renuncia a toda vocación libertaria.

A este propósito escribe Molina en su magnífico libro, recientemente publicado, *Breviario de ideas políticas*: “El partido que hasta 1902 vertió la sangre en las guerras civiles en defensa de los principios y que luego libró batallas inolvidables contra la legislación liberticida, contra la pena de muerte y en favor de la justicia social, se volvió una entidad burocratizada, amiga del orden autoritario, del estado de sitio, de la ampliación de las funciones del Ejecutivo y de las Fuerzas Armadas. La rigidez de una organización económica con marcada concentración de la riqueza y del ingreso tenía que llevar a que por el liberalismo se tengan hoy por subversivas las clases obreras, las clases medias, la juventud estudiosa y los intelectuales”.

Sus tesis están expuestas a la controversia y, justamente, para eso las ha formulado, pero aun quienes no las suscriben tienen que convenir en que la manera como a esa formulación ha llegado es rigurosa, lo que quiere decir, tratándose de asuntos concernientes a la investigación histórica, no solo técnicamente satisfactoria sino, ante todo, honesta.

Quien quiera enterarse de cuáles son los ideales políticos de Molina, cuál la filosofía que los alienta, de qué vertiente, o vertientes, del pensamiento universal es tributario, que lea *Proceso y destino de la libertad* y *Breviario de ideas políticas*.

Y quien quiera saber su diagnóstico sobre el país, sobre las posibilidades futuras de una democracia real (expresión esta que sintetiza bien su ideario), que medite sobre los análisis hechos en *Las ideas liberales en Colombia*.

En todos ellos hallará no solo claridad sino agudeza, largueza espiritual y respeto por la opinión adversa. Porque esa es otra de las virtudes de Gerardo Molina: su antidogmatismo radical. La suya es una mente en continuo trance de receptividad, que anhela luz y no la desecha por consideraciones apriorísticas de encuadramiento maniqueo.

Si bien evalúa al marxismo como un instrumento apto, imprescindible para el análisis histórico, no está dispuesto a suscribir a la ligera

todos los estereotipos que la ortodoxia impone. Nada tan extraño a su inteligencia y a su temperamento como la aceptación de un sistema dogmático, concluso, como no lo concibió jamás el mismo Marx. Oigamos, si no, lo que dice el propio Molina en su último libro publicado hasta ahora y al que ya hemos hecho alusión, al hacer precisiones sobre los distintos tipos de socialismo que hay que distinguir, y hacernos claridad acerca de cuál es el que él considera auténtico: “[...] ante la pluralidad de socialismos que hay en los tiempos actuales, el auténtico, el verdadero, por tener bases científicas, es el de inspiración marxista. A falta de un basamento teórico sólido, los demás son erráticos y oportunistas, pues no se proponen lo que es la esencia del socialismo: la edificación de una nueva sociedad. Desde luego, al hablar de marxismo, tenemos en la mente un sistema abierto, permeable a los cambios del pensamiento y de la vida, en ningún caso una construcción intelectual cerrada, convertible por tanto en una serie de dogmas, eternamente estériles”.

Esta postura audaz e independiente, de hombre que piensa y dice por su cuenta y riesgo, sin someterse al *nihil obstat* de ningún pontífice, ha añadido a sus antagonistas naturales (los defensores del sistema) otros, pertenecientes a las toldas de avanzada, que habrían tenido que ser siempre sus aliados si su rigidez mental y su vocación dogmática no les hubiera empañado la visión de la realidad inmediata en que se mueven.

Es que la permanencia de Molina en la Universidad, por más de cincuenta años, no ha sido en vano. En ella ha moldeado su inteligencia, haciéndola dúctil, abierta, sensible al cambio, al diálogo, a la confrontación permanente de lo que ayer parecía verdad inconcusa con lo que hoy se atreve a desafiarla. Y en ella ha formado a varias generaciones en esa filosofía civilizadora de comprensión y tolerancia, que toma en cuenta el punto de vista del contradictor si bien no le hace concesiones cuando lo considera equivocado. Es la postura racional que distingue y evalúa pero no anatematiza, típica del intelectual aun cuando incursiona en la política.

“El gran intelectual —ha escrito certeramente André Malraux— es el hombre del matiz, de la gradación, de la calidad, de la verdad en sí, de la complejidad. Es, por definición, por esencia, antimaniqueo”. Tales características convienen de modo tan riguroso al hombre de quien nos hemos venido ocupando, que casi podrían constituir su semblanza.

Pero no se entienda, por lo que acabo de decir, que la Universidad ha sido el ámbito exclusivo de Molina. Ha sido sí su sede más visible,

pero de ella han irradiado su pensamiento y su acción (que en él han constituido de veras una unidad dialéctica) a la plaza pública, al Parlamento, al sindicato, escenarios todos en los que ha actuado con igual brillo y eficacia y en los que no solo ha proyectado la claridad de su visión ideológica, sino también ha dejado la impronta de un estilo nuevo en la vida política colombiana, por la sobriedad y la mesura con que ha sabido expresar sus puntos de vista, urticantes para los usufructuarios del *status quo*.

Porque en un país donde aún los discrepantes tienen marcada vocación por la ortodoxia y la oficialidad, Gerardo Molina ha enseñado cómo se puede ser heterodoxo sin estridencia y a la vez sin vacilaciones; porque la fuerza de las ideas radica en su capacidad para ser confrontadas con los hechos y en su coherencia interna, y no en el histrionismo que acompañe su exposición, ni en el aparato burocrático que las respalde.

He señalado ya algunas de las calidades más salientes que caracterizan la personalidad del homenajeado, pero no puedo omitir una última, porque la considero culminación armoniosa de las anteriores, ejemplar para la juventud colombiana y contrastante, en exceso, con la ética prevaleciente en el país, aunque ciertamente de modo inconfesado: me refiero a la fidelidad a un propósito, a la lealtad a una idea, que a través de su meritoria existencia ha guardado Gerardo Molina. Frente a tantos desfallecimientos reveladores de ideales pobremente arraigados, frente a tantas vocaciones promisorias, abdicantes ante el primer halago mezquino que les ofrece el sistema, frente a tantos revolucionarios de ayer que hoy personifican el orden imperante con el fanatismo propio de los conversos, resulta alentador y gratificante poner a consideración la vida del profesor Molina que nada ha sabido de claudicaciones ni desmayos, que no ha solicitado ni concedido tregua en la lucha por su ideal indeclinable de lograr una sociedad más humana, donde la libertad y la justicia sean algo más que voces huecas.

Resulta, por demás, grato y estimulante que una universidad oficial, precisamente la de Antioquia que lo tuvo como su alumno, pero no tuvo el honor de conferirle un grado regular, rescate como hijo suyo a uno de los hombres más admirables que ha producido el país.

Es este un bello acto cuyo auténtico significado nadie puede escamotear. Ni siquiera la presencia oficial puede restarle a esta ceremonia

el carácter hermosamente subversivo que ella tiene. Porque si la subversión, en su más puro significado, es un trastorno de los valores vigentes, no hay duda de que ese trastorno ocurre cuando se exaltan la verdad, la libertad y la justicia a manera de reto a un Estado mentiroso que observa los ritos de la democracia para encubrir el ejercicio de una dictadura civil, que proclama las libertades en el papel pero las niega brutalmente en la práctica y que sigue hablando de justicia cuando sabe que su pueblo está constituido, en su abrumadora mayoría, por una inmensa masa de desposeídos.

Doctor Molina: con su inteligencia, pero sin sus calidades morales, usted hubiera podido escalar las más altas dignidades del poder. Pero por fortuna para los hombres de bien, para quienes creemos que el pueblo colombiano es el único dueño de su destino, usted ha dedicado toda su vida a servir esa causa sin exigir la más mínima contraprestación. No le ha importado en qué dirección soplen los vientos del éxito transitorio, porque sabe que el triunfo final debe ser del pueblo y en la lucha por esa causa ha empeñado su valiosa existencia.

Un gran poeta inglés, Andrew Marvell, compañero de luchas de Milton y de Cromwell, escribió estos versos, en honor del segundo, que yo encuentro apropiados para usted:

Buena es su conducta y acertado su juicio,
siempre en su época ha empujado hacia adelante:
Y sin saber hacia adonde puede apuntar la voluntad del cielo,
ciñe sin embargo su espada y está dispuesto al combate.



José Jairo Alarcón: la sencillez de la sabiduría¹

Andrés Esteban Acosta
Profesor

La idea genuina de la filosofía como amor por el saber guarda en su enunciación el difícil y hermoso presupuesto de aprender a vivir. La sencilla y compleja cotidianidad es el universo personal donde la tarea de construir existencia se actualiza una y otra vez, unas veces causándonos la impresión de que todo marcha de acuerdo con esa intención nombrada que se sostiene en el deseo de perseverancia y vitalidad —motivos que nos empujan a asumir cada día con coraje y compromiso—, y otras veces generándonos profundas angustias y envolviéndonos en ambientes donde nada podemos hacer más que aceptar la fuerza de las desilusiones. Ante lo uno y lo otro no cabe más que la aceptación con valor de que la vida es eso, un escenario donde las alegrías y los dolores persisten en medio de recuerdos, experiencias y ansias de seguir... o de amar, que para este caso resulta lo mismo.

La filosofía es pues, entre otras cosas, esencialmente la reflexión de la vida con un sentido de formación. Y es aquí donde es necesario mencionar a un hombre que encarnó ese espíritu de la filosofía, que comprendió que no se trata del estéril esfuerzo de querer comprenderlo todo para derrochar ideas que luego no aportan en la tarea de saber vivir, que no es necesario buscar el naufragio en un océano de preguntas inagotables que abruman; no se trata de eso, se trata, y esto nuestro hombre lo reconoció al considerar en el paso inevitable del tiempo que va dejando el rastro

.....
¹ 2019. *El saber vivencial*, compilación de José Jairo Alarcón, *in memoriam* (pp. 110-115). Medellín: Universidad de Antioquia. "Texto leído en el 'Homenaje al maestro de maestros Jairo Alarcón Arteaga' realizado el 11 de julio de 2018 en Ciudad Universitaria". [Nota en el original].

de encantos y desencantos, de miedos y sueños, de que es más digno y valeroso perseguir lo fundamental, aquello que en medio del derroche de agobio puede otorgarnos algo de tranquilidad, algo así como la sensación de que existe un refugio, por pequeño que sea, donde arrimarnos para soportarlo todo. Alguna vez, mientras bajábamos las escalas del Bloque 12 le pregunté, en un momento de desencanto que me abrumaba, lo siguiente: “¿Qué pensás, profesor, de qué se trata todo esto?”. Antes de dar una respuesta, hizo su tradicional parada existencial, guardó silencio y luego me compartió una respuesta simple y bella: “Se trata de entretener la existencia... de escaparle al absurdo”. Esto no dista de su idea del para qué de la filosofía, que compartía con su autor de cabecera, Spinoza: “la filosofía sirve para padecer menos”. Lo uno y lo otro expresan la necesidad de vivir la filosofía, de hacer de la vida un asunto de razones que nos motiven a no rendirnos.

Nuestro hombre, aficionado a la filosofía, perseguía lo fundamental y lo entendía como lo simple que requerimos en nuestro espíritu, los argumentos que sirven para alejar la siempre amenazante soledad. Pero la soledad no se destierra totalmente, simplemente se aprende a convivir con ella, de allí la relación de nuestro personaje con el tango, música de personas que cargan conciencia de pérdida, algunas veces impuesta, otras realmente padecida. Así, entre filosofía, tango y literatura, el hombre de Manizales, o de las vertientes del páramo de Cumanday, como solía decir, forjó su alma de bohemio, de peregrino y soñador, de caminante ciudadano que se detenía a mirar las fachadas de las casas y los edificios del ayer mientras hacía mención de su devoción por el barrio Prado, de nostálgico que ansiaba el sonido del tren que llegaba a Manizales, de buscador de restaurantes o sueltas para almorzar, del perseguidor de lo lírico —del encanto de lo trascendental— en medio de la rutina prosaica que adormece y nos hace flaquear.

La bohemia le salía legítima, y le venía bien, porque era una defensa de la vida en comunidad, de la tertulia como espacio social por excelencia para comunicar desde lo más banal hasta las ideas más profundas; por supuesto, lo que pasa es que, como él lo decía, “para nosotros es indispensable una suerte compartida, que nos reconozcan”. Y lo importante para él era estar en reunión, convocados por la palabra, por la sonrisa, y claro está, por el aguardiente, acompañante de sus conversaciones y de

sus introyecciones, escudero que llevaba a recordar en la conversación las andanzas de León de Greiff o de Tomás Carrasquilla, grandes mentalidades que jamás prescindieron de la copa. Su bohemia era de hombre de reflexión, de conversación y de música... de hombre bueno, de aquel que prefiere la esquinita, como la del Homero Manzi, y tiene apariencia de tranquilo, por eso del Club de los Tranquilos.

Muchos eran sus lugares que le permitían desplegar la amistad. Hacer un amigo implica darse al otro y compartir el afecto del que somos capaces, es una experiencia de solidaridad, de comunicación sincera. Él tenía esa apertura de afecto, de cercanía con los demás que permitía despertar la confianza. Por ello caminar a su lado era prepararse para recibir un sinnúmero de saludos que demostraban la fraternidad que despertaba: —Profesor, cómo está. Maestro, un gusto saludarlo. Jairo, cómo le va—. Él se tomaba el tiempo de saludar y compartir algunas palabras, porque, como bien lo pensaba, una de nuestras necesidades más entrañables es la comunicación y, derivado de ello, una de las experiencias que más cuestan es la incomunicación, sentirse confinado o aislado en medio de una realidad de infinitas posibilidades.

Su lugar fundamental era la Universidad, y en ella el aula. Allí era él en todas sus dimensiones: el histrionismo que desbordaba se conjugaba con la pasión con la que transmitía sus lecturas del *Quijote* o de la *Ética* de Spinoza, entre muchos otros temas, autores y obras que sabía transmitir y llevar a su vida. También resaltaba su postura reflexiva, la tendencia de llevar la mirada al suelo, las caminadas por el salón de clases dramatizando la impresión de Sancho y don Quijote cuando se encuentran con los desaforados gigantes que resultaron ser molinos de viento, o el sufrimiento de Calisto debido a su amor por Melibea en *La Celestina*, sus ojos cerrados para decir de memoria un pasaje o para recitar un poema, como aquel de “La noche es una mujer desconocida”, de Pablo Antonio Cuadra, que tanto le gustaba por el tipo de deseo que allí se nombra:

Preguntó la muchacha al forastero:

—¿Por qué no pasas? En mi hogar
está encendido el fuego.

Contestó el peregrino: —Soy poeta,
solo deseo conocer la noche.

Palabras que brotan del Alma

Ella, entonces, echó cenizas sobre el fuego
y aproximó en la sombra su voz al forastero:
—¡Tócame! —dijo—. ¡Conocerás la noche!

En el aula nuestro filósofo vivía la sabiduría, llevaba a los estudiantes a plantearse las preguntas fundamentales de los textos, hablaba de la existencia como pregunta esencial, de las situaciones del día a día, se reía de sí mismo, recordaba sus desgracias, alzaba la voz para hacer énfasis en algún comentario a tener en cuenta. Todo esto era el mejor de los marcos para que el mensaje de la filosofía y la literatura se transmitiera de una manera más amable, más cercana a la sensibilidad de quien escuchaba las lecciones de alguien que sentía profunda pasión por lo que hacía.

Esa misma personalidad la reflejaba en los pasillos caminando con las manos atrás, haciendo pausa cada tanto para hablar con él mismo o para fijarse detenidamente en algún elemento del paisaje. Con su estilo defendía la lentitud que bien asumida permite el asombro, la reflexión, la contemplación, en vez de someterse al afán que todo lo vuelve polvo, que nos arrastra y nos impide detenernos a comprender qué y cómo estamos viviendo. De esta manera nos recordó que el ritmo de la sabiduría es ese, la pausa, permitirse sentir la vida y volverla pensamiento.

José Jairo Alarcón Arteaga, un maestro de la vida, otro de esos filósofos que prescindieron de la escritura, que decidieron no dejar constancia en el papel de sus ideas de mundo. La palabra hablada fue su herramienta de enseñanza, y aún más, su estilo de vida fue su obra, obra fundamentada en la sencillez y en la coherencia.

Un hombre quijotesco ha dejado de hacer su obra; su aventura ha terminado y de ella nos queda la sabiduría que dejó en los parajes recorridos, en los discursos compartidos, en la literatura de su personalidad. Sí, fue un hombre literario, un personaje —filósofo— sacado de algún lugar de La Mancha con el único afán de aprender a vivir, de intentarlo una y otra vez con la humildad de quien reconoce que sobre lo fundamental —el amor, la soledad, la muerte, el dolor, la felicidad— siempre habrá algo por aprender porque nunca será demasiado tarde. Así lo demostró el profesor en sus últimos meses, insistiendo en la vida, enseñando con su esfuerzo que la filosofía también debe servir para saber morir, por lo menos, para hacerlo, como dice uno de sus poemas favoritos de Álvaro Mutis:

Amén

Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos.
Al retorno de una furiosa adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,
te distinguiré la muerte con su primer aviso.
Te abriré los ojos a sus grandes aguas,
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.
La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos
que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.
[De *Los Trabajos perdidos*. Álvaro Mutis]

Profesor, déjeme decirle que tiene razón el tango: es un soplo la vida.
Infinitas gracias, maestro.



Recuerdo de José Manuel Arango¹

Jairo Alarcón Arteaga
Profesor

Quizá el poema nazca de la exploración de una circunstancia compartida, o como respuesta a una experiencia personal, dolorosa o alegre. Unas contadas palabras que serán reflexión, no del intelecto solamente, sino del ser todo de carne y hueso.

*Detrás de ellas estará por supuesto todo eso que se llama una visión del mundo: convicciones religiosas y políticas, aprendizajes o escarmientos. Desde allí se habla y se valora, tal vez dudando, otras equivocándose. Desde **allí se trata de distinguir lo verdadero de lo falso, en la emoción y en la palabra, lo honesto de lo ficticio, o retórico, o sentimental.***

José Manuel Arango

Conocí a José Manuel Arango en la antigua Facultad de Ciencias y Humanidades, cuando apenas empezaba la carrera de Filosofía. Hoy, treinta y tres años después, esas imágenes son imprecisas, las palabras no aciertan a describir las impresiones porque la memoria también es un efecto del cuerpo. José Manuel aparecía como un hombre tímido, respetuoso y amable. Esas cualidades resaltaban más en una época de intensa comunicación gremial y política. Ahora logro recordarlo: en una reunión del claustro de profesores. Cierta escepticismo cálido y prudente, enemigo de las explosiones verbales. Irradiaba un aire de madurez y

¹ *El saber vivencial*, compilación de José Jairo Alarcón, *in memoriam* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2019, pp. 63-65). Otra versión de esta nota fue publicada en el periódico *Alma Mater*, N.º 510, mayo de 2003, bajo el título de "José Manuel".

sabiduría. Poco hablaba de sus actividades intelectuales. También permitía que los jóvenes de entonces pidiéramos su opinión. Hablábamos de poesía. Yo estaba interesado en la obra de Borges, entonces él me daba su opinión sobre algunos libros, incluso una vez comentamos un poema.

Ahora, la nave de la memoria llega a la revista *Acuarimántima*. Eso mismo me enseñó que el deber del intelectual es la divulgación, apuntaló mi fe en estas instituciones intelectuales. Años después el número veinticuatro de la revista *Estudios de Filosofía* consignó en sus páginas un *in memoriam* con una noticia biográfica y una selección de poemas que yo realicé. Es imposible borrar la imagen de este hombre silencioso, sonriente, avanzando por el corredor del tercer piso del Bloque 9: como un tránsito de la sombra a la luz. Su poesía es inspiración y develamiento. Cuando fumaba, las volutas de humo lo envolvían como en un ceremonial. Su mirada se tornaba triste. Nunca le oí hablar del pasado. Otros tuvieron ese privilegio. También recuerdo que el día de su muerte supimos que algo inefable se iba de la Universidad. Sí, lo decían los rostros atónitos de César Hurtado, de Guillermo Melo, entre otros. Conservo en mi biblioteca dos libros: *Signos* y *Cantiga*. Su pequeña, nerviosa caligrafía sobre esos textos, alumbran mis días. Pero ahora quiero dejar al lector estos textos de su obra póstuma.

Habla el poder

Lo que importa una ostra más,
Una ostra menos.
También tú eres una calavera más,
Una calavera de más.

Dice el amante

Este es tu cuerpo,
tuyo,
ajeno y tuyo.
Y esta tu piel,
tatuada
de estrellas diminutas,
que se abrirá en aromas
en la caricia.

Palabras que brotan del Alma

La piel
que te hace tuya
y sola.
Y este mi cuerpo,
mío,
ajeno y mío.
Esta armazón que anda,
que dulcemente pesa.
El que engendró mi padre
con gemido. El que mi madre dio
desnudo y claro.
Polvo heredado,
huesos heredados,
sueños.



Recordando a Reinaldo¹

Juan David Sánchez
Egresado

Reinaldo Piedrahita, simplemente Rei (solo uno de sus apodos vale la pena mencionar), fue uno de esos personajes pintorescos de la comunidad universitaria y del barrio Belencito con los que muchos, mal que bien, nos cruzamos en el camino. Un digno representante de los nadies. Murió el 11 de julio, a los 73 años, enfermo, pero en buenas manos.

Solitario desde siempre, de mal genio, testarudo y peleador, pero muy querendón de la Universidad de Antioquia y fan número uno de la Banda Sifónica universitaria, afición a la cual llegó por casualidad siendo un rebuscador de la calle. No hubo retreta en los últimos 30 años en donde no estuviera al frente con alguna de sus viejas grabadoras, su colección de casetes y el dedo listo para grabar. Ay de que apareciera algún espontáneo a interrumpir el culto musical, se llevaba la desaprobación inmediata y sonora de cuenta de Reinaldo. Su lealtad a los festivales de bandas de música, a los cuales acudía rebuscando algunos pesos, lo hicieron objeto de al menos un par de crónicas en periódicos y blogs universitarios, en los que reconocía la música como su amor. Incluso, el maestro Alfredo Mejía Vallejo hace unos años compuso un bambuco en su honor, “El Perro”, su apodo en el ámbito musical.

En esos ires y venires cotidianos entre los pasillos y plazoletas, algunos le cogimos cariño, y él nos agarró confianza. Eso ya era una hazaña, porque es de suponer que alguien abandonado de niño, sin familia, criado en hogares municipales, por épocas sufriendo la calle y con problemas de aprendizaje no es de mucho confiar en la gente. La Universidad

¹ 2023. Texto inédito, homenaje a Reinaldo Piedrahita, personaje de la cotidianidad en la Ciudad Universitaria, con motivo de su fallecimiento el 11 de julio de 2023.

de Antioquia fue el refugio perfecto. Reinaldo nunca tuvo hogar, solo refugios. La gente de la Facultad de Artes, los de Utopía, los de la Banda Sinfónica, doña Yamile y doña Beatriz, doña Adriana, la comunidad del barrio Belencito y algunos otros fuimos su cotidianidad, pero él se sentía con pocos amigos. En su compañía, reconocí la soledad.

Ya con los años, especialmente luego de la pandemia (capítulo aparte), su caminar se hizo lento. En el último año, fue mucho más lento aún. Ya no hubo retretas ni festivales de música. En sus últimos tres meses sufrió una crisis de salud que no lo dejaba ni salir a andareguitar (eso ya era de gravedad), eso nos obligó a algunos que lo acompañábamos a llevarle la contraria a como diera lugar, porque le molestaba sobremanera estar internado o seguir reglas; quizás eran sensaciones herencia de un pasado que no quería revivir, o en el fondo lo que le molestaba era no volver a pisar la Universidad y dejar de saludar a sus conocidos. Encontramos ayuda en las instituciones municipales para su cuidado y atención, pero él nunca aceptó esto como una alternativa legítima. Se resignó con el ceño fruncido, pero repetía la condición que nos ponía para aceptar la realidad: que no lo dejáramos abandonado y lo visitáramos permanentemente. Estaba realmente enfermo, una enfermedad terminal, según entendimos del diagnóstico médico. Ya ni caminaba.

Murió al parecer por múltiples complicaciones debido a su mala condición. Murió en buenas manos y bajo atención permanente. Sus últimos gestos fueron de cariño, miró a quien lo cuidaba con inocencia y le estiró la mano, preguntó por algunos de nosotros y más tarde descansó.

Sin querer, heredé lo que él decía era su único tesoro: una caja de cartón grande con unos 200 casetes regrabados con la música de los festivales y las retretas de la Banda Sinfónica universitaria. El tesoro también incluía dos grabadoras medio destartadas, una de ellas se la había regalado yo en una navidad, en 2010. Todo esto ya él lo tenía archivado, pues paradójicamente se fue quedando sin audición. Ya encontraremos qué hacer con todo ese legado; es memoria universitaria más que mía.

Reinaldo fue despedido con un concierto de la Banda Sinfónica al ritmo de Lucho Bermúdez y de “El Perro”, con discursos en su memoria, con cuadernillos de escritos y fotos en su honor, y con un árbol sembrado con sus cenizas en uno de los jardines del campus. Una despedida propia de un egresado ilustre o de un rector destacado. Decenas de personas

Gentes

de la comunidad universitaria y de la comunidad del barrio Belencito (muchos de ellos no conocían la Universidad) escuchamos atentamente la música y las palabras esa tarde. Entendimos que solo las personas extraordinarias, como Reinaldo, son capaces de reunir dos pueblos.

Hasta pronto o hasta siempre, Rei.

Juan David Sánchez.

Amigo



**Impreso en los talleres de Publicaciones VID
Itagüí - Antioquia, octubre de 2023**

Tipografía: Cormorant Garamond, Alegreya Sans, PalmSprings y Didot
Papel: Bond 75 g



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**
FACULTAD DE COMUNICACIONES Y FILOLOGÍA

Este libro, estimados lectores, es una invitación para un recorrido aleatorio, y un poco caótico quizá, pero sobre todo muy vívido, que les permitirá asomarse por muchos de los recodos y vericuetos de estos 220 años de historia de la Universidad de Antioquia. Todos los textos reunidos aquí cumplen con dos condiciones esenciales: sus autores han sido parte de nuestra comunidad universitaria, y los textos tienen como protagonista a la Universidad o a uno de sus miembros, que por alguna razón tuvieron cierto protagonismo o aparecieron en las páginas de alguno de los medios periódicos de la Universidad, como *Letras Universitarias*, la *Agenda Cultural Alma Máter*, el periódico *Alma Mater*, la *Revista Universidad de Antioquia*, la revista *Debates* y otras publicaciones universitarias que han cumplido una invaluable labor plasmando la cotidianidad en múltiples registros que dan cuenta de mucho de lo acontecido durante estos 220 años de historia.

